Pedro Mir



HISTORIA DEL HAMBRE

Sus Orígenes en la Historia Dominicana

LOS ORIGENES DEL HAMBRE EN LA REPUBLICA DOMINICANA

PEDRO MIR

LOS ORIGENES DEL HAMBRE EN LA REPUBLICA DOMINICANA

SANTO DOMINGO
República Dominicana
1987

41127,D

BIBLIOTECA NACIONAL
PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA
COMPRA
Precio: $200
Fecha: 09/07/2013

Impreso en República Dominicana
Printed in Dominican Republic

Impreso por
EDITORA CORRIPIO, C. POR A.
Calle A esq. Central
Zona Industrial de Herrera
Santo Domingo, República Dominicana

VESTIBULO

La solidaridad es la calidad más impresionante
del pueblo dominicano.
En momentos de calamidad se consolida.
Crece.
Fulgura.
Se condensa como el vapor de agua que se convierte en rocío.

Así lo ha expresado una distinguida escritora extranjera
decididamente enamorada del país,
al autor de estas páginas.
El pueblo dominicano es un pueblo sólido,
ha dicho.

¿Sólido?

¿Sólido un pueblo que se disgrega,
emigra,
se dispersa en la Rosa de los Vientos,
rompe con sus lazos familiares e históricos,
adopta la forma de esos gases sin contorno visible
que son la delincuencia y la prostitución,
en la atmósfera de otros países extraños?
¿Sólido un pueblo que hace comercio público del odio y del
[amor?

El hambre, dicen.

Es posible.
El hambre es una fuerza inconmensurable y capaz de cambiar
una especie en otra.
El hambre hizo al hombre del mono.
Es capaz de convertir al hombre en cocodrilo.
En lobo.
O en cohete.

Es temible.
Es temible sobre todo cuando es una instancia desconocida.
El hambre no se sacia con la comida
sino con el conocimiento.
Para vencerla hay que conocerla.
La embarcación que hace aguas no se salva sacándole agua.
Hay que saber por dónde le entra el agua.
Y es sólo la Historia quien lo sabe.
La Historia sabe cuándo, cómo, por qué comenzó a entrar el
[agua
y por tanto cuándo, cómo y por qué podrá salvarse
la embarcación.

Cuando la institución superior de la salud en nuestro país (SESPAS) propuso un proyecto de investigación acerca de los orígenes del hambre en nuestra vida histórica, sin duda tenía en mente que la enfermedad es un fenómeno social y que, por tanto, tenía una raíz histórica. Era por consiguiente en los factores históricos, y no en los factores patogénicos, donde era preciso buscar las raíces últimas de la enfermedad.

Había una experiencia. En la inmensa mayoría de los casos que llegaban a la consulta del médico, el mal que aquejaba a sus pacientes, particularmente en los niños, era la desnutrición. Allí, probablemente, se encontraba la clave de la salubridad popular. Pero había que investigarlo. El autor de estas líneas, a pesar de la fascinación del tema, vaciló. Era consciente de sus limitaciones. Efectivamente, le esperaban escollos insuperables y situaciones ríspidas. La primera era el tiempo, que debía traicionarlo. Cada día los problemas se hacían más

comprometedores, cada paso de avance revelaba las debilidades del paso anterior. Y, cuando por fin pudo dar por terminada la aventura, comprendió que era el momento de empezarla de nuevo. El tiempo, ese enemigo implacable, dijo que no. Y este es el resultado de su negativa.

Con toda probabilidad, el tiempo mismo dará la respuesta definitiva, pero sin que nos deje hablar podemos decirle desde ahora mismo dónde podrá encontrarla. El hambre verdadera se encuentra en la ciudad.

Santo Domingo, Junio 6 de 1985.

A
ANA T.
por el orgullo de haber sido su profesor, y por
su cooperación amable e inteligente.

El hambre no es una calamidad.
Es un escándalo.

SUSAN GEORGE.

INDICE

Vestíbulo v
Dedicatoria xi
Epígrafe xiii

EL SIGLO XVI
La primera aventura 3
El primer menú 10
La otra cara de la aventura 20
La segunda aventura 27
Notas y referencias bibliográficas 35

EL SIGLO XVII
Memorias de un hilo de humo 41
Del hato creador al hato criador 51
El colérico epistolario de Fray Fernando 59
La dictadura del consumidor 69
El desenlace del siglo 77
Notas y referencias bibliográficas 85

EL SIGLO XVIII

El siglo del desenlace 89
La contrapartida del epistolario 95
Historia de dos ciudades 103
El epistolario de Don Joaquín 113
Corona de amor que se pone al morir un siglo 123
Notas y referencias bibliográficas 127

EL SIGLO XIX

Un volcán convertido en dos volcanes 131
La ley del más débil 139
El sitio de los sitiadores 147
El pasado se niega a morir 155
El tercer turno 163
El gran legado de la gran guerra 171
El devocionario de José Ramón 179
Notas y referencias bibliográficas 191

EL SIGLO XX

El gran cambio histórico 195
El hambre peor que el hambre 205
Ciudad de ensueños y esperanzas 213
Una cáscara de nuez en los océanos 221
Cuando Salomé era de Trujillo 229
Fotografía del hambre en blanco y negro 237
Conclusión única después de varias conclusiones .. 245
Notas y referencias bibliográficas 253

EL SIGLO XVI

LA PRIMERA AVENTURA

Cuando los espanoles y otros europeos llegaron a AMERICA, encontraron colgando de los árboles, nadando en el mar, volando por los aires, corriendo por los prados y bosques, o cultivada en campos, una nueva y extraña despensa.

Xavier Domingo.

Al desembarcar en LA ESPAÑOLA y proceder inmediatamente a fundar la primera ciudad del Nuevo Mundo, LA ISABELA, en 1493, los españoles tuvieron la impresión de que se trataba del reino de la abundancia donde todo era posible. Menos el hambre. Frutas, aves, peces, moluscos y otras tentaciones se encontraban prácticamente al alcance de la mano. Sin embargo, el primer acontecimiento que registran las crónicas fue una situación de hambre catastrófica, especie de plaga que llenó de cadáveres pestilentes los parajes antes lisonjeros y los aires antes perfumados. Aquella primera aventura terminó en desastre y en abandono.

La sorpresa mayor para el lector de las más antiguas y venerables crónicas, es la de reconocer entre esos cadáveres

diseminados por las tierras apenas "descubiertas", nada menos que a los propios aborígenes. Sorprende que estos pobladores inmemorialmente establecidos en la Isla y conocedores avezados de sus recursos, fueran acometidos súbitamente por esas hambres, como si se tratara de una enfermedad contagiosa. Habría que pensar que se trataba de una situación importada y que éste sería el tributo que deberían pagar, entre muchos otros, para ser debidamente recibidos en el mundo civilizado.

Hay algo de eso. Pero lo que resulta más convincente es que tales hambres fueron más el producto de la fantasía que de la experiencia.

La fuente principal de estos acontecimientos fue el cronista Oviedo, quien dicho sea de paso no los conoció por experiencia propia. De allí se ha generalizado la versión de que el hambre que sufrieron los españoles en LA ISABELA fue tan grave que les obligó a comer serpientes, aunque nunca las hubo en la Isla, y a consecuencia de ello debió ser abandonada ésta que fue la primera ciudad del Nuevo Mundo magníficamente situada en la costa norte, y sustituida por Santo Domingo, en la costa sur.

Oviedo dice más. Dice que el hambre azotó a los españoles, tanto como a los indios cuyos cadáveres se encontraban por todas partes y que "el hedor era muy grande e pestífero". En consecuencia "las dolencias que acudieron sobre los cristianos fueron muchas, allende del hambre".[1]

La tragedia no pudo haber sido mayor. A Mosén Pedro Marguerite que estaba al mando de la Fortaleza de Santo Tomás, según cuenta Oviedo, se le murió la mitad de los hombres. Y hasta ocurrió un episodio digno de ser contado a un coro de niños eternos. Mosén recibió en una ocasión, de manos de un indio bueno, un par de tórtolas. Como se sabe, estas tórtolas, asadas con un simple asador de palo sin mayor aderezo, son deliciosas. Y, como es de suponerse debieron constituir un irresistible reclamo para cada uno de los españoles que rodeaban a Mosén, a punto de morir de hambre. El avispado Mosén explicó entonces que dos tórtolas para tanta gente no servirían de nada y, en consecuencia, se las comería él solo. El argumento pareció más provocador que convincente. Pero Mosén no lo llevó a cabo. Al contrario, soltó las tórtolas

al aire libre. Debía compartir con todos sus hambres y miserias, dijo.

Este episodio sentimental tiende a convencernos de la verosimilitud de la versión hambrienta, si dejamos que la onda afectiva prevalezca sobre el sentido común. Pero si nos apartamos de ella resulta que las tales hambres nos parecen más imaginarias que verdaderas, y que ha debido haber una razón ajena a ellas, como veremos más tarde, que ha llevado al cronista a atribuirle unas dimensiones tan extraordinarias.

Consta que al primer reconocimiento de la Isla que hizo su Descubridor, quedó sobrecogido por el espectáculo de la abundancia. En una carta que escribió a un palaciego, Luis de Santángel, al dar cuenta de su hazaña descubridora, dejaba testimonio de esta emoción: "En este tiempo anduve así por aquellos árboles, que era la cosa más fermosa de ver que otra se haya visto, veyendo tanta verdura en tanto grado como en el mes de mayo en el Andalucía. Y los árboles todos tan disformes de los nuestros como el día de la noche... Y después hay árboles de mil manera y todos de su manera fruto, y todos huelen que es maravilla".[2]

Este testimonio fue corroborado por uno aparentemente más objetivo, el del Dr. Chanca, un médico que no tenía por qué ser tan entusiasta, ya que no era el beneficiario directo de la hazaña: "En esta Isla había tanta espesura de árboles no conocidos a nadie, que era para espantar dellos con fruto, dellos con flor, aunque todo era verde".

De modo que había abundancia de árboles frutales y por tanto de un don que la Isla ofrecía espontáneamente a sus huéspedes eventuales para impedir que sufrieran hambres inoportunas, incitándoles con perfume y color a ser comidos.

Pero nadie como el propio Oviedo estaba capacitado para dar un testimonio digno de crédito acerca de los atributos de la Isla, ya que era cronista oficial de la Corona y nada menos que Notario Público. Oviedo hizo un recuento minucioso de los árboles, las plantas y las yerbas, indicando cuáles eran comestibles, y por cierto que su entusiasmo se expresaba en términos concretos y no abstractos como los del Descubridor y el físico Chanca. Al descubrir el níspero, ese pequeño planeta de dulzura y deleite gustativo, exclama: "Esta fruta es la mejor de

todas las frutas, a mi juicio é de otros muchos que suelen decir lo mismo, porque es del más lindo sabor e gusto que se puede pensar, e yo no hallo cosa a que se pueda comparar ni que se le iguale". Y luego dirá otro tanto de la piña. "Este es uno de los más hermosos frutos que yo he visto en todo lo que del mundo he andado". Pero, al llegar a este punto, Oviedo se deja arrastrar por sus sublimaciones gastronómicas, y asciende a las más altas esferas de los mecanismos cognoscitivos, planteando los atributos de la piña en el marco último de la actividad sensorial, como lo habría hecho Santo Tomás al definir la esencia de la belleza. "No pienso que en el mundo la hay que la iguale en estas cosas que agora diré, las cuales son, hermosura de vista, suavidad de olor, gusto de excelente sabor, así que de cinco sentidos corporales los tres que se pueden aplicar a las frutas, y aun el cuarto, que es palpar, en excelencia participa de estas cuatro cosas". Solo le faltaría oír crecer la piña como en cierto poema del poeta Valery se oiría crecer la yerba, para aplicar el quinto sentido corporal a esta fruta y completar así el prisma cognoscitivo de Santo Tomás.

Oviedo exageraba hasta el punto de ponderar la palpación de la piña que, como se sabe, está cubierta de escamas espinosas e ingratas al tacto. Pero ello en nada desestima el hecho real de que es una fruta excelente y deliciosa, y por tanto de que la Isla disponía de recursos naturales suficientes para sustentar a sus eventuales visitantes.[3] Tierras fértiles, empapadas por lluvias torrenciales, recogidas por las montañas más altas de las antillas. Clima ardoroso. Grandes ríos. Para muchos, un paraíso. Y, efectivamente, a la llegada de los españoles la Isla se encontraba totalmente poblada. Todas las indicaciones conducen a la certidumbre de que sus pobladores no pasaron nunca por la experiencia colectiva del hambre. No pocas veces los arqueólogos han detectado su presencia por los residuos de sus comilonas.

* * *

Y hay otro aspecto de la cuestión. En cierto modo la Isla había sido preparada para recibir adecuadamente a sus huéspedes, a través de una serie de sucesivos descubrimientos, cada

uno de los cuales ha debido hacer un aporte para enriquecer sus recursos naturales. El descubrimiento europeo, que ha sido el único considerado como tal, es en realidad algo así como el quinto y acaso el sexto descubrimiento de la Isla. En este orden de cosas los españoles llegaron muy tarde. Siendo así que descubrir significa sacar a la luz algo que antes ha debido encontrarse "cubierto" o escondido a los ojos de alguien, la Isla se encontraba efectivamente escondida tras las murallas del océano.[4] Pero no para los aborígenes que se encontraban allí desde tiempos inmemoriales. Colón fue ciertamente un descubridor, pero no el descubridor absoluto. Fue quien descubrió la Isla a los ojos del Viejo Mundo. Pero antes la Isla había sido reiterada y sucesivamente descubierta para otros ojos.

No se sabe a ciencia cierta quiénes fueron sus genuinos y primordiales descubridores. Después de diversas conjeturas que han llegado hasta presumir la posibilidad de una población establecida cuando se separaron los continentes, de acuerdo con la teoría de Wegener, se tiene hoy por cierto que la Isla fue sucesivamente descubierta por varias oleadas de descubridores aborígenes, para quienes anteriormente había permanecido en las sombras del Mar que hoy llamamos Caribe. La cuestión es quién o quiénes fueron los primeros en llegar.

En lo que se refiere a LA ESPAÑOLA, cuyo descubrimiento es el que obviamente concentra la atención de los fundadores del Nuevo Mundo que aquí emprendieron su tarea, se conocen cuatro y quizás cinco poblaciones sucesivas antes de la llegada de los españoles, y procedentes de Tierra Firme. Bien pudieron haber llegado siguiendo la vía de Yucatán, saltando a Cuba y luego a esta Isla por su extremo occidental, pero las fuentes arqueológicas y lingüísticas permiten establecer un orden inverso, que sería partiendo de las costas de Venezuela y saltando de isla en isla por el arco semilunar que tienden las antillas en torno al Mar Caribe, hasta Puerto Rico y luego a esta isla. Hoy se tiene por seguro que las diversas poblaciones aborígenes procedían de la cuenca del Orinoco, en su mayoría pertenecientes a la familia de los arauacos, de los cuales se encuentran representantes actualmente en las Guayanas.

Parece que los primeros en llegar serían los *guanahatabeyes* o *guanahacabibes,* que bien pudieron seguir naturalmente su camino hacia Cuba, impulsados por alguna tendencia al nomadismo, pero bien pudo ocurrir que fuesen empujados por una oleada posterior más agresiva, los *siboneyes* o *ciboneyes.* También éstos pudieron obedecer al mismo instinto y proseguir hacia Cuba o ser expulsados por una nueva oleada igualmente agresiva, los *taínos.* Sólo la fuga parece haber sido el motor de los desplazamientos, si se supone que una vez establecida una población, perdía su agresividad y quedaba expuesta a la de la oleada más reciente. Esta tesis parece ser corroborada por el hecho de que a la llegada de los españoles, los taínos se carcterizaban por su dulzura y se encontraban sometidos a la actividad de una oleada extremadamente agresiva, los *caribes,* que legaron su nombre al mar que servía de escenario a su impetuosa marcha. Los caribes pudieron haber sido dos grupos distintos, los que se establecieron en el Macorix del norte y los del sur, ambos identificados como *macurijes* o *macorixes.*[5]

Los asientos arqueológicos cubanos nos muestran que ese ha debido ser el proceso seguido por las diversas oleadas aborígenes, toda vez que los restos guanahatabeyes se encuentran en el extremo más lejano de la isla de Cuba, en la península que conserva nostálgicamente su nombre y donde hicieron vida troglodítica, acaso porque para saltar al continente debían ser capaces de enfrentarse a los *mayas* en Yucatán, y esa era una empresa superior a sus recursos. En el centro de Cuba *(los Jardines de la Reina)* se encuentran los restos siboneyes, y por fin en el extremo oriental, la porción más próxima a Santo Domingo, se encuentran ya restos taínos, como si a la llegada de los españoles ya se encontraran en fuga bajo la presión caribe. El proceso de sucesivos asentamientos con el consecuente desplazamiento en favor de una tribu más agresiva, resulta interrumpida por una quinta o sexta oleada, la de los españoles, que no eran aborígenes, pero que se insertaron inevitablemente en el proceso que tenía por escenario la Isla que ellos denominaron LA ESPAÑOLA.[6]

Este proceso, que parece ser el emblema histórico de esta Isla que amó Colón, no se detuvo necesariamente con el descu-

brimiento colombino. Andando el tiempo, una nueva oleada, la de los *filibusteros* y *bucaneros,* tan europea como la de los españoles, y por tanto igualmente descubridora, entró por la isla adyacente de LA TORTUGA de donde pasó muy pronto a la isla principal, que entonces llamaron *Grand Terre* en lugar de LA ESPAÑOLA y se establecieron allí más firmemente que cualquiera de las oleadas aborígenes, levantando entre el este y el oeste de la isla una sólida muralla lingüística. La gastronomía representó su papel porque el "boucan" que dio su nombre a los bucaneros, era un procedimiento para secar las carnes que obtenían libremente en las costas abandonadas de LA ESPAÑOLA. El procedimiento consistía en someter la carne a la acción prolongada del fuego, al que iban a dar los huesos del animal a manera de leña, según parece con un efecto especial sobre las tiras de la carne ya seca.[7]

Todavía puede hablarse de un séptimo descubrimiento. Un autor norteamericano refiere la historia de una compatriota suya, una periodista llamada Cora Montgomery a la que sus colegas apodaron "la filibustera" por sus hazañas. Esta dama escribió un libro amoroso titulado OUR WINTER EDEN (Nuestro Edén Invernal), consagrado a su vivienda en una barriada, San Carlos, de Santo Domingo y logró llevar a cabo una inmigración de colonos americanos seducidos por la propaganda. La nueva colonización fracasó por la llegada de los españoles en 1861 y la consiguiente guerra, llamada de la "Restauración", que concluyó en 1865.

* * *

Pero lo que importa es que tanto los españoles que llegaron en sus carabelas, como los sucesivos indígenas que llegaron en sus canoas y los bucaneros que llegaron en sus filibotes, encontraron ya en la Isla todo lo que pudieran necesitar para una alimentación balanceada.

Los guanahatabeyes iniciales fueron quizás los menos afortunados, pues no son muchas las plantas acerca de las cuales se tiene constancia de un origen espontáneo en este territorio, quizás el cajuil (marañón) o la auyama (calabaza) que aquí conservan su nombre aborigen. El curso evolutivo de la mayo-

ría de los cultivos que se encontraban en la isla cuando las conoció Oviedo, se ha podido remontar a sus antecesores en Tiera Firme,[8] por lo que es posible que los guanahatabeyes, y las oleadas aborígenes que les sucedieron, se hayan visto obligados a trasplantar aquellas plantas que preferían para su alimentación mientras vivieron en sus lugares de origen en el Continente.

De manera que los recursos nutritivos propios de la Isla a la llegada de los españoles, fueron el resultado de una constante contribución de las diversas poblaciones que sucesivamente la descubrieron y la poblaron. Se hizo cada vez más adecuada para la supervivencia humana. Y así, como lo considera Xavier Domingo, los descubridores pudieron disponer desde el primer momento de una generosa despensa: "Con los cielos y los mares de un azul nunca visto antes, los hombres de Europa van a descubrir un sinfín de frutas, aves, peces y animales de nombres extraños y desconocidos: manioc, patata y batata o aje, ajíes o chiles, tomates, ananás, aguacates, mangos, guayabas, tomates, maíz, guajolotes, otomíes, y otros cientos de cosas con sabores, aromas y colores inimaginables".[9]

Es claro que esta primera experiencia tuvo lugar en LA ISABELA, y por allí deberá comenzar cualquier tentativa de recorrido histórico del hambre en este territorio, partiendo del criterio de que antes del hambre, fue la abundancia.

EL PRIMER MENU

Sin embargo, el criterio secularmente establecido es completamente adverso. Según el criterio más generalizado, la primera tentativa de colonización del Nuevo Mundo fracasó cuando LA ISABELA debió ser abandonada, principalmente a causa del hambre y de las enfermedades provocadas por ella. La tesis debe serle atribuida a Oviedo, quien la sostiene con diversos argumentos, entre ellos el de que los inesperados pobladores se vieron obligados a comer "serpientes"... Pero Oviedo no vivió esa realidad y la refirió de oídas. Serpientes no hubo nunca en la Isla. Si el hambre hubiese sido tan atenaceadora que obligara a perseguir a las insignificantes culebritas

que sí se encuentran, habría sido necesario escudriñar los bosques, y en tal caso pronto habrían aparecido las más suculentas frutas, ya que éstas no se esconden sino que por el contrario se ofrecen amorosamente, incitando a los exploradores con aroma y color.

Refiere Las Casas que tan pronto como comenzó a edificarse LA ISABELA, el 6 de enero de 1493 ("porque no se perdiese tiempo ni se gastasen los mantenimientos en balde",[10] como dice él, o sea, cuando todavía no pudo haberse presentado el hambre susodicha), Colón ordenó a Ojeda que llevase a cabo un reconocimiento por el interior de la Isla, cumplido el cual fue informado de que "hasta los dos días que había hecho de camino, salido de la Isabela había tenido algún trabajo por ser despoblado, pero que, descendiendo un puerto,[11] había hallado muchas poblaciones a cada legua, y que los señores dellos y toda la gente los recibían como a ángeles, saliéndolos a recibir y aposentándolos, y dándoles de comer de sus manjares..."

En buen romance esto significa que, desde los primeros días, los españoles conocieron los alimentos aborígenes y fueron calificados de "manjares". Es verdad que para entonces esta palabra no tenía las connotaciones sublimes que le atribuímos en la actualidad y, de hecho, no implicaba juicios de valor. Un manjar era cualquier sustancia comestible. Es verbo en francés e italiano, *manger, mangiare,* proveniente en ambos casos de la misma raíz latina que en español, y significa simplemente comer. No necesariamente buen comer. Pero lo que nos interesa es que en fecha muy próxima estos manjares fueron conocidos y degustados por el paladar europeo y no consta en las crónicas que les pusieran mala cara. Comieron, y eso es lo que importa.

Dos meses después, en marzo por lo que cuenta Las Casas, quedaba todavía bizcocho y trigo y por esos días debían estar llegando a Sevilla las naves que despachó el Almirante a fines de enero. En esos momentos, según lo registra Andrés Bernáldez en su "Historia de los Reyes Católicos", zarpó para La Española una flota que debió llegar a fines de mayo o principios de junio: "En el año de 1494 que vinieron los navíos de Las Indias, dejando al Almirante en La Española, con gente caste-

llana, en tareas de edificación, envió otra armada el señor Don Juan de Fonseca, deán de Sevilla, con refresco para la dicha gente de mucho pan e vituallas".[12]

De manera que en los primeros seis meses, que se supone, y además se afirma rotundamente, que fueron los más duros y en los que se sufrió más hambre porque se acabaron o deterioraron los bastimentos venidos de España, se pudo disponer de tres fuentes de alimentación: lo que quedaba, lo que vino en la armada del Deán de Sevilla, y lo que se pudo arañar en la Isla. Pero esto último no ha debido ser poco pues esos fueron los días del Alzamiento de Roldán y los rebeldes montaron tienda aparte, resolviendo los problemas de avituallamiento, según los más reveladores indicios, con los manjares proporcionados por la exótica despensa aborigen.

Pero ¿cuáles han podido ser esos manjares? Acomodando la imaginación al paladar europeo, podemos suponer que uno de los platos pudiera ser el filete de *jutía,* comparable al de liebre, acompañado de casabe, también comparable, al menos en el contexto, con el pan de trigo, y de hecho los españoles se refirieron invariablemente al casabe como el pan de los aborígenes. Muy bien pudo ser el filete de *iguana* en lugar de jutía, y a ello se debería la confusión de Oviedo a juzgar por el testimonio de un testigo muy precoz, el Dr. Chanca, quien efectivamente vivió aquella experiencia y actuó en ella en su condición de médico. El Dr. Chanca atestigua que los indígenas "comían SERPIENTES que eran como cocodrilos excepto por el tamaño, llamados IUANNAS", con lo que se verifica que esto que Oviedo leyó, y considero como "serpientes de cuatro pies", no se refería literalmente a las serpientes, sino a un animal "como los cocodrilos", que el indio llamaba iguana. Todavía así se llama y se come aunque no preparado a la manera que probablemente conocieron Ojeda y sus acompañantes. Los conocedores afirman que el plato era preparado con exquisito cuidado. Los cocineros aborígenes limpiaban y lavaban primeramente el animal, luego lo enrollaban y lo ponían en una cazuela justo del tamaño necesario para que cupiera; se le echaba un poco de agua y entonces se le hervía a fuego lento sobre candentes palos de madera dulce que despedía poco humo. De la manteca, dicen, se hacía un caldo o potaje exce-

lente, y los huevos del mismo animal, que compondrían un plato adicional, se hervían aparte. "Los indios lo consideraban un gran lujo como nosotros consideramos el faisán".[13] De suerte que si los españoles pronto comieron serpientes, entendiendo por tales las sabrosas iguanas, no han debido lamentarse mucho de la experiencia.

Pero no seamos intransigentes. Se trata de los refinamientos de la cocina aborigen —la *jutía* y la *iguana*— y bien pudieron ser un escándalo para algunos paladares consentidos. Estos platos han debido ser condimentados con ciertos productos extraños de la tierra, ajíes picantes por ejemplo, y quién sabe qué yerbas aromáticas y provocadores zumos. Un cambio de sazón es siempre un acontecimiento no pocas veces deplorable. "Acabamos de entrar en las nuevas tierras, comenta Xavier Domingo, y aun tenemos en el paladar capas y capas de gustos de la vieja despensa".[14] Se comprende. Este autor nos ofrece un detallado recuento del menú de los Reyes Católicos y por él se puede ver sin que fuera muy impresionante, la distancia relativa entre el menú europeo y el aborigen...

Juan de Castellanos, el poeta sevillano del siglo XVI, decía en una de sus famosas "Elegías":

> "Teniendo pues navíos preparados
> bizcochos, vino y otros bastimentos"

El vino parece haber sido la sangre de los españoles y sin duda embarcaron antes que los marineros por lo que aquí se ve. Dicen que los primeros vinos que salieron para las Indias fueron los de Huelva, probablemente el "condado viejo", de lo que se sienten muy orgullosos los onubenses actuales. Pero no hay consenso. Hay quien afirma que a las primeras velas se agotó y el Almirante debió cargar de nuevo en Canarias sin haber afrontado todavía la mar gruesa.[15] Esto significa que a La Española siempre debió llegar poco y, naturalmente, sin vino no se podría comer y menos un filete de jutía.

Para un viaje siguiente, Colón hizo relación a la Corona de los bastimentos que debían enviarse a La Española. En primer lugar, bizcochos y vinos, y a continuación vinagre, queso,

garbanzos, habas, arroz, almendras, pasas, pescado salado y redes para pescar, así como para la provisión de carnes, ovejas, carneros, cabritos (que en Canarias se conseguían baratos), todos los cuales debían llenar dos carabelas destinadas al efecto.[16] Por supuesto venían otras cosas, medicinas, aparejo para los caballos que ya se encontraban en la Isla, y materiales para reparar las naves. La Corona designó a un oficial para administrar los comestibles y su primera recomendación seguramente tuvo que ver con el vino, que debía ser insustituible en las Indias, aunque consta que fue sustituido con las bebidas que los indios preparaban con zumo de maíz y de yuca.

Hay otro bastimento al que ha correspondido un papel inestimable en la empresa de Indias, el pan nuestro de cada día. Los españoles llaman al pan, pan, y al vino, vino, porque estas son las dos grandes joyas de la dieta nacional. Aquí en La Española no los encontraron —uva y trigo— dados en la naturaleza. Tuvieron que viajar. Para ello el pan tuvo que ser cocido (cocho) dos veces (bis) y convertirse en bizcocho. En la Isabela el vino debe haber desaparecido pronto y hubo un momento en que también el bizcocho comenzó a escasear. Para mediados de marzo, unos tres meses después de la fundación de la ciudad, ya la gente se encontraba, como refiere Las Casas "muy fatigada, porque, de muertos o enfermos, pocos se escapaban y los que de todo estaban sanos, al menos estaban, de la poca comida, flacos y cada hora temían venir al estado de los otros... tanto más caían enfermos y morían cuanto los mantenimientos eran menos y las raciones dellos más delgadas... y porque ya se acababa el bizcocho y no tenían harina, sino trigo".[17] Colón ordenó que se moliera el trigo de alguna manera para convertirlo en harina y éste fue uno de sus primeros tropiezos. La gente no había venido al Nuevo Mundo para construir molinos, y menos si estaban hambrientos.

Sin embargo, ya hemos visto que el 6 de enero, a poco de cantar la primera misa, se había enviado a Ojeda, acompañado de Bernal Díaz, a reconocer la Isla, tras de lo cual informó que los pueblos aborígenes le habían ofrecido sus "manjares". Esto significa que al mes de estar en la Isla ya conocían los manjares de los Indios y no pocas frutas para sofocar, con un poco de diligencia y menos literatura, los azotes del hambre.

Por lo demás, cuando el hambre aprieta, las capas de gusto de las viejas despensas comienzan a ceder una tras otra, lo cual no ha podido ser muy difícil para los españoles colocados en ese trance. Es sabido que mostraron cualidades verdaderamente excepcionales en un conquistador. De otra manera no habrían podido emprender aquella empresa gigantesca. Bernal Díaz cuenta que para una de esas expediciones a Tierra Firme, los únicos bastimentos que llevaba la flota eran casabe y tocino,[18] lo cual nos revela que una de esas excepcionales cualidades del conquistador, era la frugalidad. La falta de alimentos no fue nunca un obstáculo para la empresa.

Junto a su frugalidad había que reconocerles también sus facultades de adaptación. Muy pronto imitaron a los indígenas en su aprovechamiento de los recursos del contorno. Refiere el cronista Herrera en otro contexto que "el contar y medir las tierras por montones comencó con otros muchos órdenes, en La Española, porque el sustento de los naturales, i después, hasta que hubo trigo, de los españoles que la poblaron, fue una raíz que llaman yuca... i el fruto llaman en las Indias cacabi. Destas raízes se hacen las sementeras más útiles, y assi dieron en su labor los Españoles, i para ello pedían, y se les repartían tierras"...[19]

La adaptación llega aquí casi a convertir a los españoles en naturales. Y ello nos conecta con aquel otro gran cargo que Las Casas enrostró a los conquistadores, el de que arrebataban al aborigen sus mujeres con todo género de violencia, incluyendo el homicidio cuando fue necesario. En efecto, la nostalgia de sevillanas o extremeñas fue muy pronto sustituida por el disfrute inmediato de las indias semidesnudas. Higuemota dejó esa imagen perpetua de la aborigen en flor, con sus pechos al aire oloroso (el aire oloroso que ponderaba el Descubridor), seducida por Hernando de Guevara, un doble conquistador con quien compartió las delicias de la anestesiante hamaca. De sus amores debió brotar la ciudad de Santo Domingo, ya que el seductor obtuvo de ella la información de que había oro abundante en los alrededores. Efectivamente se descubrió una pepita histórica que, por cierto, fue a dar al fondo del mar en el naufragio en que también desaparecieron Roldán y Caonabo.

Fue ese hallazgo y no las enfermedades y menos el hambre, lo que determinó el abandono de LA ISABELA.

Queda, pues, confirmada la capacidad de adaptación de los españoles a la realidad americana. Josué de Castro se ha referido a ella en alguno de sus ensayos. "Los portugueses y los españoles constituyen los únicos pueblos europeos que en nuestros trópicos asimilan enteramente los hábitos nativos por la imitación del indígena, en contraste con los anglosajones que, esencialmente conservadores, insisten en mantener en nuestros climas, lo más que pueden, los mismos hábitos de vivienda, alimentación y vestuario europeos".[20]

La misma idea la expresa Pedro Henríquez Ureña de manera más minuciosa, al explicar cómo los españoles se adaptaron al indígena: "Aprendieron a comer su comida y a guisarla a su manera, a gustar sus bebidas y a utilizar sus hierbas medicinales, de él aprendieron a fumar, a construir y usar sus canoas y piraguas, sus cacharros, sus tejidos, sus hamacas, adoptaron sus métodos de caza de animales salvajes, su sistema de cultivo en terrazas con muros de contención en terrenos inclinados. Usaron sus caminos y canales. Tomaron centenares de palabras de sus muchas lenguas... En resumen, las culturas nativas fueron decapitadas y toda la "alta cultura" del indio desapareció... pero las técnicas comunes de la vida perduraron y se mezclaron con las europeas".[21]

Tales consideraciones nos muestran que, por un lado la frugalidad y la extrema capacidad de adaptación de los españoles, y por el otro los recursos propios de la Isla, hacían prácticamente imposible que se pasara hambre en ella. Estos recursos provenían de los tres niveles geográficos: tierra, cielo y mar.

* * *

Comencemos por los últimos. Y por un hecho. Los recién llegados eran avezados marineros y no carecerían, por definición, de capacidad y recursos para aprovechar las posibilidades nutritivas de un mar que les rodeaba por todas partes. Recuérdese que entre los bastimentos que Colón relacionó

para uno de sus viajes a La Española, figuraban las redes de pescar. Pero, si de todos modos se encontraban incapacitados para valerse por sí mismos, los aborígenes han podido ayudarles, pues poseían sus propias técnicas para hacerse de pescado, tanto en los ríos como en el mar. Se sabe que si hay dificultad para la preparación del pescado, el buen marino lo come crudo. Las Casas describe amorosamente aquella especie de granjas que los indios tenían en la bahía de Cienfuegos, en Cuba, "con corrales hechos de cañas dentro de los cuales estaban estancadas 20,000, 30,000 y 50,000 lizas". Y se sabe que en La Española los aborígenes utilizaban la flecha, el veneno y la red de bejucos que colocaban en los ríos. Aprovechaban además los moluscos, ostiones y almejas, hasta el punto de que sus asentamientos arqueológicos están constituidos y son identificados por depósitos conchíferos. Asimismo los crustáceos. La palabra "jaiba", una variedad de cangrejos, es aborigen.

El cielo no era menos pródigo. Como primitivos absolutos, los indígenas eran excelentes cazadores y tenían a su disposición una gran variedad de especies volátiles nativas y migratorias. Todavía hoy la Isla es una estación de invierno para algunas especies, a pesar de que la cacería intensa e indiscriminada, así como la tala igualmente intensa e indiscriminada de los bosques, ha desalentado el turismo de la naturaleza. Se sabe que en esta materia los españoles no eran muy exigentes. Cuenta Las Casas que en Cuba se comieron en lo que canta un gallo, y a falta de gallo, 10 mil papagayos en diez días. En La Española encontraban las cotorras, ave nativa y peculiar de la Isla. Y, todavía más suculentas, las cinco especies de patos que según la Señora Dodd hay en la actualidad, algunas endémicas, entre ellas la "yaguaza",[22] su nombre aborigen, y por supuesto las tórtolas, las codornices, y las rolas, rolitas y rolones, que ahora se encuentran, tanto en los supermercados en cajitas de media docena, como en las calles principales de la capital, levantando el vuelo al paso de los automóviles de último modelo.

Y por fin el recurso supremo, la tierra, a todos los niveles, pasando por una etapa intermedia que podría ser el "palmito", ni raíz ni fruta, puesto que está separado de la tierra por el

tronco, y del cielo por el follaje de la planta. En realidad consiste en el cohollo de las diversas especies de palmera existentes en la Isla, y constituye un plato exquisito exento de preparación, directamente comestible, aunque presenta el inconveniente de que exige el sacrificio de la planta completa, que de otro modo se habría apoderado ampliamente del menú internacional en forma de una atractiva ensalada sumamente apetitosa y delicada, toda vez que consiste en las hojas en embrión y supone la última exigencia de ternura.

Pero, bajando al nivel subterráneo, se encontraban en la Isla diversos tubérculos y raíces propias par aderezar un ventajoso condumio. En primer lugar, la yuca, que ha sido el plato predilecto de los aborígenes de La Española. Naturalmente, los españoles no habrían podido aprovecharlo sin el concurso de la experiencia aborigen, pues como es sabido, el zumo de la planta contiene una proporción muy elevada de ácido cianhídrico, capaz de consumir una existencia en cuestión de segundos. La sabiduría indígena había conseguido aprovechar sus reservas nutritivas ampliamente, una vez que descubrieron que ese ácido es muy volátil y se hace inofensivo en cuanto se le somete a la acción del fuego. Cuando las condiciones de la convivencia con la civilización europea les resultaron insostenibles, los aborígenes de La Española optaron por el sumo en estado puro y abandonaron este mundo, primero individualmente, después por familias enteras y por fin por aldeas que un día despertaban con todos sus habitantes envenenados.

Con la yuca se preparaban diversos platos y bebidas según que se utilizaran las fibras o el zumo, y siempre a condición de que se tratara al fuego. El producto principal era el universal casabe, que era en definitiva el pan folklórico y continúa siéndolo.

Con la yuca se alternaban la batata (o patata dulce, sweet potatoes de los ingleses), la yautía, el ñame, el mapuey, la auyama o calabaza, el tomate, algunos condimentos como el ají o pimiento entre los conocidos, y además los lerenes, un tubérculo parecido a la papa, y el maní. Todos estos productos, muchos de los cuales conservan su nombre aborigen, eran convenientemente preparados por los aborígenes. Por cierto que un autor señala que "un cálculo en base a las modernas

estadísticas de cuentas nacionales, nos indica que un 5.3% del tonelaje total de productos agrícolas que produce hoy en día nuestro país, está representado por los productos antes mencionados que cultivaban y consumían nuestros aborígenes", y plantea que si se consulta al campesino actual acerca de su dieta, "indicará que como *víveres,* es decir, yuca, batata, maíz, yautía, mapuey, los mismos tubérculos que consumían los indios".[23] Y habría que recordar que tradicionalmente se sirven todavía, como acompañantes insoslayables de las mesas navideñas, los lerenes y el maní hervidos.

En resumen, no había lugar para el hambre en la Isla, ni siquiera para aquellos huéspedes europeos de gusto más caprichoso, refinado y exigente. El Dr. Moscoso Puello no es, empero, partidario de esa opinión según lo deja ver en su obra "Apuntes para la Historia de la Medicina", en su parte consagrada a la alimentación. Allí cede la palabra a un tal Barón de Winipfenn más interesado en desacreditar a los españoles que en dar a conocer las riquezas nutricionales propias de la Isla en aquellos tiempos. Y vale la pena escucharlo aunque solo sea porque sus opiniones negativas solo pueden llegar a conclusiones positivas:

"¿Qué produciría esta Isla antes de la llegada de los españoles? Nada, o casi nada. Yo pienso en qué podría ser el fondo de la alimentación de los indios y no encuentro en el reino animal otra cosa que los caimanes, muy raros, los cangrejos de tierra o tourlaroux, las culebras, los lagartos y algunas aves, porque las ratas mismas, de las cuales el país está tan extraordinariamente poblado, son de emigración europea. El reino vegetal no ofrece más que algunas yerbas, algunas raíces, algunas castañas, algunas malas frutas, con excepción de la piña y el zapote, cuya dulzura sobrepasa la de todas las frutas conocidas en Europa, pero de las cuales uno se fastidia con la misma facilidad —y yo no creo que ninguna de estas dos últimas producciones sean indígenas de Santo Domingo— el limón, de una especie pequeña, pero buena especie, la naranja agria, el yame marrón y quizás el *chan caraibe,* si ésta no ha sido importada de las Islas del Viento. Agréguese la pesca en la costa y en los ríos y en los cuales abunda mucho, a aquellos recursos y no preguntamos todavía de qué vivían los habitantes de un país que nos

han pintado como extremadamente poblado, por si hemos de creer en la fanfarronería española. Ningún país ha sido jamás como Santo Domingo en el momento del Descubrimiento".

Y bien, con los argumentos de este pintoresco Barón de Winipfenn se puede convencer a cualquiera de que en la Isla se podía carecer de todo, de navajas de afeitar y de espejos biselados, pero no de alimento de fácil obtención y de preparación sencilla. Con la piña, el zapote y el níspero, con algunos peces y moluscos, con algunas aves y reptiles, y un día con otro con unos cangrejos hervidos, había para ir tirando en lo que llegaban las naves españoles. La vida iba mostra que el paladar europeo no iba a necesitar la crisis para hacer aventajado provecho del menú aborigen. Todos sabemos cómo la papa o patata se apoderó de las mesas de ricos y de pobres en el Viejo Mundo y, como nos cuenta Pedro Henríquez Ureña, "la hoy humilde raíz de la batata fue en su día una de las golosinas más apreciadas en las mesas europeas, como lo demuestran muchos escritos de españoles y portugueses".[25]

LA OTRA CARA DE LA AVENTURA

La versión antes mencionada que nos da Oviedo del hambre padecida en el contexto de LA ISABELA, esconde un misterio que el Cronista no oculta por mucho tiempo. Refiere que los españoles morían al regresar a España "con la color del oro pero no con el lustre". El sol de la isla es el más adecuado para alcanzar este resultado pero Oviedo prefiere explicarlo "a causa de lo que acá habían padecido es porque los bastimentos y el Pan de España son de más recia digestión que esta hierbas y malas viandas que acá gustaban". Primer detalle: gustaban de las hierbas y las malas viandas, con lo que se explica que pudieron librarse de los azotes del hambre. Pero sucede que en medio de su relato sobrevienen unos vientos del norte ("que en Castilla llaman *cierzo* y en esta Isla es enfermo") y a consecuencia de ello murieron no solamente muchos cristianos "pero, como he dicho, los naturales indios". Segundo detalle, las muertes por hambre fueron auxiliadas por estos vientos castellanos que solo se conocieron en LA ISABELA, pues se tiene la

certeza de que los indios no conocieron ni el hambre ni el cierzo. Pero estos son detalles que todavía no nos explican el misterio.

Pero podría agregarse un tercer detalle, porque Oviedo presenta a aquellos aventureros que se lanzaron con Colón a lo desconocido y que figuran en la historia como verdaderos gigantes, de una manera incongruente, como seres pasivos a quienes los primeros síntomas de hambre o las primeras brisas del norte, le cambian el color y acaban por despacharlos al otro mundo. Los testimoniuos disponibles son innumerables y fue en base a ellos que el primero de los cargos que hizo Las Casas a los conquistadores, fue el de que arrebataban a los indios su comida y además sus mujeres. Y, si aquí se menciona a Las Casas no es porque fuera necesario su testimonio, que más valdría obviarlo para eliminar los prejuicios, sino porque uno de sus impugnadores más elocuentes, Vargas Machuca, precisamente por serlo, contribuye a darle veracidad a la imputación.[26] Este Machuca no niega que las cosas ocurrieran de esa manera, sino que ocurrieron porque no podían ser de otra. Explica él que "estando en parte tan extraña y para ellos tan incógnita y no sabida, era justo y necesario haber de constreñirlos (a los indios) a ello (a entregar su comida y sus mujeres) porque todas las cosas vence el hambre (de comida tanto como de amor) y no al hambre".*

Este es sin duda un criterio más objetivo que el de Oviedo. Vargas Machuca admite que los españoles no se dejaban morir de hambre, como tampoco de soltería, y por tanto consideraba justo, no solamente que los indios aliviaran las nostalgias amorosas de sus huéspedes con sus propias mujeres, sino que también debían alimentarlos, redoblando el trabajo que llevaban a' cabo para obtener su propio alimento, de manera que alcanzara también para los españoles. Y esto también lo justifica, ya que a los indios les sería más fácil "doblar el trabajo de las sementeras para sustentar a los huéspedes, pues de creer es que los españoles aun cuando quisieran trabajarlas por sus manos, no entendían el arte ni la sazón de las tierras".

Vargas Machuca prefirió cargar la cuenta de las supuestas penalidades de los españoles a los indios, solo porque aquellos aventureros eran españoles como él. Por supuesto, este tipo de

argumentación no fue en forma alguna avalado por España, como si no hubiera sido una gran nación cuya grandeza ha de medirse, no por estos pequeños abogados de las malas causas, sino por los otros, por los Vitoria, Las Casas, por sus innumerables memorialistas que hicieron resistencia a la locura de los aventureros, por los Velázquez y los Goya, los Servet, los Cervantes que de manera tan universal encarnaron la locura de estos aventureros en Don Quijote, y sobre todo en esa gran hazaña que consistió en dar a todo un continente su lengua, sus costumbres, su imagen y su espiritualidad.

Cuando se piensa en la grandeza de España, cuando se escucha su música y se contemplan sus danzas, cuando se leen sus poetas desde el Arcipreste hasta García Lorca y Miguel Hernández o Antonio Machado y Alberty, cuando se recorren las murallas de Avila o se contempla a Toledo desde el Tajo, uno apenas puede librarse del escalofrío al oír a Vargas Machuca hablar de unas criaturas que se defienden desesperadamente, como si fueran Malambrinos y Fortibras contra los cuales hay que volver la consideración humana. "¿Quisiera yo saber qué culpa tendrá el español y la justicia si ellos (los indios) de holgazanes se alzan cada día y se esconden por los montes, comiendo y sustentándose de frutas silvestres y raíces como queda referido, que cuando se alzan y hacen cimarrones ellos mismos queman sus casas y talan las comidas y árboles fructíferos que tienen dentro de sus labranzas, porque se fían en que es tierra caliente y que en cualquier parte que les tome la noche pueden dormir sin que les falte agua y un palmito que aunque es dulce y gustoso es pestilencial".*

Dejemos a un lado ese tema de la justicia y de la hispanidad tal como la concibe Vargas Machuca y con la que nadie podría sinceramente solidarizarse. Más importante es para el espíritu del presente ensayo, el tema del *palmito* que, como aquí se ve, resultó para los huéspedes de LA ISABELA, "dulce y gustoso" aunque para Vargas Machuca resultaba "pestilencial" sin constancia alguna de ello. Lo que del texto se desprende es que la alimentación de los indios era adecuada para los españoles, ya que de no ser así, el impugnador de Las Casas no se habría quejado de que los indios abandonasen, ya se sabe por qué, sus "comidas y sus árboles fructíferos".

* * *

El misterio queda pues en vilo. Si una argumentación tan precaria como la que hace Oviedo, primero en el sentido de la naturaleza catastrófica del hambre, luego en sus causas: aquella que adoptó Vargas Machuca, la holgazanería del indio y que es para Oviedo confabulación, y aquella otra del *cierzo* castellano, y por fin la de que los alimentos aborígenes eran "pestilenciales", ha podido sustentarse y recogerse y propagarse, es que alguna razón misteriosa, algún interés oculto, la alimenta.

El misterio se conoce. Lo reveló aquí en la misma ISLA ESPAÑOLA por allá por el siglo XVIII el párroco Antonio Sánchez Valverde, dolido de las aseveraciones de Oviedo y de aquellas que de él tomaron otros interesados. Porque no era difícil colegir que un hambre que se difunde de manera tan virulenta, hasta el extremo de cubrir el contorno de cadáveres, debe haber sido confundida con una epidemia que estalló de manera inesperada en un momento dado. Y sin la menor duda fue precisamente eso lo que ocurrió.

Desde luego, Oviedo lo supo a carta cabal. Pero si este acontecimiento terrible no había tenido lugar jamás en la Isla y solo se presenta a raíz del establecimiento de los españoles en LA ISABELA, era claro que su causa no podía ser otra que el encuentro del organismo indefenso de los aborígenes con los gérmenes desconocidos que vinieron de Europa. Y, ya sea por un noble empeño patriótico, para eliminar el contacto con los españoles en el cual iban involucradas las cuestiones morales, como la causa verdadera; o por razones de índole personal más inmediatas como lo asevera Sánchez Valverde,[27] Oviedo presentó su propia hipótesis: el hambre, el cierzo y la patogénesis alimenticia.

La verdad es que la epidemia presentó tales rasgos de virulencia que bien pudo haber sido considerada como propia de la Isla, toda vez que en Europa, donde ya había dado signos de presencia entre los soldados que se desplazaban de una nación a otra, nunca había tenido una incidencia tan brutal. Los franceses lo llamaban "mal napolitano", y los napolitanos le llamaban "mal francés". Oviedo lo llama "búas" o "bubas", y

al reconocerse en Europa recibió un nombre más poético, el de un personaje mitológico que sufrió por primera vez la enfermedad y a quien el autor de una obra que la mencionaba, dio por nombre el de SIFILIS.[28] A su vez, este personaje le cedió su nombre a la enfermedad. Y ésta sí podría ser la explicación de la catástrofe y del hecho de que causara tantas víctimas en los indios, porque el hambre de los españoles no tenía que ser necesariamente contagiosa, pero la sífilis en cambio lo era en grado extremo.

Una cosa es sabida. La ingestión de iguanas, ni siquiera la de serpientes venenosas verdaderas, produce sífilis. La sífilis se origina en la promiscuidad. Y es el propio Oviedo quien certifica la característica honestidad de las muchachas aborígenes. Reiteradamente asegura que Anacaona "y las otras mugeres de esta Isla, aunque con los indios eran buenas, fácilmente a los Christianos se daban, y no les negaban sus personas", así como que "las mugeres de esta Isla eran continentes con los naturales, pero que á los Christianos de grado se concedían" o que "las mugeres eran continentes con sus Naturales, y deshonestas con los Castellanos".

El asunto no es aquí el de establecer si esta duplicidad de las aborígenes era por grado o por fuerza, sino la de que no pudo tener lugar cuando la Isla estuvo poblada solo por naturales. Fue necesario que llegara el europeo para que apareciese en la Isla el hecho reiterado de la deshonestidad. Y es por tanto en ese punto donde se produce el estallido del fenómeno.

Un autor especializado explica en una obra titulada "Las Plagas y los Pueblos" (PLAGUES AND PEOPLE),[29] que el contacto original de unos pueblos con otros, tuvo siempre resultados catastróficos en el orden sanitario. Refiere a guisa de ilustración entre otros ejemplos, el caso de una tribu sudamericana, los Cayapos, que aceptaron a un misionero solitario en 1903, quien hizo cuanto esfuerzo le fue posible para preservar a su grey de los males de la civilización. Al llegar, la tribu estaba compuesta por una población de 6 a 8 mil habitantes. Ya en 1918 solo quedaban 500, en 1927 solo 27, y en 1950 ninguno. Y esto, según dice el autor, "a pesar de las mejores intenciones y el deliberado propósito de proteger a los indios de la enfermedad así como de otros riesgos del contacto con

extraños". El mismo autor vincula el recrudecimiento de la enfermedad para los días del Descubrimiento, al hecho del crecimiento de las poblaciones urbanas en Europa, y que también era un hecho en Tierra Firme. Pero lo más importante es que los organismos de los aborígenes no poseían las defensas naturales para resistir las enfermedades de los europeos. Como dice el autor "Todos estos factores conspiraron para hacer a las poblaciones amerindias radicalmente vulnerables a las enfermedades que los españoles, y poco después los africanos, trajeron a través del océano. La magnitud de la catástrofe resultante solo recientemente se ha hecho clara".[30]

No hay constancia de que los indios de La Española la hubiesen padecido la enfermedad antes de la fundación de LA ISABELA y, una vez que el microorganismo penetró en su sangre virgen, alcanzó una virulencia desconocida para los propios españoles, que la recibieron de nuevo con una virulencia para la cual ellos mismos no poseían las defensas naturales adecuadas. Lo mismo que ocurrió con la sífilis ocurrió con la viruela y la influenza, aunque para éstas los españoles y otros europeos se encontraban naturalmente preparados. Los efectos del reciclaje de la sífilis fueron espantosos y esto explica que los muertos alcanzaran por igual a los cristianos y a los aborígenes, sin que nada tuvieran que ver en ello el cierzo del norte ni la carne de iguana ni la falta de pan de España y de uvas pasas. Se dice que el hábito de fumar es la venganza del indio, pero la verdadera venganza, la más inmediata y la más espantosa fue la sífilis, porque tan pronto como el indio, o más propiamente la india, fue convertida en víctima, se convirtió en victimaria.

Aparte de su célebre IDEA DEL VALOR DE LA ISLA ESPAÑOLA, publicada en Madrid en 1785, Sánchez Valverde publicó el mismo año en la imprenta de Dn. Pedro Marín de Madrid su breve AMERICA VINDICADA,[31] en la que el cura acusa al propio Oviedo de ser el creador de la calumnia y al mismo tiempo de ser uno de los portadores de la enfermedad. Inclusive lo califica sin ambajes de "buboso".[32] Aquí lo que interesa es que Oviedo establece las muertes de españoles, por un lado, y el origen de la enfermedad, por el otro, en función del hambre.

Es evidente que Oviedo no se consagró a la tarea estricta y objetiva de dejar constancia de los hechos, sino que apeló a los más retorcidos recursos retóricos para abultar el hambre a términos incontrolados, sin duda para desvirtuar toda presumible conexión con la concupiscencia de los aventureros. Tal vez lo animaba una noble intención, y aquí no se trata de discutir ese aspecto, sino la tesis más o menos generalizada de que los españoles murieron de hambre tan pronto como pusieron pie en esta Isla.

De haber sido así, el recorrido histórico del hambre en este país, y originalmente en esta Isla, se remontaría a los guanahatabeyes, y prácticamente se perdería en la sombra de los siglos. Oviedo le atribuye al hambre el origen de la sífilis y para ello necesita convertir al hambre en una enfermedad infecciosa.

Con ese procedimiento, Oviedo hacía más mal que bien a la causa que se proponía defender. Al proporcionar los argumentos de que la sífilis era originaria de La Española, automáticamente convertía a los españoles en los introductores de la enfermedad en Europa.

Mejor hubiera sido admitir el origen europeo de la enfermedad y explicar que no los españoles en su conjunto, sino solo uno de ellos era suficiente para infectar a toda la comunidad aborigen, con lo cual esta enfermedad adquiriría una virulencia extrema que le sería devuelta al español que cometiera pecado. De hecho no todos los españoles contrajeron la enfermedad. La mitad de los soldados que tenía Mosén Pedro Marguerite en la fortaleza de Santo Tomás murió. Pero no Mosén ni la otra mitad. Esto significa que el 50% de los españoles que acompañaban a Mosén, aun en la situación de soltería forzosa, en un clima ardiente y con la presencia constante de las indias hermosas y semidesnudas, se guiaron por preceptos morales y humanos que le impidieron abusar de la indefensión de las muchachas indias. De esta manera Oviedo, como nosotros, pudo haber salvado la nobleza y la hidalguía española. No es cuestión de contaminar a todos los españoles que llegaron a las Indias con la enfermedad como tampoco con la inmoralidad, la inhumanidad y el abuso de los aventureros.

LA SEGUNDA AVENTURA

De buena y felice costelación
(sic) el cielo claro y benigno.

Ordenanza de Felipe II
(1573)

La Isabela no es todo el siglo XVI. Es apenas un episodio del cual solo quedó, como un último testigo presencial, las felices constelaciones de aquel cielo claro y benigno, de incomparable belleza. Y, antes de desaparecer del todo, alguien cubrió sus ruinas con una piadosa leyenda. Las propias ruinas acabaron por desaparecer. Porque las ruinas vuelan, pero las leyendas (si escritas) quedan.

Cuentan las crónicas, que algunos cazadores perdidos en las sombras de la noche, se encontraban en las ruinas de La Isabela con unos caballeros elegantemente vestidos. Grande era la sorpresa. Pero todavía mayor cuando los hidalgos se inclinaban para saludarles quitándose el sombrero y llevándose con el sombrero sus cabezas, quedando descabezados. Y aun más, cuando descubrían que las cabezas continuaban sonriéndoles en las manos de los hidalgos. Los cazadores perdían el aliento, pero no tanto que les impidiera emprender despavoridos la fuga, por supuesto sin volver la mirada.

Se ignora qué simbolismo quiso materializar el autor de esta encantadora, o más bien encantada, leyenda. Para muchos españoles, la forma èn que fue llevada a cabo la empresa de Indias, no fue propia de gente que llevara la cabeza firmemente asentada sobre los hombros. El número de españoles equilibrados que sí vio las cosas de esa manera, y dejó constancia de ello, es incalculable. Y no solo entre filósofos, teólogos, juristas y funcionarios de categoría incluyendo algún Virrey, Arzobispo o Gobernador y Capitán General, sino también entre gente humilde que expresaba sus opiniones a través de los Cabildos, el "común", cuya voz no carecía de resonancias en la Metrópoli. Pero el más noble de todos fue un genio que en lugar de escribir un memorial escribió una novela de aventuras, el Quijote, a cuyo personaje prefirió ponerle un yelmo en lugar de sombrero, como para encerrarle la cabeza volátil en una jaula de hierro.

Hay quien sostiene, Pierre Vilar, un hispanista francés,[33] que Cervantes se inspiró en aquella generación de memorialistas insignes del siglo XVI, grandes teóricos de la economía política, que llamaron constantemente la atención de sus monarcos acerca del abismo hacia el cual la empresa de Indias, tal como era conducida, arrastraba a España. Y cita a uno de ellos, el licenciado Martín González de Cellorigo, quien escribió unas palabras a las cuales Cervantes, según el hispanista francés, iba a dar un nombre inmortal: Don Quijote. Esas palabras eran las siguientes:

"No parece sino que se han querido reducir estos reynos a una república de hombres encantados que vivan fuera del orden natural'.

Pero estas palabras fueron escritas en el año de 1600, un siglo después de la tragedia de La Isabela. El Quijote fue publicado en 1605, un año en que esa leyenda pudo muy bien ser válida para toda la Isla Española. Porque, en lo que se refiere a esta Isla, fue la ciudad de Santo Domingo la que mereció el título de "ciudad primada de América" y la que le dio por fin su nombre. Esta ciudad no fue la primera sino la segunda aventura colonizadora de España en el Nuevo Mundo, y sin duda la más trágica de todas, ya que al cerrar el siglo XVI, se suicidó.

* * *

Este horrible desenlace no tuvo ya nada que ver, ni a nadie se le ocurrió pensarlo, con algún tipo de hambre escandalosa.

El siglo XVI fue en realidad el siglo de la opulencia, y jamás pudo conocer la isla una situación de holgura y de bienestar como en esos días. Todos los navíos españoles recalaban en sus aguas cargados de mercadería y retornaban, primero con un cargamento de oro, y después con otros productos que eran equivalentes, principalmente uno que era una dádiva de la inventiva española, el azúcar producida en un mecanismo que la extraía de la caña y que había sido inventada y puesta en funcionamiento en esa ciudad.[34]

Con esta industria fabulosa fue inventado también, y como consecuencia inevitable, el llamado "sistema de plantaciones", aunque en La Española no alcanzaron ni la una ni el otro los rasgos definitivos que le imprimieron otros imperios. Pero en su época no tenían rival en el mundo y se convirtieron en una verdadera fuente de riqueza. El sistema de plantaciones se basaba en la introducción de esclavos africanos, que permitía la elaboración de un producto de elevadísima cotización en los mercados europeos a un costo increíblemente bajo: siete años de vida.

Esta industria solo planteaba una exigencia fundamental: mercado. Las demás, se subordinarían a ella. Siempre que hubiese mercado para el producto, los esclavos vendrían casi por sus propios pies, y en efecto así ocurrió con algunos de ellos, los "engagés" por ejemplo, que vinieron más tarde a las plantaciones francesas. Por su parte, los capitales de los cuales siempre estuvo sedienta esta industria, también vendrían solos, y en efecto vinieron cuantas veces fue necesario, proporcionados por alemanes y genoveses. Ya hacia 1525, Santo Domingo era el asiento de un capitalismo bulbuceante pero firmemente entroncado en el proceso histórico de la humanidad. Los nombres más caracterizados de ese proceso, los Fugger, los Welser, tenían allí sus representantes y factores debidamente instalados.

Los propios españoles adoptaban un comportamiento típicamente capitalista, imbricados con el poder público. Dos

oidores, el Licenciado Alonso Zuazo y Gaspar de Espinosa,[35] se enfrascaban en operaciones que envolvían fuertes capitales. Zuazo era propietario de un gran ingenio de azúcar, eventualmente el mayor del mundo, y participaba en sociedades mercantiles con Juan Fernández de las Veras, arrendatario de impuestos en La Española. Espinosa fundó con el tesorero de Nicaragua, Diego de la Tovi'la, una sociedad para exportar caballos de sus propias crías de Santo Domingo y nada menos que tejidos traídos de Castilla: sedas y lienzos holandeses, significativamente no españoles cuya industria textil había sido famosa en el pasado ("y de la cual hoy aun quedan restos en las numerosas moreras de la Vega Baja y los alrededores de la ciudad de Toledo")[36] Los Welser le vendieron a Espinosa 14 esclavos negros para un ingenio de azúcar que estaba por fundar en aquellos días.

Según explica el historiador Enrique Otte, el giro capitalista de la empresa de Indias le fue imprimido por los propios Reyes Católicos, por supuesto sin querer, al rescindir las Capitulaciones de Santa Fe con Colón. Indemnizaron al beneficiario y a sus herederos y "al mismo tiempo introdujeron en América el régimen capitalista de la época, al brindar a los súbditos la explotación comercial de las Colonias". Y agrega: "Desde entonces una actividad sorprendente, difícil de imaginar en nuestra época pos-capitalista, mueve a los habitantes de España y de América. Todos se dedican a buscar capital para invertirlo y convertir las ganancias en nuevas fuentes de inversiones". Y precisa:
"Todos los vecinos participan del proceso productivo".[37]

Pero a la Corona, por entonces los Habsburgos, no le interesaban los beneficios indirectos que pudiera percibir de la importación de esclavos, que de hecho permitían a Carlos V construir sus palaciones de la Alhambra (inconcluso) y de Toledo, ni las diversas formas de tributación que pudiera arrojar la producción industrial. Resultaban más atractivos los productos directos, el oro, la plata, las perlas, que aparecieron en cantidades inmensas en las tierras del Continente que se iban descubriendo y colonizando, en consecuencia, las naves se dirigieron preferentemente hacia esos puntos y abandona-

ron paulatinamente los puertos de las "islas inútiles", entre ellas La Española.

No debía ser lo más importante el hecho de que las nuevas tierras se convirtieran en un atractivo para los pobladores de la Isla. Si muchos se iban, otros pudieran haber venido, siempre que hubiera en ella posibilidades de enriquecimiento, aparte de que nadie se hubiera ido dejando abandonados sus bienes para hacerse de otros. Lo que resultó verdaderamente importante es el desvío de las naves hacia otros puertos, porque esto significó que la industria azucarera y otros productos de exportación de la isla, sobre todo el azúcar por su naturaleza industrial, perdieron aquella que era su exigencia fundamental, el mercado.

La solución habría sido simple: el mercado libre. Si la Casa de Contratación en Sevilla desviaba las naves hacia los puertos continentales, la solución era abrirle a las "islas inútiles" otros puertos españoles y eventualmente europeos, utilizando para ello las naves de los propios exportadores nativos, o permitiéndoles recibir directamente a las naves extranjeras. Pero esta idea equivalía a una blasfemia, como si contradijera la voluntad de Dios o atentara contra su señorío del imperio celestial.

Como que esa medida no se adoptó sino dos siglos después, cuando ya no tenía prácticamente sentido alguno, la Colonia pareció condenada a una irremisible decadencia. Pero la iniciativa propia encontró la salida justa: abrir los mercados a todas las potencias sin tener en cuenta su lengua o su religión, por lo que se las identificó oficialmente como "herejes", y tratar con ellas en los puertos de la banda del norte de la Isla, los más distantes de los funcionarios coloniales y los más directamente conectados con las rutas interoceánicas. Simultáneamente, exportar los productos elaborado en la Isla, el azúcar, y los que prodigaba la propia naturaleza, principalmente la corambre y otros, en los navíos de los propios exportadores, con destino a los mercados insulares y de Tierra Firme.

Como era de esperarse, la prosperidad fue la respuesta. Las cuatro naciones más activas de entonces (Holanda, Inglaterra, Francia y Portugal) comenzaron a traer productos de Europa y tratar con ellos a base de efectivo o de intercambio. En los tres cuartos de siglo que siguieron al período (1525-1528) al que se refiere Otte hasta 1603, este comercio, el famoso

"comercio intérlope", se fue desarrollando y supliendo la incapacidad de las naves españolas para dar salida a la producción nativa. Y así las poblaciones de la banda del norte y del oeste de la isla, las más alejadas de la vigilancia oficial, llegaron a convertirse en el centro de esta actividad, por encima de las restricciones legales. Se hicieron célebres las ferias de La Yaguana o Santa María del Puerto, en el extremo oeste, donde se concentraban las mercancías destinadas a las naves extranjeras: azúcar, cueros, añil, jengible, cañafístola, miel y cera, maderamen, las naranjas siempre apetecidas por los marineros para combatir el escorbuto y otras, producto que, a su vez, se traducían en harina de trigo, vinos, tejidos y otras mercancías que antes venían de España.

El otro aspecto de este comercio, el menos tenido en cuenta por cierto, es el más interesante. Es el tráfico llevado a cabo por los propios productores nativos en naves de su propiedad.[38] Jerónimo de Torres en su famoso Memorial de 1577 lo menciona cuando, al hablar de la actividad de esta zona, dice que "esta gente de estos pueblos, ora sean españoles, o los que de ellos nazen, o los mestizos, que ay algunos muy ricos, todos son gente muy regaladad", lo cual es muy importante porque da la medida del éxito de la solución adoptada. Pero, lo es más cuando él mismo explica de donde le vienen la riqueza y el regalo, pues "con los muchos esclavos que tienen hacen labranzas y envíanlas a Tierra Firme a vender, y traen los dineros, esto es, a los ricos que pueden tener navíos que llevan sus frutos".[39]

La importancia de este aspecto del comercio clandestino de la época, reside en su capacidad para producir el ingreso de numerario procedente del exterior, divisas, como decimos ahora. Y obviamente colocaba a la colonia el sendero del capitalismo, fundado en la industria azucarera, capaz de disparar la acumulación de capitales. Como se sabe, unos de los rasgos distintivos de este proceso, consiste en que el comercio con extranjeros determina el predominio de la ciudad sobre el campo.[40] Las ciudades portuarias alejadas del control de las autoridades situadas en el sur, se convirtieron en un foco de atracción hacia el cual convergían los productores del campo. Así, las connotaciones feudales del campo respondían a las

connotaciones capitalistas de la ciudad. Un contexto netamente capitalista, aun en su etapa balbuceante.

En este punto se encontraba la colonia en los albores del siglo XVII, en 1600 y pico, cuando ocurrió lo increíble. Las ciudades en cuya vientre palpitaba el embrión del capitalismo, esa fuerza histórica que iba a avasallar a la humanidad entera, fueron devastadas a fuego y sangre en todo el litoral, estrangulando al embrión antes de ver a plena luz el mundo que le había sido destinado. El acontecimiento no tiene paralelo en toda la historia del Nuevo Mundo.

La idea se le ocurrió a un oscuro funcionario, Baltasar López de Castro, quien dirigió a la Corona un par de Memoriales para explicar la conveniencia de paralizar el comercio intérlope, destruyendo los centros de sus actividades. La orden de devastar fue dictada para tres ciudades, pero una vez encendida la tea por el Gobernador Osorio, ya no se detuvo hasta devorar a cuanta ciudad se presumiera capaz de tratar con extranjeros, aun cuando estuviera situada en el interior de la Isla, como San Juan de la Maguana, por ejemplo, que era de las más prósperas. El resultado final —que por supuesto implica otros diversos resultados finales— fue la destrucción total y completa de la primera colonia española del Nuevo Mundo.[41] A partir de entonces dejó de llamarse LA ESPAÑOLA para convertirse en Santo Domingo, ya que en la práctica quedó reducida a esta ciudad, o a una sombra de lo que fue en el pasado.

Naturalmente, este acontecimiento nos enfrenta directamente a una situación de hambre. Pero esta no pertenece ya al siglo XVI, que abandonamos con las manos vacías. Ni en la primera ni en la segunda aventura colonizadora, hemos podido hacer acopio de aquellos elementos que pudieran indicarnos que estábamos en presencia de los orígenes del hambre en la historia dominicana.

No queda otra posibilidad que apelar al siglo XVII.

NOTAS Y REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

1. Véase su HISTORIA GENERAL Y NATURAL DE LAS INDIAS (Biblioteca de Autores Españoles), Tomo I, Capítulo XIII, Madrid, 1959.
2. Esta cita la había utilizado ya el autor en TRES LEYENDAS DE COLORES, Taller, Santo Domingo, 1978.
3. Parece que, en efecto, la población aborigen era considerable a juzgar por los estudios del Prof. Frank Moya Pons quien en base a técnicas científicas modernas, establece cifra del orden de millones de almas, tal vez más de tres, lo cual supone abundancia de alimento. Véase su trabajo para la Revista EME-EME, Número 33, Volumen VI, noviembre-diciemtre de 1977, titulado "Datos para el estudio de la demografía aborigen de La Española".
4. Según J.H. Parry y Philip Sherlock (HISTORIA DE LAS ANTILLAS, 1976), "decir que Colón descubrió la América es un error. Colón reveló a los europeos la existencia de continente e islas que estaban habitados, y lo había estado por muchos siglos. Colón no descubrió un nuevo mundo; tan solo estableció un contacto entre dos mundos, ambos ya viejos".
5. Véase LA POSICION CULTURAL DE SANTO DOMINGO EN LA ARQUEOLOGIA ANTILLANA", discurso de ingreso del Ing. Emile de Boyrie Moya a la Academia Dominicana de la Historia, en CLIO, Organo de la Academia, Número 112, Volumen XXV, Octubre-diciembre de 1957.
6. Felipe Pichardo Moya: LOS ABORIGENES DE LAS ANTILLAS, México-Buenos Aires, 1956.
7. Charles Callan Tansill: LOS ESTADOS UNIDOS Y SANTO DOMINGO (1798-1873) Editora de Santo Domingo, 1977.
8. N.W. Simmonds, Editor: EVOLUTION OF CROP PLANTS, N.Y., 1979.
9. .Xavier Domingo: DE LA OLLA AL MOLE, Madrid, 1984.
10. Las Casas: HISTORIA DE LAS INDIAS, Aquilar, Madrid, 1927, Capítulo LXXXIX.
11. *Puerto:* garganta o boquete que da paso entre montañas y, por extensión, montaño o cordillera que tiene una o varias de estas gargantas. En el sitio por el que pasó Ojeda en enero de 1494, pasó después Colón quien puso por

nombre al paso el de "Puerto de los Hidalgos, que todavía conserva, según consta en una tarja colocada allí por el Instituto de Geografía recientemente. En la obra de Samuel Hazard: SANTO DOMINGO, PRESENTE Y PASADO, se inserta un dibujo del "Puerto".

12. Citado por Juan Ig. Valera Gelabert en su trabajo LA VIÑA Y EL VINO DE JEREZ EN LAS AMERICAS, publicado en la revista "Cádiz-Iberoamérica", publicada por la Diputación de Cádiz recientemente, en elmarco de las publicaciones referidas a V Centenario del Descubrimiento.
13. Ling Roth: LOS ABORIGENES DE LA ESPAÑOLA, en la Revista EME-EME, No. 12, Volumen II, Mayo-junio, 1974.
14. Obra citada.
15. Juan Ig. Valera Gelabert, en el trabajo antes citado.
16. Según Fray Cipriano de Utrera; ISABEL LA CATOLICA, FUNDADORA DE LA CIUDAD DE SANTO DOMINGO, en Clío, Organo de la Academia Dominicana de la Historia, No. 91, año de 1951, y en separata de ese mismo año.
17. Lugar citado.
18. Bernal Díaz del Castillo: HISTORIA VERDADERA DE LA CONQUISTA DE NUEVA ESPAÑA, casa de las Américas, La Habana, 1984.
19. J.M. Ots Capdequí: EL REGIMEN DE LA TIERRA EN LA AMERICA ESPAÑOLA DURANTE EL PERIODO COLONIAL, Publicaciones de la Universidad de Santo Domingo, 1946 (página 62).
20. Josué de Castro: ENSAYOS SOBRE EL SUBDESARROLLO, Buenos Aires, 1976.
21. Pedro Henríquez Ureña: CORRIENTES LITERARIAS DE LA AMERICA HISPANICA.
22. En vías de extinción. Ver Annabelle Stockton de Dodd: AVES DE LA REPUBLICA DOMINICANA, Museo Nacional de Historia Natural, Santo Domingo, 1978.
23. Bernardo Vega: LA HERENCIA INDIGENA DE LA CULTURA DOMINICANA DE HOY (separata), Ediciones del Museo del Hombre Dominicano, Santo Domingo, 1981.
24. Existe una reedición reciente de la Universidad Central del Este (UCE).
25. Obra citada.
26. Ver su obra REFUTACION DE LAS CASAS, en el mismo volumen de LA DESTRUCCI§N DE LAS INDIAS del Padre Las Casas, editada por la Vda. de Ch. Bouret, en París.
27. Ver más adelante.
28. El nombre fue acuñado por Girolamo Fracastoro, quien publicó en poema titulado SYPHILIS SIVE MORBUS GALLICUS (Sífilis o Mal Francés) el año de 1530. Sífilis era el bucólico nombre de un pastor que supuestamente sufrió la enfermedad.
29. William McNeill: PLAGUES AND PEOPLE, New York, 1976.
30. Ver particularmente el capítulo (Transceanic Changes, 1500-1700) en la obra antes citada de McNeill.
31. Antonio Sánchez Valverde: AMERICA VINDICADA DE LA CALUMNIA DE HABER SIDO MADRE DEL MAL VENEREO, Sociedad Dominicana de Bibliófilos, Santo Domingo, 1974. La edición original es de 1785.
32. "El *buboso* Oviedo fue el primer inventor de esta calumnia, en pago de haber curado allí con el Guayacán y de haber hecho mucho dinero acá con la misma

droga en quatro viages que hizo" (Página LXXVII de la AMERICA VINDICADA).

33. Pierre Vilar: CRECIMIENTO Y DESARROLLO, Barcelona, 1964, Capítulo titulado "El Tiempo del Quijote".
34. El famoso "ingenio poderoso", inventado por el Bachiller Vellosa en 1515, que superó el ingenio "de sangre" que ya funcionaba desde 1503, aplicando el "artificio de Juanelo" con el cual se subía agua del Tajo a la ciudad de Toledo y desarrolló el ingenio "de aguas", llamado entonces "ingenio poderoso".
35. Acerca de la actividad de estos funcionarios capitalistas, véase Enrique Otte: CARLOS V Y SUS VASALLOS PATRIMONIALES DE AMERICA, conferencia dictada en la Sociedad Goerrea de Madrid en 1958, reproducida en CLIO, Organo de la Academia Dominicana de la Historia, No. 116, Año XXVIII, Enero-junio, 1960.
36. Véase del toledano Javier Malagón Barceló su trabajo UN OIDOR CONQUISTADOR, en EME-EME (Estudios Dominicanos), No. 25, Julio-agosto de 1976, Santiago de los Caballeros, Rep. Dom.
37. Obra citada.
38. El calificativo de "intérlpoe" no le es aplicable, propiamente hablando. Esta palabra es la castellanización del inglés "interloper) que significa intruso, probablemente derivada del holandés "enterlooper" (de *enter:* entre, y *loper:* corredor) entre corredores, y que se aplicaba a los extranjeros que traficaban clandestinamente con las posesiones españolas. Pero el comercio de los colonos de esta Isla con otros puertos españoles, estaba expresamente prohibido por la Casa de Contratación de Sevilla y, por tanto, tenía el mismo carácter clandestino y se llevaba en el mismo marco de operaciones que el otro. Era en realidad la versión criolla del "comercio intérlope".
39. El Memorial de Jerónimo de Torres en las RELACIONES HISTORICAS DE SANTO DOMINGO de Demorizi, Tomo I.
40. Véase LA NOCION DE PERIODO EN LA HISTORIA DOMINICANA, del autor de este trabajo, Tomo I, Santo Domingo, 1981. La página 125 abre un capítulo con un epígrafe de EL CAPITAL de Marx que dice: "Toda división bien desarrollada del trabajo, producida por el intercambio de mercancías, tiene como base fundamental la separación de la ciudad y el campo. Se puede decir que la historia económica de la sociedad, se resume en el movimiento de esta antítesis".
41. Se puede ver la obra antes citada donde se dan detalles de la Devastación llevada a cabo por Osorio. También, del mismo autor, EL GRAN INCENDIO, Santo Domingo, 1974. O si se prefiere, Américo Lugo: BALTASAR LOPEZ DE CASTRO Y LA DESPOBLACI§N DEL NORTE DE LA ESPAÑOLA, Santo Domingo, 1974, facsímil del original editado en México en 1947. La bibliografía es abundante y son imprescindibles las obras de Ml. Arturo Peña-Batlle, Frank Moya Pons, el propio Américo Lugo (su Historia), y otros, aparte de las RELACIONES HISTORICAS, de Demorizi que contiene documentos de la época y también las de Gustavo Adolfo Mejía Ricart, que contiene algunos.

EL SIGLO XVII

EL SIGLO XVII

MEMORIAS DE UN HILO DE HUMO

Porque todo lo que ay desde la dicha Villa de San Juan hasta los puertos marítimos donde se an frequentado los rescates, están despoblados y sin justicias".

Antonio de Osorio,
(Gobernador y Capital General de la Española 1606).

Nada sino el hambre podía esperarse de las grandes devastaciones de 1605 y 1606. La Isla quedó reducida a un montón de cenizas de las que durante un tiempo indeterminado se elevó hasta el infinito un memorable hilo de humo.

Desde luego, la Isla no desapareció. Quedó intacta la extensión de su territorio, unos 76 mil kilómetros cuadrados. Tampoco desapareció la población, aunque mermada por los ahorcamientos sumarios, setenta en las propias manos de Osorio según las crónicas, multiplicados por otras manos. Y por los viajes sumarios de familias enteras de La Yaguana a Cuba. Concentrada, además en unas guardarrayas inviolables

"so pena de muerte". Balance: la porción habitada del territorio quedó reducida a su octava parte (12.5%).

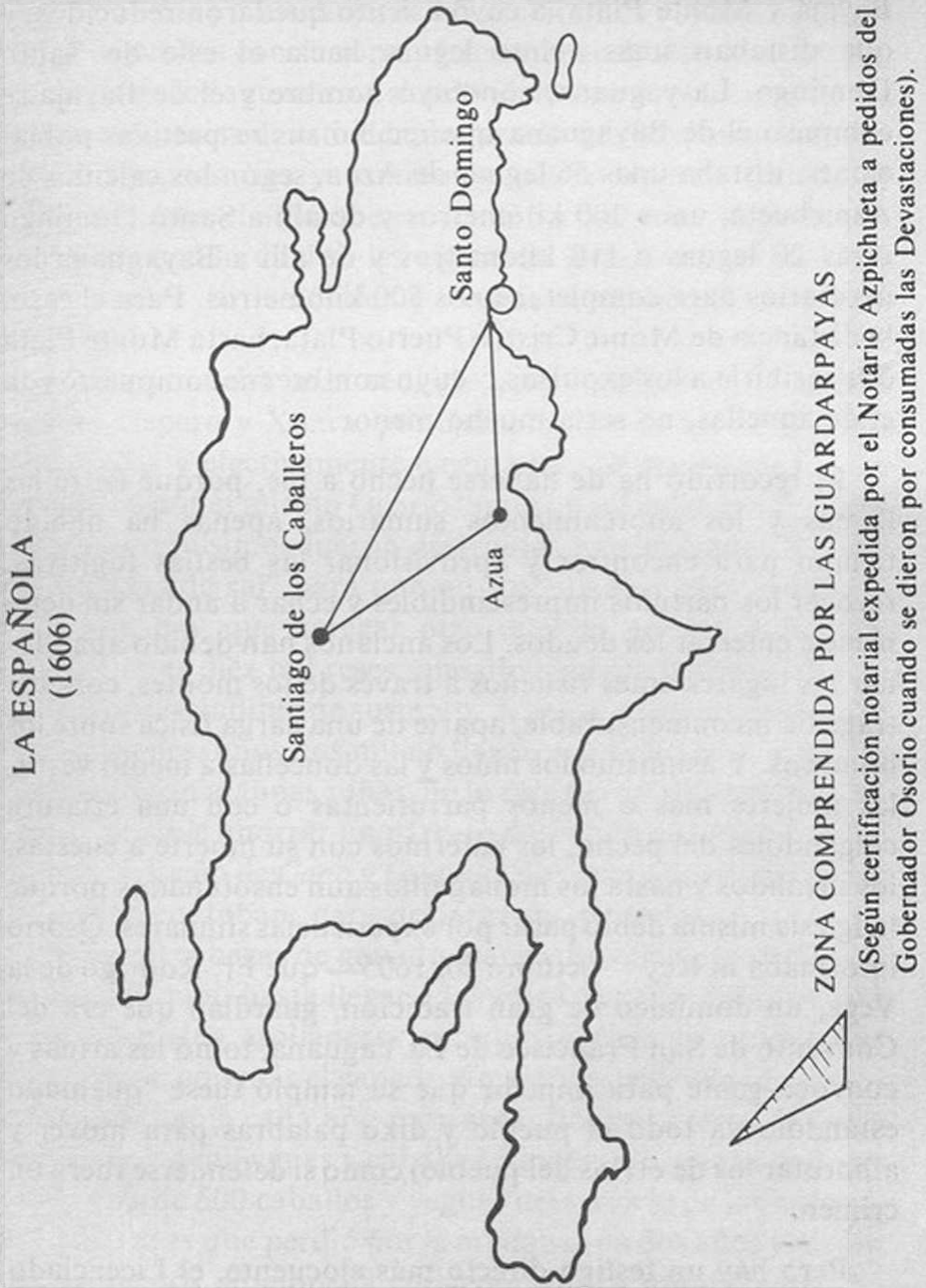
No es difícil calcularlo. Según el Notario Público Gaspar de Azpichueta, comisionado por el Gobernador Osorio para dar constancia histórica de la magnitud de su hazaña, las guardarrayas abarcaban el territorio comprendido entre las ciudades de Azua y Santo Domingo en la banda del sur, y Santiago de los Caballeros el centro de la Isla, a considerable distancia de la banda del norte. Y, siendo así que las guardarrayas trazadas de unos puntos a otros componen un triángulo, el problema se reduce a determinar el área comprendida por esta figura geométrica. El resultado nos daría la extensión del área despoblada, pues algunas supuestas poblaciones situadas fuera de la guardarayas —Boyá, reserva indígena con 12 vecinos, Seibo con 7 e Higüey con 22 según el Censo de 1606— no merecían a juicio del Gobernador, ni de nadie, el título de poblaciones.

Azpichueta declara que de Azua a Santo Domingo se contaban 20 leguas, 110 kilómetros sobre la base de 5.5 kilómetros por legua, y de Santo Domingo a Santiago 30 leguas, que nos darían unos 165 kilómetros.

Multiplicando la base por la altura del triángulo así compuesto (tomando como base los 110 kms. de Azua a Santo Domingo y como altura los 165 kms. de Santo Domingo a Santiago) y dividiendo por dos según la fórmula usada en estos casos, el resultado sería de 9 mil kilómetros cuadrados en términos redondos. Este total equivale a la OCTAVA PARTE (doce y medio por ciento) de los 76 mil kms. cuadrados que constituyen la superficie completa de la antigua Isla Española. Las otras 7 octavas partes, o el 87.5 por ciento del territorio, fue la porción sacrificada.

No hay discusión posible. El Notario Público Azpichueta hace constar, en acto público y solemne, que "conforme a la quenta de las leguas que comúnmente es hecha en esta Ysla, doi fee que toda la población desta dicha ysla está entre las dichas ciudad de Santiago e villa de Azua y ésta dicha ciudad, ecepto otros tres pueblos pequeños, que son Boiá, el Ceibo e Higüey que están a los otros lados de esta dicha ciudad. El más apartado dista veinte leguas que es Higüey. Y para que conste,

de pedimento y mandamiento de Su Señoría doi el presente, que es fecho en Santo Domingo doce de otubre de mill y seiscientos y seis años".[1]



Pero hemos evocado el hambre. En verdad que resulta casi imposible borrarla de este contexto. Sobre todo, si se imagina lo que significaría para los habitantes de las zonas devastadas, el traslado forzoso y apremiante —solo se les concedió 24 horas para abandonar los lugares— hasta las dos ciudades de Bayajá y Monte Plata, a cuyo asiento quedaron reducidos, y que distaban unas veinte leguas hacia el este de Santo Domingo. La yaguana, con cuyo nombre y el de Bayajá se compuso el de Bayaguana que recibió sus respectivas poblaciones, distaba unas 56 leguas de Azua, según los cálculos de Azpichueta, unos 300 kilómetros y de allí a Santo Domingo otras 20 leguas o 110 kilómetros y de allí a Bayaguana los necesarios para completar unos 500 kilómetros. Para el caso, la distancia de Monte Cristi o Puerto Plata, hasta Monte Plata que recibiría a los expulsos, y cuyo nombre fue compuesto con el de aquellas, no sería mucho menor.

El recorrido ha de haberse hecho a pie, porque entre las llamas y los ahorcamientos sumarios, apenas ha habido tiempo para encontrar y aprovisionar las bestias fugitivas, recoger los bártulos imprescindibles y echar a andar sin detenerse a enterrar los deudos. Los ancianos han debido abandonar los lugares antes risueños a través de los montes, con una tragedia inconmensurable, aparte de una carga física sobre los hombros. Y asimismo los niños y las doncellas a medio vestir, las mujeres más o menos parturientas o con una criatura colgándoles del pecho, los enfermos con su muerte a cuestas, los inválidos y hasta los monaguillos aun ensotanados porque la Iglesia misma debió pasar por experiencias similares. Osorio informaba al Rey —octubre 20, 1605— que Fr. Rodrigo de la Vega, un dominico de gran tradición, guardían que era del Convento de San Francisco de La Yaguana, tomó las armas y convocó gente para impedir que su templo fuese "quemado estándolo ya todo el pueblo y dixo palabras para mover y alborotar los de él (los del pueblo) como si defenderse fuera un crimen.

Pero hay un testigo directo más elocuente, el Licenciado Valcácel, quien declaraba el 12 de junio de 1605 en plena tragedia, lo siguiente:

"Dicen más; que la suavidad, comodidad y seguridad que se les dio para dejar sus pueblos y venir al nuevo sitio, fue forzarlos a que dentro de veinte y cuatro horas partiesen con sus ganados; y éstas pasadas, se les puso fuego a las casas, hatos, estancias e ingenios, se les arrancó la yuca y talaron los demás sembrados, dejando a ellas y a sus mujeres, hijos chiquitos y recién nacidos, e hijas doncellas con su ropa y hacienda en medio de escampo, a la furia de los aguaceros, siendo el tiempo al principio de las lluvias ordinarias de esta Isla, habiendo de pasar muy grandes y muy furiosos ríos y caminos y pasos ásperos, difíciles y peligrosos, con el avío que en veinte y cuatro horas pudieron arrebatar, por lo cual se les siguieron innumerables daños y males contra la intención y voluntad clementísima de su Majestad"...[2]

Y dicen mucho más todavía otros testigos de la misma calidad, Cepero y Xuara, por ejemplo, que de las 82 familias condenadas y efectivamente ejecutadas, 70 miembros fueron ahorcados por el mismo Osorio "por sí y sus ministros", y que 120 hatos riquísimos fueron destruidos e incendiados, las tierras "aradas de sal" para que no fructificaran más nunca.[3]

Y aún hay que agregar otro estorbo porque hubo que acarrear unas diez mil reses, que obviamente constituían una fuente imprescindible de sustento. A pesar de las resistencia de estos animales, unos dos mil no llegaron a su destino. Aquello que resistieron algunas niñas, no lo resistieron algunos bueyes. Y no es posible ahorrar un párrafo del relato que hizo Alonso Jáquez, el dueño de *Cana* y *Guamal,* dos pequeños hatos de los 120 que se contaban, para declarar sus pérdidas:

"Dos mil cabezas de ganado manso de rodeo que se perdieron en el camino hasta llegar a los sitios que se señalaron, por los pastos malos, atolladeros, mosquitos y jejenes y monterías altas y bajas, con más el ganado cimarrón y yeguadas cimarronas, donde había cada año para sacar dos mil cueros de toros morrudos; y 4 mil yguas y caballos cimarrones, que se podrían domar más de 500 caballos y yeguas del servicio de los hatos; y las 1,400 vacas que perdió por la mudanza en dos años y medio a diez ducados de moneda corriente son 14 mil ducados".[4]

Este particular testimonio presenta, en su brevedad, una imagen muy lamentable de aquella actualidad así como de su

pasado. Nos proporciona un panorama de las riquezas de la Isla por aquellos días, por cuanto la información que aquís se obtiene es referida a dos de los hatos más pequeños y nos permite así colegir lo que sumarían los 120 hatos mencionados, incluyendo los ingenios azucareros.

Nos informa además de la magnitud y la duración de las penalidades arrostradas por los animales y naturalmente por las personas envueltas en el traslado. Dos años y medio se llevó la destrucción del primer asiento colonial español del Nuevo Mundo.

Y al fin, salvados los ríos y los aguaceros, superados los atolladeros y la distancia, enterrados los muertos del camino, probablemente sin lágrimas porque los muertos no lloran a sus muertos, llegó aquella enorme tropa de gente y de animales al término de su vía crucis.

Y aquí debería concluir también nuestra búsqueda, si suponemos dos cosas: una, que el primer tormento de esta gente, fue el hambre. Y, dos, que aquí se encuentra el origen histórico del hambre en nuestro país. Pero no estamos convencidos, a pesar de la gravedad de los testimonios y a pesar de que el contexto parece atestiguarlo.

Por cierto que la primera vez, en todo el curso de estos episodios, en el que se descubre un destello de consideración humana, es en la Relación de ejecución de los arbitrios que hace nada menos que López de Castro, y en la cual refiere entre otras medidas, aquellas que dispuso para cubrir las necesidades perentorias de aquellos desgraciados, y señaladamente las alimenticias. Dice que, una vez llegados a los sitios que se les habían señalado "proveyó los mantenimientos... hizo que viniese una panadera de la ciudad de Santo Domingo para que les cociese pan... y que hubiese dos tabernas y tiendas de pulpería, y que se le trajesen de Santo Domingo regalos a vender, y de los que tenía en su mesa y fuera de ella, los convidaba, y les rogaba que fuesen a Santo Domingo para que ellos y sus mujeres se aficionasen al traje, comida y buen lenguaje, y para que viesen tiendas de mercaderías, a do hallarían todo lo que venden los herejes".[5]

Es verdad que en todo esto hay una buena dosis de cinismo, y que de lo que se trata no es de los desgraciados sino de los

herejes y de las mercedes que procuraba de su Rey. Pero de todos modos aquí se toca el punto que a nosotros nos motiva. Debemos admitir que en los lugares escogidos para asentamiento de los damnificados de la devastación, encontraron ya con qué satisfacer sus necesidades alimenticias, en virtud de los cuidados de los agentes más conspicuos de la catástrofe.

Pero no es probable que sus víctimas esperaran la evidencia de estos impulsos humanitarios. El viaje no se ha llevado a cabo en unas horas como se hace en la actualidad por vía aérea. Durante largo tiempo esta gente ha debido resolver día por día sus requerimientos alimenticios, inclusive en forma provechosa, porque de otro modo no habrían podido sobrevivir. Es posible que las dos mil reses que no llegaron nunca, fueran sacrificadas en el camino y que su carne, y tal vez inclusive su leche, fuera resolviendo los problemas de cada día. La tierra misma no ha debido dejar desamparada a sus criaturas, ya que las devastaciones se ejercían sobre los "hatos" y las ciudades, pero no sobre unos bosques que en aquella época eran sumamente frondosos y ricos en frutos naturales, sobre todo si se considera que los caminos elegidos han debido ser los que proporcionaban agua y por tanto aquellos donde la vegetación era más propicia. Esto es lo que indica el sentido común, ya que difícilmente se encontrarían estos datos en las fuentes.

Resulta llamativo que no se encuentra entre los testigos de la época, referencia alguna acerca del hambre que supuestamente ha debido afectar a los viajeros. Un narrador tan competente como el Licenciado Valcácer, que no omite un detalle de las penalidades reales y presumibles, y de cuya competencia dimos una muestra más arriba, no la menciona. Y eso, que habla de las doncellas a medio vestir y "a escampo siendo el tiempo el de las lluvias ordinarias de esta ysla".

Cepero y Xuara tampoco la mencionan. En su testimonio de 1608 declaran que "ha estado la hambre y necesidad de los vecinos tan grande que para mitigarla algo no solo consumieron, como queda dicho su ganado, pero mucho del que había en los contornos de los dichos dos pueblos, de los conventos y vecinos" de la Capital. Pero esto no se refiere al traslado sino a la situación que encontraron al llegar a "los dichos dos pueblos".

Sin embargo, debe considerarse ese testimonio, porque para el caso lo mismo daría que hubiesen conocido el hambre en el camino como que la hubiesen conocido al llegar, aunque en ninguno de los dos casos se trataría de unas hambres que afectaran a toda la población de la Isla y no solo a una porción de ella colocada en una situación particular.

Pero aun aquella que Cepero y Xuara consignan es discutible en sus propios términos. Según su declaración no fue un hambre absoluta sino "mitigada" con el consumo de las 8 mil reses que fueron traídas, más "mucho (del ganado) que había en los contornos". Tal cantidad de reses consumidas en dos años por una población reducida, difícilmente puede ser calificada de hambre absoluta y habría que ver hasta qué punto es un hambre relativa, pues no solo han debido alimentarse de carne de res. También habría que incluir los cerdos y los chivos, las aves de corral de los contornos, y sobre todo ese recurso omnipresente, el plátano, la yuca, la batata, el maíz, y mangos (que en lugares de abundancia, precisamente por estos alrededores han sido calificados de "matahambres"), y otras bendiciones.

Cuenta Moya Pons que las cuadrillas a la que se encomendó la vigilancia de los lugares desolados, pronto se dedicaron a las "monterías", en connivencia con la población e inclusive a la fabricación de quesos, lo que significa que el acceso a las reses abandonadas era expeditivo, y su leche daba para quesos así como su carne, debidamente procesada, dio para el consumo prolongado y masivo.

Estas consideraciones nos dejan la impresión de que, en efecto, las Devastaciones fueron una catástrofe pavorosa. Y de que en definitiva fueron las responsables de una pobreza que dominó a la antigua Colonia, imprimiéndole su sello a lo porvenir. Pero si nos vemos obligados a girar el foco directamente a un aspecto específico como el del hambre, las consideraciones se modifican. Porque una cosa es la pobreza secular de una nación, y otra el hambre sufrida por una parte de su población en una situación de catástrofe determinada.

Viendo las cosas de esa manera, ya no nos encontramos en condiciones de asegurar que a raíz de las Devastaciones, la situación se expresa en términos de hambre.

Ante todo, partimos de una premisa. La Isla era excepcionalmente pródiga. Había sido dotada por la Naturaleza de aquellos atributos que aseguraban a su población una alimentación permanente, sin interrupciones climáticas como los inviernos, y por el contrario extraordinariamente irrigada por un número inmenso de corrientes fluviales. Hoy esto podría parecer inverosímil. El viajero que se interna por las carreteras que conducen a las poblaciones más alejadas de la Capital, se asombra del número de puentes que atraviesan las corrientes desaparecidas, a veces de grandes ríos del pasado. Los bosques quedan hoy confinados a pequeñas zonas. La isla se ha convertido en un lugar desprovisto de vegetación boscosa. Un saqueo secular de los árboles maderables, y la utilización de la vegetación como combustible, ha destruido la antigua imagen que tanto impresionó a los viajeros hasta principios del siglo XIX, por ejemplo Lemmonnier-Delaffosse y G. Guillermín, que la describieron en la primera década de ese siglo.

Este último aseguraba que los cortes de caoba ofrecían "recursos inagotables al comercio de Santo Domingo y procuraban cada año a la parte del Este una entrada de 480,000 pesos que el comercio de consumo hacía salir. Y ponderaba las inmensas perspectivas que brindaba "un país tan favorecido, regenerado por la industria de sus habitantes". Naturalmente, esa industria debía ser proporcionada por los franceses, para "arrancar la parte del Este de ese estado de inercia en el cual languidecía desde el descubrimiento de Colón".

Era verdad lo del "estado de inercia", pero no lo del languidecimiento desde los días de Colón. Las premisas que engrandecieron económicamente a la colonia francesa, estaban dadas en la colonia española en el siglo XVI y en última instancia fueron el producto de la iniciativa española: en *ingenio de azúcar* y el *sistema de plantaciones,* nacidos e implantados por primera vez en esta parte de la Isla.

La causa del languidecimiento fue principalmente, porque hubo varias, la destrucción de la industria azucarera con la consiguiente disolución del sistema esclavista moderno. A raíz de las Devastaciones, la población se vio obligada automáticamente a consumir lo que la Isla proporcionaba de manera

espontánea, abandonando toda actividad productiva basada en la industria.

Aquel hilo de humo, de cuyas memorias sacamos estas consideraciones, sirvió para separar de manera más neta que antes, el contenido de las palabras *crear* y *criar*. En efecto, el sentido de estas palabras está separado a veces por un hilo de humo, pues ambas son referidas a algo que se saca de la nada. Pero en la práctica resulta que la crianza descansa en los dones de la naturaleza mientras que la creación es un atributo del artificio humano. Así vistas las cosas el ingenio de azúcar, heredero remoto del "artificio de Juanelo", es el resultado de un acto de creación que se remonta al pintoresco personaje toledano y, lo que la historia cuenta, es que esa actividad desapareció como consecuencia de las llamas que asolaron las costas de La Española.

La población se hizo entonces forzosamente *criadora*. A la acción de crear sucedió la pasión de criar. Quedó confiada a la naturaleza la misión de sacar de la nada o que los seres humanos necesitaban para su subsistencia. Pero no faltó del todo la actividad creadora. Solo que no de parte de los individuos sino de la sociedad: el *hato*.

DEL HATO CREADOR AL HATO CRIADOR

Por ser estas ocupaciones tan características de los dominicanos, haremos una pequeña digresión para dar alguna idea del sistema agrario que se observaba en la Española.

Antonio del Monte y Tejada.

Confundir el hato del siglo XVI con el hato del siglo XVII, es confundir la creación con la crianza. Es confundir al individuo con la sociedad, o a la propiedad privada de las tierras con la propiedad comunitaria. Al cometer este desliz, se priva de todo sentido la peculiaridad del sistema de tenencia de las tierras, producto histórico y fundamental de este país, que conocemos con el nombre de "terrenos comuneros" o "tierras comuneras". Y aquí podría suprimirse el signo de puntuación que separa al país del sistema, ya que bien podría llamarse "país de las tierras comuneras".

La confusión proviene, en principio, de que ambos *hatos* tienen que ver con el ganado (vacuno y caballar) y así fueron llamadas en todas las épocas las haciendas, fincas o estableci-

miento de cualquier tipo que siguieran esta práctica, sin que a nadie le interesara, y menos a los hateros, determinar sus diferencias semánticas o históricas y hasta jurídicas.

Pero hay motivos de confusión más complicados, que no han dejado de perturbar inclusive a eruditos como Ots Capdequí, pues ya en el siglo XVI una ordenanza real disponía que "los pastos, montes y aguas fueran comunes a todos los vecinos a fin de que los puedan gozar libremente, haciendo de cualquier buhío sus cabañas, para poner sus ganados, juntos o apartados, sin embargo de cualesquier ordenanzas, pues todas las que a ellas se opusieren quedarán de hecho derogadas".[7]

Esta bella disposición conduce a la certidumbre de que la propiedad comunitaria de las tierras era conocida desde los primeros días de la colonia y, por tanto, que solo se trata de una continuidad.

En una conferencia que aquí dictó Ots Capdequí, acerca de "el régimen de la tierra en la América española durante el período colonial",[8] declaró no estar preparado para abordar la cuestión, pero invitó a reflexionar sobre el texto que en el sentido mencionado aparece en la Recopilación de 1680, y en el cual se recogen las ordenanzas de Indias. El texto en cuestión dispone que "los pastos, montes, aguas y términos sean comunes y esto se entiende en cuanto a Santo Domingo en un término de diez leguas en circunferencia alrededor de la ciudad.

Deja bien claro que la disposición solo rige en diez leguas a la redonda de la Santo Domingo, y no para el resto del territorio. Pero, más importante que eso es que no menciona la propiedad de las tierras, sino la comunidad de los pastos, montes y aguas", aunque en la Recopilación de 1680 se agrega la comunidad de los términos, parajes que estaban bajo la autoridad de los Ayuntamientos, lo cual parece referirse a la propiedad común de esos parajes.

Pero lo primero que habría que tomar en consideración es que la Recopilación es de 1680, más allá del último cuarto del siglo XVII, y el rasgo más llamativo, característico e importante, es que el sistema agrario del que aquí se habla fue un producto espontáneo, una especie de salida forzosa en la que se vio envuelta la población de la Isla a raíz de las Devastaciones

y completamente al margen de la ley y aun a espaldas de la vigilancia de los funcionarios encargados de hacerla cumplir.

La cosa fue muy simple. Quedó la tierra despoblada y la ganadería dispersa por los montes sin trabas y sin dueños. Así el trabajo necesario para la subsistencia se redujo a "montear" este ganado, recogiendo de paso los frutos que espontáneamente daba la tierra, sin mayor industria. En los primeros treinta años que siguieron a las Devastaciones se fue organizando esta práctica, hasta convertirse en la norma social común a toda la población.[9] La propiedad privada de la tierra perdió su sentido, ya que tanto ella como los animales que sobre ella se sustentaban, carecían de dueños. la norma era que el ganado era de quien lo "monteaba, y el "montero" se convirtió en el personaje característico de la época y le infundió ese carácter a todo el sistema agrario. Se originó así, junto al derecho escrito, un derecho consuetudinario, o de costumbres, que a la postre debería prevalecer, y en cuya virtud la propiedad territorial se hacía de hecho común a todos los habitantes.

Esta no era la tendencia histórica del siglo XVI, inclinada naturalmente al desarrollo de la propiedad privada. Esto se advierte en el mismo texto de la Recopilación de 1680 en torno a la cual Ots Capdequí suscitaba la reflexión. Allí se dice, a continuación del párrafo antes citado, que "fuera de las diez leguas permitimos y tenemos por bien, que cada hato de ganado tenga de término una legua en contorno, para que dentro de ella otro ninguna pueda hacer sitio de ganado, corral, ni casa con que el pasto de todo ello sea asimismo común, como está dispuesto; y donde hubiere hatos se puedan dar sitios para hacer ingenios, y otras heredades y en cada asiento haya una casa de piedra, y no menos de dos mil cabezas de ganado, y si tuviera de seis mil arriba, dos asientos, y de diez mil cabezas arriba tres asientos; y precisamente en cada uno su casa de piedra, y ninguna persona pueda tener más de hasta tres asientos, y así se guarda donde no hubiere título, o merced nuestra, que otra cosa disponga".[10]

Una ojeada histórica a la situación que vivía la antigua colonia primogénita de España, basta para convencer a cualquiera de cuán abstracta y desprendida de la realidad, era ésta

disposición. Si las casas de piedra estaban abandonadas y sin dueños en la Capital, difícilmente podrían ser edificadas en los campos. Pero lo importante es que la tendencia histórica había invertido su dirección y, en vez de ser la casa de piedra la que se dirigiera hacia el campo, era el bohío de yaguas el que invadía la ciudad. Y en vez de ser la propiedad privada la que impusiera su fisonomía, era la propiedad común de las tierras la que imponía la suya. Aquello que a principios de siglo se presentaba como una especie de revolución pre-capitalista, se volvía ahora una inequívoca involución. "Todo el conjunto de estos preceptos, decía Ots Capdequí, sitúa el problema para Santo Domingo en condiciones diferentes de aquellas en las cuales se sitúa este mismo problema para otros territorios de Amárica".[11] Serían mayormente válidas esas palabras si en lugar de los preceptos hubiera podido hacer mención de los hechos históricos.

Estos hechos revelan que durante los primeros años del siglo XVII —Delmonte da como punto de arranque los primeros treinta años— la noción de propiedad se disipó en el seno de aquellos habitantes que no pudieron emigrar y se vieron obligados a sustentarse providencialmente de las ruinas de la Colonia. Pero la Historia no se detiene. A medida que los establecimientos franceses de la parte occidental de la Isla se fueron desarrollando, y con ellos una tremenda tendencia hacia el desarrollo del capitalismo moderno, sus efectos se reflejaron sobre la parte española. Comenzaron a infiltrarse débilmente los rasgos característicos de la propiedad privada y teñir con sus destellos el sistema de propiedad común imperante en esta parte. Así fue delineándose un sistema de propiedad, más correctamente de posesión, que se conoce como "tierras comuneras".

El sistema ha debido originarse en torno a los núcleos familiares dispersos en un territorio que resultaba, para aquella población, inmenso. Al morir el fundador, sus herederos se dividían el derecho al usufructo de la tierra en "acciones", "acciones de peso" o simplemente "pesos". Se poseían tantos "pesos" de tierra por herencia y podían ser traspasado a otro usufructuario, con tal de que trabajase la tierra, toda vez que de no hacerlo, la posesión pasaba a su causante original.

Andando el tiempo se invocaron ciertos títulos supuestamente acordados por la Corona sin que la idoneidad de esos títulos jamás hubiera podido ser evidenciada. El hecho es que toda persona que cercaba una tierra y la sometía a una actividad productiva, era el verdadero dueño de ella mientras la trabajaba. Tan pronto dejaba de hacerlo, la tierra quedaba a disposición de cualquier otro y así hasta el infinito.[11]

Los rasgos de este sistema quedaron definitivamente delineados durante el siglo XVIII, en función del enorme desarrolo capitalista que alcanzó la parte francesa. Pero nunca perdieron sus rasgos propios ni llegaron a ser permeados jamás por los rasgos capitalistas del sistema de plantaciones imperante en la colonia vecina. Bien decía Ots Capdequí que la declinación de la influencia española en ese siglo era debido a que el siglo XVIII no fue un siglo español sino un siglo francés. Y eso fue particularmente válido en la Isla de Santo Domingo. Y por eso dejó de ser española en ese siglo.

* * *

Tanto Sánchez Valverde, en su IDEA DEL VALOR DE LA ISLA ESPAÑOLA, como Delmonte y Tejada en su HISTORIA DE SANTO DOMINGO, que son las fuentes más directas del proceso seguido por el sistema de las "tierras comuneras" desde sus orígenes, nos proporcionan detalles del régimen alimenticio que de ese sistema se desprendía. O, más propiamente aun, a la inversa, porque fue el sistema y no el régimen el que se desprendió del núcleo histórico.

Sánchez Valverde es más detallístico, porque es hostil al sistema y su IDEA consistía precisamente en persuadir a la Metrópoli de la conveniencia de implantar en esta parte el sistema de plantaciones, en base a una fuerte explotación del trabajo esclavo según el esquema vecino, y eliminar la práctica prevaleciente en esta parte.

"Los Pastores de la Española que se ocupan en la crianza de animales, tienen que madrugar todos los días y salir descalxos, pisando el rocío o el lodo, en busca del Caballo que han de montar para su correrías. Como la Caballería se mantiene de su diligencia, suele estar muy distante o estar oculta entre los

matorrales y arboledas, que viene a costar mucho trabajo el encontrarla. Condúcela el Pastor a la casa y después de aparejarla, *se desayuna con un plátano asado, si le tiene, y con una taza de Gengibre o de Café, que es todo su alimento hasta la hora que vuelve.* Así desayunado, monta a caballo y va subiendo los ardores del Sol o la molestia de las lluvias por bosques, montes o sabanas, ya al galope, ya corriendo, para reconocer los animales dispersos por muchas leguas, reducirlos, agregarles quanto es posible y conducir a los Corrales aquellos que ve picados del gusano o con otro mal que necesite curación. Este exercicio, que en dexando de ser diario, trae conocidos perjuicios, es el más suave. A él se añade el que llaman de Montear, al qual deben darse con más o m enos frequencia según pide la *subsistencia da la familia que mantienen, no de lo que crían, sino de lo que cazan, en un País que solo el día de la matanza puede comerse la Carne fresca y donde casi todo el alimento es la vianda fresca o salada,* especialmente en los Hatos...

"Todo el día que ha pasado en montear, *se ha mantenido mitigando la sed con naranjas agrias o dulces, según la encuentra y engañando el calor natural con alguna fruta silvestre que se presenta al paso.* Pocos holgazanes eran los que triunfaban en el siglo pasado (el siglo XVII) y triunfaron en éste de millares de Estrangeros dotados de superior actividad y genio".

Delmonte y Tejada, sin la oscura intención de Valverde, también informa acerca del régimen alimenticio de la época: "Luego que se anunciaba la primavera y comenzaban las aguas de Mayo, se congregaban los vecinos y en días determinados exploraban los montes y sabanas con perros y garrochas, reuniendo todas las puntas de ganados que conducían a los corrales construidos en las inmediaciones de la casa del propietario. Allí se separaban las clases y calidades del ganado; las reses viejas y toretes inútiles eran vendidos a las carnicerías, y las vacas paridas eran encorraladas con sus becerros y sueltas *para ordeñarlas y hacer quesos y mantequillas...*

"El ganado cabrío completaba el haber del hato; *su tasajo y la leche eran los elementos principales de subsistencia para el mayoral, su familia y dependientes, a quienes ayudaba tam-*

bién un pequeño conuco, donde cultivaban plátanos, yucas y boniatos. A estas ocupaciones se dedicaban los españoles personalmente o por medio de sus mayorales en toda la extensión de la isla, cuyas costas del Norte y Oeste, solitarias y desiertas, parecían a propósito para ser invadidas y ocupadas".

El sistema de las tierras comuneras se afincó tan sólidamente en la vida colonial, que llegó a sobrevivirla. Durante el siglo XVIII adoptó sus formas definitivas, como ocurrió con otros aspectos de la vida nacional, y se le encontrará con esos mismos rasgos, y con una profunda resistencia a recibir los que el desarrollo capitalista a nivel universal le imponía, a todo lo largo del siglo XIX, como tendremos oportunidad de hacer notar.

Es principalmente en tal virtud que resulta imposible descubrir en el pasado la presencia social del hambre, en medio de los altibajos de la miseria que nunca dejó de estar ausente del país de manera absoluta.

Por el hecho de que la pobreza ha continuado siempre girando en torno a esta población, los testigos han tenido la impresión de que con ella ha rondado el hambre. Y uno de los más vehementes fue uno de los Arzobispos de esta sede, cuyos argumentos parecen convincentes y cuando menos insoslayables. Y a él debemos consagrar las páginas que siguen.

EL COLERICO EPISTOLARIO DE FRAY FERNANDO

Ordenaré que se cercene del Padre Nuestro aquella petición: El pan nuestro de cada día dánosle hoy, porque el de palo no es pan, ni se puede guardar, ni dura.

Fray Fernando Carvajal y Rivera
(Arzobispo Metropolitano de Santo Domingo, Carta, abril 20 de 1696).

"SEÑOR: Seis años continuos son en los que por diversas representaciones que he hecho a V.M., a nuestro Consejo y particularmente a todos sus Ministros, he referido el estado miserable de esta Isla... Mande V.M. que se vean todas mis cartas, y hallará lo que digo, que aunque Arzobispo no puedo dejar de conocer lo que palpo".[12]

Fray Fernando Carvajal y Rivera, Arzobispo Metropolitano de Santo Domingo, consiguió la mitra invirtiendo tres mil pesos que le prestó su hermana. No alcanzó a pagar esa suma. Tanto la acreedora como el deudor habían muerto ya cuando le fue devuelta a los herederos. El arzobispado le

resultó el mayor desastre de su vida. Y no fue lo peor el cúmulo de deudas que le acarreó. "Deudas infinitas, no ha pagado las Bulas. Palio, gastos de consagración, de viage, de esperas, ni de lo que llevó a Santo Domingo (que no fue poco) y quedó debiendo en la Ciudad más de ochocientos pesos, y no conoce al Rey por su moneda".[13]

Lo peor fue lo que vio y vivió en los años que aquí estuvo de Arzobispo, desde 1690 hasta 1698. Al fin no resistió, y se fugó en una balandra que le condujo por las islas francesas hasta Francia y de allí a España. "Estos fueron los motivos de arrojarse en una Valandra pequeña, desnudo, sin lecho, con solo un real en su poder, ignorado. Los rumbos por donde le llevó el Pastor primero, ni los pensó, ni los pudo imaginar. Guióle, el que se lo mandó por su Evangelio Favorecióle con especialidad, le vistió, le socorrió, y conduxo con las conveniencias y estimaciones que no experimentó cuando no era pobre. Lo cierto es, que a no aver más puerta para su salida que las mismas llamas, se arrojaría a ellas..."[14]

Al llegar a España remitió un Memorial a su Rey, del cual proceden esas palabras, y en el cual reiteró por centésima vez su dolorosa experiencia en esta Isla.

Las cartas de este sacerdote, tan apasionadas como apasionantes, llenas de un calor y un coraje que le prestan carne y temperatura al personaje, componen un volumen recogido por Demorizi. Son unas treinticinco, más el Memorial, y se llevan 191 páginas del volumen.* Esto significa que esas cartas tienen que ser forzosamente reiterativas, lo que ha sido una suerte: permiten depurar las palabras y sacar en claro la realidad contenida en ellas. La misma idea va y viene, introduciendo algún que otro giro nuevo de una carta a otra. Aquí solo podemos traer sus referencias concretas a la pobreza y su correlato el hambre, simbolizadas en el "pan de palo", el bucólico casabe de los aborígenes:

"La vianda de los más, son muy silbestres frutas, y cual o cual carne, que con no pequeño riesgo logran a punta de su lanza. El cuotidiano pan de esta Isla, es el de palo, los menos le gastan porque los más no tienen un real para comprarlo y cuando ésta escribe, anda tan escaso (ha días que sucede esto) que aun los

que lo usan no le hallan, plátanos comen" *(Carta a Don Antonio Ortiz de Otalora, mayo 9, 1693).*

"Desnudos hambrientos, sin poder muchísimos alcanzar un poco de pan de palo para su sustento, cifrándose en silbestres frutas, y cual o cual berraco, que por su lanza adquieren" *(Carta a don Luis de Cerdeño, mayo 29, 1693).*

"¿Qué traza de haber pan para comer? Y aun el de palo que es el sustento de los que comen pan, ha faltado aquestos días, igualando a los que tienen un real para comprarlos y a los que nunca lo comen por no tenerlo, supliendo su falta los plátanos. ¿Hay desdicha como aquesta? *(Idem).*

"Ni comen pan, que aun el de palo muchísimos no le alcanzan por carecer de un real para comprarlo, frutas silvestres son su sustento, y cual o cual berraco, que logran a punta de su lanza" *(Carta a don Francisco Camargo, mayo 31* de 1693).

"Los más, por no tener un real, no comen pan de palo, y aun los que lo usan, días ha que ni por la plata lo hallan. La carne en unos si no la adquiere su lanza, no la ven y a otros muchas veces les falta, supliendo todos su defecto con legumbres y frutas silvestres" *(Carta a don Antonio de Argüello, junio 12 de 1693).*

Y así sucesivamente. Si se observa con cariño no dejará de comprenderse cuál es su visión del hambre: la falta de pan. Y es natural porque lo que el Padre Nuestro reclama del Señor que no falte nunca es "el pan nuestro de cada día", una frase que el Arzobispo habrá de ordenar que sea suprimida. "El pan de palo no es pan", alega. Y debe ser muy triste para él que esta gente, a falta del pan de harina de trigo, se vean obligados a comer "pan de palo". Pero aquellas tribulaciones no cesan, porque también falta el pan de palo y entonces viene lo peor: tienen que comer plátanos.

"Aquí falta todo, y al presente el pan de palo cuotidiano de los menos (porque los más por no tener un real no pueden comprarlo) no se halla y en su lugar comen plátanos *(Carta al Conde de Canalejas, junio 11 de 1693).*

Pero hay otra falta que deplora, la falta de vino, lo cual es más o menos como suprimir la ceremonia de la misa, y por eso su más fervoroso anhelo sería el de que "no faltara harina para

hostias ni vino para celebrar", como dice en su *carta al Marqués de los Vélez en febrero 8 de 1693).*

"Todo está cerrado. Ya falta el pan y la harina para hostias, ya el vino para los fomentos precisos para los achaques". *(A don Tomás Jiménez de Pantoja, junio 9 de 1693).*

"Un cuartillo de vino costaba un patacón ¿quién los tenía? Muchos fomentos medicinales, se dexaron de hacer por falta de él. De necesidad morían". *(Carta al Conde Canalejas,* citada).

Pan y vino. Para un español, la falta de pan y vino es lo que se llama hambre. Porque la verdad es que había de todo. En el mismo volumen que recoge las cartas de Fray Fernando se encuentran unas NOTICIAS de Domingo Fernández Navarrete, Arzobispo de Santo Domingo que le antecedió, y dice: "Flores y frutos no faltan en esta tierra... Cocos, dátiles aunque no perfectos, tamarindos, guanábanas, caimitos, aguacates, chicozapotes, guayabas, plátanos, ajes, chicomamei, mamones, uvas, estas las hai siempre y en diciembre y enero las he comido muy sazonadas, muchas naranjas, limones y tantos destos que se hallan caminos sembrados dellos, y del caballo mesmo se cogen con la mano, y también las naranjas, de todas estas especies y de otras se halla mucho. Piñas, xicamas, sandías, melones no falta".

Si Fr. Fernando no vio las cabras, las Gallinas de Guinea y los Pavos reales que tanto pondera Navarrete ni otros muchos recursos, debe haber sido porque en realidad se encontraba sumido en la pobreza tremebunda de la ciudad. Cuando mira hacia el campo solo descubre las espinas, las lluvis, los pasos peligrosos de los ríos.

"Hasta aquí la Ciudad; va a la tierra adentro. Ente breñas, riscos, campos, montes y selvas, buscó a sus ovejas el Arcobispo, por el deseo de sus bienes y consuelos. ¿Y qué vio? Unos afligidos Christianos, angustiados, dscalcos de pie y pierna, hambrientos, desnudos, errantes por aquellas soledades, o ya para recoger unas pobres Vaquillas, o ya para adquirir un basto alimento que pueda mantenerlos en pie. ¿Qué pasos, qué fatigas y quántos sustos les cuesta? Y no pocas veces es en vano su trabajo, de que fue testigo de vista" (MEMORIAL).

El Arzobispo es más objetivo y realista cuando describe la pobreza que cuando describe el hambre. Las Vaquillas podrán ser pobres, pero una sola de ellas da para alimentar a más de una persona durante varios días. En cambio es admisible su visión de la pobreza, aunque rebajándola como se hace con las bebidas alcohólicas para que no hagan mucho daño. Más adelante se verá que la desnudez de los afligidos *Christianos errantes por aquellas soledades,* era más bien de pierna que de pie, pues habían inventado un calzado de emergencia, ponderado por gente de muchas luces.

Pero, de todos modos, su descripción de la pobreza de la población, de los más humildes que no parecen haber sido pocos, es verdaderamente patética. En sus NOTICIAS DE LA ISLA ESPAÑOLA, bajo el acápite "Misas de Noche", dice:

"Celébranse los días de precepto misas de noche, mucho antes de amanecer, porque de no ser así, se quedaría sin oírla las dos tercias partes de la gente de ambos sexos, por no tener vestidos decentes en la ciudad, donde todos son conocidos".

Bajo otro acápite "Orden de Predicadores":
"Su primer fundación fue en la ciudad de Puerto de Plata, y su fábrica ilustre; demolióse el año de 605 cuando se demolieron las cuatro ciudades más ilustres de esta isla: Yaguana, Bayajá, Montecristi y Puerto de Plata, conque del todo se acabó de perder esta isla: su edificio presente, de paja".

Y en su MEMORIAL, que es ya el colofón de su trabajo literario, dice:
"De día (aunque no se quiera) se ven por las calles Adanes y Evas, antes y después del pecado. De noche (para que las tengan buenas) salen los harapos. En oír misas y ahogos se le pasan; que no tienen qué llevar a la boca, ni con qué ir a la Iglesia, ni cubrir sus carnes...

"Los días de Precepto, salen en tropas las mugeres a oír las misas de madrugada, cubiertas con trapos, paños de manos, o pedazos de sábanas viejas, y si tantico clarea la Aurora, de modo que puedan ser conocidas, se buelven a sus casas, sin oírlas".

Y su propia pobreza:

"El arzobispo, o mayordomo de los pobres ¿qué tiene? ¿Qué es? Direlo. Lo segundo, un estropajo, y lo primero, nada casi, que más valiera que el casi se le quitara... Sus carrozas son sus pies, la cauda ni ay quien la lleva ni en donde ponerla, el Guión no se lleba, porque para la cruz no ha de aver más crucero que sus hombros, su sustento Vaca mala o toro viejo, su pan ninguno, porque no ha podido entrar en el de palo, y si se envían se gasta presto, porque los enfermos lo piden de arina o pan, y es preciso dárselos, sus vestidos dentro y fuera de crudo, o ya sea crea o ya coleta, su ropa poca y vieja, su lecho el colchoncillo que trajo en la embarcación, familia ninguna, su continuo pasto diurno, aunque no quiera, es ver Adanes y Evas, antes y despúes del pecado".

Pero las cosas no parecen haber sido tan extremas como las veían los ojos traviesos de Fray Fernando. Unos diez años antes, el Arzobispo Navarrete ya mencionado, escribía a su Rey condenando el lujo que se gastaba en vestir toda clase de personas.

"He predicado señor contra el abuso introducido en esta tierra. Y hablado veces de él. Y si bien me acuerdo dixe en una ocasión a vuestro Presidente viéndolo vestido de gala: *Su Señoría y los caballeros desta ciudad se avían de vestir de estameña* [tejido ordinario] *para diferenciarse de los mulatos y negros*". Y explicaba que todos estos últimos llevaban "armadores [jubones], camisas de olán y bretañas, medias de seda, tafetán doble. Y las mejores puntas de flandes con otras cosas, quienes gastan más que la otra gente las guarniciones de Milan. Y mantos de seda con puntas, las mulatas y las grifas son las que más consumen". (Poco respeto y racismo, Padre).

Y es difícil suponer que en diez años y de un Arzobispo a otro, estas gentes de bien vestir hasta el abuso, se convirtieran en Adanes y Evas.

Ocurre que el mismo Navarrete y siempre informando a S. M., cambiaba de óptica al pasar de esa materialidad a la del Arzobispado. Su tono era entonces otro. "Materia era esa más para representarla V.M. con lágrimas que ponderarla con palabras, que una Metrópoli Primada de las Yndias aya llegado a tan suma miseria".

Porque, para entender estas cosas había que llegar hasta el fondo. Y en este punto, Fray Fernando tenía razón. La cuestión es que efectivamente la Isla había caído y seguiría cayendo a los planos más bajos de la pobreza, con sus altibajos, como consecuencia de las terribles Devastaciones de 1605 y 1606. Por más que se recuperaba y cobraba de nuevo los más alentadores alientos, ya nunca se colocaría en la arrancada del progreso y siempre volvería a caer. Los testigos exageraban, según los casos y el momento en que escribían, pero Fray Fernando iba al fondo de la cuestión. Su opinión invariable es que el estado actual de la Colonia se debía a las despoblaciones, que habían introducido la pobreza y le habían abierto las puertas al colono francés. Por eso su odio, después del que le prodigaba al casabe, era el que le prodigaba al "Consulado de Sevilla", por su monopolio del comercio.

"El es el que ha perdido esta Isla, pues por queja de que comerciaban los vecinos de las ciudades, Puerto de Plata, Baiaxá, Monte Christi y la Yaguana, mandó el Consejo que se despoblase, quedando sin haciendas sus pobladores, porque las casas y la montería no se conducen, halló puerta franca el Francés, entróse en ella, nuestro descuido y mal gobierno los dejó multiplicarse y extenderse".[15]

Y hay un momento en que se deja arrastrar por la cólera y le endilga los más brutales insultos y acusaciones. Son palabras duras que el lector no aficionado a las citas textuales y los testimonios directos, puede saltar, perdiendo naturalmente la imagen de aquel rostro convulso y exaltado por la pasión:
"En esta miseria se halla esta desdichada Isla, siendo el origen de esta suma infelicidad el Consulado de Sevilla, traidor de la Corona que si lo es el que quita sus dominios por guerra o entregándolos, no lo es menos el que por su industria priva a Su Magestad de los que podía tener. Ladrón de los haberes reales, pues por su maña ha quitado a nuestro Rey todos los referidos, quedando con obligación de restituirlos. Cristiano en el nombre, y en los hechos ateísta, pues por su malicia tiene las casas dedicadas a Dios como he dicho. Inhumano, pues impide con su depravada voluntad el uso de la ley natural, que permitiendo y dispensando preceptos divinos, no quiere el que

se salgan de ellos, no comercien y no les envíen lo necesario. Es sitiarlos por hambre y necesidad"[16].

Todavía en aquellos años finiseculares, Fray Fernando no daba por perdida la Colonia. Insistía en que se aceptase una proposición que habían hecho los holandeses en 1687 en el sentido de incrementar las relaciones comerciales, y enviar 2 mil familias a poblar. Acerca de esto insistía constantemente, oponiendo el "comercio de Flandes" al de Sevilla, hasta que en un momento dado, pensó que el mismo Rey renunciaba a ser enteramente el señor de la Isla.

"Ha perdido el Rey ser dueño enteramente de esta Isla. Parece que tácitamente no la quiere. Mejor era decirlo, mandando su desalojo, y excusarse el situado y las injusticias".[17]

Eran palabras terribles, y estaba muy lejos Fray Fernando de pensar que un día, en 1795, dejaría de ser tácita esa disposición del espíritu real y sería dictada terminantemente la orden de desalojo.

Faltaba, pues, un siglo, pero Fray Fernando presintió la realidad hasta la desesperación. En ese estado escribió a un amigo gaditano, Luis Varada, pidiéndole que le negociara su salida de la Isla en secreto y lo mantuviera oculto en Curazao o en Jamaica, pues había tomado la determinación de salir de ella disfrazado. Parece que a Varada y al Marqués de la Granja a quien escribió en igual sentido, les pareció incongruente la determinación del Arzobispo, quien no había cometido acción alguna que ameritara el disfraz y el ocultamiento, y no se mostraron entusiastas.

Fray Fernando decidió actuar por sí mismo. Un sábado, después de cumplir con sus obligaciones religiosas sin reflejar en lo más mínimo las turbulencias de su alma, se fugó en una balandra que lo condujo a las islas francesas, de allí embarcó a Francia de donde se trasladó a España. Su desesperación había sido tan grande que, si no hubiera habido más puerta que la de las llamas, "se arrojaría a ellas" como se lo comunicó a Su Magestad en un Memorial. Ya se sabe lo que esta expresión puede significar cuando las dice un Arzobispo. Nada menos que estaría dispuesto, en caso de no encontrar otra forma de escapar del desenlace presentido, a lanzarse por la mismísima puerta del Infierno.

Naturalmente, se negó a regresar a Santo Domingo. Renunció en consecuencia a su mitra, y se retiró a un Convento. Murió en Conjo a las once de la noche del 24 de abril de 1701, a los sesenta y siete años cumplidos de su edad, casi sin tiempo para hacer testamento.

El personaje es sumamente interesante y, en el fondo, su pensamiento era válido. Exageró, tal vez. La exageración es un recurso argumentativo destinado a apuntalar y clarificar la tesis principal, y su validez depende de la justeza y corrección de ella. Y en este punto, Fray Fernando era irreprochable. Comprendió a fondo las causas, las consecuencias y las perspectivas históricas de la realidad.

LA DICTADURA DEL CONSUMIDOR

Los cortes de madera de caoba, de guayacán y de campeche producían mucho. Y, con excepción de dinero, había todo lo necesario para la vida.

J. B. Lemonnier-Delaffosse.

El fenómeno más interesante que había tenido lugar en la Isla como secuela de las Devastaciones, había sido sin duda el paso de la dictadura del productor, como clase social, a la dictadura del consumidor como hecho histórico.

Estas expresiones son intercambiables. La dictadura del consumidor provenía de una clase social de la misma manera que la del productor era un hecho histórico. Pero lo que así se quiere caracterizar es que aquella era la expresión de la voluntad de la Corona, y se manifestaba por tanto como una ley inviolable, mientras que ésta expresaba la voluntad de los vecinos, a contrapelo de la ley, y se manifestaba de manera equívoca, sin reconocerse como ley pero sustentándose, inclusive con el consentimiento de las autoridades, como una ley tan verdadera como inviolable. Era la contradicción perpetua entre las palabras y la vida.

Si tenemos presente que el mencionado ingenio "San Pedro" del Licenciado Zuazo, tal como lo aseveraban los vecinos de Yaguana en 1604, se estimaba en unos 50 mil ducados de oro sin contar sus 900 esclavos que valían de por sí una fortuna, debemos convenir en que la industria azucarera gravitaba de manera determinante sobre la economía de la Colonia, toda vez que era solo uno, aunque el mayor de todos. Y no solo por eso. Ya en una ocasión anterior,* hemos tratado de traducir a los términos actuales la significación probable de esa expresión monetaria. Y, sin ir más lejos, bastaría con recordar que la suma necesaria para convertir a Santo Domingo en una fortaleza inexpugnable, según los cálculos del Gobernador Chávez de Osorio en 1630, no pasaban de los 18 mil ducados de oro, una suma tres veces menor que la que habría que disponer para comprar ese ingenio sin contar lo que habría invertir para comprar los esclavos.

Pero mucho más importante que esa expresión monetaria, era el hecho de que la industria azucarera se insertaba en un proceso histórico de toda la humanidad, balbuceante todavía pero irreversible ya, que consistía en el predominio de la inversión de grandes capitales y la explotación de grandes masas de trabajadores —esclavos, en esta etapa inaugural— sobre la explotación directa de la tierra. La industria azucarera se imponía de ese modo con el concurso de las grandes fuerzas históricas. Esto significa que la sociedad colonial, se perfilaba como una sociedad más industrial que agrícola, con una fuerte gravitación de la ciudad sobre el campo, y si se quiere más productora que consumidora, aunque todavía de manera primitiva, y sin duda precoz.

Las devastaciones generalizadas quebrantaron ese esquema y se invirtió el proceso. El campo se impuso a la ciudad. La costumbre desbordó a la ley. La vida económica fundamental se hizo clandestina. Por encima de la voluntad del Estado, prevaleció la iniciativa individual y anárquica de los vecinos. La autoridad pública quedó resquebrajada y ella misma desnaturalizó sus fines institucionales. Como se ha dicho, las cuadrillas militares encargadas de sofrenar esa tendencia, muy pronto se consagraron a fomentarla, participando en el aprovechamiento del ganado abandonado en conniven-

cia con los vecinos, mucho más allá de las guardarrayas establecidas por la ley. Los propios Gobernadores y Capitanes generales, no tardarían en hacerse de la vista gorda y aun en compartir de alguna manera las actividades clandestinas en relación con las naves extranjeras. La Isla se convirtió en una vasta despensa, dispuesta a que todo el mundo acudiera a ella en procura de sustento, y a que los más despiertos traficaran con el sobrante. Y, como que ya no se fabricó nada, y las que debieron ser grandes empresas en el futuro inmediato, desaparecieron del todo, la sociedad se vio conformada por esta actividad consumidora y recibió de ella su fisonomía histórica. Es a ese proceso al que denominamos el paso de la dictadura del productor a la dictadura del consumidor.

En los marcos de las presentes consideraciones, debemos ver la situación a través de ese prisma. La economía colonial recibió un golpe decisivo con las Devastaciones. Pero esto no pudo significar ni mucho menos que sus consecuencias inmediatas fueran el desencadenamiento del hambre sobre la población. Nada de eso. El "comercio intérlope" que había sido una base de sustentación general, no desapareció nunca. Simplemente, las naves extranjeras modificaron el rumbo y, en lugar de dirigirse a los fondeaderos del norte, se dirigieron a los del sur. El azúcar, que para la Colonia tenía un sentido prodigioso, no necesariamente lo tenía para los tratantes extranjeros. Si dejaba de ser la mercadería más atractiva no faltaban otras igualmente atractivas, principalmente los productos de la ganadería, los cueros y las carnes en primer lugar. En consecuencia, las operaciones siguieron llevándose a cabo sin que las actuaciones de la ley, cosa que habían advertido los cabildos en su oportunidad, pudieran impedirlo. La carne y los cueros de res, así como la de cerdo y la manteca se hicieron más abundantes, ya que el ganado abandonado se hizo montaraz y se multiplicó increíblemente. Nunca se supo la cantidad de ganado que se desarrolló en la isla a todo pasto y toda leche, ni el volumen de las operaciones que se realizaban con las naves extranjeras a la sombra de la ley. Solo se sabe, por las informaciones que a veces proporcionaban los propios rescatadores, que ese volumen era enorme.

La sociedad emprendió de nuevo su organización en los términos de una nueva vida, que no distaba mucho de la anterior, aunque con los signos invertidos. En lugar de encaminarse por los senderos del futuro, invirtió la marcha y se inscribió en la esfera de la dependencia secular, aunque no incapacitada para conocer momentos de bienestar.

Ya a mediados de siglo la economía se había recuperado de manera impresionante. Diversos recursos contribuyeron a ello. En el fondo siempre el contrabando. Pero en la superficie, o sea al amparo de la ley, apareció otro en forma prácticamente providencial: el cacao.

Esta planta había sido introducida en la Isla desde el siglo XVI, y figura entre las plantas que Oviedo menciona. Sin embargo, dos siglos después se pensaba que era natural de la isla y que siempre había existido en estado silvestre. Así lo creía Sánchez Valverde, el autor de la IDEA DEL VALOR DE LA ISLA ESPAÑOLA en el siglo XVIII.

Este criterio se debió a que la planta había desaparecido como consecuencia de las Devastaciones y posteriormente retoñó efectivamente en estado silvestre. La gente la había olvidado cuando ella por su propia determinación vegetal decidió reincorporarse a la existencia mercantil. Se pensó entonces que era nativa porque nadie la había sembrado, ni ella tuvo interés alguno en rememorar sus vicisitudes y su linaje.

Y se convirtió en una bendición. Ya en 1648 se había convertido en un renglón tan importante de la economía que el propio Arzobispo Carvajal y Rivera, tan renuente a admitirlo, reconocía su importancia al afirmar peyorativamente que "el Cacao es la moneda". La verdad es que participaba en todas las operaciones, como un producto convertible en numerario. En un informe de 1650, un jesuita hacía constar que "hombres ay que tienen de sus haciendas un año con otro diez y doce mil pesos de renta de cacao" y que "los demás caudales son moderados de año y año hasta cinquenta mil pesos de principal y todas estas serán hasta cinquenta familias".[18]

Porque el descubrimiento del Nuevo Mundo no fue un acontecimiento instantáneo, sino contínuo. La población de los nuevos "reynos" consistía en un constante descubrimiento

de maravillas. Y una de ellas fue el chocolate. Aquella semilla a la que los naturalistas pusieron por nombre técnico "licor de los dioses" *(Theobroma cacao)* volvió locos a los colonos del siglo XVII. Se le atribuyeron virtudes mágicas y la rodearon de leyendas. Las damas más distinguidas descubrieron que una taza de chocolate convertía a los esposos más aburridos en pequeños dioses del amor, y ellas mismas oían misa tomando chocolate a pequeños sorbos para que sus propios dioses las hicieran más tentadoras. Un Arzobispo, el de Chiapas, que se rebeló contra este paganismo americano y prohibió tomar chocolate durante el sacrificio de la misa, pero que era partidario de una taza caliente a la hora de dormir, no rehusó la que le envió una de estas damas resentidas con una buena carga de arsénico y, desde luego, pasó a mejor vida y a mayor gloria.[19]

De modo que el redescubrimiento del cacao en Santo Domingo, tuvo lugar en el mejor de los momentos. La demanda era exorbitante y se convirtió rápidamente en una fuente de riquezas.

Pero Fray Fernando llegó tarde y no pudo conocer esta euforia. El año de 1666, llamado el de "los tres seises", fue un año memorable porque un huracán seguido de un terremoto golpeó muy severamente la renaciente economía. La peor parte se la llevó el cacao, que es una planta sensible a las violencias eólicas y sísmicas, y bruscamente la fuente providencial se agotó.

Sin embargo, el golpe no significó en modo alguno que sobreviniera una crisis de hambre. Aunque si de pobreza e inclusive desnudez. Y aun habría que saber en qué medida, porque por allí, refugiado en las sombras y en la soledad, se encontraba siempre activo el contrabando. Los vecinos franceses impulsaban de manera muy entusiasta la economía de la otra parte y, debido a ello, el clásico contrabando marítimo había ido asumiendo formas terrestres. El comercio intérlope se hizo anfibio, como ciertas criaturas marinas en vías de adaptación a la respiración atmosférica. El ganado cuyas carnes y cueros eran vendidos a las naves extranjeras tintos en sangre, comenzaron a trasladarse al otro lado para ser vendidos en pie Caballos, mulos y burros acompañaron a las reses y también se convirtieron en mercancía. Y de nuevo empezó a

resollar por esta grieta del aire, la sofocada economía de la parte española.

El efecto inmediato de este trasiego de animales y otros productos de la tierra, entre ellos tabaco que era de muy elevada calidad, no podía ser otro que un flujo constante de numerario hacia la parte española, que no dejó de inquietar a los colonos franceses, aunque como siempre los que más se quejaban eran los que más poseían.

Moya Pons afirma que por aquellos días pululaban los prestamistas, que no suelen prosperar donde escasea el dinero. Por lo menos dos se destacaban por el volumen de sus operaciones. Uno era un Rodrigo Pimentel que manipulaba hábilmente el negocio de ropas y tejidos de contrabando sin duda en gran escala. El otro es el más interesante a propósito de Fray Fernando, puesto que se trataba de un distinguido antecesor suyo en el manejo de los asuntos eclesiásticos, Don Juan de Escalante Turcios y Mendoza, Arzobispo Metropolitano de Santo Domingo.

El mitrado prestó a la Real Audiencia 836 pesos en 1673 para resolver sus apuros financieros "y por no poder constar esto de otra manera, consta por certificación de los Contadores de la Cathedral", según se dice en un informe oficial. Más tarde se ve a la Iglesia en condiciones de prestar otros 1,700 pesos al mismo deudor, para el pago de los soldados y réditos por cuentas pendientes. El Arzobispo Turcios tuvo tales dificultades cuando pretendió elevar los precios de los servicios religiosos, que le costó la mitra. Y es claro que si elevó esos precios es porque consideraba que había con qué solventarlos.

Ya no estaba en estos menesteres cuando llegó Fray Fernando a la Isla, y quizás tampoco el Pimentel, pero quedarían fuentes de crédito disponibles si, como el propio Fernando lo refiere en su Memorial a S.M., pudo contraer deudas hasta un monto de 800 pesos, una suma equivalente a las que contraía el Estado.

De estas cosas nada se lee en el epistolario y por ende no podemos saber quién prestaba a quién, ni a qué se debieron las feroces contestaciones del Gobernador Andrés de Robles con Fray Fernando y que, según nos cuenta el historiador García, le costaron el cargo al Gobernador. Y, quizás la vida, pues

murió durante el viaje a España a rendir cuentas a la Metrópoli.[21] De todos modos, este episodio nos indica que el Arzobispo no estaba metido en casa escribiendo cartas interminables a España y echando una ocasional ojeada a los transeúntes semidesnudos. Por tanto, su verdad, sin dejar de ser verdad, no era toda la verdad.

De manera que aquellos adanes y evas de Fray Fernando eran solo algunos o venían así vestidos del Paraíso Terrenal. Muchos trabajaban en pleno monte reuniendo cantidades inmensas de carne de res y de cerdo, así como de manteca y otros diversos productos solicitados por sus clientes para cambiarlos por mercadería de importación, precisamente vino, harina de trigo y otros incluyendo telas y lienzos que pudieron haber utilizado para cubrir sus propios pudores. En muchas de estas operaciones intervenía directamente la mercancía amonedada, oro y plata, y otros metales de curso, por lo que es probable que se encontraran en la Capital en gestiones comerciales, en ropa de trabajo más que de angustia o de pecado. Y se sabe que en esta actividad participaba de una manera o de la otra todo el mundo, inclusive los funcionarios más encopetados de la Colonia.

Podemos afirmar conclusivamente, pues, que durante todo el siglo XVII se vivió en la Colonia una situación que en cierta medida puede calificarse de pobreza, con tales y cuales reservas, pero es prácticamente imposible calificar este siglo como un siglo de hambre. Casi se puede afirmar rotundamente lo contrario. Hambre no hubo. Alimentación abundante y balanceada, nunca faltó. Más bien sobró, tanta que pudo ser objeto de comercio y sostener en peso la economía tambaleante de la Colonia en momentos de dificultad y de crisis, que no faltaron. La importancia del ganado y otros recursos del territorio eran de tal naturaleza y tan decisivos, que iban a imprimir su fisonomía definitiva e histórica al futuro.

Pero eso es ya el siglo XVIII, y nos obliga a abandonar un siglo, para buscar en el siguiente, esos signos inequívocos que nos permitirían situar los orígenes del hambre en la República Dominicana.

Porque, a decir verdad, no los encontramos en dos siglos que llevamos de recorrido, ni siquiera en los momentos de miseria abismal e incomparable.

BNPHU

EL DESENLACE DEL SIGLO

Hai ya Pueblos en que escasean las obediencias a las Ordenes del Presidente diciendo que el Rey los ha abandonado y no debe ya cargarlos más.

Fr. Fernando Portillo y Torres
(Arzobispo de Santo Domingo)

Hablando de mariposas, cada vez que nacía un macho en el fondo de la flor, subía a los pétalos y esperaba el nacimiento de una hembra. Una vez que ésta subía, debía fecundarla y morir. La hambra bajaba, depositaba sus huevos y también debía morir. Solo conocían el néctar un instante de su vida larvaria. La vida adulta era el eterno subir y bajar por la escalinata de la muerte. La llamaron Efímera. Pero en definitiva, la efímera no careció nunca de los dos grandes fundamentos de la existencia, la alimentación y el amor. Solo le estuvo vedado disfrutar de esa existencia en pleno desarrollo de su vida adulta.

Hablando de Islas, ocurre a veces lo mismo, si el tiempo se mide en dimensiones históricas. Al menos así ocurrió con la primera colonia española de América. Apenas despuntaba a la vida adulta, debía descender hasta el fondo, hacer allí vida

larvaria y volver a subir para volver a caer. Era, según parece, su destino natural.

A fines del siglo XVIII, rodeada por todas partes de buques mercantes, casi podía asegurarse que había iniciado su definitivo esplendor, si no fuera porque 400 mil esclavos vivían en la más profunda abyección. De pronto resonó en Francia el más estruendoso grito de libertad que conociera la Historia, y fue escuchado por aquella muchedumbre de esclavos, antes de que su generación cumpliera los siete años de vida que el sistema de plantaciones, según los cálculos más conservadores, le permitía. Y así, todo aquel enorme edificio, inmensamente productivo, que habían levantado los franceses, primero los aventureros y después los capitalistas en un costado de la Isla, comenzó a desmoronarse.

El alma de los antiguos vecinos de la Yaguana debió estremecerse en el más allá. Pero las autoridades españolas pura y simplemente se regocijaron en el más acá. Todo anunciaba que los franceses se marcharían por sus propios pies, o lo que era más verosímil,serían echados por una marea incontenible de esclavos, desencadenados como las tormentas. Y ya se sabe que las tormentas se desencadenan como los esclavos, pues son estos y no aquellas los que suelen llevar cadenas. Esta perspectiva planteó la eventualidad de que el antiguo territorio español volviera al seno de la Madre Patria. Bastaría conque los esclavos adoptaran su bandera.

Había una posibilidad. Se sabía que en la parte española no existía la esclavitud de plantaciones, sino una forma benévola de la esclavitud doméstica, cuando la había. La libertad que ofrecía la Revolución la había concedido la desgracia. Con frecuencia iban los mercaderes españoles a la parte francesa y eran sus acompañantes negros, tenidos por esclavos, quienes cobraban las cuentas. A muchos sorprendía que durmieran y comieran en la misma escudilla, como decía un testigo de la época, sin que el esclavo le cortara la cabeza al amo. Y, cuando sobrevino la Revolución, apenas si se dieron por enterados. "Lo que es asombroso, pero muy cierto, decía uno de aquellos revolucionarios, es que los esclavos de la parte española han preferido su estado a la facilidad que tenía para pasarse a la parte francesa, donde la libertad los esperaba".[22]

Por el contrario, Juan Francisco, Biassou y nada menos que Toussaint Louverture se pasaron a los españoles y convertidos en flamantes generales, se distinguieron y conquistaron varias plazas para el pabellón español. La posibilidad de reunificar todo el territorio bajo la soberanía de S.M. Católica, se hizo palpable. El Gobernador García comenzó a tomar las providencias del caso.

Una de ellas fue la de comisionar al Regente de la Audiencia, José Antonio Urízar —jurista, por supuesto— para que preparara los instrumentos jurídicos de tal paso. Este escribió a un funcionario de la Corona en términos que evocaban aquellos de los antiguos vecinos de la Yaguana antes de que fueran ocupados por los franceses, en 1604. "No hay duda, decía él, que hasta la horrible revolución que ha asolado esta Colonia, era sin contradicción la más hermosa y la más rica de todas las que poseía la Francia, y aunque su suelo no es tan bueno como el de la parte Española, tiene proporciones más ventajosas a beneficio de la agricultura por estar situados los más de sus Pueblos con inmediación a las costas, de manera que ninguna de sus Poblaciones se aleja del embarcadero a ocho leguas de distancia y solo dos o tres distan de 10 a 12 leguas, y agregándose a esto la vondad de sus caminos tienen la facilidad de transportar sus frutos a poca costa, y como con proporción a estas circunstancias tenían también establecido su Comercio, consiguieron llegar a la opulencia".[23]

Eso era lo que habían vaticinado los yaguaneses de la Vera Paz. Ahora se presentaban, en opinión de Urízar, dos opciones: UNA, *"adquirir y conservar toda la Colonia vecina"*. OTRA, *"que se conquistasen la parte o partes que conviniesen"*, con una variante, que *"después de conquistar el todo por nosotros, se entregase parte de ella dándosenos alguna compensación y tomándonos lo que nos acomodase, a una Potencia amiga"*.

Por lo visto, daba por consumado ese destino. Y, al efecto, consagró su inteligencia y su sabiduría a la elaboración de un extremo y complicado REGLAMENTO para el gobierno de aquella parte. Su autor estimaba que "la obra magna" era aquel aspecto que se refería al comercio libre con todas las naciones. Y bien que lo hubiera sido, dos siglos atrás.

De improviso ocurrió un acontecimiento que echó por tierra estas ilusiones. Llegó la noticia de que, en lugar de que la colonia francesa se incorporara a la española, resultaba la española incorporada a la francesa. Aquello era increíble por más de una razón. Si bien era el resultado de una paz firmada con los franceses a consecuencia de una guerra en que España resultó vencida, los vencedores eran revolucionarios de la más pura estirpe y, por más que los usos de la guerra justificaban la cesión de territorios, los revolucionarios habían enarbolado como principio la libertad de los pueblos. Por consiguiente, no podrían ser entusiastas a la hora de apoderarse de un pueblo que era tan revolucionario como ellos, y que precisamente se adherían a su misma causa. Tal decisión ponía en discusión sus propios principios, y prácticamente hubo que imponerle la cesión. El favorito Godoy, que obtuvo esta victoria dentro de la derrota, recibió el título de Príncipe de la Paz.

Y ese fue el desenlace total y final, decisivo y completo de las Devastaciones de 1605-1606.

Una verdadera catástrofe. El Arzobispo de Santo Domingo, Monseñor Portillo y Torres, escribió a la Metrópoli en términos de consternación:

"Muy señor mío, con la noticia y publicación de la muy acertada cesión de esta Isla que se publicó el 17 del corriente (octubre, 1795), aunque acompañado con la muy plausible noticia de unas paces tan gloriosas, se consternó este Pueblo, y si el común de estas gentes fuera de un ánimo tan vigoroso como los de España, me habría hecho temer una sedición, pero parecióme conveniente para contenerle permitirle algunas hora de desahogo a su pasión Patriótica que por ciega y entusiasmada podría arrollar con exorvitancia los medios que opusiera la más exquisita política, especialmente quando a vista de muchos el día de la publicación, cayó muerta en medio de la calle una Muger exclamando, ISLA MIA, PATRIA MIA".[24]

El Ayuntamiento de Santo Domingo se dirigió a Su Majestad. "Señor: La Paz que V. M. acaba de dar felizmente a todos sus vasallos, cuya noticia ha tenido este Ayuntamiento por el Bando publicado por el Capitán General a los diez y ocho días del corriente, hubiera causado a los que tiene en esta Isla la más

completa satisfacción, si no se hubiera habido de comprarla con lágrimas de sangre".[25]

Numerosas voces clamaron por la revocación de la cesión. Pero la determinación de entregar era irreversible. Era, una vez más, 1605. En aquella ocasión se cedieron a quienes pudiera interesar las siete octavas partes del territorio. De ellas solo una porción que vendría a ser la tercera parte de la totalidad, fue ocupada por los franceses. De modo que la cesión de 1795 no era sino la culminación tardía del proceso de entrega que se había iniciado dos siglos antes.

Nuevamente la Colonia volvía a caer al fondo de donde se había levantado penosamente. En principio debía efectuarse la entrega tan pronto como se presentaran sus legítimos reclamantes, y el Real Gobierno asumiría los gastos de traslado de la población en el plazo de un año.

Hay que hacerse cargo de lo que significa el desalojo de un país, que no es solamente un grupo de funcionarios y empleados, con sus archivos, ni un conjunto de religiosos con las alhajas del culto. Hay que trasladar un pueblo con su historia y sus costumbres, con sus sentimientos patrióticos y el pedazo de tierra en que ha nacido. La orden de traslado quedaba encomendada a una escuadra naval con destino a La Habana. la significación que para los vecinos tenía esta ciudad, la explicó el Ayuntamiento en una larga exposición dirigida a Su Majestad, en uno de cuyos párrafos dice:

"Se refiere todavía con horror de la Caridad Española, la desgraciada suerte que experimentaron allí los emigrados de la Florida, amaneciendo por las calles de la Havana familias enteras muertas de la necesidad, sin hallar en todo aquel inmenso Pueblo, abrigo, socorro, ni siquiera un bocado de comida. No puede suceder de otro modo. Es la Havana Ciudad populosa, en donde apenas caben sus propios vecinos, de un lujo sobre toda ponderación. Las casas, el vestido y manutención están a precios enormísimos. Sus terrenos demás de veinte y dos leguas alrededor, ocupados todos hasta el último palmo. Los más acomodados a la agricultura, por su cercanía a los demás Puertos de Mar de aquella isla, o con dueños particulares y por consiguiente carísimos o desiertos, mal sanos y distantes de todo auxilio y socorro, y por lo mismo de dificilí-

sima exportación. Los del interior de la Isla, sobre ser ingratos y estériles, se hacen inaccesibles por la fragosidad de sus largos tránsitos. Qualquiera que tenga conocimiento de lo dilatado, difícil y mortífero que es en estos climas el desmonte de nuevas tierras, se convencerá fácilmente que cuando de los setenta a ochenta mil almas que tiene V.M. en esta Isla llegasen a transportarse todos felizmente a la de Cuva, no quedaría cinco mil al cabo de pocos años".[26]

De todos modos, había que emigrar. Los más pudientes se fueron a Cuba, otros eligieron a Puerto Rico y a Venezuela. Y no pocos decidieron desafiar el destino en su propio país. La gran masa popular, naturalmente, se aferró a sus lares y aseguró la continuidad histórica, aunque sin duda enfrentándose a la realidad cuotidiana en las peores condiciones.

Como siempre, en la desgracia se encontraba el remedio. Aquellos que de todos modos optaron por abandonar su país, solo pudieron llevarse sus joyas y el numerario disponible. Dejaron sus casas y, naturalmente sus animales. Una vez más los recursos propios de la tierra acudieron en auxilio de los que se quedaron. Dolor hubo. El patriotismo quedó lacerado. Pero no faltó un reparador bocado de carne fresca, ni una buena jarra de leche de chiva, ni frutales en abundancia.

El viejo comercio de contrabando con las naves extranjeras, se restableció principalmente con las naves inglesas, ya que Inglaterra se encontraba comprometida en los acontecimientos de la Colonia vecina. Se le vendió ganado en cantidades apreciables, sin carácter clandestino por primera vez, ya que la Colonia no pertenecía por el momento a nadie. España había renunciado a ella. Francia no acudía a tomar posesión. Antes tenía que dilucidar sus propias concepciones acerca del colonialismo, acerca de la esclavitud, acerca de las modalidades del poder, dentro y fuera de la metrópoli.

Esas cuestiones eran ardientemente discutidas en el contexto de la entrega de la parte española a los Comisionados franceses que debían recibirla. Uno de ellos se las planteaba a su Gobierno en un informe oficial, en los siguientes términos. "El interés nacional exige que no se ponga en cuestión lo que no es sino un problema, a saber: si las colonias son, o no, útiles a Francia. Si se decide que no son útiles a su marina, a su

comercio y a su esplendor, que las abandone... si, en una palabra todos estos motivos juntos inclinan la balanza política en favor de la conservación, en este caso es necesario, por un justo acuerdo de la República con la humanidad, acudir al bien nacional, considerando las colonias como almacenes de la Metrópoli, y no considerarlos como estados políticos", etc.[27]

Mientras tanto, las autoridades españolas debían esperar a que se dilucidaran estos problemas filosóficos. El Tratado estipulaba que la Colonia debía ser entregada en un mes y, por su parte, sus habitantes dispondrían de un año para ser desalojados. Pasó el año. Pasaron otros seis años. El Príncipe de la Paz apremiaba al Gobierno francés con todos sus recursos diplomáticos, inclusive con el argumento de la retrocesión. Se le argumentó que el territorio de la parte antes española había sido incluido en la Constitución como parte del territorio de la República "una e indivisible". Y continuó la espera.

Por fin, ésta tuvo lugar, pero no ya en el siglo XVIII, sino en el siglo XIX, en 1801, y no por un acto de convicción sino de fuerza. El mismo Toussaint Louverture que había militado bajo el pabellón español en otra época y que se había desligado de las comisiones francesas, hizo valer el argumento militar y tomó posesión de la Colonia en nombre del Gobierno francés.

Seis años no son mucho tiempo para desarraigar a un pueblo y lanzarlo al mar, pero son tiempo suficiente para saquear sus riquezas y sumirlo en la pobreza. El Santo Domingo español, un territorio ponderado por propios y extraños, se había convertido en tierra de nadie. Según una conocida letrilla, unas veces parecía español, otras francés, otras africano y por último inglés. "No sé qué será de mí", decía la letrilla, pero lo inmediato era arrancarle lo que se pudiera y el resto dejárselo a los perros. La cuestión es, no obstante, la de saber cómo ha podido sustentarse la población durante seis largos años, cuando se supone que toda la economía ha sido desarticulada. Tan pronto como se leyó el bando de cesión, la Colonia se puso en estado de abandono. Se impuso la situación de espera. Solo que el sustento diario no desciende plácidamente mientras llegan los barcos. Sin embargo, no se habla en parte alguna de aquellas hambres que llenaban los campos

de cadáveres pestíferos como ocurrió en la versión de Oviedo respecto de la La Isabela legendaria. Así que en alguna fuente de la época podrá haber respuesta interrogante. Y hacia ella debemos dirigir nuestra indagación.

NOTAS Y REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

1. E. Rodríguez Demorizi: RELACIONES HISTORICAS, ob cit. T. II.
2. Véase EL GRAN INCENDIO, ob. cit.
3. Idem.
4. Idem.
5. Cita de Américo Lugo: BALTASAR LOPEZ DE CASTRO Y LA DESPOBLACION DEL NORTE DE LA ISLA ESPAÑOLA, ob. cit.
6. G. Guillermin: DIARIO HISTORICO, Santo Domingo, 1976, p. 19.
7. Pacheco, Cárdenas y Torres de Mendoza, editores: COLECCION DE DOCUMENTOS INEDITOS DE INDIAS, Madrid, 1864 y siguientes.
8. Cursillo dictado en la Universidad de Santo Domingo del 27 de noviembre al 13 de diciembre de 1944 por José M. Ots Capdequí, Catedrático de la Universidad de Sevilla. Publicaciones de la Universidad de Santo Domingo, Volumen XLIII, 1946.
9. Antonio Delmonte y Tejada: HISTORIA DE SANTO DOMINGO, Biblioteca Dominicana, serie I, Vol. VIII, 1953.
10. Ots Capdequí, loc. cit.
11. Una descripción de esta práctica, basada en la información de testigos directos, tal como ella se encontraba a fines del siglo XIX, se encuentra el INFORME DE LA COMISION DE INVESTIGACION DE LOS E.U.A. EN SANTO DOMINGO EN ¡*&!, Academia Dominicana de la Historia, Vol. IX, Editora Montalvo, 1960.
12. Carta a S.M. con fecha 12 de julio de 1690. El epistolario de Fr. Fernando se encuentra en el volumen III de las RELACIONES HISTORICAS DE SANTO DOMINGO, compiladas por E. Rodríguez Demorizi, Archivo General de la Nación, Vol. XIII, y comprende unas NOTICIAS HISTORICA DE SANTO DOMINGO, cartas a diversas personalidades y funcionarios de la Corona incluyendo el propio Monarca y un MEMORIAL dirigido a S.M. en 1699.
13. Memorial, ob. cit. página 246.

14. Idem, página 263.
15. Carta al Marqués de los Vélez, 10 de enero de 1693. (Pág. 107).
16. Carta al Gobernador de Santo Domingo, noviembre 26 de 1695. (P. 209).
17. A Fr. Alonso de Sto. Tomás, junio 9 de 1698. (Pág. 166).
18. Cf. Frank Moya Pons: HISTORIA COLONIAL DE SANTO DOMINGO, Santiago de los Caballeros, 1974. Página 202.
19. Xavier Domingo: DE LA OLLA AL MOLE, ob. cit.
20. Moya Pons, ob. cit. página 212.
21. Cf. José Gabriel García: COMPENDIO DE HISTORIA DE SANTO DOMINGO, Santo Domingo, 1893, (Libro Tercero, III), pág. 179.
22. General Antoine Chanlatte, General de Brigada y Comisario del Gobierno francés en la parte antes española de Santo Domingo: AL GOBIERNO FRANCES Y A TODOS LOS AMIGOS DE LA SOBERANIA NACIONAL Y DEL ORDEN (9 de junio de 1800), en Rodríguez Demorizi, LA ERA DE FRANCIA, ob. cit.
23. V. 1793, Documento I en J. Marino Incháaustegui: DOCUMENTOS PARA ESTUDIO, Buenos Aires, 1957, Vol. I.
24. IDEM, Documento 8 (Carta del Arzobispo Fr. Fernando Portillo y Torres a 24 de octubre de 1795.
25. IDEM, Documento 9 (Del Ayuntamiento de Santo Domingo a S.M., a 25 de octubre de 1795.
26. IDEM.
27. El General Aontoine Chanlatte, en su informe al Gobierno francés antes citado.

EL SIGLO XVIII

EL SIGLO DEL DESENLACE

Quedando los pueblos marítimos despoblados, y siendo como son de tan buenos puertos y disposición, los ocuparán los enemigos para tratar de sus rescates con más seguridad y comodidad.
(Advertencia de los vecinos de La Yaguana al Gobernador Osorio).

Esto es de tan poco fundamento que no hay que responder.
(Respuesta del Gobernador Osorio).

Los condenados a las despoblaciones en 1605 y 1606, previeron el futuro con increíble exactitud en más de una ocasión. Que hasta el mayor de los ingenios de azúcar que había por allí y que "vale más de cinquenta ducados sin los negros, se perdería". Y se perdió. Que el enemigo que se pretendía desalojar despoblando los puertos, se aprovecharían de ellos más ventajosamente. Y así fue. Y a corto plazo.

Pero no todos estos vaticinios se cumplirían a corto plazo. Algunos requerirían más andar. Como decía Lepelletier de Saint Remy, el avance de los franceses fue como el de una gota de aceite, lenta pero inexorable, que se colaba por todos los intersiticios. Y este proceso, que se inició ya en el siglo XVII a raíz de las despoblaciones, cubrió todas sus etapas en el siglo XVIII.

Uno de sus aspectos más dramáticos no sería precisamente el hambre que supuestamente se abalanzó sobre los españoles, sino la forma, tan lenta como inexorable, en que ellos mismos se fueron entregando a los invasores.

Ya se sabe que al principio, las incursiones de filibusteros y bucaneros de la adyacente isla de La Tortuga, eran subrepticias y vergonzantes. Bien sabían que penetraban en terreno ajeno. Luego, cuando los españoles comenzaron por expulsarlos de La Tortuga, se refugiaron en la *Grande Terre* y descubrieron que allí estaban más seguros, que tenían más a mano las reses abandonadas, que había más espacio, que tenían más puertos para entrar y salir. Y se quedaron.

Para asegurar su permanencia adoptaron la medida más sabia; poblar. La evidencia les mostraba que la menos sabia era despoblar, como si esta palabra hubiera adquirido en francés exactamente el sentido inverso que en español.

A la vuelta de unos años había ya en la isla principal, no ya en la adyacente, un establecimiento más o menos copiado de los españoles en el que se multiplicaban los "hattes" según el modelo de los hatos vecinos. Estos colonos, que habían comenzado por robarle el ganado a los españoles, optaron por robarle el sistema y convertirse ellos mismos en criadores. Inclusive les robaron el proceso histórico, ya que también allí se estableció la industria azucarera y se reabrió la tendencia que habían aniquilado las Devastaciones. No olvidemos que el "ingenio poderoso" había sido inventado por los españoles y que en el siglo XVII había sido expulsado por sus propios padres a Brasil y después a Barbados. Por allí mismo, por la Yaguana, había estado el mayor del mundo, el "San Pedro". De manera que regresaba ahora a su tierra natal.

A fines del siglo XVII había ya unos 35 ingenios para empezar, pero a principios del siglo siguiente, el XVIII, pasa-

ban de un centenar y continuaban multiplicándose. Los "hattes" se fueron recogiendo y cediendo literalmente el terreno a su poderoso rival netamente capitalista y moderno. El desarrollo de esta industria no podía tener otro resultado que la opulencia. Llegó a darse el caso de que en la bahía de Bayajá, en la que con tanto entusiasmo se habían levantado las llamas de Osorio y en cuyos alrededores refulgía ahora la ciudad del Cabo apodada el "París de las Antillas", arribaran hasta 600 naves mercantes. Esto significaba un flujo incalculable de mercadería de todo tipo, en compensación de una exportación de productos, principalmente azúcar a precios exorbitantes, que salía para los puertos europeos e inclusive los Estados Unidos. Durante el año de 1789, que iba a ser el más esplendoroso, el comercio con Europa puso en movimiento 780 buques, según las estadísticas del historiador Delmonte y Tejada, y solo para dar una idea del volumen de los productos que llevaban citaremos algunos de sus renglones: más de medio millón de bocoyes de azúcar blanco y quebrado, aparte de la miel de purga, y las cajas de zumo de azúcar (?) y ocho millones y medio de libras de café, sin contar palo campeche y caoba por toneladas, suficientes para hacer ellos solos una inmensa fortuna. Pero además las estadísticas incluyen una mercancía sumamente significativa: dos millones 617 mil 530 pesos fuertes de cuño español y 58 mil 219 de oro del mismo cuño.*

Esta colonia, que pronto abandonó la ganadería y la sustituyó por una industria basada en la explotación de 400 mil esclavos en el sistema de plantaciones, llegó a ser así la colonia más rica del mundo.

A su vez, y con el mismo rasero, la colonia vecina pudo haber sido calificada como la más pobre. Entiéndase bien, "la más pobre" no significa que padeciera hambre y que sus habitantes disminuyeran constantemente por la falta de alimento. La despoblación crónica obedecía a otras connotaciones históricas. Pero el hambre no representó ningún papel en ellas. Antes bien, la abundancia natural de fuentes alimenticias debió imprimirle su fisonomía al curso histórico. Como se sabe, las riquezas abandonadas por aquellos productores, comenzando por aquellos que basaban sus ingresos en la exportación en naves propias, y que incluía grandes extensio-

nes de tierra que quedaron sin dueños, sirvieron inmediatamente después de las Devastaciones para asegurar la supervivencia de los más pobres, que no pudieron emigrar. Una ganadería abundante quedó en las praderas y se reprodujo increíblemente, dando por resultado el establecimiento de una nueva colonia en la misma isla. A medida que la colonia extraña desplegó sus posibilidades industriales, perdió sus atributos ganaderos y les obligó a depender del antiguo ganado de los españoles.

De esta manera se fue creando insensiblemente una corriente de intercambio entre una colonia y la otra. La política oficial prohibía tales intercambios de los españoles con los extranjeros y, naturalmente, tomaron un curso clandestino que no era otra cosa que la supervivencia del "comercio intérlope". En realidad, nunca desapareció, Las naves "herejes" simplemente cambiaron su rumbo. De las costas de la banda del norte se trasladaron a las del sur. Allí continuaron los rescates, haciendo provecho de los ríos Macorís, Soco y otros, así como de los fondeaderos de toda esa banda, inclusive la propia capital. Allí acudían las naves inglesas de Jamaica, las holandesas de Curazao y las danesas de Santo Tomás. La naves francesas participaban también, en la forma que veremos más adelante, pero el hecho de que estuvieran destinadas a conducir el resultado de sus operaciones a la colonia vecina, implicaba otras vías a las que no tenían acceso los rivales. En efecto, las operaciones se realizaban también por vía terrestre. Aquellas poblaciones más alejadas de la costa, principalmente Santiago y La Vega, que daban a la zona más fértil y productiva del territorio, entablaron su propio tráfico, acarreando ganado en pie que convertían en productos de importación en la parte francesa. En los momentos de su mayor esplendor, el año 1789 de marras, entraron en aquella parte 40,000 reses y 3,000 caballos y mulos, que significan un valor incalculable.

La verdad es que los habitantes de esta parte habían quedado en una situación imposible. La metrópoli se había hecho cada vez incapaz de subvenir a sus necesidades y mantenía tenazmente la prohibición de suplirlas por otras vías. Forzosamente debieron convertirse en contrabandistas especializados y sistemáticos, o vivir en la más absoluta y primitiva desnudez,

y de paso sin harina, sin vino que es lo que para entonces se tenía por hambre. Afortunadamente, lo único que había en abundancia era qué comer, y esto era precisamente lo que necesitaban los opulentos colonos de la otra parte, sobre todo buenas carnes que no podían venir de Europa. Se creó así una especie de simbiosis. Los españoles proporcionaban las carnes, y los franceses proporcionaban el vino...

Mientras tanto, había que cubrir las formas. Todo el siglo XVIII se caracterizó por esa contradicción. Al mismo tiempo que se emprendían todas las medidas, primero las militares y después las diplomáticas para rechazar al francés, se iba robusteciendo el comercio clandestino. El viejo adagio, *Galli amici sed no vicini* (los franceses amigos pero no vecinos) se fue pero no amigos. Y hasta se fueron haciendo amigos al amparo de las alianzas en la Corte, de los Habsburgos a los amparo de las alianzas en la Corte, de los Habsburgos a los Borbones. Pero, cualquiera que fuese la situación jurídica o diplomática, así como el curso fluctuante de las fronteras físicas entre las dos colonias, los intercambios comerciales se fueron profundizando e igualmente haciendo más honda la dependencia de una parte respecto de la otra.

Las autoridades encargadas de reprimir el tráfico, filosóficamente se hicieron cargo de una realidad inevitable y manejaban sus dos manos con la habilidad del caso. Con una dictaban las medidas oportunas para hacer resistencia al proceso, y con la otra recibían los beneficios que les correspondían por no ir más allá de lo necesario. La presión histórica era insoslayable y gravitaba sobre las mismas fuentes de poder. Una ilustración muy viva de la naturaleza de estas operaciones, nos la proporciona un viajero, el Padre Labat, que anduvo por estas tierras a principios del siglo XVIII, en 1701, aunque solo visitó las costas de Santo Domingo que, de todos modos, parecen haber sido la parte más interesante para un turista. Debemos, aunque brevemente, detenernos en algunas de sus observaciones, que sirven para distinguir de manera muy neta la diferencia que por entonces había por acá entre pobreza y hambre.

LA CONTRAPARTIDA DEL EPISTOLARIO

No se conoce país en el mundo más abundante que esta Isla, su tierra es de una admirable fecundidad, fértil, profunda, y en situación de no cesar jamás de producir todo lo que pueda desearse.

R. J. Labat
(Viajes a las Islas de la América, 1701).

Fray Fernando escribió su Memorial en 1699. El Padre Labat, un misionero francés que anduvo por estas Islas del Caribe y escribió un libro de viajes acerca de sus experiencias, cuenta lo que vio en Santo Domingo en 1701. El autor lamenta, y le trasmite su inconformidad al lector, el no haber conocido la ciudad de ese nombre, sino solo las costas de la banda del sur de la Isla.

Su entusiasmo se funda en lo que conoció de la Isla en la parte francesa, que es solo la tercera parte del territorio total y no necesariamente la más favorecida, pero es suficiente para que exclame: ¡Hay pocos países en el mundo con tan bellos, grandes ríos en igual número y tan abundantes de pesca! Pero

su entusiasmo se puede medir por lo que dice solo de una isla adyacente, la famosa Isla de La Tortuga:
"La costa sur, que mira al norte de Santo Domingo es más lisa; la larga montaña, que hace la mitad y ocupa todo el largo de la isla, baja insensiblemente y deja una extensión de cinco o seis leguas de muy hermoso paisaje, cuya tierra, aunque de diferentes especies, es muy buena y produce abundantemente todo lo que se quiere que dé, como tabaco, azúcar, índigo, algodón, jengibre, naranjos, limoneros, albaricoques, aguacates, guisantes, bananas, maíz y otras cosas propias de la alimentación de los hombres y los animales, y del comercio".

Esto era lo que había en la parte que conservaban los españoles, multiplicando por mil. Pero, si Labat hubiera desembarcado en Santo Domingo viniendo de Europa, es probable que viera lo que vio Fray Fernando: adanes y evas, antes y después del pecado.

Pero el Padre Labat no necesitó llegar a la ciudad. La vio de perfil en las costas de la banda del sur, a donde arribó en la nave de un conocido tratante francés que hablaba español La nave iba cargada, según sus notas, de índigo, de alguna plata en lingotes y en "duros", de una partida de oro en polvo y de varias cajas de telas de Bretaña "que llaman platillas", de medias de seda y de hilo, de sombreros y mercerías "que habían quedado de una carga destinada al tráfico con los españoles".

Al llegar a este punto, el viajero no puede eximirse, y nosotros tampoco, de "decir una palabra sobre el comercio que se hacía con ellos". Nuestro propósito es presentar esa imagen de pobreza y riqueza contrastantes que caracteriza la situación. No una lámina. En aquella época el viajero fotografiaba con las palabras. De ahí el prestigio que tenían entonces, y han perdido ahora, los libros de viaje. No existían cámaras fotográficas o filmadoras. La cámara de Labat era su pluma. Y es con ella que nos brinda la imagen de los rescatadores que trataban en las costas de la Isla. Una verdadera lámina. Pero antes de contemplarla debemos conocer las peripecias cinematográficas del susodicho comercio, tal como él lo describe.
"No está permitido a ninguna nación, nos dice, con el pretexto que fuera, ir a traficar con los españoles. Ellos confiscan sin misericordia todas las embarcaciones que pueden apresar, sea

que las hallen fondeadas en sus costas, sea que las encuentren a cierta distancia, pues suponen que están allí para hacer comercio, y para convencerse de que lo han hecho les basta hallar en la embarcación mercancías fabricadas por ellos o dinero de España. Estas son sus leyes en las que nunca se deja de hallar numerosas excepciones. He aquí algunas:

"Cuando se quiere entrar en algo de sus puertos para comerciar, se finge que se tiene necesidad de agua, de leña, de víveres. Se envía un memorial al gobernador con un oficial que expone las necesidades de la embarcación. Otras veces es un mástil que ha crujido o una vía de agua considerable que no se puede estancar sin descargar el barco y darle de quilla. Se determina el gobernador a creer lo que se quiere que crea, por un presente considerable que se le hace. De igual manera se ciega a los oficiales que sea necesario, (cegar) y después se obtiene el permiso para entrar, descargar el barco para hallar la vía de agua y ponerlo en estado de continuar su viaje. Las formalidades son observadas, se encierran cuidadosamente las mercancías, se les pone el sello a la puerta del almacén por donde han entrado (pero se tiene cuidado de que otras no sean selladas) y por donde se les hace salir de noche, y lo que se ha sacado se reemplaza por cajas de índigo, cochinilla, vainilla, por la plata en barras o amonedada, tabaco y otras mercancías, y en cuanto el negocio ha sido hecho, la vía de agua se estanca, el mástil está asegurado, la embarcación lista para hacerse a la vela. Pero eso no basta, hay que hallar un expediente con objeto de que quienes han comprado la mercancía puedan venderla. A ese efecto, se expone al gobernador y a sus oficiales que se carece de dinero para comprar los víveres necesarios y pagar lo que se ha adquirido para arreglar la embarcación, y se le suplica el permiso para vender mercancía a prorrata de lo que se debe comprar o pagar. El gobernador y su consejo consienten en ello luego de hacer las muecas pertinentes, y se venden algunas cajas de mercancía, a fin de que el grueso de la carga que esos señores o sus agentes han comprado pueda venderse públicamente sin que nadie se queje, pues siempre se supondrá que se ha permitido a los comerciantes españoles comprar a los extranjeros. Así se vendían en aquel tiempo las más grandes cargas".

Aparte del carácter risueño de estas operaciones que nos describe Labat, se ve que se trataba de un gran comercio, puesto que aquí solo esta envuelta nave francesa, y lo mismo debía ocurrir con otras muchas naves de diferente procedencia. Pero aquí el comercio está descrito en términos abstractos. El mismo Labat nos brinda la imagen concreta y es a ésta a la que antes nos hemos referido, porque comporta una visión de la miseria acompañada de la riqueza, que de otro modo no habrían hecho posible el comercio. Porque la miseria ni se compra ni se vende. Se padece. Y si había comercio es porque había bienes sobrantes que vender.

Cuenta Labat, que, probablemente después de entrar en tratos con los habitantes de la capital, siguiendo el formalismo antes descrito, y navegando a lo largo de la costa hacia el este, hicieron contacto con unos cazadores que habían enarbolado un pabellón como signo de que estaban en plan de comerciar. Se hizo el trato. Mil ochocientas libras de puerco en tiras y en piezas y trescientas libras de manteca. Se pagó en pólvora, plomo, telas para los adanes y mercancías para las evas, de las que no supo Fray Fernando. Probablemente solo vio al cazador en hábito profesional, tal como lo vio el Padre Labat y esta es su fotografía, una verdadera lámina, tomada con su pluma. "Daba gracia la vestimenta de esos dos cazadores. Solo tenían un calzón y una camisa, el calzón era estrecho y la camisa no entraba en él, les quedaba por encima como las casaquillas de nuestros carreteros y era un poco menos ancha. Esas dos piezas estaban tan negras y embebidas de sangre y de grasa que parecían ser de lona. Un cinturón de piel de buey con el peso apretaba la camisa y sostenía, de un lado, una vaina con tres o cuatro cuchillos grandes como bayonetas, y del otro una cartuchera corriente. Llevaban en la cabeza la copa de un sombrero al que le quedaban unos cuatro dedos de ala, cortada en punta sobre los ojos. Su calzado era sin costura y de una pieza. Lo hacían de piel de buey o de cerdo. He aquí cómo. Cuando se ha desollado un buey o un cerdo, se hunde el pie en la parte de la piel que le cubría la pierna. El dedo gordo del pie se coloca en el lugar que ocupaba la rodilla, se aprieta el extremo con un nervio y se corta. El resto se hace subir tres o cuatro dedos por encima del tobillo y se ata a él un nervio hasta que esté seco y se

sostenga por sí mismo. Es un calzado muy cómodo, de rápida confección, barato, que nunca molesta e impide que se sientan las piedras y espinas sobre las que se anda".

Esta imagen no puede ser más conmovedora. Las devastaciones no dejaron para más. Y lo que más admirable resulta es ver cómo la necesidad aguza el ingenio y resuelve de una manera o de la otra las situaciones más terribles. Dicen que fue así cómo el mono original se convirtió en hombre. Pero más importante para nosotros en este contexto es subrayar que los cazadores felices que no tenían camisa, tenían mil ochocientas libras de carne de cerdo y trescientas libras de manteca con las cuales comprarse su camisa. Y si no podían comprarla, tenían suficiente carne de cerdo para comérsela mientras esperaban el arribo de las naves extranjeras. Debe añadirse, porque lo dice Labat en la misma ocasión, que además de las mercaderías mencionadas, le proporcionaron como regalo una buena cantidad de vino a los cazadores. Y ya no nos cabe duda de que este vino nunca llegó al altar. Pero hubo vino.

Las imágenes que nos proporciona el Padre Labat nos indican que la miseria tuvo sus altibajos durante el siglo XVII. Pero nunca fue la miseria absoluta. Y menos el hambre.

Al rayar el siglo XVIII, justamente en 1701, había ya un comercio activo en el que participaban naciones diversas. Según el cronista, unos venían de Jamaica, los ingleses. Otros, los holandeses, venían de Curazao. De la Isla de Santo Tomás venían los daneses. Y por fin, da la propia Isla de Santo Domingo, venían por mar los franceses establecidos en la parte occidental.

La actividad contrabandística en la parte española se había convertido, andando el tiempo, en una práctica profesional. Había dos tipos de rescatadores: los cazadores, como el descrito por Labat, que aprovechaban el cerdo montaraz y trataban en carnes frescas y manteca, cuya vestimenta debía responder naturalmente a esa actividad. Su negocio ha debido ser sumamente lucrativo pues, como lo atestigua el cronista, necesitaron en la oportunidad descrita el concurso de los marinos, incluyendo al propio Labat, para transportar a su *boucan*, como llama al campamento de aquellos tratantes, las mercancías que recibieron. Y, obviamente, la vestimenta no

sería la misma cuando estas mercancías se trasladaban a la ciudad para ser convertidas en dinero o cambiadas a su vez por otras.

La práctica más universal y sin duda más lucrativa, era la de los "monteros", que trataban con el ganado vacuno y no directamente con sus carnes. Originalmente la montería no pudo orientarse al comercio sino a la satisfacción de las necesidades del consumo familiar. Así lo explica Delmonte y Tejada. La montería profesional se originó con el desarrollo del emporio azucarero vecino, debido a que ellos sacrificaron la ganadería a la fábrica de azúcar. Ya para entonces la práctica de aprovechar el ganado montaraz había convertido a estos hombres en profesionales tan competentes como impresionantes. Cuando Lemmonier-Delafosse los conoció, a principios del siglo XIX, quedó maravillado:

"Es necesario conocer a esos jinetes, verdaderos hombres-caballo, como fueron llamados por los indios, los primeros españoles a caballo que pisaron su tierra. Están tan bien a caballo, tan fuertes en él, que podría asegurarse que forman un solo cuerpo con el caballo. Armados con una aguda lanza, no hay baskir (mongol) que pueda comparárseles, combatirían contra los cosacos más hábiles. A penas el animal está herido con el arma arrojada al galope del caballo, el jinete salta a tierra sobre su presa. Ordinariamente lo que cazan es el cerdo cimarrón o salvaje; para los bueyes usan otro medio.

"No es tampoco el lazo de las Pampas; aquí el jinete espera el momento en que el buey cae en su carrera sobre las patas delantera para agarrarlo entonces por la cola, que queda siempre en aire. En ese momento lo levanta con fuerza, torciéndole las últimas vértebras. El animal pierde equilibrio y cae de hocico en el suelo. El hombre pasa prontamente la cosa que conserva en la mano de la parte delantera de la pata trasera del animal. Esta maniobra obliga al animal a permanecer quieto hasta que con un estoque pequeño se le hiere detrás de los cuernos, en la unión de la cabeza con la columna vertebral. La muerte es instantánea. Estas descripciones son más largas que la acción".

Es claro que el campo se había convertido de esta manera en el centro de la actividad económica del país. Era allí donde

se encontraban tanto los alimentos como los productos elaborados que consumí la población. Moya Pons le llama a este fenómeno la "ruralización de la vida dominicana", de manera muy gráfica aunque podría discutirse si para la época podía hablarse de "vida dominicana" como no sea por el hecho de que eran habitantes de Santo Domingo y fuera de todo contexto nacional o nacionalista.

El hecho es que ya no eran las zonas rurales las que acudían a los centros urbanos para procurarse los productos necesarios a la vida sino, por el contrario, los centros urbanos los que acudían a las zonas rurales. Era allí donde se encontraban los encajes, las muselinas y el vino, además la harina y las carnes. La corriente histórica estaba invertida y marchaba constantemente hacia atrás.

El mismo relato de Labat revela que, aparte de este tipo de productos, iba también en las naves plata en lingotes y sobre todo "duros" españoles, lo que significa que en estas operaciones intervenían gruesas sumas de metal, tanto puro como amonedado. El propio Moya Pons refiere que los franceses se quejaban de que buena parte de su riqueza monetaria pasaba a manos de los españoles que comerciaban con ellos, sin admitir que entre sus productos de exportación, junto con la caoba, el guayacán y el campeche, con los bocoyes de azúcar y los cueros, iban también cantidades inmensas de monedas de oro de cuño español, como lo sabemos por Delmonte y Tejada.

El campo se había apoderado de todos los atributos de la ciudad.

HISTORIA DE DOS CIUDADES

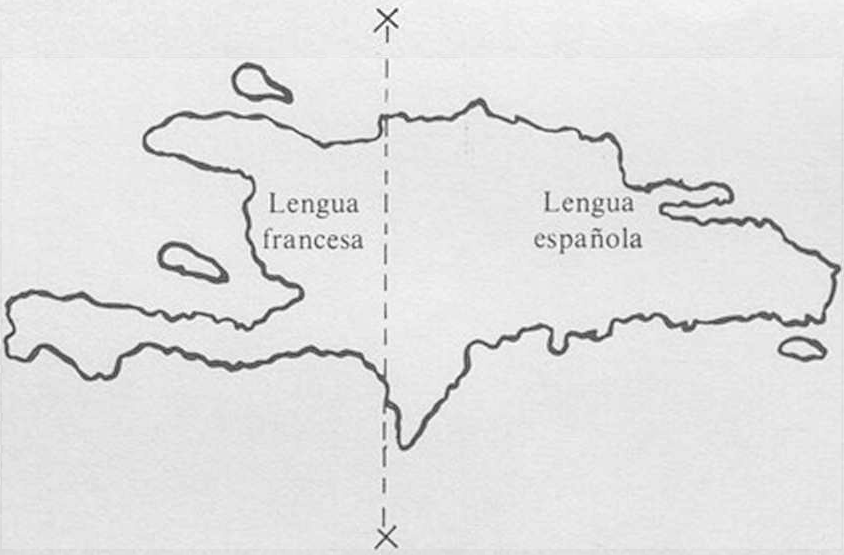
Siempre hubo gran rivalidad entre los habitantes de la ciudad de Santiago y los de la ciudad de Santo Domingo.

Los primeros se enorgullecían de que su pueblo fue fundado por los valientes hidalgos, que vinieron en el séquito de Colón, y los segundos apoyan sus pretensiones en el hecho de que son los habitantes de la metrópoli insular.

Britannicus
(Th. S. Heneken)
1851.

Las bases económicas del proceso histórico que tenía lugar en la Isla, acabó por crear dos grandes coordenadas geográficas que unas veces unían y otras separaban unas regiones y otras.

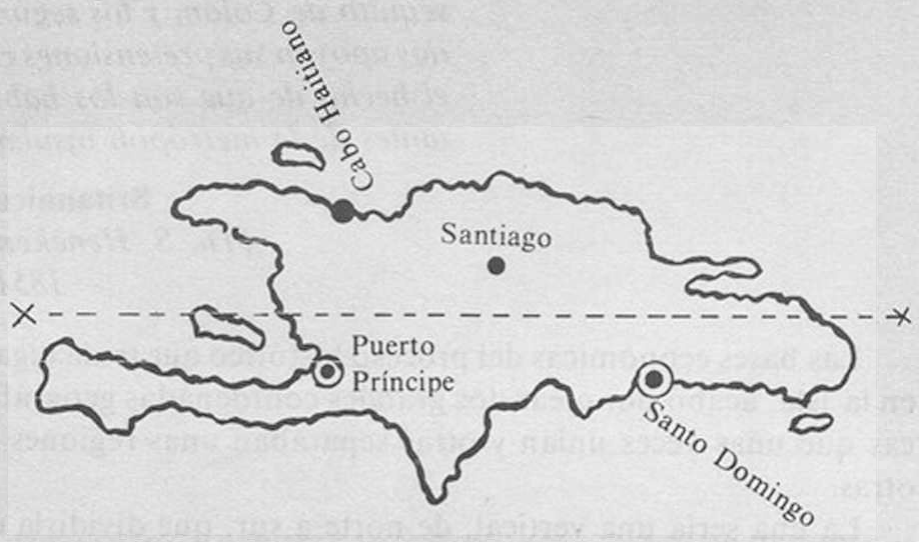
La una sería una vertical, de norte a sur, que dividiría el territorio en una parte de lengua española, al este, y otra, al oeste, de lengua francesa.



Eje
Vertical

La otra sería una línea horizontal, de este a oeste, que la dividiría en dos ciudades representativas del norte y del sur.

En la parte francesa parece que estas ciudades fueron el Cabo (antes Francés, luego Haitiano y originalmente el Guarico de los españoles), al norte. Y Puerto Príncipe (nada menos que la antigua Yaguana o Santa María del Puerto cuyos vecinos vaticinaron la historia en 1604, convertida finalmente en la capital de Haití), al sur.



Eje
Horizontal

Estas dos coordenadas se materializaron, la una, la vertical, en los términos de una línea fronteriza, y la otra, la horizontal, en los de la lucha por el poder político y la hegemonía económica. En la parte francesa llegó hasta haber dos repúblicas, una en el norte y otra en el sur. En la parte española poco faltó para que ocurriera lo mismo y, de hecho, no faltaron las confrontaciones militares en cuyo seno se encuentran los primeros balbuceos de la independencia nacional.

El origen remoto de este proceso se encuentra, por supuesto en las Devastaciones de principios del siglo XVII. Cuando los franceses ocuparon las zonas despobladas, ya con la firme determinación de permanecer en ellas, comenzaron por copiar el modelo económico español, los "hattes", y se consagraron a la agricultura y crianza de ganado, que exigía poca población y muchas tierras. Pero ya al concluir el siglo había unos 35 ingenios en la parte norte que, al comenzar el siguiente, se habían convertido en un centenar y seguían multiplicándose. El "hatte" se fue extinguiendo paulatinamente y cediendo literalmente el terreno a la producción azucarera, hasta que la colonia se convirtió en una enorme plantación servida por centenares de miles de esclavos negros. De hecho llegó a ser la colonia más rica del mundo y el antiguo Guarico de los españoles, primero Cabo Francés y después Cabo Haitiano o simplemente El Cabo, fue calificado como el "París de las Antillas".

Es natural que este proceso repercutiera profundamente en la parte española. No solo en el orden psicológico. La gravitación de la economía de plantaciones con la consiguiente necesidad de tierras para la expansión de los campos de caña de azúcar, a expensas de la ganadería y la agricultura de consumo, creó una demanda insaciable de estos productos, carne principalmente. Solo que estos productos se encontraban en la parte española, en los momentos en que se definía la coordenada vertical que separaba físicamente a una colonia de la otra. Y, ya se sabe, la política española se fundaba en la prohibición absoluta de llevar a cabo trato comercial alguno con los extranjeros.

La vida, tan inflexible como los españoles, mostró que esto era imposible. Los españoles tenían tanta necesidad de obtener

los productos franceses como estos los de los españoles. Por aquellos días se calcula que en las praderas de la parte española pastaban más de 200 mil reses, prácticamente sin dueños, a la disposición de unas criaturas que andaban con los fundillos rotos, siempre añorando una hogaza de pan de Castilla y un buen vaso de vino de Málaga. Solo venía un barco de registro cada 3 años, y su cargamento de mercadería española se disipaba en un instante. La solución que ofrecía la realidad insoslayable era el comercio clandestino con los franceses. Al mismo tiempo que las autoridades se enfrascaban en disputas o en acciones bélicas en torno al litigio fronterizo, se llevaba a cabo el trasiego entusiasta de productos de una parte a la otra. Como lo cuenta Delmonte y Tejada, un historiador que vivió aquellos días desde cerca:

"Al mismo tiempo que se disputaban los límites con tanto empeño, no era menor la contienda entre los Gobernadores sobre carnes. En paz y armonía las dos naciones, se elevaba la colonia francesa a un grado eminente por el cultivo de caña, café, algodón, añil y otros productos en el norte, sur y oeste de aquella parte, y los españoles que veían la necesidad de sus vecinos, aumentaron sus esfuerzos en los hatos y crías de ganado y animales de toda especie, mirando a sus rivales (que destruian los que existieron en Limonade y demás puntos para cultivar los terrenos) necesitados de reses para mantenimiento y de bestias para carga, tiro, etc. La historia de las carnicerías establecidas en diferentes puntos de la parte francesa es coetánea de la de límites. Y más difusa".

Por lo demás, la Isla tenía una vieja tradición de contrabando. Las Devastaciones destruyeron la industria y paralizaron el desarrollo de la colonia en dirección capitalista, pero nunca eliminaron el contrabando. A lo sumo cambiaron el estilo y la ubicación de esa actividad. Pronto reapareció en la banda del sur y sirvieron a este fin los fondeaderos y los ríos, principalmente el Río Higuamo y el Soco en el este. En este comercio, por decirlo así marítimo, participaban las naves inglesas, danesas y holandesas además de las francesas mismas, como hemos visto en el relato del Padre Labat.

Pero resultaba laborioso y difícil para las poblaciones del centro de la Isla. Toda esa región, con Santiago de los Caballe-

ros a la cabeza, encaminó su comercio hacia la zona fronteriza, Monte Cristy y otros lugares, desarrollando por esa vía un contrabando terrestre aunque solo con los franceses establecidos en el oeste. Sin embargo, este negocio resultó enormemente productivo y, en la misma medida en que se desarrollaba aquella colonia, cada vez más voluminoso.

Algunos funcionarios celosos, como López de Castro y Osorio en su época, se quejaban a la Corona desde 1701, cuando aun los intercambiuos no habían alcanzado su nivel característico, deplorando "el exceso con que los franceses que hauitan las colonias de esta Isla de las costas del norte y sur que tienen comercio abierto en las villas de Azua y Guaba y ciudades de Santiago y La Vega, conduciéndose mercaderes franceses a dichas poblaciones con ropas y otros géneros y de ésta a las suyas conduciendo los naturales de ellas ganados vacunos, mulas, cauallos y bastimentos para mantenerse".[4] Más tarde el volumen de estas operaciones llegaría a límites verdaderamente elevados. Según Moreau de Saint-Mery llegaron a alcanzar las 500 mil libras en uno solo de los departamentos de aquella parte. Cualquiera que haya sido el valor estimable de la libra, ha debido ser una suma astronómica toda vez que provocaba la alarma y la queja entre los propios franceses: "sobre el comercio que hacemos con nuestros vecinos de Santiago y Santo Domingo ya le he dicho a vuestra señoría que lo creo tan perjudicial a los intereses de esta colonia como el otro es ventajoso. Lo repito ahora: cada año la compra de bestias nos quita sumas considerables de los que se benefician holandeses e ingleses por el comercio que hacen con los españoles en el sur de la isla".[5]

Pero estos celos competitivos tenían un espectro mucho más amplio, en el cual se encontraban comprendidos los propios funcionarios de la parte española, encargados de reprimir el comercio clandestino. Con la misma mano que dictaban sus bandos y denunciaban estos entuertos a la Corona, agarraban los beneficios que podían obtener de ellos para su lucro personal. La situación llegó al extremo de plantear la solución por la vía de la confrontación bélica entre los vecinos de Santiago y sus alrededores frente al poder radicado en Santo Domingo. Fue la llamada *"revuelta de los capitanes"*, en la que estuvo

comprometido un pariente del historiador Delmonte y Tejada, que es quien nos la refiere.

Este conflicto fue debido a la disposición del Gobernador Constanzo Ramírez de colocar un cuerpo de guardia en el paso de los hacendados de Santiago a la parte francesa. Los traficantes, entre ellos el Capitán Morell de Santa Cruz y otros capitanes, pasaron por encima de las intimaciones de la guardia, por lo que el Gobernador envió una compañía de granaderos a fin de imponer el orden, pero fueron rechazados por medio de las armas. Este episodio contribuyó a la normalización del tráfico que, según Delmonte y Tejada, dejaba tres millones de pesos a los criadores españoles cada año.

Pero el episodio contribuyó también a definir estas coordenadas. Al mismo tiempo que la frontera dividía a una nación de la otra, el comercio entre ambas naciones dividía una zona geográfica de la otra, al menos en la parte española.

Con el tiempo, esta regionalización se fue haciendo más aguda y más neta. El ganado se fue confinando en las zonas más alejadas de la frontera, en el extremo oriental, y las regiones del norte se desligaron paulatinamente del tráfico ganadero. En su lugar comenzó a desarrollarse la industria tabacalera. Como dice Bosch, tan distinta de aquella como puede serlo el día de la noche. La ciudad de los Caballeros se convirtió en el símbolo, si no necesariamente el centro, de esa actividad. Vino a ser algo así como la capital de la región del norte. Su proyección económica era principalmente la agricultura.

A su vez Santo Domingo, que no era simplemente la "metrópoli insular", se consagró a la crianza de ganado hacia la parte más oriental, al corte de árboles maderables en toda la banda del sur, y a la producción de azúcar, más hacia el oeste, la propia Santo Domingo, Baní y sobre todo Azua. Aunque el centro natural era Santo Domingo, también Azua se convirtió en un polo económico, de manera que la historia de esas dos ciudades se convertiría en la verdadera historia de tres ciudades. Cada una de ella iba a ocupar un lugar predominante en la vida política de la nación futura.

De esta manera se constituyó la coordenada horizontal que establecería dos grandes regiones, el norte con su capital

en Santiago, y el sur con su capital en Santo Domingo. A su vez esta ciudad centralizaría la producción ganadera del este y la azucarera del sur.

A grandes rasgos, esta polarización se expresó durante el siglo siguiente como una contradicción fundamental entre las tendencias capitalistas que impulsaban el proceso histórico a nivel hemisférico, y las tendencias conservadoras, vinculadas al sistema de las tierras comuneras. En el norte la propiedad privada levantaba una bandera que se proyectaba al futuro. En el sur (incluyendo también el este), la tendencia era la de la resistencia a ese proceso.

Esta contradicción iba a servir de telón de fondo de las grandes luchas históricas del país. La revolución que tuvo lugar en Haití, y que culminaría en su independencia respecto de Francia, influyó radicalmente en la vida de la parte española, particularmente en los marcos de esta contradicción. allí la línea fundamental de la vida independiente consistía en la fragmentación de las tierras a fin de impulsar el desarrollo, cosa que era propia del proceso de la independencia americana en su conjunto, de la propiedad privada.

En esta parte, la corriente independentista continental encontró pronto una profunda resonancia en los medios de la zona norte. Los sectores más ilustrados de Santiago comprendieron, tanto el sentido de la independencia en el plano continental como el de la haitiana en el insular. La línea común era la del establecimiento de la propiedad privada en el sistema de tenencia de las tierras.

Es natural que en el Sur se manifestara muy pronto una profunda resistencia a esta corriente, y un sentido muy profundo de la defensa del sistema de propiedad común encarnado en las tierras comuneras. Así, todo lo que reservaba el futuro en esta parte de la Isla, era la confrontación constante entre esas dos grandes tendencias, cuyos polos más netos podían situarse, y efectivamente se situaban, en la polarización de Santiago y Santo Domingo.

Llegaría el momento en que el problema se plantearía en los términos del derecho de una ciudad o la otra a ostentar el privilegio de constituirse en capital de la República. No extrañará que un día, la figura más conspicua del proceso de luchas

por la independencia, Juan Pablo Duarte, fuese propuesto como Presidente precisamente en Santiago. Y, en verdad, si la historia hubiera seguido la tendencia que se manifestó durante el siglo XIX, Duarte habría sido vencido siempre, pero Santiago hubiera sido convertida inevitablemente en la capital de toda la nación.

En efecto, a raíz de la revolución del 7 de julio de 1857, claramente burguesa en sus objetivos y principios, se planteó la sustitución de Santo Domingo por Santiago como capital de la República. Una publicación de La Habana, Cuba, publicó una serie de artículos bajo el título de "La Cuestión de Santo Domingo" (del 17 de abril al 7 de mayo de 1858),[6] el primero de los cuales comenzaba con las siguientes palabras:
"Según se lee en uno de los párrafos de la correspondencia dominicana, publicados en nuestro número de ayer, el gobierno ha dispuesto volar las murallas de la antigua Capital, señalando para asiento del mismo la ciudad interior de Santiago de los Caballeros. Las razones que le hayan podido inspirar semejante pensamiento, se hayan para nosotros en un abismo tenebroso de contradicciones y de dudas; son seguramente razones especiales, razones de su política local que no podemos explicarnos", etc.

Las razones eran naturalmente difíciles de explicar entonces, lo que no quiere decir que sean fáciles de explicar ahora. Pero el hecho histórico fundamental es que el proceso natural que seguía la historia del país, y cuyo supremo objetivo no podía ser otro que el que seguía el continente, conducía forzosamente a ese desenlace, toda vez que Santiago era el centro de la actividad capitalista, rudimentaria y todo lo que se quiera, que impulsaba ese proceso hacia adelante. El periódico habanero invocaba, con sobradas razones, que Santo Domingo era una capital histórica (Catedral, etc.) implicando que no tenía que ser necesariamente la capital económica de la nación. Pero lo que nos importa es que tal proyecto expresaba la tendencia general del proceso.

El obstáculo que iba a paralizar esa tendencia, no sería de orden político y menos militar (acción de Santana y más tarde de Báez), sino los cambios económicos que sufriría el país, no mucho después. El advenimiento de la industria azucarera

moderna en el último cuarto del siglo XIX, iba a trasladar el desarrollo de las tendencias burguesas de Santiago a Santo Domingo. El desarrollo económico que es concomitante con el desarrollo capitalista (se ha dicho que el capitalismo no puede desarrollarse sin desarrollar a los países que explota, ferrocarriles, etc.)* trasladaría el centro de gravitación burguesa a la capital histórica. No por su catedral antigua, sino por sus bancos modernos. Pero de todos modos este proceso no podía de ningún modo tener lugar, antes de que las fuerzas sociales que le hacían resistencia, en el plano político tanto como militar, fueran liquidadas.

Por esa razón, debemos aplazar el examen de esas circunstancias para el momento oportuno, después de abandonar el siglo XVIII que les sirvió de cuna. Este siglo se despidió con una catástrofe, la cesión a Francia de la parte española de la Isla, y bien podría resultar que la devastación que siguió fuera el origen del hambre dominicana. Un testigo especialmente calificado es el entonces Gobernador español Don Joaquín García y Moreno, el gobernador a quien toco la misión de efectuar la entrega. En sus informes a la Metrópoli registra día a día, los diversos azares por los que pasó la Colonia a su cargo y hasta sus propios azares cuando por fin debió abandonar el país y enfrentar lo imprevisible.

EL EPISTOLARIO DE DON JOAQUIN

Se dice que salieron las Fragaras JUNO y GLORIA conduciendo los de estas islas y se dice también haverse atravesado la desgracia que las hizo varar en punta de Hicacos en la misma Isla de Cuba, que la segunda salió con la misma marea, pero que la primera quedó hasta el extremo de haver sido necesario darla fuego.

(Carta del Excelentísimo Señor Don Joaquín García, Gobernador de Santo Domingo, 28 de Febrero de 1798).

Difundieron la consternación, causando la salida precipitada de señoras y niños... Se creía que los ingleses tendrían sensi-

bilidad y en efecto se ha experimentado de todo. Unas han sido saqueadas del dinero y prendas. Otras han caído en la infidelidad de los extranjeros conductores... por no ser posible dejar salir los hombres que las hicieran respetar. Otras se han dispersado a medida que la persecución de los enemigos exteriores les dejaban aprovechar de su huida.

IDEM (4 de Febrero de 1801).

Estas familias han caído desde una desgracia imaginaria en otra cierta.

(Carta de A.D. Hevecourt al Gobernador Joaquín García (Enero 21 de 1801).

Don Joaquín, como Fray Fernando, pudo pensar que al culminar su carrera en Santo Domingo, alcanzaría el reino de las bienaventuranzas. Amaba este país. Lo llevaba en el tronco de la raza. Como a España. Y no le faltaban razones de muchos quilates.

Había llegado como Comandante de Milicias y aquí alcanzó el grado de Mariscal de Campo. Durante un vacío de dos años, ocupó interinamente la plaza de Gobernador y Capitán General de la Isla. Luego fue llamado al vacar de nuevo esa plaza. Esta vez como titular. Y Presidente de la Real Audiencia. Dos de sus hijos, D. Joaquín y D. Jacinto, se iniciaban en la carrera como oficiales del famoso Regimiento de Cantabria, guardia de élite, para ayudar a su padre. Y su esposa, no por eso sino por gallega, de La Coruña, le prodigaba los más delicados cariños. Era el año de 1788.

El reinado de Carlos III, una de las flores del despotismo ilustrado, parecía destinado a borrar las cicatrices de 1605-1606. Al menos lo pensaba así Sánchez Valverde, y lo razonaba en su IDEA DEL VALOR DE LA ISLA ESPAÑOLA Y UTILIDADES QUE DE ELLA PUEDA SACAR LA MONARQUIA, siguiendo el esquema de la colonia vecina, y evocando las Devastaciones. Había ya una hacienda, la del Marqués de Iranda, llamada Oyarzábal por el nombre de su administrador, que era una verdadera plantación con una dotación de 200 esclavos. Todavía no era el ingenio "San Pedro" del siglo XVI, con sus 900 esclavos, pero ya era algo para recomenzar. Se había instalado en 1783 un Banco Nacional, en San Carlos donde se habían instalado numerosas familias canarias, El Banco duró poco, por haber concedido demasiadas franquicias a los especuladores según el historiador nacional. Pero de todos modos revela una actividad financiera muy alegre. En cualquier apremio, la Gobernación podía apelar a los vecinos para surtir los almacenes o pagar a los soldados. El situado de México llegaba, como siempre, con la irregularidad que le era proverbial, y la solvencia de los vecinos le indicó al Gobierno que era posible emitir papel moneda. La medida no prosperó en el interior, porque la fuente natural de enriquecimiento en el país era obviamente el trato con extranjeros, que no aceptaban ese artificio. "He comenzado a reponer los almacenes de víveres con el auxilio de los extranjeros Norte-Americanos con quienes no cabe el arbitrio de otra moneda que la común", escribía Don Joaquín en cierta ocasión. La común era la de oro o de plata. La otra quedó en uso solo en la Capital. En provincias, y sobre todo en lo más apartado del campo, la que circulaba era la verdadera. La población había crecido mucho. Un empadronamiento llevado a cabo por la Iglesia en 1783 había arrojado una población de 117 mil 300 habitantes, incluyendo 14 mil esclavos. La Capital, cuya fortaleza no era más que una "imitación de la difunta Bastilla" según decía uno de los comisionados franceses,[7] tenía ya para entonces varias edificaciones de "mampostería y tapias fuertes" como dice el historiador García, quien afirma que era difícil encontrar alojamiento disponible.

Pero Don Joaquín, como Fray Fernando, tampoco entró

con buen pie. Ese mismo año tan lleno de promesas, murió Carlos III, porque la pulmonía no respetaba entonces ni a los soberanos mejor inspirados. Las cosas pasaban así de lo bueno a lo malo, y no se detuvieron hasta llegar a lo peor. Y lo peor fue naturalmente que la Colonia, en vez de volver al seno materno, fue entregada en su totalidad a la soberanía francesa.

Las islas tienen sus destino, como las cartas de amor. Si el lugar elegido para la firma del Tratado hubiera sido, como era lo natural y cómodo, la frontera de España y Francia, no habría habido cesión. El negociador español no habría sido Iriarte sino el Marqués de Iranda, y éste no hubiera entregado la Colonia. Hubiera desplegado todos sus recursos, cosa que además no hubiera sido necesaria, para conservar la preciosa hacienda que tenía en ella con 200 esclavos incomparables, e impedir que pasara a manos de unos revolucionarios no muy interesados en la esclavitud. El Marqués fue designado para conducir las negociaciones cuando Godoy pensó que Basilea estaba muy lejos para estos revolucionarios indiferentes y la frontera los decidiría a concurrir rápidamente. Pero ya era tarde y se firmó el Tratado en Basilea sin el Marqués.[8]

Durante seis años, de 1795 a 1801, escribió incansablemente, y no pocas veces inconsolablemente, explicando al Príncipe de la Paz las razones por las que no entregaba la Colonia, a pesar de las exigencias apremiantes de que lo hiciera. La recopilación de Don Emilio comprende unas 120 cartas sin contar los documentos adjuntos y aquellas a las que respondía.[9] El Príncipe de la Paz, desesperado, le daba órdenes terminantes. "Déjese de creer tales irregularidades de estas gentes y observe lo que se le ha prevenido".[16] (febrero 24, 1796). "Procure hacer la entrega luego al instante para que la tropa se repliegue a la Trinidad o Havana" (julio 22, 1796). "Hagan entrega y luego nada importa que se maten" (agosto 9, 1796). Con el tiempo fue aceptando los alegatos de Don Joaquín y se convenció de que el Gobierno francés no era menos moroso. "Dígase esto y lo demás que consta de esta expedición al Gobierno francés para que si no han de apoderarse de la Isla en términos de poderla conservar, restituyan al rey sus derechos para readquirirla" (diciembre 3, 1796).[10]

Don Joaquín no entregaba. Y menos después de tales expectativas. Se sabía que el Príncipe de la Paz le había hecho saber a un comisionado francés que, después de la firma del Tratado, se le había hecho adoptar el proyecto de cambiar a Santo Domingo por otra de las provincias de la América española. El comisionado alegó que la posesión de esta Colonia había sido consignada en la Constitución francesa, y este argumento debió cerrarlo todo.* Pero sin duda no fue suficiente para secar la fuente de las ilusiones.

Por fin, el "tornillero de la Francia" como llamaba Don Joaquín a Toussaint Louverture por haberse tornado a las armas francesas después de haber combatido bajo sus órdenes, tuvo que arrancarle de las manos las llaves del poder.

Toussaint alegaba que la demora en la entrega tenía por fin devastar el país, consumiendo sus riquezas y embarcando los esclavos. No le faltaban razones. En el primer momento, ya sea por miedo, por cálculo o por patriotismo, se produjo la desbandada entre los habitantes más favorecidos. Aquellos que no lo eran tanto, lo hicieron después a la medida de sus posibilidades. Y en definitiva el país sufrió una poderosa embestida de la pobreza. Las cartas de Don Joaquín a los sucesivos Ministros de Estado, pintan tristemente las vicisitudes de esos seis años. Se observa cómo se disipa aquella imagen lisonjera que ofrecía el país a los ojos de un gobernante ansioso de gloria.

"De mayo a octubre ha de ser forzoso el ir a embarcarse por Bayajá, haviendo de hacer un viaje capaz de enfermar muchas familias que jamás han salido de su casa, que son numerosas, delicadas, que ha de aumentar los costos y hacer perder mucho de los moviliarios. Comtemplo también que al llegar el General Francés con sus tropas ha de introducirsror y la confusión en un vecindario que no está acostumbrado a ver dos borrachos juntos". (Al Príncipe de la Paz, 19 de noviembre de 1795).

"Me han sido sumamente sensibles las noticias que me participa V.E. de los robos que se cometen todos los días, devastando los ingenios, levantando los molinos de azúcar, destruyendo los establecimientos y llevando los mueblos que han hallado en las casas los Oficiales después de la publicación de la paz y también el consumo de pólvora en tiempos inútiles,

pero como no me señala V.E., caso ni personas, mis órdenes están vigentes, no he podido determinar providencias que recaigan en determinadas personas" (Al Gobvernador de la Parte Francesa, 19 de diciembre de 1795).

"No hay a donde ocurrir por un peso en un Pays pobre de numerario y en estado de emigración" (Al Príncipe de la Paz, 4 de enero de 1796).

"Que los havitantes de Montechristi hayan vendido de contrabando o clandestinamente algunos ganados a los buques ingleses fondeados en Manzanillo, no debe sorprender a V.E. pues siempre que han pidido lo han practicado a otra qualquiera Nación, sin que para remediar ese abuso sean suficientes las más eficaces diligencias de sus Comandantes por la distancia y dificultades que presenta el río y las costas" (Al Directorio Colonial, 23 de septiembre de 1796).

"Los almacenes están desprovistos desde la guerra pasada y no ha habido para qué proveerlos de nuevo con la cesión, y abandono de esta parte". (Al Príncipe de la Paz, 3 de marzo de 1797).

"Sería una fatalidad el que no pudiésemos pagar las carnes o lo hiciéramos con papel, quando los enemigos presentan oro para llevarse la preferencia, satisfacen la codicia del criador y acontece en unos parages por donde no hay vigilancia que baste al remedio y quando los extremos violentos son más arriesgados contra interés más importante" (A Dn. José Pablo Valiente, marzo 24 de 1797).

"Lo que hay que elogiar es que muchísimos vendieron sus casas, raíces y animales de imposible transporte, por menos de la mitad de su valor, por seguir la dominación de España" (Al Príncipe de la paz, 14 de julio de 1797).

"Todo se acabará en la secuela, si no es que ya estamos en estado de no poder hacer frente sino al destino de nuestra entrega y emigración general" (A Dn Francisco Saavedra, 29 de noviembre de 1798).

"Por el primedo de dichos impresos puede resultarnos todo el beneficio de que hasta ahora ha carcido esta Isla en su subsistencia, especialmente después del Uracán que puso a esta parte Española en la mayor miseria y consternación, pues sin duda la falta de comercio entre franceses y anglo-norteamericanos o

por mejor decir las hostilidades que se habían hecho en sus negocios, habían alcanzado hasta nosotros por haber querido considerar este puerto como si ya estuviese entregado a los franceses, siendo de esperar que por el mismo orden nos vuel el beneficio que estamos todavía en estado de desear con ansia" (Al Mariano Urquijo, mayo 31 de 1799).

"No ocultaré por otra parte que hasta ahora no se ha experimentado violencia, y que los temores nacen de la posibilidad al menor motivo. Yo he prevenido todo accidente, y como la hambre es el mayor aliciente con que pudieran desenfrenarse dos mil hombres que habrá dentro, y más en las inmediaciones, experimentada también alguna petulancia de parte del General Moyses, sobrino del Jefe, no dudé a la primera insinuación en prestar a nombre de la República treinta mil pesos de Real Hacienda con el resguardo conveniente del mismo General en Jefe (Toussaint)". (A Mariano Luis de Urquijo, 4 de febrero de 1801).

"Los víveres almacenados para nuestras tropas, los dividí con ellos, habiendo precedido que Moyses quitó las llaves al Guarda-almacén, hecho irregular que enmendó después el General Toussaint, restituyendo dichas llaves y dando gracias por la distribución" (IDEM).

No se percibe en todo el recorrido del epistolario de Don Joaquín, signo alguno que evidencia una situación de hambre, aun en el seno de una devastación presumible. La palabra se menciona, pero aplicada a las tropas de ocupación. Cuando se habla de la situación de la parte antes española, se agota todo el vocabulario del desastre. Se habla de desamparo, de angustia ante lo porvenir, de saqueo, de pillaje, de destrucción. Y las peores expresiones son referidas a los que abandonaban el país. Naufragios, piratería, violaciones de mujeres desamparadas y todo el repertorio de las desgracias humanas. "Le pedimos en una palabra, alimentos y una participación en los cien mil pesos. Somos huérfanos expatriados, somos vecinos de Santo Domingo". Pero los que se quedaban no pedían auxilio. Permanecían en silencio, siguiendo el ritmo de las desgracias del país, al amparo del tráfico ininterrumpido y provechoso con los extranjeros. Se daba el caso de que en 1798, cuando ya el abandono ensombrecía el rostro de la Colonia "falta de

numerario y en estado de emigración", los dueños de una embarcación capitaneada por Juan Viñas, solicitaban autorización de las autoridades de Jamaica para efectuar operaciones con base en Santo Domingo. Y "por quanto por parte de los dueños de la embarcación española llamada TRES HERMANOS de la que actualmente es capitán Juan Binas se me ha pedido una licencia para traficar yente y vinientemente... he juzgado oportuno asentir a esa súplica. Firmado: Balcarres, Gobernador y Comandante en Jefe de Jamaica, etc."

Por donde se ve que debajo del País, y al margen de sus infortunios históricos, había una población semi-subterránea que disfrutaba de los recursos generosos de la Tierra. Era desconocida el hambre.

Un día Don Joaquín debió engrosar las filas de los que abandonaron el país, y afrontar los inconmensurables riesgos de la travesía. Llegó a Maracaibo, en Venezuela, y de allí "después de una forzosa detención de tres meses y medio" pudo alcanzar La Habana. Entonces pudo escribir a la Metrópoli: "llegué a esta capital el 20 de este mes con mi familia bien fatigado de la estación y calmas, perseguido de corsarios y libre por divina providencia". El siguiente es su relato de su aventura final:

"No puedo dejar de participar a V.E. que en nuestro viaje en una Goleta de muy pocas toneladas tubimos que sufrir la persecución de los enemigos por toda una tarde. Después de un cañoneo a bala rasa y metralla, nos echaron al anochecer una lancha equipara que por la popa trató de consumar el empeño de apresarnos, que por fortuna hallamos fusiles, yo el primero, mis dos hijos oficiales del regimiento de Cantabria, don Joaquín y don Jacinto, el Capitán don Juan de Salazar, agregado al mismo; tres soldados y mis criados juntando en todos tres fusiles logramos resistir y escarmentar con grave daño semejante empresa. Lo participo a V.E. por la referencia que pueda hacerse de ese hecho, y la estimación que debo hacer de él, por las circunstancias de esta conducta firme y resuelta".[11]

Pero Don Joaquín era sin duda un hombre formidable y un personaje digno de la epopeya. Llegó a La Habana afligido por sus achaques y bien podía echar a descansar sus ilusiones. Tal vez estaba en eso cuando se enteró de que Francia había

rechazado la entrega efectuada en manos de Toussaint y que por tanto era nula y sin ningún valor. La entrega oficial quedaba, por tanto, pendiente. Inmediatamente tomó la pluma y comunicó al Ministro de Estado Pedro Cevallos en Madrid, su determinación inquebrantable de trasladarse de nuevo a Santo Domingo "en crédito de mi honor y celo del servicio de S.M. y de la mayor armonía con la República francesa".

Aquí habría debido comenzar de nuevo el epistolario de Don Joaquín, si no hubiera sido porque la Historia sigue sus propios caprichos. El siglo XVIII daba paso al siglo XIX y esto significaba que Don Joaquín tenía que nacer de nuevo. Sus últimas cartas oficiales no dan la impresión de que la naturaleza fuera tan generosa con una de sus criaturas más favorecidas. Decía en una de sus cartas al Ministro de Estado desde Cuba:

"A todo lo dicho ha ocurrido también que desde mitad de Marzo ha sido cruel la seca en esta Isla, y por ella una epidemia de luxiones catarrales con calenturas, de que pocos se han librado, y mi muger y yo las hemos padecido con repetición por lo que marcha mañana con dos de mis hijos en un correo de La Coruña para librarse del rigor de los calores que la acaban y yo quedo con otro que me acompañará en uno y otro viage si merezco a la Piedad de S.M. la gracia de mi pronto regreso después de la vuelta de Santo Domingo Como lo espero del influxo de V.E. asegurado de que con mi edad y achaques, no vivo ni puedo trabajar en estos climas ardientes que han alterado mi sangre y humor por tan larga residencia y trabajo. Dios guarde a V.E. muchos años. Havana 29 de mayo de 1802.

Desde febrero de ese año se encontraban ya en Santo Domingo una fragata y cuatro navíos españoles al mando del Teniente General Federico Gravina, que eran parte de la escuadra que envió Napoleón Bonaparte a tomar posesión de la Isla al mando del General Leclerc. En verdad no iba a ser necesario el viaje de Don Joaquín para cumplir con las formalidades de la entrega. Además, las cosas no fueron fáciles. A fines de ese año, ya había muerto Leclerc, víctima de la fiebre amarilla. La historia sigió su curso y Don Joaquín quedó

sumergido en los anales del siglo XVIII. El siglo XIX es otra historia.

Y así concluimos tres siglos sin que hayamos podido identificar las raíces del hambre en la vida histórica de lo que hoy tenemos por República Dominicana. Habrá que seguir adelante.

CORONA DE AMOR QUE SE PONE AL MORIR UN SIGLO

La ciudadela no es más que una imitación de la difunta Bastilla.

(Informe del agente Roume a la Comisión del Gobierno francés en las islas de Sotavento, 1717).

Muchos emigrados volvieron. Era preferible cualquier desenlace en Santo Domingo, que aquella muerte lenta y odiosa que inflige el hambre.

Al salir de aquí encontraron ciudades hermosas, y a veces opulentas como La Habana ya a fines del siglo XVII. Y, más cercà aun, en Puerto Rico. Pero en ellos conocieron a pleno rostro un hambre para ellos desconocida, y prefirieron cualquier otro destino en su infortunado país. Así lo declaraba Don José Núñez en una carta a S.M.

"V.M. sin duda no ha penetrado que los emigrados de La Habana son los que han permanecido y que los de las demás partes donde no hay Amparo Real, han vuelto con dolor a su Patria resignados a perecer de un modo que les atormente menos un golpe mortal que la lentitud de la hambre y demás miserias".[12]

Pero lo mismo decía el Ayuntamiento de Santo Domingo a S.M. respecto de La Habana "ciudad populosa en donde apenas caben sus propios vecinos, de un lujo sobre toda ponderación", pidiéndole el ejercicio de su real liberalidad:
"De otro modo, constituidos en la irremisible necesidad de perecer en la miseria principalmente en la Isla de Cuba, que miran con horror, o morir de pesadumbre por verse extraños en la suya propia, es de temer que escojan este último advitrio, si quiera para tener el consuelo de morir a la vista de sus templos, y ser enterrados en el sepulcro de sus Padres".[13]

No era tanto el consuelo, era que aquí podía faltarles de todo, menos qué comer. Así lo entendía el propio Gobernador García y se lo comunicaba al Ministro de Estado en Madrid, a propósito de la instancia del suplicante Núñez de Puerto Rico:
"Este es un joven casado que vive al arrimo de su padre que se está llenando de hijos y que al salir de su Patria ha de ser más gravoso al dicho su padre entre tanto que se lo coloca; aquí tiene el padre una casa muy capaz para abrigalos a todos sin costo. Esta ventaja no tendría en Puerto Rico donde antes de llegar las familias del Fijo, ya son insoportables los arrendamientos de unas casas chicas en un Pueblo encogido. Si S.M. no le hace la gracia que pide es reducir a la angustia y el quebranto mayor que el dejar su Patria, a dos familias a un tiempo que en Santo Domingo viven con ensanche. En este caso se hallan todas las demás de una ciudad pobre en realidad, aunque en un aspecto brillante por la hermosura de sus casas".[14]

Y tampoco era solo aquello de sentirse extraños en su propio país, pues una de las causas que fomentaron la fuga fue la campaña de terror que se propagó sistemáticamente entre los vecinos de esta parte respecto de los vecinos de la otra. El Gobernador García mismo participaba de ese terror y contribuía involuntariamente al destierro de sus compatriotas. "Gente hambrienta —decía en un documento oficial— desnuda, licenciosa y rapaz, que toma todos los días las armas, que no puede conciliarse al trato y la confianza por su extraño idioma y carácter asqueroso, y por otra parte erguido y petulante, de aquí viene que mi casa esté rodeada de lamentos para salir cuando hay buques, y cuando por otra parte las diligencias y ramos de entrega ocupan enteramente el tiempo".[15]

La imagen que los emigrados se llevaron fue la del infierno, o la del "golpe mortal" como decía el suplicante Núñez. Pero cuando se enfrentaron al hambre verdadera, ese infierno resultó paradisíaco. No había ni que pensar en la muchedumbre de reses sin dueño, de cerdos montaraces y de chivos realengos que aquí poblaban las campiñas. Ni en los frutales fuera de comercio. Ya para esa época se decía que donde hubiera una mata de plátanos nadie se moría de hambre y con esto se entendía que había plátanos, y de paso mangos y aguacates, hasta en las azoteas.

Porque el amor tiene muchos componentes. Se aman los crepúsculos y el paisaje de montaña, pero cuando el sustento flaquea, los varones emigrarían a New York aun para engrosar las filas de los delincuentes, y las mujeres a Europa a engrosar las de las prostitutas; si fuere necesario. Pero en los días en que pendía sobre la población la amenaza del cambio de nacionalidad y de poder, los desesperados retornaban al país, a sus miserias, a sus incertidumbres políticas y sociales, a sus casas que no tenían nada de agradables como decía el Agente Roume, pero al menos con la certidumbre de que aquí no les faltaría sustento ni a sí mismo ni a los suyos.

Enfrentada al destino de los vecinos de esta parte, la Real Audiencia decía: "Estamos en el caso que ordena la misma Real Orden de hacer acopio de víveres para el aumento de las gentes que se introducirán en la Isla de Cuba, y de embarcar cuantos estén depositados en los Almacenes de esta Isla, y de los que se puedan comprar de los particulares para su socorro".[16] Ese hecho no era ignorado por ninguna de la gente que abandonaba el país.

El hecho es que el siglo XVIII desapareció del encabezamiento de las cartas sin que en este país, que conoció las vicisitudes más horrendas, conociera los azotes del hambre. La Madre Patria no fue siempre consecuente con su hija primogénita, pero jamás esta hija careció de sustento mientras permaneció en su seno. Le dejó en herencia las "tierras comuneras" y en ellas se cifró un amor que un día tomaría las armas para perpetuar la herencia materna.

Es cierto que le dejó otros amores, la lengua por ejemplo, donde campeaban las malas palabras junto a los versos más

exquisitos, y los milagros de la virgen junto a un manantial de tradiciones, y no poco de Don Quijote y de Don Juan. Entre otros aquel orgullo, como decía Moreau de Saint-Mery, que le tronaba a los españoles desde el fondo de su miseria.

Pero lo fundamental es que el vecino de esta parte se hundía en el campo, ocultaba allí sus sinsabores urbanos, se desprendía de los convencionalismos de los siglos, y sentía que la naturaleza era un privilegio puesto a su disposición por la Divina Providencia. Era, sin duda, la "tierra de Dios".

Cuando menos, era la patria bienamada. Y uno se pregunta si entre las consecuencias atroces del hambre, no estará la de conspirar contra el sentimiento de la nacionalidad. Pero esta es una de esas preguntas terribles que uno aparta inmediatamente de su mente. Y apela al corazón.

NOTAS Y REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

1. Delmonte y Tejada, obra citada.
2. R.P. Labat: VIAJES A LAS ISLAS DE LA AMERICA, Casa de las Américas, Habana, 1979.
3. Moya Pons considera que el proceso de "ruralización" como él lo denomina, se manifestó de manera muy cruda en el último cuarto del siglo XVIII. "Estos son los años de mayor aislamiento de Santo Domingo, dice, y es en esta época cuando la ruralización de la vida dominicana llegó a su punto culminante. Mucha de la gente de las ciudades optó por irse a vivir a los campos para tener un lugar donde poder subsistir aunque fuera autárquicamente. Esa acentuación en la ruralización de la vida dominicana llevó a los miembros de la Real Audiencia a pedir que se trasladara la institución a Venezuela pues apenas si había pleitos entre los vecinos. La mayoría, decía la Audiencia, se dedicaba a vivir por su cuenta haciendo monterías, cultivando lo necesario para subsistir, contentándose para su albergue con la habitación de una casa o tugurio tosco de paja, aislados los unos de los otros". Ver su HISTORIA COLONIAL DE SANTO DOMINGO, ob. cit., página 208.
4. Moya Pons, IDEM, p. 246.
5. IDEM, página 249.
6. Ver E. Rodríguez Demorizi: DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA DE LA REPUBLICA DOMINICANA, volumen II, Archivo General de la Nación Vol. V. Santiago, 1947.
7. Roume de St. Laurent.
8. La historia la cuenta el propio Príncipe de la Paz, Manuel Godoy, en sus MEMORIAS, y suponemos que el "Marqués de Irlanda" a quien allí se menciona es el Marqués de Iranda, porque es difícil admitir un marquesado de Irlanda en España. Según la versión de Godoy, los negociadores eran Barthelemy por Francia e Iriarte por España y, como que el Gobierno francés, "ansioso de la paz y temiendo las dilaciones que debía causar la distancia aquel punto" (Basilea), decidió que el Tratado se firmara en la frontera de Francia con España, nombró otro negociador, Servan, con

instrucciones de que "no hiciese más instancia y firmase las paces bajo las demás bases convenidas" sin incluir la cesión de Santo Domingo. A su vez España designó al Marqués mencionado con los poderes necesarios "precavido el caso de no hallarse a Iriarte" para firmar el Tratado con Serván. Mientras tanto Barthelemy e Iriarte firmaban en Basilea y la misión de serván quedó sin efecto. Esa es la versión de Godoy. Si en definitiva el segundo negociador español era marqués, no de Iranda sino de Irlanda, esa letra intercalada pudo haberle sido tan fatídica a Santo Domingo como lo fue Basilea, pues significaba la esclavitud, aunque de todos modos estaba condenada por la Historia. (Para la versión de Godoy véase el extracto que de las MEMORIAS de Godoy recoge Demorizi en LA ERA DE FRANCIA, página 13.

9. Véase E. Rodríguez Demorizi: CESION DE SANTO DOMINGO A FRANCIA (Correspondencia de Godoy, García, Roume, Hedouville, Łouverture, Rigaud y otros, 1795-1802), Archivo General de la Nación, Volumen XIV, 1958)
10. Todas estas expresiones aparecen como "Resolución" al margen de la correspondencia del Gobernador García. Véase la obra anteriormente citada, *passim*.
11. El salvoconducto otorgado al capitán Juan Viñas fue ocupado al ser capturado la goleta TRES HERMANOS por un corsario francés y fue remitido al Gobernador García por el Comisario Roume, diciéndole "Tendría V.E. razón de acusarme de negligencia si no os hiciese saber (como a los demás Gefes españoles de Puerto Rico, Havana, Caracas y Santa Fe) de un documento tan extraordinario y de una invención tan escandalosa como pérfida". (Véase IDEM, página 401).
12. Demorizi: CESION DE SANTO DOMINGO A FRANCIA, ob. cit. pág. 539.
13. Incháustegui: DOCUMENTOS PARA ESTUDIO, ob. cit. página 56.
14. Demorizi: CESION DE SANTO DOMINGO A FRANCIA, ob. cit. pág. 538.
15. Carta del Gobernador García a Mariano Urquijo, en CESION DE SANTO DOMINGO A FRANCIA, citada, pág. 575.
16. DE LA REAL AUDIENCIA AL GOBERNADOR GARCIA, junio 14 de 1797, en IDEM, pág. 227.

EL SIGLO XIX

UN VOLCAN CONVERTIDO EN DOS VOLCANES

Los heridos se curaban con maguey. Las viejas reguilaban husos hilando algodón para zurcir harapos, y las mozas lavaban ropa con hojas de guayacán y de un arbusto llamado almendro de río.

Sócrates Nolasco
(Viejas Memorias).

Ninguna época más provechosa acaso, para la búsqueda de las hambres históricas dominicanas, que el siglo diecinueve. Y las razones son obvias.

El país pasó por tres grandes guerras y conquistó su independencia cuatro veces. En 1809, 1821, 1844 y 1865. Esa epopeya era en el fondo una guerra civil que no culminó hasta 1874, y al mismo tiempo una guerra nacional frente a más de una potencia extranjera, cada una de las cuales conllevaba la amenaza de una anexión.

A todo lo largo del siglo vivió el país sobre las armas. Una generación seguía a otra sin solución de continuidad. Un

historiador extranjero ha registrado sorprendido, más de 40 revoluciones de 1844 en adelante.[1] Otro, que era por añadidura militar, no ha vacilado en calificarlo como "el país más belicoso de América",[2] lo cual puede ser todo lo exagerado que se quiera, pero a nosotros nos da la medida de las vicisitudes de este país, de la que no ha debido estar excluida el hambre.

En medio de estas contingencias, ha debido soportar tres ocupaciones militares, dos haitianas —1801, 1822— y una española, 1816. Sus dificultades financieras se vieron tan agravadas que al concluir el siglo las naves extranjeras se acumulaban en la rada da acceso a la Capital, en reclamo de las deudas pendientes, hasta el punto que en una ocasión, en 1903, se hallaban allí varias unidades de Inglaterra, Francia, Alemania, Italia, Holanda, Bélgica y los Estados Unidos, al mismo tiempo.

Increíblemente, el hambre no se menciona. En todo el interminable relato de las peripecias históricas de ese siglo, sólo se refieren las hambres episódicas como las del General Ferrand y el Brigadier Buceta en fuga, tras sus derrotas respectivas en el Este y en el Cibao. Y, por supuesto las del sitio de la plaza de Santo Domingo en 1808, que no la sufrieron los sitiadores ingleses, españoles y menos los dominicanos que combatían en su propio suelo.

La explicación de ese fenómeno tan extraordinario, probablemente podría ser explicado por la mujer, o explicarse pensando en ella, ya que su papel en el sustento de la población ha debido ser decisivo. El hombre ha pasado todo el siglo en la trinchera. Se cuenta que para aquella época los padres emancipaban a sus hijos entregándoles un revólver. Esto no podía significar sino que abandonaría el trabajo y se dedicaría a guerrear. Pero cual podría ser el trabajo abandonado, se explica por la naturaleza de las actividades productivas propias del país. Se trataba de una economía "conuquera" o de subsistencia. Los hombres se ocupaban mayormente de la "montería", que no exigía una dedicación permanente, o de los cortes de árboles que presentaban los mismos rasgos. La naturaleza se encargaba de producir y reproducir los ganados y los árboles, mientras los hombres estaban en las trincheras. En cuanto al conuco, allí estaba la mujer. Ella se encargaría de

sembrar y cosechar los frutos, sería ordeñadora a ratos, recolectora ocasional, y no le faltarían sus chivos, sus cerdos y sus aves de corral al alcance de la mano. Había recibido un entrenamiento secular, y estaba preparada para soportar las más recias situaciones históricas. No eran ni más ni menos que las mismas mujeres que habían sido acarreadas con el ganado durante las Devastaciones, su adolescencia en flor o un chiquillo golpeándoles el pecho. El hombre, por el contrario, era imprescindible en el hogar ya que sin su colaboración amable habría desaparecido la especie. Y, una vez cumplida esta honrosa misión, volvía a empuñar las armas. Su misión era la muerte. La recolección de reses y madera se hizo parte de su actividad militar, sólo para cubrir las necesidades de la guerra, pero el sostenimiento del hogar correspondía a la mujer. Su misión era la vida. Sobre sus hombros, las más veces cimbreantes y galanos, no siempre cayó la carga de una melena pero sí la de levantar al *hombre* futuro y de manera inmediata abolir el *hambre* presente, con una constancia y un éxito por encima de toda ponderación.

Esta suprema división del trabajo heroico no siempre ha sido comprendida. Inclusive en la época. Así como hubo unos que otros hombres que no aceptaron su papel a la hora de la muerte, hubo también las mujeres que no aceptaron su papel ante la vida. Se conoce el caso del Coronel Quirí y las hermanas Florián. Quirí era tan feroz en el combate que decía que por donde él pasaba no se veía enemigo prisionero. Andaba entre las balas como entre los árboles. Pero a las hermanas Florián no les importaba eso ni pensaban en ello cuando se fueron de felices compras a Barahona en sendos burros. Dicen las crónicas que Andrea Florián "iba irradiando tentación y encendiendo pasión en los hombres por donde pasaba".[3] Quirí las encontró en Palmarito y, trabuco en mano y machete al cinto, obligó a Andrea a dejar la montura y seguirlo. Juana su hermana y Policá su acompañante masculino que no era de los hombres de categoría heroica, quisieron hacer resistencia.

—Amigo, échese a un lao y no se meta en lo que no le importa —rugió Quirí— questa joven y yo tenemos un compromiso y ella se va conmigo.

Y se fue. Cuando reapareció Andrea llorosa, Policá le

cedió su caballo y siguieron hacia Barahona, él y Juana a pie porque los burros quedaron muertos, y Andrea a caballo.

La cosa llegó hasta los tribunales. La guerra tronaba llevando en sus entrañas la independencia de la nación. Para el tribunal el conflicto era profundo. De un lado la virginidad del territorio, del otro la virginidad de Andrea Florián. La violación era intolerable, tanto en un caso como en el otro, y la única determinación no podía ser sino la muerte. Había que salvar el honor de Andrea ante los ojos de Juana, es decir de todas las mujeres, y el heroísmo de Quirí ante los de Policá, es decir de todos los hombres. En los marcos de la situación histórica apremiante, cuando el destino de la nación pendía de un hilo, y sobre todo de una comprensión correcta de la situación por parte de toda la población, el tribunal tenía que devolverle a Andrea Florián su virginidad y a Quirí su heroismo. Muchas de las más conspicuas personalidades del país habían terciado de un lado y otro. La atención de la patria en su conjunto estaba en vilo. Y el tribunal dictó su fallo.

Quirí fue condenado a una indemnización por haber obligado a Andrea a venir dos veces a la Capital para asistir a juicio y por la muerte de los dos burros. Considerando que ella, con todo el peso que para la Historia tiene la sentencia de un Tribunal, "ha conservado toda la integridad de su honradez, reputación y virginidad material, cuyas cualidades la rehabilitan al número de las otras niñas de su estado"[4] La epopeya pudo seguir su marcha ininterrumpida.

Era el machismo de guerra. En 1846 Don Manuel María Valencia había sometido en su calidad de Ministro de Instrucción Pública un proyecto de ley de enseñanza que excluia a las niñas "siendo los varones los que un día han de ocupar los destinos de la Patria". Desconocía que los destinos de la patria se encontraban en esos momentos tanto en las manos de los hombres como en los de la mujer, aunque no necesariamente en manos de las que se iban de compras a Barahona, sino de las mujeres innumerables que cubrían la retaguardia y sostenían con sus costillas la lucha de los hombres en las trincheras.

Un ejemplo conmovedor nos brinda la carta que una de esas mujeres envió a Andrés Ogando, un gigante de la patria que durante la "guerra de los seis años" contra la presunta

anexión a los Estados Unidos, "daba el ejemplo de dormir en el suelo en una esterilla de enea" y dejando su hamaca a los soldados.

"Mi muy querido Andrés: Mañana temprano saldrá Víctor para Las Matas y llevará el caballito rucio para que Luciano te lo envíe, como también una muda de ropa completa. Llevo una vida muy intranquila al contemplarte en Neiba. Allí han sido víctimas más de uno de tus hermanos y veo un peligro que te amenaza. Tu buen juicio y mejor deseo te hacen obrar de ese modo. Pero yo te hago presente que tú eres el deseado en todas partes y que eres igualmente necesario en esta línea, la que más directamente te corresponde. Aquí están todos los Ogandos, y donde se halla tu familia, que te quiere tener cerca. No creas que hablo por mí sola; lo hago por todos, y sobre todo por tu madre, que aun no ha acabado de enjugar una lágrima cuando otra y otra desgracia viene a hacerlas correr de nuevo. No teniendo otra cosa te mando un dulcito dentro de la ropa. Tus hijas te piden la bendición. Tuya Petrona. Cachimán, 28 de abril de 1872".[5]

En la última carta que Andrés Ogando recibió de Petrona, ésta le decía:

"Mi querido Andrés: Ayer tuve el gusto de recibir tu carta del 15 del presente en que me participas la ronda que vas a hacer por el otro lado del río (Yaque del Sur). Siempre te he recomendado el favor de Dios, pero ahora las oraciones de tus hijas y las mías serán más fervientes y contínuas. ¡Que la misericordia divina te defienda y conserve para bien y dicha nuestra; y que te dé acierto para tu satisfacción y gloria'... (Septiembre 21, 1872)

Orgando murió y no se sabe quién hizo el mayor sacrificio por la patria, si él que cayó en una emboscada o Petrona que siguió criándole sus hijas y librando esa incomparable lucha por la vida de su país. Desde luego, el número de heroínas era demasiado voluminoso para que la Historia pudiera recogerlas en sus páginas. A veces una copla del enemigo las identificaba en la sombra, como es el caso de aquella desconocida llamada acaso Josefa Antonia:

Si fueres a Petit-Trou
No pases por Bahoruco:
la vieja Chepa Nonó
hacedora de cartuchos.

Y, tratándose de una vieja, es de presumir que ella no hacía los cartuchos sola. Por allí andarían las jóvenes, llenas de promesas para los lejanos combatientes que caminaban por aquellos interminables caminos de la muerte, a través de tres grandes guerras, la de la Independencia con la sombra de Francia, la de la Restauración con la sombra de España y la de los seis años con la sombra de los Estados Unidos. En ellas cayeron millares de hombres en la flor de la vida, pero esta gigantesca lucha no habría sido posible sin el sacrificio inmenso de la mujer.

Y lo primero era el sustento. Hubo que alimentar a esos combatientes y a su familia. El hambre significaba automáticamente la derrota. El territorio proporcionó incansablemente dos tesoros, la carne y los plátanos. Cuenta el inolvidable Sócrates Nolasco que el famoso Liberata iba al encuentro de las tropas de La Gándara y Puello durante la Restauración, con un pelotón de patriotas que no había desayunado "porque el negro Piesal se negaba a servir a la causa, dando un puerco que tenía en pocilga con intención de vendérselo a los blancos". Liberata le dio órdenes al Quirí que ya conocemos de que degollara "a Piesal y al cerdo". Y la marcha prosiguió para enfrentarse a los tres mil hombres que constituían la fuerza enemiga. Piesal, como su nombre parece indicarlo, era incapaz de comprender que era el momento de los grandes sacrificios. Y ya sabemos que Quirí, cuya conciencia se nutría de estos hechos, era capaz de llevar su noción del sacrificio a las últimas consecuencias.

La hazaña de la mujer en nuestras luchas emancipadoras es tanto más gigantesca, por cuanto el motor fundamental de esta lucha era el de los medios materiales de subsistencia.

Podría proponerse otro, ciertamente. El siglo XIX es el siglo de las nacionalidades, aquí como en todas partes. Aquí se manifestaba de una doble manera, como proceso de creación y desarrollo de una conciencia nacional, que no era en el fondo

sino el ideal de implantar en el país un régimen burgués y las formas consiguientes de producción y desarrollo económico, y al mismo tiempo como defensa del territorio, encarnado a veces en la Bahía de Samaná, pero el aspecto más inmediato fue siempre el problema del aprovechamiento de ese territorio, del cual dependía la supervivencia de la población. Y, el hecho de que aquí prevaleciera un sistema peculiar, el de las "tierras comuneras", revela que el vínculo del sustento diario con el sentimiento nacional y la defensa del territorio era sumamente estrecho, y debió actuar en el fondo histórico con mucho mayor intensidad que cualquier otro. Y en eso la intuición femenina representó un papel fundamental. Para la mujer el problema inmediato era la sustentación del país. Las grandes transformaciones históricas deberían llegar en el momento oportuno. Y esa fue la clave de la supervivencia de la nación en su totalidad. Los hombres podían ser sacrificados.

En efecto, se ignoran las bajas que ocasionaron al país las guerras que llenaron el siglo diecinueve. Millares y millares de vidas jóvenes fueron segadas en los innumerables combates sostenidos con las más diversas tropas extranjeras y con las facciones nativas que les eran adictas. No hubo tregua. A una generación de combatientes seguía otra. En la misma medida en que a una amenaza de enagenar el país sucedía otra. El dominicano se negaba a ser "indolente y servil" como dice el Himno. Y, aunque probablemente este orgullo le venía de aquel orgullo español que según Moreau de Saint-Mery "tronaba desde el fondo de su miseria", es indudable que este orgullo, que hizo derramar lágrimas de sangre a Andrea Florián cuando se vio obligada a bajar de su burro, tenía un santuario patriótico en el corazón de la mujer. En la medida en que ella sobrevivía y atravesaba incólume las grandes guerras de la patria, sobrevivía la nación. Y se salvaba la patria.

LA LEY DEL MAS DEBIL

¿Cómo se sostiene en guerra un país que no produce, o produce poco para sus numerosos habitantes?
Habiéndole dotado Dios de grandes extensiones de terreno, con abundantes pastos y numeroso ganado, y favorecido con sus plátanos y frutos espontáneos, que han bastado siempre y constituyen en general los medios de su alimentación...

General José de la Gándara

(Anexión y Guerra de Santo Domingo)

El siglo XIX fue horrendo para este país. No se concibe cómo pudo sostenerse la población durante una serie tan tenaz de devastaciones consecutivas de sus fuentes de sustento. Pero más sorprendente aún es que no se encuentre en las crónicas constancia alguna del hambre.

El año de 1801 puso fin al deterioro que durante seis años sufrió la colonia a consecuencia de la orden de evacuación general. El historiador García habla más bien de bienestar, cuando se refiere a un período que a él no le era nada simpático y más bien hostil. Dice lisa y llanamente que "aunque la parte española perdió moralmente con la administración uniforme, tanto ella como la parte francesa ganaron mucho materialmente". No se sabe a qué se refería D. José Gabriel con lo de "perdida moral" porque no se introdujo la prostitución ni el tráfico de drogas ni se relajaron las costumbres ni se corrompió la moral pública, que se sepa, en alguna otra forma. En cambio si se sabe en qué consistió la ganancia material porque él mismo lo dice: "se fomentó un comercio tan activo como era posible". Y este era un signo de bienestar.

Pero ya en 1805 debió sufrir el país otra experiencia devastadora. A Toussaint, que tomó posesión de la parte española en 1801 en nombre de Francia, debió sucederle Dessalines, a quien correspondía la toma de posesión, digamos (porque esto nunca estuvo muy claro) en nombre de la República de Haití. Su objetivo, a diferencia de Toussaint, no se planteó en términos jurídicos, para los cuales tenía fundamentos más sólidos. Sino militares. Ese objetivo era, y asombra que lo emprendiera tan tarde, el desalojo de los girones del ejército francés que permanecía en esta parte, sólo algo más de mil hombres de los 52 mil que desembarcaron, como si la capitulación no comprendiera automáticamente a esta parte ni a la guarnición francesa que la defendía.

El general napoleónico Ferrand hizo provecho de ese desliz para quedarse en Santo Domingo con la ilusión de conservarle esa colonia a Francia. Esto era lo que no podía tolerar Dessalines y marchó sobre esa plaza un año después. De todos modos la derrota francesa hubiera sido inevitable, de no haber sido por la presencia casual de una escuadra francesa que hacía un viaje de rutina. Pero Dessalines no lo pudo creer. Pensó naturalmente que se trataba de una nueva expedición francesa contra Haití y dispuso inmediatamente el levantamiento del sitio para defender la patria en su propio territorio. Allí era invencible mientras que esta parte era, no sólo vulnerable, sino que el francés podía ser más fuerte si, como presumía Dessali-

BNPHU

nes, podía contar con una población que no le era hostil y con un territorio mayor y más abundante que el suyo, aparte de que para tales fines le era desconocido.

En tal virtud, tomó la única decisión que tenía al alcance de la mano, devastar el territorio por donde pasaría su ejército en presurosa retirada. Era una forma de neutralizar el territorio. Y la devastación fue sin duda considerable. Y severa. Pero es posible que hayamos exagerado. Y el primero en exagerar fue el propio Dessalines. En su Alocución, una vez que regresó de la expedición a Santo Domingo, declaró:

"Hay una verdad que no admite duda: donde no hay campos no hay ciudades. Se desprende de este principio, que habiendo sido tomada a fuego y sangre toda la parte exterior de (la plaza) de Santo Domingo, el resto de los habitantes y de los animales arrancados de su suelo y conducidos a nuestra patria, la ventaja que el enemigo se proponía alcanzar desde este punto de mira, resultó si no completamente nulo por lo menos insignificante, consideración poderosa que aumenta los otros frutos que hemos recogido en esta expedición".[6]

No fue posible llevarse el resto de los habitantes. No fue posible llevarse los animales. Tanto los unos como los otros se encontraban dispersos en el territorio y no era nada fácil escudriñar los bosques y salvar montañas y ríos para vaciar el país. La devastación estaba forzosamente limitada a los territorios por donde debía pasar el ejército, ya que la marcha estaba programada contra el reloj, para impedir que la supuesta invasión francesa tuviera tiempo de ocupar posiciones importantes y desembarcar sus fuerzas. No era cuestión de detenerse a recoger vacas más vacas menos, de las 200 mil cabezas de ganado montaraz que se le calculaba por entonces al territorio, sin contar cerdos, cabras y aves de corral, y menos sobrecargar las impedimentas del ejército con una población inútil.

Esto indica el sentido común. Pero las crónicas aportan un elemento adicional. Según Lemmonier-Delafosse, se destacaron dos fragatas francesas que debían fondear en Azua, cerca de la playa por donde debía pasar el ejército haitiano. "Se había calculado bien la marcha de ese general; debía atravesar a Paya, Baní y Azua. Durante todo el desfile de sus tropas por

la playa de esta última ciudad, las fragatas francesas ametrallaron aquellas masas negras, arrinconadas en aquellos ásperos declives e hicimos una carnicería espantosa".[7] Y aunque aquí el cronista exagera tanto o más que la alocución. (ya que es difícil que ese ejército marchara tan cerca del mar, dado que Azua no es marítima, como para que las unidades navales pudieran llevar a cabo esa carnicería literaria) no es difícil que de alguna manera hicieran conocer su presencia, lo cual añadiría un estorbo a la retirada y la obligaría a acelerar el paso.

De manera que, sin ser pequeño el daño ni dejar de ser una devastación, las fuentes de subsistencia del país quedaron prácticamente intactas. Los soldados de Dessalines no pudieron arrancar los tubérculos —la yuca, la batata, el ñame— ni azotaron los platanales salvo los que estaban en su ruta, ni llevarse más ganado que el que usualmente se transportaban en las operaciones seculares con la otra parte, ni acabar con las frutas.

El historiador García dice que, a raíz de las tropelías de la retirada, quedó la colonia "sumida en una situación lastimosa, devorada por la miseria, extenuada por la crisis monetaria, sin ilusiones ni entusiasmo, falta de espíritu público, y de tal modo abatida, que a no ser por la perseverancia de Ferrand y el amor de los dominicanos a su suelo natal, no habría podido levantarse". Pero la palabra "hambre" no acude a su pluma.

En fin, esta devastación se suma a las del pasado, como se sumarían a las del futuro, para explicar el signo de pobreza extrema y atraso secular que debió sufrir esta parte de la Isla en su vida histórica. Pero también resultan insuficientes para situar en ellas los orígenes del hambre.

Más importancia tuvieron las medidas que se tomaron en 1808 para sostener el sitio de la plaza de Santo Domingo durante la mal llamada "guerra de la Reconquista". Esta acción fue llevada a cabo por iniciativa del General Sánchez Ramírez, según parece el primer General que figura en nuestra historia, y a quien corresponde la gloria de haber derrotado en la Batalla de Palo Hincado, a una pequeña fracción del ejército napoleónico que originalmente desembarcó en la Isla. En ella pereció el General Ferrand, quien se suicidó en un alto que hizo durante la fuga. La operación que intentó contra los

rebeldes acampados en Palo Hincado fue un verdadero desastre, y debió significar el fin inmediato de aquella porción de la colonia francesa que Ferrand pretendió salvar para Francia. Y como trampolín para recuperar la otra.

Pero Sánchez Ramírez optó por una estrategia funesta. Acaso se inspiró en la estrategia de Dessalines, desconociendo que aquel no se iba a confiar simplemente en las penalidades del sitio para dar cuenta de los franceses y sólo esperaba la llegada de su artillería, que se desplazaba más lentamente que la infantería. La estrategia de Sánchez Ramírez era la del hambre. Pero los franceses comieron hasta lagartijas, y resistieron ocho meses de sitio.

Según la opinión de un experto militar, D. Ramón Power, comandante de una unidad naval española que participó en el bloqueo de la plaza, el sitio habría sido innecesario si hubiese sido atacada por los combatientes victoriosos de Palo Hincado y hubiesen hecho provecho, tanto de la sorpresa como de la desmoralización que ocasionaría la muerte de Ferrand.[8] Aquel era un momento grandioso. En toda la América Latina tronaba la lucha por la Independencia y la población de esta parte comenzaba a sentir los rugidos de su propia nacionalidad. Palo Hincado no fue la primera experiencia militar de aquellos hombres. Ya se habían batido con los franceses victoriosamente en otra acción y habían paladeado la victoria. Habían tomado conciencia de su fuerza y habría ido alegremente al sacrificio para estrenarse como hombres libres. En Malpaso se habían enfrentado a las tropas francesas que comandaba un oficial brillantísimo llamado Aussenac, de quien Ferrand decía *¡Ah, si tuviese yo dos Aussenac!* Lo habían desalojado del fuerte de San Jerónimo al mando de Huber Franco y Ciriaco Ramírez, y luego pasaron a formar parte de las fuerzas reunidas por Sánchez Ramírez en Palo Hincado.

Probablemente Sánchez Ramírez quiso evitar que ese pueblo ascendiera un peldaño en su proceso histórico y prefirió que una fuerza extraña a la historia decidiera el conflicto. El resultado fue funesto para el país y debió imponerle al pueblo victorioso unos sacrificios que tardaría siglos en reparar.

Los seis años que duró el Gobierno de Ferrand en la parte española, que entonces se convirtió en la parte francesa, ape-

nas rozó la vida económica tradicional. Su acción se limitó a unas cuantas leguas en torno a Santo Domingo. Organizó una "plantación" con todos los refinamientos de la experiencia francesa, con esclavos verdaderos y rendimiento moderno. Pero la vida nacional continuó girando en los términos tradicionales. El ganado pudo recuperarse alegremente, aliviado por la ausencia del comercio masivo que había sido la norma secular. Ciriaco Ramírez tenía una buena finca a la antigua, y no pocas prosperaron como la suya en todo el territorio. El corte de madera pudo haber sentido la acción francesa pues con ella logró Ferrand obtener los productos manufacturados en los Estados Unidos. Pero no tuvo tiempo de organizar la explotación en masa. De modo que los efectos de la devastación de Dessalines, que duró un instante en comparación con la del siglo XVII y la que resultó del abandono en el siglo XVIII, pronto fue superada.

"Por ejemplo, nos explica Moya Pons, en San Cristóbal la gente vivía de la siembra de víveres y algo de tabaco y caña, de la cual fabricaban muy poca azúcar y algún melado. En Baní la gente vivía de las salinas, la crianza de chivos, la ganadería y el corte de madera. En Azua la mayor parte de la población se ocupaba de la fabricación de azúcar y el corte de caoba y otras maderas para exportación, además de la ganadería. En el Maniel, o San José de Ocoa, el azúcar era la principal producción de las poquísimas familias radicadas en aquellas tierras aisladas. En San Juan de la Maguana los pobladores se ocupaban principalmente de la ganadería, en crisis en los principios de la República, debido a la guerra con Haití y a la falta de intercambio comercial con aquel país. La frontera estaba casi totalmente despoblada, convertida en una especie de tierra de nadie. En Montecristi, casi todos los habitantes vivían de la crianza de ganado vacuno y caprino. En la aldea de Guayubín, lo mismo.

"En Santiago la economía estaba mucho más diversificada que en el resto del país, pues, además del cultivo y mercadeo del tabaco, que ocupaba a la mayoría de la población del campo y de la ciudad, mucha gente se dedicaba al cultivo de víveres, a la crianza de puercos y de ganado vacuno, y en la ciudad había una numerosa capa de artesanos, mecánicos, sastres, que tra-

bajaban junto con los obreros de las tenerías y fábricas de ladrillo y cigarrerías de la zona. Entre Santiago y Moca la tierra estaba bastante cultivada y se puede decir que existía un campesinado independiente, bastante numeroso que constituía un mercado seguro para las importaciones de los comerciantes locales y una buena clientela para los profesionales de la ciudad. En Puerto Plata que era una ciudad comercial como se ha visto, el puerto ocupaba muchos brazos en las labores de carga y descarga y los cortes de caoba alternaban con la ganadería y una incipiente agricultura de subsistencia". Etcétera.[9]

Sin embargo, si alguna vez se encuentra el hambre descrita en términos verdaderamente escalofriantes, aparte de aquella que describió el cronista Oviedo en La Isabela, fue en esa ocasión. La de Oviedo es más literaria y sofística que real. Oviedo le achacaba al hambre lo que había hecho la sífilis, por un pudor loable aunque pernicioso. Pero ahora el hambre no era literaria. Era física. Y en realidad heroica. Un poco más y es posible que inclusive llegara a ser victoriosa. Pero esto hay que explicarlo.

EL SITIO DE LOS SITIADORES

Un sitio formal requiere muy extraordinarios gastos y aprestos que desde el principio he juzgado inútiles.

Toribio Montes.
(Gobernador de Puerto Rico a Sánchez Ramírez, carta del 23 de mayo de 1809).

Durante los ocho largos meses qûe duró el sitio se agotaron intramuros las cotorras y las lagartijas a que tuvieron que apelar los franceses antes de capitular. Pero no era menos dramática la situación de las tropas sitiadoras. "El abasto falta todos los días, habiéndose sostenido hasta ahora Dios sabe cómo y lo que me ha costado. Hoy se han matado los últimos bueyes de que podía echar mano sin quitar los que sirven en las carretas, pero mañana no sé con qué se raciona las tropas".[10] Así se expresaba el Caudillo desde su Cuartel General de Bocanigua, en mayo de 1809, y faltaban todavía dos meses para la capitulación.

Cuando llegó ese momento, un país que había necesitado dos siglos para recuperarse medianamente de la primera devastación, al cabo de los cuales tuvo que soportar todavía

dos devastaciones más, experimentaba ahora una cuarta devastación tan irracional como las anteriores. Para los franceses no pasaba de ser una aventura heroica. En el primer banquete que los amables ingleses ofrecieron a sus cautivos, estos franceses tambaleantes pudieron recuperar las fuerzas que se encontraban dormidas en el fondo de la última copa de vino. Mas, para que este país pudiera recuperarse de la última devastación, sería cuestión de siglos y tal vez nunca más podría librarse del estigma de la miseria y del subdesarrollo que fueron su consecuencia.

La inmensidad de esa tragedia es mayormente, y además imperdonablemente, imputable a Juan Sánchez, por su falta de sensibilidad ante las penurias de su propio pueblo.

La plaza fuerte de Santo Domingo no lo era tanto. Según Lemmonier-Delafosse, quien estuvo entre los sitiados, "es sencillamente una ciudad rodeada de una muralla sin fosos, escarpa ni contraescarga... Esta camisa de piedras no tiene quince pies de altura en algunas partes. Está flanqueada con siete bastiones establecidos sobre antiguas torres y ya podrá juzgarse que este sistema, en los frentes de tierra, no ofrece una gran defensa. Si era útil en los tiempos de la conquista, ya no es suficiente en nuestra época".[11]

Dentro de esta "camisa de piedras" se encontraban incomunicados no más de mil quinientos hombres. Sánchez Ramírez tenía a su alrededor todo el país y más allá de sus límites al mundo entero.

Poseía además una tropa cuyas facultades combativas habían sido puestas de manifiesto en Malpaso y en Palo Hincado y que comprendía los mil ochocientos hombres reunidos por el mismo Sánchez Ramírez en el Este, más los mil y tantos reunidos por Ciriaco en el Sur, sin contar con el número incalculable de combatientes que podía proporcionar el país entero. Era una cuestión de compromiso con la Historia el permitir que estos combatientes se cubrieran de gloria expulsando de sus tierras al dominador extranjero.

Dando las espaldas a ese compromiso, Sánchez Ramírez se hizo auxiliar por dos batallones de infantería enviados por el Gobernador de Puerto Rico que desembarcaron en La Caleta al mando del Coronel Arata, y que se sumaron al contingente

puertorriqueño que estuvo presente en Palo Hincado, en total 500 hombres del Regimiento de Infantería de las Milicias Disciplinadas de Puerto Rico.

A ellos habría que sumar los 150 italianos de la antigua expedición de Leclerc que se pasaron a las filas españolas de Sánchez Ramírez.

Y además 700 infantes de marina que el Mayor General Hugh Carmichael desembarcó en Palenque, magníficamente armados y entrenados.

El gran total que arrojan estas fuerzas asciende a cuatro mil ciento cincuenta hombres sobre las armas, pero con los brazos cruzados ante una guarnición de mil quinientos soldados franceses desmoralizados y hambrientos.

A esta impresionante fuerza terrestre hay que añadir seis unidades navales españolas al mando del Teniente de Navío Ramón Power, igualmente venidas de Puerto Rico, las cuales se situaron modestamente al lado de una respetable escuadra naval venida de Jamaica, al mando del Comodoro William Price Cumby, a la cual habría que incorporar los buques que trajeron a los hombres de Carmichael y a los españoles del Coronel Arata. Esta fuerza naval se ocupó de establecer el bloqueo a los franceses mientras la infantería permanecía ociosa y contemplativa, salvo en aquellas ocasiones en que los franceses salían de los fuertes para hostilizarlos en su propio campo.

Para el mantenimiento de este enorme gentío, Sánchez Ramírez tuvo que sacrificar la riqueza ganadera, ya reducida por las devastaciones de 1795 y de 1905 y que había sido la única compensación histórica con la cual el Destino le había pagado al país, por haberlo sumido en las Devastaciones de Osorio en 1605 y 1606.

Ya en junio de 1809 hubo que racionar la carne, debido a que, como decía una Circular del Caudillo, la ganadería se encontraba "reducida en el país casi a su total exterminio".[12]

A fines de ese mismo mes, otra Circular prohibía totalmente el comercio de carnes en razón de que "las numerosas fuerzas de tropas de mar y de tierra, que tenemos en nuestro auxilio— de la nación británica, van a necesitar unos abastos tan numerosos".

El 17 de julio solicitaba un préstamo de 50 mil pesos al Gobernador de Puerto Rico, debido a que se habían agotado los recursos maderables, caoba, campeche y otros palos, y le suplicaba "tomar en consideración las miserias que en el día se ve reducida esta parte española con motivo de haber suministrado durante el sitio y bloqueo, las carnes y víveres que se han necesitado para el abasto de más de cuatro mil hombres de armas y demás empleados y para las divisiones de mar española e inglesa".[13]

Tres años después, D. Francisco de Heredia y Mieses, padre del famoso poeta Heredia, el "cantor del Niágara", ambos nacidos aquí y emigrados a Cuba, describía la magnitud de esta devastación ante una audiencia que no lo iba a desmentir, por ser ella misma testigo ardiente de esa situación, en un INFORME PRESENTADO AL MUY ILUSTRE AYUNTAMIENTO DE SANTO DOMINGO, CAPITAL DE LA ISLA ESPAÑOLA, EN 1812, del cual procede el siguiente extracto:

"Cuando empezaba a salir nuestra patria de un estado tan triste y abatido, sobrevinieron las ocurrencias que dieron lugar a su reconquista, y los esfuerzos extraordinarios hechos por sus naturales para lograrla, al paso que los cubrieron de gloria, han completado la ruina del país.

"Es bien sabido que en sostener esta generosa lucha se consumieron más de 30,000 reses vacunas, entre las gastadas en cueros y las que sin ella absorbió el desorden inevitable en semejantes ocasiones, sufriendo este ramo, único de nuestra riqueza territorial, más que en el número en la calidad de las cabezas, porque sin elección se tomaban las que había más a mano, que son por lo común los rebaños domésticos y mejor conservados.

"A proporción sufrió el mismo destrozo el ganado caballar que se había salvado o repuesto de la invasión anterior, como que no hubo otro medio para todas las conducciones y acarreos de una guerra volante de nueve meses, y nos lo está probando la grande escasez que todavía se padece de este artículo tan necesario en un país cuya comunicación interior se hace a lomo.

"También se arruinaron todos los establecimientos rústicos que se habían reparado ocho o más leguas en contorno a la Capital, y por las consecuencias inevitables de la guerra faltó poco para que llegásemos a ver el extraño caso de traer de fuera la semilla de la caña dulce que en muchos ingenios se perdió enteramente".[14]

Hasta aquí la relación anunciada, sobre la cual habrá que superponer ahora algunas conclusiones en mérito a los propósitos de este trabajo, toda vez que en aquel se trataba de las devastaciones que había sufrido el país, y en éste de los orígenes del hambre.

Es claro que las destrucciones fueron inmensas. La exportación de árboles maderables fue la principal renta de la que se nutrió el sostenimiento del sitio.[15] No hay que olvidar que ésta era precisamente a la que se dedicaba el caudillo de la guerra, Sánchez Ramírez, antes de consagrarse a la empresa de la "reconquista", y por eso pudo hablar en alguna ocasión de lo que a él personalmente le había costado la guerra. Y es indudable porque esos envíos han debido ser hechos en base a los contactos que tenía en su profesión.

Pero más importante es para nosotros el consumo de la riqueza ganadera, porque afecta directamente al sustento de la población y, siendo así que esta riqueza se agotó entonces, deberíamos suponer que la consecuencia inmediata fue el hambre. Desde luego, no fue así.

Si tenemos por exacto el número de 30,000 cabezas de ganado consumidos en esta guerra, tal como Heredia lo da por conocido en su Informe al Ayuntamiento —que por lo demás ha debido saberlo— entonces debió quedar una cantidad desconocida pero importante en ciertas zonas, particularmente del ganado "extravagante", como se le designaba en el siglo XVIII, o sea el ganado montaraz y que ha debido ser suficiente para el sustento de la población.

Pero se posee una información documental que certifica, no sólo la existencia de un volumen ganadero disponible a tales fines, sino también para permitir un comercio con la otra parte, consecuente con una tradición sumamente profunda y que se manifestó invariablemente en momentos de profundas crisis históricas. Una circular de Sánchez Ramírez a la que ya

se hizo mención, disponía la prohibición terminante de comerciar con la otra parte, debido a que tal comercio apartaba a los hombres de sus deberes patrióticos y fomentaba las deserciones: El documento es del 30 de junio de 1809, y dice:

"Estoy informado que los caminos de la Colonia, tanto por la parte del Sur como la del Norte, están contínuamente llenos de habitantes españoles de esta parte que hacen el comercio con aquellos; esto es, al mismo tiempo que me desvelo haciendo insinuaciones para que vengan a tomar las armas contra el enemigo en defensa de la Patria, hallándose hace tiempo los Cantones escasos de guarnición, ya por los muchos individuos que desertan, y ya por las muchas enfermedades que han sobrevenido en el ejército, de cuyo número ha llegado a contar con más de la mitad, casi los más desnudos y los más infelices; y esta causa, Señores Comandantes, es la que nos ofrece tantas deserciones, porque estos que se van en tan miserable estado, expuestos a la desnudez, a los trabajos y a los peligros, y que aquellos se hallan gozando de la tranquilidad de sus casas, del adelanto de sus haciendas y del producto del comercio, ¿cómo no han de desertarse a disfrutar lo mismo?

"Yo había condescendido en conceder algunas licencias, como las he concedido, para transitar a las otras partes de la Colonia sólo con la mira de beneficiar al público; pero como me he desengañado que resulta esta condescendencia sólo en beneficio de algún particular contra el bien general; aconteciendo, al mismo tiempo, que las numerosas fuerzas de tropas de mar y tierra, que tenemos en nuestro auxilio de la nación británica, van a necesitar unos abastos tan numerosos; que ellos traen caudales, y me han expresado todo lo que necesitan para mantener sus tropas es pagando, y que si cada habitante que tenga ganados y frutos que vender, lo verificare trayéndolos al ejército, a más de hacer su provecho, aliviará la *penurria* de los contribuyentes de obligación, pues indispensable aprontarles a nuestros auxiliares cuanto necesiten. En esta virtud yo prohibo absolutamente y hasta nueva orden todo comercio, sea el que fuere, con cualquiera de las dos partes de la Colonia", etc.[16]

Por este documento se sacan en claro varias cosas: que la prolongación del sitio había relajado el espíritu patriótico del elemento popular nativo, tan elevado cuando se llevaron a

cabo las acciones de Malpaso y Palo Hincado; que una buena parte del país seguía haciendo su vida tradicional al margen de la guerra; y, sobre todo, que tenía lugar un comercio activo entre las dos partes como en los buenos tiempos. Naturalmente, ese comercio era fundamentalmente basado en la ganadería, y esto nos indica que además de ella, las familias dispersas por el territorio, a gran distancia de la Capital que era la única zona comprometida en las acciones bélicas, también podían disfrutar como de costumbre con los recursos tradicionales del sustento diario.

EL PASADO SE NIEGA A MORIR

La plaza de Santo Domingo, en los primeros momentos de sorpresa y de terror por la victoria de PALO HINCADO, acaso hubiera capitulado...

D. Ramón Power,
Teniente de Navío (Comandante de las unidades españolas que bloquearon a los franceses durante el sitio de Santo Domingo en 1808).

El sitio era innecesario. El Gobernador de Puerto Rico se lo hizo saber a Sánchez Ramírez desde principios. Y Power se lo reprochó al Gobernador en su oportunidad. La razón que hizo valer el primero fue la de que implicaba unos "muy extraordinarios gastos y aprestos". Tenía razón. Pero el costo de esa determinación irracional no debía medirse por sus inversiones episódicas. Sino por el costo inmenso que significarían sus consecuencias para el país.

Al período que le siguió le llama la historia convencional "LA ESPAÑA BOBA". Esto significa que si Sánchez Ramírez

hubiera tenido visión histórica, hubiera proclamado la Independencia pura y simple, un ideal que seguiría vibrando a través de los siglos. Esta hubiera sido la segunda independencia latinoamericana. No hubiera tenido nada que temer de España, como lo demostró su conducta inmediata. Tan inapetente se mostraba respecto de esta antigua posesión que, cuando Sánchez Ramírez le suplicó que se hiciera cargo de ella, no sólo vaciló sino que inclusive se la propuso a Inglaterra.[17] Pero nadie quería apoderarse de ese clavo caliente. Y menos Francia que acababa de sufrir una experiencia demasiado ingrata. Haití que, no solamente había contribuido materialmente a ella sino que tenía interés en alejar cualquier potencia europea de su vecindad, se hubiera sentido reconfortada y segura. No hubiera hecho el menor intento de provocar una situación que en alguna medida justificara una intervención extraña en la Isla.

Al traer de nuevo a España, que no tuvo más remedio que aceptar, replanteaba la situación del pasado. De nuevo la Francia despechada podría acariciar la idea de la revancha. Y sobre todo la reconquista, que esa sí hubiera sido una verdadera "reconquista", de su antiguo emporio. Pero lo más grave es que se replanteaba al pueblo el proceso de la independencia que tronaba ya en toda la América Latina. Por consiguiente, los sacrificios materiales que debía invertir la población de esta parte para alcanzar ese punto, iban a ser inconmensurables.

Sólo en cuestión de unos diez años y sin disparar un tiro, fue proclamada la independencia, y España, sin derramar la mitad de una lágrima y quién sabe si hasta agradecida, recogió sus papeles y se marchó.

Pero esta acción independentista fue combinada en unos matrices muy complejos y oscuros. Nadie la secundó. Sin que se pudiera comprender su sentido, adoptó el nombre de "Estado Independiente del Haití Español" cuando ya circulaba de boca en boca el nombre de "República Dominicana", y con este nombre anunciaron el acontecimiento los periódicos haitianos cuando se supo la noticia. Pero todavía habían otras cosas más oscuras. La joven república fue colocada bajo el patrocinio de la Gran Colombia antes de discutir el problema

con Bolívar, a quien confundió la propuesta. Y se sabe que en París, los antiguos colonos franceses festejaban las vísperas del regreso a la Isla, para lo cual el Gobernador Donzelot de la Martinica había llegado hasta embalar las galletas que consumiría la tropa que desembarcaría en Samaná. Don José Núñez de Cáceres, el gran artífice de aquella independencia, era un hombre ilustrado, de muchas luces y de profundo conocimiento, como funcionario de alto rango que había sido en todas las etapas, y en ningún modo podía ser ignorante de la complejidad de los acontecimientos que estaban en juego.

Tampoco podían serlo los vecinos haitianos, siempre alertas ante cualquier eventualidad del retorno de los europeos a la Isla con las banderas desplegadas de la esclavitud. Y Núñez de Cáceres, y ese es el punto más oscuro, no se pronunció en contra de la esclavitud en el acta constitutiva de la independencia. Ni aun en presencia del ejército encargado de defenderla, y que estaba comandado por Pablo Alí, que hubiera sido la primera víctima de una supuesta o real tentativa de restablecer la esclavitud de la que procedía.

Dos meses después la flamante independencia, llamada Efímera impropiamente porque jurídicamente no lo fue, debió ser intervenida militarmente por los haitianos, que pronto se dirigieron a Samaná y aniquilaron la tentativa de "reconquista" francesa. Pero permanecieron en el país, puesto que no podían confiar en los rejuegos políticos de esta parte.

El proceso de la independencia, tomó entonces otro curso. Ya no era cuestión de enfrentarse a una potencia europea, sino a una potencia insular aguerrida y poco dispuesta a dejarle abierto un territorio mayor que el de ellos a las apetencias coloniales europeas.

La unidad de las dos partes de la Isla era posible respecto de la defensa del territorio ante las potencias europeas, y esa debió ser la concepción de Núñez de Cáceres, aceptable para los haitianos. Pero la unidad era imposible sobre la base de que una parte le impusiera a la otra sus concepciones acerca del sistema de vida que debía llevar. Las tradiciones pesaban mucho. La lengua misma era un factor de separación. Pero había un factor mucho más importante y que a la postre iba a ser decisivo, porque los dirigentes haitianos, sobre todo su

caudillo, Boyer, no pudieron comprender nunca: el régimen de "las tierras comuneras".

El problema es que este paía había logrado superar todas sus inmensas y reiteradas vicisitudes, amparándose en el sistema peculiar de explotación de las tierras. Ese había sido el legado de las Devastaciones, y de allí procedía el contenido mismo de la vida nacional. En ese punto se quebraron las ilusiones colonialistas de Ferrand. En ese mismo punto se quebraron las del gobernante español que recibió de Sánchez Ramírez la colonia, don Carlos Urrutia, y de quien se burló el pueblo con el mote de "Carlos Conuco" por sus intentos de crear un sistema de producción agrícola, que evocaba las "plantaciones", aunque en forma muy remota.

Boyer implantó una política de fragmentación de las tierras, que automáticamente provocaba la ruptura de cualquier tendencia reunificadora. Los 22 años que pudo gobernar pacíficamente el país, crearon las condiciones para el rompimiento y sobre todo para la toma de conciencia en sentido nacional y patriótico.

No debió ser extraño que las fuerzas más dispuestas a enfrentarse a la situación, quienquiera que fuese su caudillo, fueran aquellas que se encontraban más profundamente ligadas a las tierras comuneras, la zona del este, región de "montería", rígidamente vinculada a la indivisión de los terrenos. Y pronto respondieron al llamado de Duarte a la lucha por la soberanía nacional.

Nadie como Duarte comprendió el sentido burgués de la lucha por la independencia a nivel continental y por consiguiente en la Isla. La tónica la había dado la Independencia de los Estados Unidos. Pero en Santo Domingo las fuerzas con las cuales podía contar la burguesía para implantar su régimen y encaminar el país por las vías del progreso y de la democracia en sentido moderno, eran prácticamente incipientes. Por el contrario, las fuerzas que vivían sumergidas en las formas de producción del pasado, hijas de la catástrofe pero también responsables de la supervivencia del pueblo, eran decididamente mayoritarias. Y Duarte debió ser sacrificado.

Fue a Santana, un hatero del Este, a quien correspondió la tarea de capitanear esas fuerzas. Por una sencilla razón. Mien-

tras él se dirigía a combatir a los haitianos, que inicialmente aceptaron la independencia (o más bien la "separación" ya que la independencia Efímera era el hecho jurídico insoslayable) sin disparar un tiro, su hermano, gemelo por cierto, le remitía el ganado que exigía el sustento de la tropa.

Naturalmente, el control de la situación política en el país le cayó en las manos de manera inevitable. La nación necesitaba ese ejército y, puesto que no podía ser de otra manera, su caudillo concentró en sus manos todo el poder.

La significación histórica más importante de ese desenlace no podría ser otro que la consolidación del sistema tradicional de tenencia de las tierras, el régimen comunitario, contra el cual se habían estrellado todas las medidas impuestas por Boyer.[18] El sistema tradicional se fundió con el patriotismo. El haitiano fue identificado como el enemigo de la libertad. A su vez, la libertad se identificó con las tierras comuneras, y Santana fue proclamado Libertador.

Una caracterización muy pintoresca de esa situación es la que nos brinda el historiador Patee, entes mencionado: "Con el establecimiento de la república en 1844, notamos que el estilo de vida en Santo Domingo no se modifica sensiblemente. No sería exagerado afirmar que la República independiente continuó siendo una sociedad de ganaderos y pastores. País de jinetes y de hábitos de pastores, Santo Domingo, a mediados del siglo XIX se asemeja en algo, aunque en pequeña escala, a la Argentina de la misma época. Un Sarmiento dominicano hubiera podido escribir sobre el drama de civilización y barbarie que representaba la vida pública de la nación antillana. Es posible que la inestabilidad característica de la vida dominicana haya tenido sus orígenes en este modo de vivir; en las extensas sabanas por donde deambulaban estos hombres a caballo, desdeñosos de la existencia plácida y fija de los agricultores".[19]

Santana contempló el destino de la nación con los ojos de esos jinetes. Pero las cosas no eran tan sencillas. A pesar de su atraso de siglos, del primitivismo de sus formas de convivencia y su extrema pobreza, Santo Domingo era uno más de los países de la América Latina y seguía casi a rastras los procesos comunes a los pueblos de esta parte del mundo. No pocos de

los dirigentes políticos viajaban a Europa. Se estaba al tanto de los acontecimientos internacionales. El propio Sánchez Ramírez se vio obligado a dictar medidas represivas enérgicas contra la introducción de propaganda política de los "separatistas" venezolanos "a quienes no ha quedado otro recurso que el de propagar papeles sediciosos para corromper el buen orden cimentado a las provincias de América", en época tan temprana como 1810. En 1820 se discutían los problemas públicos en la Universidad al más alto nivel y en presencia del Gobernador español, entonces Kindelán, y se aireaban en la prensa. Pero Santana era un hombre de campo, aislado y de un nivel de información sumamente bajo. Era prácticamente semianalfabeto e impermeable, como Sánchez Ramírez, a los cambios históricos.

La gran dificultad a la que debió hacer frente consistía en que no todo el país era el Este y que en otras zonas geográficas se acunaban aquellas fuertes que se proyectaban hacia el futuro, principalmente en el Cibao. Santana percibió que su participación histórica no era consecuente con los intereses de la nación en su conjunto. Encontró oposición y respondió con la fuerza. A medida que avanzaba el proceso descubría que a la hora de enfrentarse al haitiano, la nación se ponía al lado de sus huestes pero en cuanto se retiraba el haitiano y el problema se volvía el de conducir el país, la nación se dividía políticamente y le hacía resistencia. No podía comprender. Para él la vida nacional la daba la vida pastoril del Este.

No era así. La nación estaba dividida en tres regiones, caracterizadas por el sistema de producción imperante en ellas. El Este era sólo una de ellas. Allí prevalecía casi en su pureza virginal el sistema de las tierras comuneras, basadas principalmente en la ganadería, con una indiferencia suprema a la propiedad privada de las tierras.

El Sur descansaba en la producción de azúcar para el consumo interno. Por allí se colaba una débil insinuación burguesa, no muy interesada en la propiedad privada de las tierras, ya que el régimen de comunidad le era sumamente propicia para cambiar los terrenos cansados por otros. Debido a ello, los azucareros tenían una posición política ambivalente.

El norte, que descansaba primordialmente en la producción tabacalera con fuertes vínculos con los mercados del exterior, era ya de tendencia burguesa y decididamente hostiles a los terrenos comuneros. Se explica por el hecho de que el tabaco es una planta sumamente delicada, cuyo cultivo debía ser cuidadosamente protegido de los animales. Así se planteaba una fuerte contradicción entre los hateros del Este, siempre partidarios de que los terrenos fueran libres, y que el ganado vagara sin trabas, mientras que los tabacaleros del Norte eran partidarios de que los terrenos fueran firmemente cercados, mientras los azucareros del Sur se situaban naturalmente entre las dos posiciones extremas.

Es en el marco de esta estructura económica que la nación arriba a la vida independiente. A cada una de ellas debía tocarle el respectivo turno en el poder. Santana inauguró esta carrera histórica, pero pronto encontró un adversario tenaz en Báez, quien osciló constantemente entre unas posiciones y otras de acuerdo con los vaivenes de los acontecimientos, y se le vio unas veces del lado de las posiciones de Haití y otras en contra según los casos.

Santana y Báez se alternaron en la presidencia de la República cinco y seis veces respectivamente. El proceso histórico iba claramente orientado en el sentido de la eliminación de estas dos fuerzas y en favor de las tendencias burguesas y capitalistas de la época, encarnadas en los tabacaleros del norte del país. Y también a ellos les llegaría su turno.

EL TERCER TURNO

Si la guerra de la Separación se hizo con la caoba exportada a Inglaterra... la guerra de la Restauración fue hecha con el tabaco del Cibao.

E. Rodríguez Demorizi

De esta masa de cultivadores y productores de tabaco surgió la Restauración de la República.

F. Moya Pons.

La caoba hizo a los caudillos de la guerra de la Independencia, a Sánchez Ramírez y a Santana. A ambos les concedió la victoria. Lo mismo ocurrió con los dirigentes de la Restauración con el tabaco. Les permitió triunfar y acreditarse la victoria. Pero estos fueron episodios de la gigantesca lucha que libró el pueblo dominicano durante el siglo XIX, de 1808 a 1874, no solamente contra las potencias extranjeras, sino también contra muchos de esos personajes, incluyendo a Báez a quien habría que identificar con la primitiva producción azucarera. La victoria le corresponde indiscutiblemente al pueblo

dominicano, que siguió a estos líderes cuando servían sus intereses y los aplastó cuando se opusieron a ellos. Y, sobre todo, porque fue el pueblo dominicano en masa quien llevó el peso de los infinitos combates.

Si admitimos este criterio, entonces la guerra emancipadora en su conjunto, fue sostenida en todas sus etapas y en todos sus episodios, no ya por la caoba y el tabaco, que no se comen, sino por el ganado y los víveres, y más concretamente por la carne y los plátanos que se comen todos los días.

La primera exigencia que plantea una tropa es el de su manutención. Las armas son imprescindibles porque sin ellas no sería una tropa. Pero el soldado necesita primordialmente energías físicas, no sólo para sostener el arma, sino también para llevar el parque, para atravesar los caminos, para trepar a las posiciones y asaltar las trincheras, para soportar el cansancio, las lluvias, los lodazales y las enfermedades que esta actividad conlleva, y aun para sostener el combate mismo, durante jornadas prolongadas y sucesivas. Como decía Ulises Espaillat "cualquier arma es buena en manos de un valiente". Sólo que el valiente debe estar bien alimentado para sostenerla.

El General La Gándara fue el más competente de los tres o cuatro militares, incluyendo a Santana, que tuvieron que hacer frente a la guerra de la Restauración. Era un hombre culto, aparte de un estratega de primer orden y ninguno tuvo tantos deseos de vencer. El mismo, voluntariamente, se incorporó a esa guerra. Dominó pronto el cuadro de la situación y pudo descubrir dónde se encontraba la fuerza de un adversario aparentemente tan fácil de conducir a la derrota, y dónde la debilidad de su propio ejército. En el conjunto de las dificultades que presentaba la lucha, y que examinó detalladamente, sólo una resultaba para él insuperable: no encontró nunca la fórmula verdaderamente eficaz para cortarle a los restauradores el acceso a sus alimentos. Y, si al fin tuvo que abandonar el país y admitir la humillación, la causa fundamental no pudo haber sido otra.

En un informe que elevó al Gobierno español en 1864, y en el cual presentaba un cuadro general de la situación en esos días, adelantaba que se guiaría para hacer la exposición en "el

conocimiento de las condiciones de nuestros enemigos, sus fuerzas y sus recursos, la forma y los accidentes del país donde se hace la guerra, las fuerzas de nuestro ejército, las atenciones que tiene que cubrir, las necesidades que hay que satisfacer y los medios de transporte de que podemos disponer". Todos esos elementos podían ser superados, menos uno, los recursos alimenticios del ejército restaurador, constantemente restaurados.

En el curso de esa comunicación La Gándara consideraba que podría alegarse que allí donde el enemigo encontraba su sustento, también podría encontrarlo su ejército, y a eso replicaba en los términos siguientes:

"Se dirá que si hay ganado y plátanos para los habitantes del país, debe haberlos también para el ejército; casi parece natural y, sin embargo, no lo es. Las tropas no dominan más que el terreno que pisan, y como a las inmediaciones de los caminos no están por lo general las haciendas, no pueden contar con los frutos cultivados.

"Los ganados están en las grandes sabanas y en comarcas por lo general distantes de los puntos que ocupamos, a donde no se pueden mandar pequeñas partidas sin grave peligro. Ir a buscarlos en grandes fuerzas es muchas veces imposible, otras inconveniente y siempre de escasísimo resultado, porque el ganado semi-salvaje se espanta y huye, y nuestros soldados son poco diestros para perseguirlo y cazarlo en el bosque, en medio del constante tiroteo que acompaña siempre a estas operaciones, en que los naturales defienden con encarnizamiento su mayor y más estimada riqueza".[20]

En vista de esa situación, La Gándara considera que es una necesidad destruir esas fuentes de sustentación alimenticia para alcanzar a derrotarlos. No habla de que había que arreglar los caminos, suspender las lluvias y eliminar las fiebres, ni siquiera de apagar el tiroteo y aumentar su propia capacidad de fuego. Lo primordial era, en su opinión y aunque repugnara a su conciencia, cortarles el camino a sus fuentes alimenticias. O, viéndolo desde nuestro prisma, aniquilar a las mujeres. Véase como él lo explica en su mencionado informe oficial: "Batir y dispersar a los insurrectos era fácil, pero estéril; había que destruirles sus sembrados, sus conucos, sus rebaños, sus

provisiones, disolver sus familias, sus tribus, ahuyentarlos y desarmarlos, apoderándose de cuantos elementos indispensables para la guerra existían en su campo, sembrando en los espíritus el desaliento y en sus filas la desmoralización. Sensible es, sin duda alguna, apelar a tales medios; pero son los únicos que influyen eficazmente sobre una población fanática e ignorante que se deja manejar por pérfidos consejeros. En buen hora se respete a las personas por indignas que de ello sean, cuando caen o se rinden sobre el campo de batalla, que al prisionero y al vencido le sirven de escudo las más sagradas leyes, las de la humanidad; pero las cosas materiales, que de tanto precio son para la lucha, debilitándola o embraveciéndola, según que faltan o abundan los alimentos que las prolongan, las armas que la ensangrientan, deben destruirse y aniquilarse en todo tiempo".[21]

Esta era, por supuesto, la concepción de una mente desesperada. Si de lo que se trataba era de procurar alimento para sus tropas allí donde lo encontraban sus adversarios, carece de sentido que se destruyeran. Lo más que se podría conseguir es que no hubiera para uno ni para otros. Pero la cosa era más complicada, porque los patriotas tenían sus víveres por decirlo así ocultos en la tierra. Destruir los tubérculos no era cosa fácil. Inclusive suponía una técnica. Destruir el ganado no era más fácil, pues también se escondía por propia iniciativa en los parajes más escabrosos. Y destruir las familias, en un país en que estas familias se encontraban esparcidas por todo el territorio, exigía un número incalculable de soldados, suponiendo que ellas estuvieran esperando pacíficamente su destrucción. El hecho es que se trataba de una guerra patriótica, y antes de que este plan pudieran llevarse a cabo, debían perecer uno por uno los patriotas.

El problema de la alimentación de las tropas presentaba otro costado trágico. Y es que los ejércitos españoles debían recibir sus raciones del extranjero, transportadas por mar, y conducidas a su destino por medio de convoyes y a lomo de mulas. Estos convoyes debían atravesar por zonas cundidas de guerrilleros que las hostilizaban constantemente ocasionando continuas bajas. La destrucción del más pequeño convoy y la eliminación del más débil de los soldados, representaba para la

Metrópoli un esfuerzo gigantesco. Al observar las remesas que venían de La Habana para atender a los pedidos de auxilio, se contempla que cada soldado suponía un número determinado de raciones. De modo que para unas semanas se necesitaban miles de raciones. Para la acción de Monte-Cristy planeada por La Gándara, un solo buque debió transportar 22 mil raciones. Esto significaba millares de pares de zapatos, y quintales y quintales de medicinas. Cada soldado que caía, eliminaba este esfuerzo y planteaba su reemplazo. Hay que suponer el punto a que debe haber llegado si, como dice La Gándara, la aventura de Santo Domingo le costó a España 10,000 hombres. Llevar y traer estos hombres, porque muchos debieron ser reembarcados por enfermedad o por invalidez, y al mismo tiempo cubrir los huecos, representa un esfuerzo verdaderamente incalculable. La tropa que Santana tenía en Guanuma y Monte Plata, era de unos mil 500 hombres, y cuando ella debió reconcentrarse en Santo Domingo, sólo retornaron unos 238, lo que indica que allí se perdieron unos mil hombres aproximadamente. Por tanto, se perdieron los zapatos y las medicinas, el parque utilizado en los combates, y de nuevo debió ser enviado el contingente perdido y el avituallamiento requerido, poniendo en movimiento los buques necesarios para la operación.

Nada de esto tenían que hacer los revolucionarios. La presencia en los combates no tenía que ser necesariamente permanente. Unos entraban en acción mientras otros acudían a sus lares nativos para reponer sus fuerzas y nutrir de nuevo su espíritu patriótico y sus fuerzas físicas. La patria contaba con centenares de miles de hombres que se rotaban constantemente, combatían en sus lugares de origen, iban y volvían. Cuando uno caía, lo hacía en silencio, no pocas veces en el anonimato, sin que el vacío dejado en la línea de fuego creara a nadie el compromiso de reemplazarlo. Las tropas se alimentaban por sí solas. Cada cual tenía su familia, su conuco, sus reses, sus víveres, que entraban de manera prácticamente insensible a proporcionar los recursos que exigía la guerra.

En verdad era una guerra desigual. Las tropas extranjeras contaban con inmensos recursos, que se movilizaban constatemente. Buques espléndidos, tropas profesionales, oficiales

altamente tecnificados, ingenieros, médicos, sacerdotes. Movilizar un contingente suscitaba admiración, por su actividad matemática y disciplinada. Y debían combatir a unos insurrectos desprovistos prácticamente de todo. Esa era una forma de la desigualdad.

Pero había otra. El hambre. El ejército extranjero dependía de una organización que a su vez dependía de innumerables obstáculos. La comida que se comía en el campo de batalla era dispuesta a miles de millas de distancia y debía atravesar el mar antes de llegar a las manos del destinatario. Las personas que la preparaban no podrían ver nunca al soldado que dispondría de ellas. Y sólo podía ser servida en el campo de batalla. Por el contrario, su adversario podía sentarse a comer completamente al resguardo de las balas, libre de sorpresas y ataques no provocados. Y ésta era la peor de las desigualdades.

Por eso aquellos patriotas amaban su territorio. La tierra no era sólo su cuna. Era una madre nutricia, atenta en todas las circunstancias a asegurarle su alimento. Y se explica, como lo decía La Gándara, que la defendieran "con encarnizamiento como su mayor y más estimada riqueza".

Naturalmente, la guerra revolucionaria poseía una dirección política, que brotó cuando las grandes masas populares le dieron a la lucha un carácter estable e irreversible. Allí el tabaco se incorporó a la epopeya. Si no directamente, al menos a través de sus hombres. Parece que el volumen real del aporte material de la planta a la guerra, no ha sido establecido. tal vez nadie sabe cuántas armas se compraron en el extranjero pagando con tabaco. Es posible calcular cuántos pares de zapatos envió el General Dulce, Capitán General de Cuba, a las tropas expedicionarias. Pero no parece que se encuentre en parte alguna una relación de los pares de zapatos que se enviaron a los restauradores. Es de presumir que las ventas de tabaco hicieran un aporte respetable a la lucha, con las dificultades que supone la violación del bloqueo. Hubo alguna fricción con las naves inglesas que merodeaban las costas a propósito del contrabando que según se lo reprochaban las autoridades españolas, llevaban a cabo ciertas naves procedentes de las Islas Turcas enarbolando bandera inglesa. De manera que el flujo de recursos provenientes del extranjero,

como resultado de la contribución económica aportado por la venta de tabaco no era fácil. La cooperación haitiana fue paralizada desde principios de la guerra, y las potencias europeas se inhibieron de manera tan absoluta, que, según lo sostiene un autor, el aspecto más notable de la guerra restauradora consiste en que el pueblo dominicano debió librarla sin más recurso que el que le proporcionó su territorio su "gran aliado: la fiebre amarilla", aunque este autor pudo haber observado que en los dos volúmenes que La Gándara consagra a la narración de los acontecimientos de la guerra, no menciona ni una sola vez la presencia de la fiebre amarilla, ni se supo después como no se supo antes, que la fiebre amarilla haya sido un aliado, ni siquiera un enemigo como era de esperarse, de los habitantes de este territorio.

La verdad es que hubo fiebres, inclusive perniciosas, y una de ellas, o más probablemente el arsénico conque se solía tratar, se llevó al mismo Marqués de las Carreras. Pero no fiebre amarilla. Si de todos modos debe buscarse un aliado, ninguno más consecuente que el hambre. Al hambre hay que achacarle que los soldados españoles fueran tan sensibles a las inclemencias del clima. Para caminar largas jornadas bajo la lluvia y exponerse durante el sueño a la acción del sereno, permitiendo que la ropa mojada se seque con el calor del cuerpo, hay que tener bien ajustados los mecanismos de defensa del cuerpo. Hay que reponer constantemente las energías consumidas y asegurarse una reserva en los tejidos, capaz de protejerlo del ataque de la enfermedad. El dominicano que cogía una gripe en la manigua, se iba para su casa. Pero el soldado español tenía que seguir sobre las armas hasta que la fiebre le impedía mantenerse en pie.

Así encontramos, en el seno de esta gran epopeya, que el hambre, en vez de haber sido un enemigo, como era de esperarse en un país agobiado por la miseria y el infortunio, se convirtió en una aliada que peleó a su lado, para reservarse como el patriota el derecho de la nacionalidad.

EL GRAN LEGADO DE LA GRAN GUERRA

La sonrojada, la vilipendiada, la azotada de ayer dirija la vista, no a su pasado, en su mayor parte compuesto de humillaciones, sino al país de los hombres libres, a los Estados Unidos de Norte América.

Ulises Espaillat.

El pasado era España. Si algún personaje ilustre debería saberlo era Don Ulises, que era cibaeño, del Norte, porque en Santo Domingo, como en el hemisferio, España era el Sur. Por eso pensaba él que la mirada debía dirigirse hacia el Norte si lo que se pretendía era avanzar hacia el futuro.

El alma de ese futuro no podía ser otro, a sus ojos, que una sociedad fundada en la industria moderna, poblada de chimeneas y de una gran masa obrera. "Ya es tiempo, decía, de formar una Sociedad que pueda llamarse *Gran Sociedad Obrera de Santiago"*. Y el obstáculo mayor era el Sur, vale decir España.

El Sur era principalmente la Capital, que en realidad era un centro en el que convergían dos alas, la de los "hateros" del Este cuyo caudillo era Santana, y la de los azucareros primiti-

vos del Sur, fundidos con el pasado esclavista, cuyo caudillo era un aristócrata, Báez. Cuando Santana recibía el título de Marqués de las Carreras, Báez se ceñía en España la banda de Mariscal de Campo.

La guerra de la Restauración liquidó a Santana, pero eso no significaba que había sido borrado el pasdo de una vez por todas. Quedaba Báez. Y también él, o cuando menos la estructura política que lo sostenía, debía seguir el mismo destino.

Cuando las tropas españolas se vieron obligadas a abandonar el patio, lo primero que hizo Báez fue desceñirse la banda de Mariscal, que no ofrecía perspectivas en el futuro. Había comprendido el mensaje de Don Ulises. Y lo segundo que hizo fue regresar al país, llamado "unánimemente" para ocupar una vez más la presidencia de la República.

Quiere decir que la gran guerra de todo un siglo no había terminado. Y estalló de nuevo. Esta vez con un nuevo nombre: la "guerra de seis años" (1868-1974), y otro proyecto de anexión, los Estados Unidos, calcado punto por punto del modelo puesto en práctica por Santana respecto de España.

El esquema combativo de esta última guerra fue el mismo de la que acababa de pasar. Los hombres se encontraban en los combates, pero iban y venían de sus casas, limpios, descansados y reconstruidos por una elocuente comida. Su "sancocho" de chivo, su "mangú" de "pipián", su casabe con chicharrones, su pescado con coco, su locrio de guandules, su cocido de patas de vaca, su mondongo con trozos, su empanada de catibía y otros manjares sin que faltara a ellos el aguacate, aparte de que nunca faltaban los nísperos, las piñas y otras frutas, inclusive el mango verde hervido en los momentos de mayor apremio. Pero era difícil que en esos momentos no viniera en auxilio una torta de casabe, un vaso de leche "de apoyo" o un par de huevos de pata. Con este recurso inaudito se sostuvo la gran guerra de la emancipación nacional, incluyendo la guerra civil que llevaba en su seno, y también la guerra de los "seis años", a todo lo largo del siglo. Con sangre, ciertamente, pero la sangre metafórica era la comida real y cuotidiana.

Suponiendo que no supiéramos que el país sobrevivió, y que de una manera o de la obra llevara a cabo el recorrido que le imponía la Historia, no era difícil vaticinar que también

sobreviviría a esta prueba. La miseria se hizo inevitablemente más profunda, penetró más hondamente en las entrañas de la vida nacional, le imprimió su fisonomía y hasta deterioró el lenguaje y las costumbres. Ningún país del hemisferio debió descender a un nivel más bajo de pobreza sin conocer el hambre. Si esta miseria sin fondo hubiera significado rotundamente hambre, no habría podido sobrevivir. Habría desaparecido del planeta. Porque el hambre absoluta no resiste un siglo. Y si ella ocurre bajo una lluvia incesante de metralla mortal y decidida a la destrucción, ni siquiera unas semanas.

Cuando concluyó esta guerra, se dio fin a una revolución histórica. Una clase social nueva alcanzó el poder. Esto no debía significar que concluyera la lucha y que por fin se alcanzara la paz. Habría que consolidar la revolución. El fin de la guerra de los "seis años" ni siquiera liquidó individualmente a Báez. Todavía le quedaría una opción y volvería al poder. Pero la fuerza histórica que él encarnaba quedó demolida. Su regreso fue inclusive una farsa, o una burla, porque su objetivo era arrasar con los fondos públicos para asegurarse un dorado exilio. Y pudo lograrlo. Es más, el "baecismo" tanto como el "santanismo" sobrevivieron, ocultando el nombre de sus antiguos caudillos con unos colores convencionales, el rojo y el azul. Pero sus luchas se dirigirían entonces al asalto del poder en los marcos de una sociedad basada en otros fundamentos. La Historia responde mucho a las leyes de la inercia, y el par de mulos que arrastraba el viejo carretón feudal, no pudo detenerse de golpe y siguió pintado de rojo de un lado y de azul del otro.

Pero la nueva sociedad por la que clamaban los hombres más ilustres de Santiago, inmediatamente se manifestó al instalarse el primer gobierno que salió de la gran lucha, el de Ignacio González. Don José Gabriel García, que era el historiador mayor de ese proceso (y a ello se debe su aprecio por el General Ferrand al narrar los acontecimientos de la "reconquista"), recoge las medidas que de inmediato se tomaron para reorganizar la sociedad y la respuesta popular a ellas. Dice que los actos más notables del Gobierno fueron la rescisión del contrato con la Samana Bay Co., que era el eje de la anexión, y un proyecto de ferrocarril que uniría a Santo Domingo con

Puerto Príncipe. Y, aunque este proyecto iba inspirado en propósitos de paz entre ambas naciones, su significación histórica era más profunda puesto que el ferrocarril era el símbolo y el motor del desarrollo capitalista de la época. Era como montar sobre rieles de acero el antiguo intercambio comercial de los días coloniales.

Más significativa fue la respuesta popular. De improviso se desencadenó un impulso entusiástico en dirección de la producción industrial moderna. El sueño de Ulises Espaillat se convirtió en una especie de delirio. He aquí el conjunto de disposiciones que dictó el Gobierno como respuesta a este entusiasmo, según el historiador García:

Noviembre 4 Privilegio exclusivo para la fabricación de almidón por medio de una máquina del sistema americano, en favor de J.J. del Monte.

Noviembre 10 Privilegio exclusivo para la fabricación de cacao por medio de una máquina de vapor, en favor de los señores Juan Sayous (supuestamente una compañía por acciones).

Noviembre 20 Privilegio exclusivo para la fabricación de pólvora en la Capital, en favor de W. R. Thorman.

Idem. Privilegio exclusivo para la elaboración de cacao por medio de la máquina de Ramaux, en favor del General José Caminero.

Diciembre 15 Privilegio exclusivo para usar la máquina de su invención para descascarar café, en favor de su inventor, José María Rey.

Idem. Autorización para establecer una máquina de aserrar madera, en favor de los señores Félix Eduardo Soler y Martín Rodríguez.

Idem. 19 Privilegio exclusivo para la fabricación de ladrillos y tejas de todas clases, en favor de Domingo Rodríguez.

"De inmediato, refiere el MANUAL de Moya Pons, los actos más notables del Gobierno de González estuvieron ligados a su política económica para favorecer la inversión extranjera en el país, tanto en la industria como en el comercio. Durante sus dos años de gobierno, González expidió licencias para la producción de textiles, jabones, velas, azúcar de caña, almidón, chocolate, pólvora, madera, café, sal y ladrillos, y también exoneró de impuestos la importación de hierro galvanizado para techar las casas, que hasta entonces se cubría en su mayoría de yaguas, cana o tablitas. De todas estas concesiones la que produjo mayor impacto económico fue la que favorecía la apertura de tierras para plantar caña y construcción de molinos para fabricar azúcar".

Por disposición del presidente González del 4 de julio de 1874, le fueron concedidas franquicias al señor José Francisco García "para establecer a inmediaciones de la capital, o en cualquier otro lugar de la República, haciendas para la elaboración del azúcar de caña por medio de sus máquinas de vapor". Y así comenzó el reino de la burguesía en este país.

El símbolo hubiera preferido que el primer presidente de la nueva época hubiese sido, en lugar de González que no era cibaeño, aquel Ulises Espaillat que había clamado por "que grandes capitalistas monten fábricas en el cual el dócil e impetuoso vapor haga mover poderosísimas máquinas", y cuyo modelo era "la Gran República" del Norte. No fue el primero, pero de todos modos la época vio encarnado en él sus grandes ideales: la agricultura, por oposición a la montería, y la industria moderna, por oposición al trapiche primitivo. Esto es, la explosión de la propiedad privada en su expresión suprema, y en los marcos de la iniciativa individual.

Pero no pudo ir más allá de intentar los primeros pasos, particularmente en aquella dirección que estaba más al alcance de sus posibilidades, las primeras tentativas de fragmentar los "terrenos comuneros". González por su lado y Báez por el suyo, ambos desde el extranjero, lograron crear una pieza que

estranguló su gobierno. La reacción logró interrumpir el proceso con la vana ilusión de echar atrás la marcha de la historia. Pero esta era irreversible y siguió su curso.

Naturalmente, era necesario mano dura. En vez de convertir en programa de gobierno las libertades públicas, había que estrangularlas. En vez de proclamar la educación como la bandera del progreso, había que apelar a la fuerza. Dondequiera que se agitara la sombra del pasado había que aplastarla. Y el encargado de esa misión fue un hombre implacable, un intuitivo que no entendía bien cuál era su papel pero tenía la suficiente inteligencia, el valor y la falta de escrúpulos necesarios para llevarla a cabo. Era Lilís.

Se ha dicho que la historia del capitalismo chorrea sangre por los cuatro costados. Quizás no haya sido así, pero en Santo Domingo este curso se cumplió de manera inequívoca. Para llegar a Lilís, la nación debió sacrificar centenares de generaciones. Tal vez no hubiera sido así en 1809 cuando la Independencia respecto de Francia, situaba al país en la época del capitalismo competitivo o de libre empresa. Acaso Inglaterra, que participó en aquella lucha y que increíblemente nunca pareció interesarse en la fiebre anexionista que acometía a los caudillos dominicanos, hubiera contribuído alternando con los americanos, a crear las bases de un desarrollo futuro. Cuando menos, se habrían ahorrado los años de incesante lucha que siguieron en pos de ese ideal. Y, cuando por fin fue alcanzado, ya era tarde. El último cuarto de siglo contempló el tránsito del capitalismo competitivo al capitalismo monopolista. Y el viejo ideal se disipó como una ensoñadora neblina.

Este proceso tuvo lugar en las manos de Lilís. A este dictador implacable se debe la creación de una burguesía, sólidamente establecida como una clase dominante en nuestro país. Por supuesto, el fenómeno histórico no fue obra de Lilís. En 1874, para darle a esta fecha toda su significación revolucionaria, se montó el primer ingenio de azúcar moderno con el nombre de "La Esperanza" y por iniciativa de un cubano, Joaquín M. Delgado. Pronto se crearon otros y quedó constituida la industria azucarera moderna.

Donde la mano de Lilís se dejó sentir, particularmente sobre los que hacían oposición a su Gobierno, fue en la gravita-

ción del capital europeo para desarrollar el país. No pocos capitalistas se establecieron aquí y le imprimieron una nueva fisonomía a esta sociedad. Los ingenios fueron establecidos en las antiguas zonas donde prevalecían los "terrenos comuneros", y es en ese punto donde se sintió el peso de los cambios históricos. Una población que hasta entonces era una aldea melancólica, habitada por unos cuantos pescadores acosados por los mosquitos y por el sol, dio un salto gigantesco, impulsado por los capitalistas europeos, y pronto comenzó a rivalizar con la Capital y Santiago. El eje capitalista se desplazó de Santiago, donde había hecho un nido bucólico, hacia el Este, donde moraban históricamente sus más acerbos enemigos.

Lilís decía que él era el vice-presidente, y que el verdadero pesidente era Don Juan, o sea el dinero. Se refería a Don Juan Vicini, uno de los capitalistas italianos con los Ferreccio, los Bancalari y otros, los Friedheim, los Thormann, los Mellor, los Batlle, que le dieron a Macorís, la antigua Mosquitisol, un aire cosmopolita de ciudad de gran mundo. Pero que borraron de la fisonomía nacional las arrugas del pasado.

Durante los 25 años que debió recorrer el siglo para pasar a los anales de la Historia, se consolidó esta burguesía. Lilís alegaba, con un cinismo que nunca le faltó, que este proceso era sólo posible en los marcos de la paz. En el marco de este criterio, que por supuesto no era equivocado, él se asignaba la misión de preservar la paz, y nadie sino él era capaz de cumplirla. Parece que tampoco en eso andaba equivocado porque no fue posible desplazarlo del poder. Por tanto, cobraba por sus servicios. Manejaba las finanzas a su antojo. Utilizaba los intereses de las grandes potencias como si fuesen fichas de ajedrez. Oteaba los horizontes escudriñando el sentido de los cambios históricos. Y un buen día llegó a la conclusión de que el destino de Europa se desplazaba hacia América. Automáticamente cambió el chucho y anudó sus vínculos con el capitalismo americano. Con éste no le fueron tan fáciles las jugadas. Llegó el momento en que se encontró enredado en sus propias telarañas, y ya no se pudo zafar de ellas. Sus cartas de esa última época son casi tan trágicas como las de Santana al borde del abismo.

"Hasta ahora tengo el triste convencimiento de que he sido engañado, convencimiento que me embarga más el ánimo porque ha sido burlada mi buena fe, escarnecida la confianza que puse en hombres que me han tratado como un niño, porque siguiendo mi ingenua tendencia a crecer en los que trato, cometí la debilidad de entregarme a ellos".[22]

Esto habría sido lo de menos. Lo de más es que con él se iba entregada la República y le quedaban por delante otros sinsabores. Lilís cayó fulminado por unas balas que tal vez deseó. Mientras se desplamaba en los estertores de la agonía, pudo aun disparar su revólver y la bala mató a un pordiosero que se encontraba en la esquina. No era un enemigo disfrazado. Era un pordiosero real.

Y uno se pregunta ¿cómo podía haber pordioseros en Moca? Se comprende que hubiera seres hundidos en la más profunda miseria. Pero no son muchas las tierras en el mundo que sean tan prodigas como las tierras mocanas. Allí nadie podía pasar hambre. Entonces, ¿para qué andaba este hombre mendigando por las calles como no fuera para embriagarse de esquina en esquina? ¡Quién sabe! Pero después del recorrido que hemos llevado a cabo, le resulta difícil a uno imaginar que aquel infeliz anduviera paseando su hambre por la mira del revólver de Lilís.

EL DEVOCIONARIO DE JOSE RAMON

La escuela (para campesinos) debe estar retirada de la ciudad. Ni siquiera deben tener (sus alumnos) relación muy frecuente con la población urbana. Es muy difícil y peligroso el trasplante de una clase a otra...

José Ramón López
("La Alimentación y las Razas")

¿No es cosa lamentable ver a un demócrata americano, predicando esas ideas de aristócrata europeo?

Rafael Justino Castillo
("Refutación a la Alimentación y las Razas").

También el siglo diecinueve cierra con un documento insoslayable acerca de los orígenes del hambre dominicana, "La Alimentación y las Razas", un celebrado opúsculo de 68

páginas editado en Santiago de Cuba en 1896 y escrito por un dominicano expatriado, José Ramón López, periodista.

Su autor, un demócrata militante que se fugó de una de las cárceles de Lilís, pasó once años proscrito por sus luchas periodísticas y regresó en las postrimerías del régimen en 1897. Había pasado diez años fuera del país cuando publicó su obra y, no solo se abrió con ella el camino del regreso, sino también el del cargo de Secretario del propio Lilís.

Se explica. Su obra es en el fondo un vehemente alegato contra las revoluciones en general y por supuesto contra "el General". Significa, pues, una ruptura violenta con su propio pasado y bien merecía un secretariado como premio.

La obra se lee con interés, y no pocas veces con ira. En ella sostiene el autor que el pueblo dominicano es un pueblo degenerado. Naturalmente, no se trata de una calumnia gratuita, ni mucho menos. Es una obra de tesis que sigue un curso lógico y presuntamente científico: A) existen razas degeneradas. B) la degeneración racial es el producto de una alimentación insuficiente. Y C) el dominicano es un pueblo hambriento y por consiguiente racialmente degenerado.

"El Asia entera, poblada por hombres que han entrado en la decadencia física e intelectual, yace, enervada, bajo el dominio de Europa. En Africa no queda un territorio que no sea una colonia o zona de influencia de algún poder extraño. En Oceanía sucede lo mismo. en la América Latina, donde el apocamiento y la ignorancia no tienen las proporciones que en esos países, se ha conservado la independencia política, pero sufrimos directamente la económica y comercial de los países productores, que siempre modifica e inclina a su favor las decisiones políticas. Es una independencia convencional, estreñida, a que no puede resignarse un pueblo digno e inteligente. Y no nos hagamos ilusiones. Esa ley no es un accidente de estos siglos, sino una norma constante, desde que el hombre apareció en la Tierra. El mundo ha sido siempre del más fuerte, intelectual y materialmente, porque conviene a los intereses y al destino de la humanidad que no impongan su molde los de entendimiento y físico raquídicos".[23]

No es fácil sostener esas ideas en 68 páginas, ni siquiera en el siglo pasado. Pero un periodista puede tenerlas por conoci-

das en todos los ámbitos y excusarse de mayor abundamiento. José Ramón López era fundamentalmente un periodista, y fue su profesión la causa de su exilio cuando todavía era un demócrata. Andando por esos países y leyendo periódicos por allí y por allá, se impregnó de las ideas predominantes en el ámbito latinoamericano. El positivismo en general y el del filósofo inglés Herbert Spencer en particular, nutrían el pensamiento de aquellos intelectuales latinoamericanos que aspiraban a sustituir las influencias del pensamiento colonial con la de aquellos países que entonces representaban el ideal de la nación moderna. Spencer disfrutó de un enorme prestigio. Su tesis organicista —la sociedad como un organismo comparable al de los animales— impregnó el pensamiento más avanzado de la época. Hostos, nada menos, fue su representante más ilustre en nuestro país. Hasta el socialismo argentino —Juan B. Justo y José Ingenieros— combinó el marxismo con el organicismo spenceriano. Y todavía en 1950, esta corriente era enseñada en las escuelas secundarias de Santo Domingo.

José Ramón López se imbuyó de este pensamiento fuera del país. Pero, probablemente por su débil formación filosófica, tomó el aspecto más triste de la filosofía de Spencer. A ese filósofo se debe la famosa teoría de la "supervivencia del más apto" *(survival of the fittest)*[24] que circuló en español con una variante terrible, no ya como la del más apto que no dejaba de ser terrible, sino la "supervivencia del más fuerte" que era la catástrofe. En la América Latina esta concepción se difundió en los círculos intelectuales adscritos al dominio de las oligarquías criollas nacidas de la Independencia, y sirvió para sustituir el concepto de revolución que excitaba a las masas, por el de evolución, bajo la dirección de una élite racialmente elegida.

López se ahorró la discusión de estas ideas en su opúsculo. Su misión no era discutirlas sino aplicarlas, mostrando que el dominicano era un pueblo hambriento y por consiguiente degenerado, por lo cual no tenía otros caminos que el de ser dominado por un déspota nativo o por una potencia extranjera, y mejor aun por ambas cosas a la vez. Tampoco discutió este aspecto de la cuestión, que daba por sentado. Su trabajo se consagró a ilutrar sus tesis con algunos ejemplos improvisados, como quien describe un paisaje visto desde el automóvil,

sin ofrecer ningún dato objetivo incontrovertible. Su objetivo inmediato era la presentación del pueblo dominicano como un pueblo desnutrido, incapaz de un esfuerzo muscular o mental prolongado, y por tanto en estado de degeneración ireversible. "En las ciudades, exceptuadas algunas familias, solo se hace una comida medianamente nutritiva al día. El desayuno no se compone más que de una tacita de café con leche, pan y mantequilla, en cortas proporciones; (?) y con ese alimento insuficiente van todos, letrados y obreros, a hacer recia tarea, desde las seis o las siete de la mañana, hasta las doce o la una, hora de un almuerzo que pocas veces se puede calificar de opíparo. Comúnmente los platos son carne, plátanos, arroz y frijoles no muy abundante el primero (?), engañándose casi siempre el deseo con caldos espesados a fuerza de auyama, en lo que entra como mínimo elemento la carne. Al anochecer... otra taza de café con leche o de chocolate, con una panecillo y mantequilla de oleomargarina".

Desde luego, hay más de caricaturesco en esta descripción que de sociológico como pretenden algunos. El autor no discute si las ostras, las frutas y el caviar con champaña son más nutritivos. Simplemente presenta esa dieta, obviamente inaceptable para un lord británico o un gourmet galo como una dieta de hambre.

"En Puerto Plata se importa legítimo aceite de oliva, mantequilla danesa de leche pura, arroz de Carolina o de Valencia, manteca de cerdo refinada; y esos artículos envejecen en los almacenes hasta que el dueño y poquísimos amigos las consumen (?), mientras que el pueblo, no satisfecho de la baratura del aceite de algodón, pide nocivas imitaciones de ése, mantequilla y oleomargarina casi rancia (?), arroz malísimo del Indostán, y manteca que de cerdo no tiene ni apariencia".

Pero no resulta nada convincente que los comerciantes insistan en importar una mercadería destinada a perderse en sus almacenes, ni que una sustancia que ni siquiera tiene apariencia de manteca de cerdo sea preferida a la que producía el cerdo verdadero que se encontraba en todas partes. Puede que haya sido verdad, pero el autor no aporta ninguna prueba, ningún dato fehaciente, ningún testimonio irrefutable.

La situación en el campo es peor. "En Sosúa adentro, lo que se está comienzo ahora es batatas hervidas, una vez al día, aunque la tierra es fertilísima y hay gran abundancia de caza y pesca". Y así sucesivamente. El libro de López fue publicado en Santiago de Cuba, como se dijo, y tratándose de un dominicano, ya el mismo linotipista ha debido aceptar esa premisa confiando en la idoneidad del testigo, supuestamente más interesado en ocultar que difundir esos hechos. Pero eso, que puede aceptarse en poesía no puede aceptarse en sociología, y menos en un trabajo de tesis. Nada autoriza a llegar a conclusiones generales partiendo de un hecho aislado, sin demostrar que ese hecho es la norma general o predominante. A López, no obstante, nada le impide llegar a conclusiones tan importantes como la siguiente:

"Amargas dudas se ofrecen respecto a la eficacia de las ideas para civilizar esta masa incapacitada por el hambre y toda esperanza de regeneración se vuelve hacia el alimento, porque el camino de la cabeza en las razas exhaustas va por el estómato y hay que fabricarles antes la cocina que la escuela, ineptas como son ya para el esfuerzo mental complicado, constante y poderoso que exige la civilización presente. ¿Qué ideal de nacionalidad, qué ideal de raza podrá servir de faro en lo sucesivo a esa abrumadora mayoría rural que en cada generación abdica de un capítulo de la vida del espíritu?

Podría preguntársele a José Ramón López, un poco ociosamente, si ese pueblo no había dado pruebas soberbias de sus ideales nacionales así como de su capacidad y competencia para sostenerlos a todo lo largo de su vida histórica. Desechemos el "ideal de raza", no solo porque es un hecho biológico, genético, y no sociológico o espiritual, sino porque de acuerdo con la tesis de López lo que cuenta es la alimentación y, por tanto, lo mismo da que se trate del blanco bien comido que del negro, del amarillo, del anaranjado o del morado lila, con tal que haya recibido la alimentación civilizadora adecuada. El caso es que López responde a la primera pregunta improvisando festivamente una concepción general de la historia dominicana en unas cuantas líneas: "Cuando se realizó la Independencia ya habíamos perdido mucho, (?) y las guerras,

que antes de esa época habían sido concausa de la degeneración, (?) vinieron a ser posteriormente efecto de ella".

Pero de hecho a José Ramón López no le interesa la historia nacional. Su tesis gira en torno al modelo de los países nórdicos "tanto de Europa como de América, donde se come mucho y tres veces al día" y donde la "intelectualidad de los individuos se conserva en un promedio mucho más alto, haciendo capaz, al mayor número, de vigorosos esfuerzos mentales y musculares". Y, como que menciona al individuo, quedaría por saber cómo el propio autor pudo alcanzar el "vigoroso esfuerzo" necesario para escribir su libro sin salir de las zonas meridionales de América. Pues, como lo sostiene él mismo:

"Desgraciadamente, en los pueblos latinoamericanos se considera también virtud esa frugalidad malentendida que consiste en regatear al organismo la nutrición que necesita, o proporcionársela con una irregularidad opuesta a todos los principios de la higiene. Hace muchas décadas que estos pueblos, especialmente el dominicano, comen menos de lo necesario, y esa es la causa más poderosa de la degeneración física y del apocamiento mental en que vivimos".

Cuando el Licenciado Rafael Justino Castillo, abogado de la República y educador eminente, recibió la obra de López amablemente dedicada, quedó consternado. No pudo comprender que esas ideas de aristócrata europeo fuesen sustentadas por un demócrata americano, y menos por un periodista dominicano. Con la grandilocuencia de Stanley, el periodista que rescató a Livingston en el Congo, o de Rudyard Kipling, el eminente portavoz literario del colonialismo británico. Sin pensarlo mucho escribió unos artículos en los que condenó esta obra perniciosa:

"Esas ideas no son de nuestro siglo: están juzgadas y condenadas desde el día en que se reconoció como verdad científica que el Estado no debe ponerse trabas al desenvolvimiento de las aptitudes y capacidades individuales porque ante el Derecho todos los hombres son iguales".

Es claro que comprendió de inmediato la raiz política escondida tras los alegatos "sociológicos" de López. Lo que sucede, explicaba Castillo, es que "el nombre de la cosa no es la

cosa; y en la América que fue española se ha dado el nombre de democracia a lo que no lo es".

Los artículos de Castillo, cuya pertinencia llega hasta nuestros días (ya que no ha desaparecido la de López) giran en torno a esa concepción de la democracia. La naturaleza de su crítica revela que para él la democracia tenía una doble dimensión, la dimensión nacional y la dimensión popular, pues cita una expresión de López en la que afirma que "no hay poder humano capaz de hacer efectivo en un pueblo atrasado los principios de la democracia verdadera". Ante esta expresión exclama: "Incomprensible aberración en un individuo de la talla intelectual del señor López, patrocinar idea tan mórbida, que tanto daño ha hecho a los pueblos latinoamericanos, y a la que debe nuestra patria todos sus males".

Está claro que la expresión de López, el "poder humano", comprende tanto el despotismo interno como el extraño, y por consiguiente referido no solo a su país sino también a los restantes países de la América, con lo cual sale a flote la naturaleza colonialista de su trabajo. Castillo le replica alegando que la diferencia en el desarrollo de los países latinoamericanos respecto de las grandes naciones no justifica esos criterios. "¿Qué sería el progreso —se pregunta— si cada pueblo tuviera que recorrer una por una las fases del desenvolvimiento de los que han llegado antes que él a un estado cualquiera de civilización, en vez de aprovecharse de las verdades adquiridas por estos? Por eso, piensa él, las instituciones democráticas, "que favorecen la realización de los fines de la vida individual y colectiva" son las que fecundan "los gérmenes progresivos de individuo y sociedad".

En lo que se refiere a Santo Domingo, Castillo acude a la historia para defender al pueblo, un pueblo esencialmente compuesto por el campesino "que ha sido el soldado de la libertad y de la patria cuando por ellas ha sido preciso combatir, y el desheredado de la libertad y la justicia después que por él ha sido libre la patria, y que por la justicia ha derramado su sangre".

También aquí Castillo se vuelve contra el despotismo, y achaca a las dictaduras nacionales, y no al hambre o la degeneración racial, la situación de atraso. "Si de 1844 acá los hom-

bres que han tenido a su cargo la gestión de los intereses generales de la sociedad hubieran cumplido con su deber, muy distinta de lo que es, sería la condición de los campesinos dominicanos".

López, por el contrario, no menciona ni una sola vez, ni parece estar en su pensamiento, el papel de los déspotas y de sus continuos manejos con las potencias extranjeras. Para él las grandes luchas históricas del país, contra unos y contra otros, no son sino una concausa de la degeneración de los dominicanos.

Pero es asombrosa la subjetividad con la que José Ramón López maneja sus argumentos. Arrastrado por su propósito esencial, improvisa siempre, se considera exonerado de documentar sus tesis, se entrega al flujo verbal sin más coherencia que la retórica. Una de sus hipótesis más risueñas es aquella que se apoya en la evolución demográfica del pueblo dominicano. He aquí sus consideraciones.

"En todo país nuevo y bien dotado por la naturaleza, la población se duplica cada veinte o veinticinco años, debido a la facilidad de la subsistencia que hace tempranas y prolíficas las uniones conyugales. De manera que aquí, que en los levantamientos de los últimos diez años no han muerto ni quinientos hombres, se habría realizado la duplicación a no ser por el obstáculo que a la vez le ofrecieron la intranquilidad y el desbarajuste que origina cada conmoción política".

Esta tesis era insostenible por un periodista "de la talla intelectual del señor López" como lo calificaba Castillo. Diez años no son suficientes para caracterizar la evolución demográfica de un país. Y además la información de la cual se sirve el periodista, es falsa. Según Schoenrich, para usar una sola fuente, el país contaba en 1819 con una población de 63,000 habitantes, y en 1888 esta cifra había aumentado a 382,313, lo que signifca que la población, si no es erróneo el cálculo, se había duplicado tres veces en menos de 75 años.[25]

Este cómputo, según explica Schoenrich, se basaba en estimados que tenían por base los nacimientos declarados en la Iglesia, y siguiendo como patrón 37 nacimientos por cada mil habitantes. Con ese mismo patrón se calculó para 1908, o sea 20 años después 605 mil habitantes, que efectivamente no

duplicaba la población de 1888. Pero este cómputo no comprendía los nacimientos no declarados que, como debía saberlo el periodista mejor que nadie, eran entonces más numerosos que los que se declaraban, particularmente en los campos y por diversas razones. El propio José Ramón López, en su "Geografía de la América Antillana, en particular de la República Dominicana", estimaba en 700,00 los habitantes del país en 1915, 27 años después, y aun dentro de la norma exigida por él para exonerar a los domincanos de este siglo de su degeneración racial. Y todavía dos años después, Shoenrich da como estimado de la población en 1917, un total de 795, 435 distribuidos en las doce provincias de entonces, lo cual representa con creces la duplicación de la población en 29 años. Ya en censo de 1920 arrojó casi 900,000 (cien mil más en 3 años).

Es cierto que el crecimiento poblacional era lento en esa época. Sus causas eran sumamente conocidas y ciertamente no tenían nada que ver con la alimentación y menos con la raza, como no sea con la raza de las diversas naciones extranjeras que se insertaron en la vida histórica del país. La despoblación había sido una norma de la vida en la parte española de la Isla los remotos días del establecimiento colonial. En 1605, 1795, 1801, 1805, y otros años se mantuvo una sangría poblacional constante. Ningún país de América se ha despoblado de manera tan sistemática y masiva como la República Dominicana. No podía ignorarlo José Ramón López. Ni tampoco que esa despoblación, paradógicamente, entregaba a los habitantes que permanecían en el país, el disfrute libre y abundante de tierras sin dueño, con su correspondiente ganadería motaraz y su fertilidad imponderable, que aseguraban unas fuentes alimenticias irrestrictas para toda la población, y que descartaban toda posibilidad de hambre colectiva.

Pero aun admitiendo que, como lo asegura López, hubiera hambre a pesar de la fertilidad de las tierras y la abundancia de caza y pesca como en Sosúa que es su ejemplo, no se justificaba ni remotamente con ello que se tratara de un pueblo hambriento hasta el punto de la degeneración genética y supuestamente racial. La socióloga Susan George afirma hoy, cuando el hambre es un flagelo mundial, que no existen los "pueblos hambrientos, ni siquiera en el Tercer Mundo". De acuerdo con

su criterio "hay, sí, gente pobre que vive en ellos y que no puede cultivar o comprar suficientes alimentos para satisfacer sus necesidades".[26] Pero, en su opinión, ello no justifica que esos pueblos sean calificados de "pueblos hambrientos". En apoyo de su afirmación suministra unos datos tan incontrovertibles como impresionantes. La Oficina de Censos de los Estados Unidos, país que según se afirma es el mayor productor de alimentos del mundo, declaró en 1972 que "cuando menos de 10 a 12 millones de norteamericanos se mueren de hambre o padecen enfermedades porque no tienen con qué comprar comida". Y todavía agrega la autora que según la misma Oficina de Censos, el número de personas pobres aumentó en los Estados Unidos 2.5 millones en 1975, hasta permitirle declarar que entonces, el 12.5% de la población "vive en la pobreza".[27]

Sin embargo, a nadie se ocurrirá calificar a Estados Unidos como un país hambriento, ni siquiera pobre, y más bien como sobrealimentado y rico. Si José Ramón López no hubiera adoptado las concepciones aristocráticas que le atribuía Castillo, cargadas de sentido antinacional y antipopular, de paso racista, dirigidas a justificar el depotismo y la intervención militar extranjera que al fin conoció (murió en 1922), su obra habría podido ser esa "contribución a los estudios sociológicos" que algunos pretenden. Pero fue un trabajo destinado a desfigurar la realidad, a desvirtuar los hechos, a invalidar la información científica y la histórica, en provecho del despotismo nacional y extranjero.

Por eso este documento no debía tomarse en cuenta, como no sea para contrarrestar una tendencia deplorable que mantiene su vigencia en el país, colocando esta obra perniciosa en los marcos de un presunto "pesimismo dominicano". Tal pesimismo, si existe no tiene nada que ver con José Ramón López ni ha constituido escuela. Pesimista no era José Ramón López. Era más bien optimista. Pensaba que sus ideas podían llegar a constituirse en el consenso unánime de la identidad nacional, caracterizada como la de pueblo hambriento, racialmente degenerado, inepto para el ideal nacional, apocado mental y espiritualmente, desprovisto del potencial genético que

duplica la población cada veinticinco años, y menos cada diez como es la norma actual, y en defensiva obligado por la naturaleza a servir de pasto de la opresión, "porque conviene a los intereses y al destino de la humanidad que no impongan su molde los de entendimiento y físico raquíticos".

NOTAS Y REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

1. Ricardo Patee, ob. citada.
2. Nicolás Estévanez en su HISTORIA DE AMERICA.
3. Sócrates Nolasco: VIEJAS MOMORIAS, segunda serie.
4. Idem.
5. Idem.
6. Emilio Rodríguez Demorizi: INVASIONES HAITIANAS (1805-1822).
7. J.B. Lemmonier-Delafosse: SEGUNDA CAMPAÑA DE SANTO DOMINGO, Santiago de los Caballeros, 1946, pág. 119.
8. Juan Sánchez Ramírez: DIARIO DE LA RECONQUISTA, Editora Montalvo, 1957, DOCUMENTO 144 (Contrarréplica de Power: "Después la misma División de buques habría cerrado todo auxilio a Santo Domingo, que en los primeros momentos de sorpresa y de terror por la dettota de Palo Hincado, acaso hubiera capitulada... de este modo se habrían evitado infinitos gastos al Rey y alguna menos sangres española..." (página 328).
9. Frank Moya Pons: MANUAL DE HISTORIA DOMINICANA, Santiago de los Caballeros, 1977, página 361. Ver también *passim* HISTORIA COLONIAL DE SANTO DOMINGO, Santiago, 1974 y LA DOMINACION HAITIANA, Santiago, 1972.
10. Ver DIARIO DE LA RECONQUISTA, ob. cit., DOCUMENTO 77, Carta de Sánchez a Fernandez de Castro, 20 de mayo de 1809.
11. Ob. cit. página 104.
12. DIARIO DE LA RECONQUISTA, DOCUMENTO 96, Circular de Sánchez Ramírez.
13. Idem. DOCUMENTO 116. Carta de Sánchez a Montes, 17 de julio de 1809.
14. INVASIONES HAITIANAS, ob. cit.
15. Hasta el mes de septiembre de 1809 los palos de caoba enviados a Montes y vendido, habían producido: el 10 de diciembre de 1808 las 34 toesas, a 40 pesos y las 4 a 20 pesos, 1,280 pesos; y en septiembre de 1809, las 325 toesas, 4,338 pesos, 2 reales y 23 mrs." Véase nota de fray Cipriano de Utrera en DIARIO DE LA RECONQUISTA, ob. cit. al pie de la página 38.

16. Idem. DOCUMENTO 106, Circular de Sánchez Ramírez del 30 de junio de 1809.
17. Ver la "minuta de oficio" de fecha 8 de agosto de 1818, que se encuentra en el legajo 88 del Archivo de Indias, por la cual, bajo el encabezado de MUY RESERVADO se le ordena al Embajador de España en Londres esa gestión. La reproduce J. Marino Incháustegui en su obra DOCUMENTOS PARA ESTUDIO, Bs. As., 1857, pág. 479 Vol. II.
18. Véase en detalle este proceso en F. Moya Pons: LA DOMINACION HAITIANA, ob. cit. También R. Pattee: LA REPUBLICA DOMINICANA, Md., 1967.
19. R. Pattee: LA REPUBLICA DOMINICANA, citada, página 205.
20. General José de la Gándara: ANEXION Y GUERRA DE SANTO DOMINGO, Madrid, 1884, reproducción en facsimil de la Sociedad de Bibliófilos, 1975, página 286.
21. IDEM, página 186.
22. En César Herrera: LAS FINANZAS DE LA REPUBLICA DOMINICANA, Colección La Era de Trujillo, 25 años de Historia Dominicana, T. 19, pág. 225.
23. Véase EL GRAN PESIMISMO DOMINICANO, JOSE RAMON LOPEZ, Santiago de los Caballeros, UCMM, 1975. La obra comprende José Ramón López: LA ALIMENTACION Y LAS RAZAS, Rafael J. Castillo: Artículos con motivo de "La Alimentación y las Razas", Julio Censor: Artículos con el mismo motivo, y José Ramón López: LA PAZ EN LA REPUBLICA DOMINICANA.
24. Por cierto, la teoría de Spencer fue formulada antes que la de Darwin
25. V. Otto Schoenrich: SANTO DOMINGO, UN PAIS CON FUTURO, Sociedad de Bibliófilos, Santo Domingo, 1977. pág. 144.
26. Susan George: COMO MUERE LA OTRA MITAD DEL MUNDO (Las verdaderas razones del hambre), México, 1980.
27. IDEM, página 26.

EL SIGLO XX

EL GRAN CAMBIO HISTORICO

El teatro de las relaciones financieras viene a ser más bien los EE. UU. de América que Europa.

General Ulises Heureaux

(Carta a Mendel, a 11 de febrero de 1893).

El siglo XX recibió de su antecesor un país política y económicamente independiente.

No es que estuviera exento de tribulaciones. Su independencia política no excluía la dictadura. Sufrió tres, la de los hateros, la de los azucareros y la de los tabacaleros. Las tres eran de índole anexionista (España, Francia y Estados Unidos, en ese orden aunque intercambiable, y sin excluir del todo a Haití). Pero, pasando por todos ellos hasta llegar al último, de hecho un tirano, el poder público emanada exclusivamente del país. Ninguna potencia extranjera utilizaba a un nativo que actuara por subrogación. Al contrario, eran esos dictadores los que utilizaban a las potencias extranjeras (y de ahí el drama de la "Reconquista", de la Anexión, de los "seis años", etcé-

tera), para alcanzar sus propios objetivos. A veces, enfrentando a unas y otras.

En el orden económico no había variante. Y eso explica en gran medida la miseria ancestral. El país tenía que valerse de sus propios medios para sobrevivir. Desprovisto en absoluto de una industria desarrollada, y más bien en estado incipiente, carecía de todo. Un comercio exterior limitado, apenas proveía una proporción mínima de los productos manufacturados imprescindibles para vestir y calzar, después de invertir el grueso de los ingresos en armas y pertrechos de guerra. Pero el país era suficientemente rico en productos naturales como para impedir que la población, poco numerosa por los demás, conociera el hambre.

En verdad, nunca se recurrió a la ayuda extranjera para subvenir a las necesidades de la población. Esta práctica fue siempre alentada por necesidades políticas, y expresaba invariablemente las tendencias anexionistas de los sectores dominantes. Samaná, fue el símbolo patético de este tendencia, pero ni Santana ni Báez vacilaron en poner en subasta el territorio completo cuando la Bahía no era suficientemente atractiva. Ni siquiera un centavo del Empréstito Hartmont, que a la postre ahogaría la independencia política y económica de la nación, llegó a manos del pueblo. Como castigo, tampoco llegó a las manos de la camarilla de Báez, que lo prohijó. Esa deuda se iba a convertir en una cadena que debería arrastrar interminablemente un país que había luchado tan denodadamente por su libertad.

La deuda Hartmontl entró en el siglo XX después de haber estrangulado a Lilís, con un estilo hasta entonces desconocido. Increíblemente, la dictadura de Lilís tenía un costado patriótico del que carecían los dictadores que le antecedieron. Este hombre sanguinario pudo haber pasado a la Historia como un gran prócer. La suya fue una espada rutilante durante la guerra de la Restauración y la "de los seis años", y tal vez la más distinguida al defender el régimen democrático de Espaillat. Fue, en grado mucho más elevado que Luperón, y hasta que los autores de la revolución del 7 de julio de 1857 que aspira a ser la revolución burguesa en este país, el abanderado de la nueva sociedad. Nunca más el señorío feudal levantó cabeza y,

cuantas veces intentó hacerlo, no le tembló el pulso al cercenarla de una tajo. En el sentido de liquidar la sociedad vieja y asegurar la continuidad de la nueva, fue verdaderamente un revolucionario. Y también el "padre y maestro mágico" de la nueva reacción.

En consecuencia, no debía vacilar y nunca vaciló al propiciar, alentar, proteger y gratificar al capital extranjero. A él se debe la constitución de una sociedad característicamente capitalista y burguesa (y no solamente pequeño-burguesa porque para que haya pequeño-burguesía tiene que haber burguesía, y las clases sociales no se constituyen en cantidad sino en calidad). Durante su paso por el poder la sociedad dominicana cambió completa, rotunda y definitivamente de carácter. Se convirtió en otra cosa.

Lilís fue el único dictador dominicano del siglo XIX cuyas manos estuvieron libres de esa goma anexionista que, según D'Alaux, es tan difícil de soltar una vez que se pega de las manos, y que de una manera tan deplorable se adhirió a las de sus antecesores. Lilís hundió al país en un desastre capitalista, manipulando la hacienda nacional como un prestidigitador enloquecido delante de un tren en marcha. Pero necesitaba la soberanía plena de la República para hacer negocios con el capital foráneo. Un episodio de sus últimos días, solo unos meses antes de su muerte en 1899, ilustra cabalmente su independencia política, y la del país, cuando la independencia económica exhalaba sus últimos suspiros. Trataba entonces de contener la catástrofe y pidió a los gestores de la deuda Hartmont, traspasada por Westendorp a los abogados norteamericanos Weed y Wells, que vinieran al país con el fin de buscar un arreglo. Weed y Wells se negaron. No valieron súplicas y solo aceptaron conversar con Lilís en Nassau. En Santo Domingo llevaban las de perder aun contando con la simpatía al menos, del presidente Cleveland. Lilís se vio obligado a celebrar la entrevista en Nassau, con los peligros que debía significar abandonar el país y, como era de esperarse, no consiguió nada. Pero una cosa es clara, aquí, en su territorio, ejercía el poder en toda su plenitud. Weed y Wells no poseían recursos para desafiarlo. Eso sí, todavía no se había enfriado el cadáver cuando ya se encontraban aquí Weed y Wells.

Tras ellos vino la Convención de 1905, la de 1907 y la ocupación militar norteamericana de 1916. Hubo resistencia inclusive armada en los términos guerrilleros (*gavilleros* como se denominó). Pero no hubo hambre. Hay quien evoca aun el "hambre del 14", aludiendo a la escasez que la Guerra Europea produjo en el país de algunos comestibles, salazones principalmente que figuraban constantemente en la dieta nacional, y que la ocupación sustituyó pronto con otros. Pero el grueso de los productos que consumía el país, las carnes y los vegetales, permanecieron al alcance de las masas menos favorecidas. La pesca en las zonas costeras siguió intacta. Y el casabe mantuvo su prestigio.

Esto debía significar que la capacidad combativa y el espíritu belicoso que había exibido el pueblo dominicano a todo lo largo del siglo XIX, permanecía igualmente intacto y cargado de prestigio. Y es claro que la única forma de dominarlo no podía ser otra que ir a la raíz del problema, no solo a la raíz de los tubérculos, sino aun más allá. A la tierra misma.

La tesis de La Gándara, como hemos visto, se aproximaba. Pensaba él que había que destruir los conucos y dispersar las familias. Pero esto no resolvería nunca el problema de sofocar la resistencia popular. Era en los fundamentos mismos de la estructura social e histórica donde debían aplicarse las medidas adecuadas. Cualquier victoria militar nunca podría hacer otra que aplazar los acontecimientos. La Gándara, por más que era un hombre instruido y consciente de los problemas, representaba una visión histórica obsoleta. La suya era una concepción refinada, de gran potencia envuelta en una gran atmósfera histórica e imperial, pero en el fondo era la misma de Santana, y por eso pudieron entenderse a la hora de llevar a cabo la aventura. Pero las soluciones debían ser tomadas del arsenal conceptual y teórico del capitalismo moderno, al cual no podía acercarse la España del siglo XIX. Se hacían imprescindibles profundas transformaciones en el régimen de las tierras. Tenía que llegar a sus más profundas entrañas las esencias de la propiedad privada en términos capitalistas.

La visión de Lilís era incomparablemente más elevada que la de Santana, pero Lilís no alcanzó a entrever el problema fundamental. Se quedó en la superficie financiera y, aunque es

a él a quien hay que acreditarle el haber llevado a cabo las profundas transformaciones capitalistas a las que el proceso histórico empujaba a su país, su concepción no llegaba a percatarse de su profundidad.

Fue Ulises Espaillat el primer gobernante que situó las cosas en su verdadero lugar. Para él, que siendo cibaeño no era tabacalero sino comerciante, la tradición del Cibao le indicaba que había que resolver la contradicción entre la ganadería y la agricultura. La pintoresca tesis tradicional de que "la crianza aleja la labranza", debía ser para él la clave del progreso y del desarrollo del país en dirección inversa. "Hay que sembrar agua", proclamaba él. Eso quería decir, no solamente que había que sembrar hasta el agua, sino que era imprescindible una política de riegos que convirtiera en campos de sembradío las tierras improductivas, para hacer de éste un país fundamentalmente agrícola. Iba inclusive más allá, clamaba por una industria ultramoderna, que describía con la mayor exaltación literaria y retórica. Quería que "la prosaica enjalma con que el borriquero adorna el lomo del paciente asno se transforme, como por encanto, en blancas y brillantes fibras que rivalicen en finura y delicadeza con el aristocrático batista". O sea, quería una industria textil, como la que había hecho de Inglaterra el reino del capitalismo. Pero lo primero era la estructura del régimen territorial. Apenas tenía unos días en el Gobierno, en el que de todos modos no podría durar mucho, cuando ya dictaba las medidas más profundas posibles en esa dirección, y que fueron encarnadas en la llamada LEY SOBRE LA CONCESION GRATUITA DE LOS TERRENOS DEL ESTADO. De hecho no significaba gran cosa ofrecer tierras gratuitas del Estado cuando todas lo eran sin que fuese necesario una ley. El sentido profundo de esta ley consistía en establecer la propiedad del Estado de las tierras en la cabeza de todo el mundo, como primer paso, y luego establecer la propiedad privada de estas tierras como segundo paso, en base a un instrumento legal que amparara a cada individuo. Su objetivo supremo era liquidar la naturaleza comunitaria de la tenencia de tierras, o sea los "terrenos comuneros".

El primer *considerando* de la ley establecía que "la agricultura es la base del futuro desarrollo del país". Este principio iba

dirigido a desplazar la norma inveterada de que "la crianza aleja la labranza" y debió estremecer a Santana en el más allá. El siguiente *considerando* establecía los trámites a seguir — deslinde de los terrenos, levantamientos de planos por agrimensor competente, etc.— para obtener un título de propiedad, y era en esa disposición donde se materializaba el objetivo supremo de la ley.

La ley era más ambiciosa de lo que el propio Espaillat podía suponer. Iba a ser necesario mucho tiempo para que esos títulos de propiedad se sobrepusieran a la tradición. En el problema iban imbricados muchos aspectos históricos, de los que no estaban excluidos el sentimiento de la nacionalidad y el patriotismo. En una novela del autor de las presentes líneas se pretende que la misma forma de caminar y la ondulación de la cabellera de una muchacha dominicana, eran el resultado de la modulación secular de las tierras comuneras.[1] Una ley no era suficientemente eficaz para diluir las generaciones.

Aunque Espaillat fue derrocado por una revolución mucho antes de que este procedimiento se fijara en la ley, la tendencia histórica seguiría presionado en la misma dirección. El Gobierno de Ramón Cáceres, fuertemente influido por los norteamericanos cuya atención se dirigía primordialmente a ese punto, dictó sus propias leyes, hasta entonces las más avanzadas. Pero las tierras comuneras se resistían a morir y Cáceres debió morir antes que ellas, nadie sabe hasta qué punto como su víctima.

La verdad es que del capitalismo puede pensarse lo que se quiera, pero representaba un avance histórico en sentido universal. Santo Domingo estaba fatalmente condenado a sumarse a la corriente histórica, cualesquiera que fuesen los sacrificios que este avance le exigiera. Solo sacrificando el sistema tradicional de tenencia de las tierras podía introducirse en el país en toda su plenitud la propiedad privada, que era entonces la bandera de su desarrollo por la vía de la modernidad.

Las "tierras comuneras" habían impresionado ya a los senadores norteamericanos que en tiempos de Báez y con vistas a la propuesta anexión del país a Estados Unidos, fueron enviados a este país por iniciativa del Presidente Grant para

elaborar un informe acerca de la realidad nacional. La Comisión integrada al efecto incluía a varios científicos y hasta a un dibujante, dado que para entonces la fotografía no era práctica. Lo más notable en este Informe fue el descubrimieto senatorial de un sistema inusitado en el sistema de propiedad agraria. Uno de los interrogatorios que revelaron la peculiaridad del sistema, fue el que se llevó a cabo con un testigo de la más alta calificación, precisamente un norteamericano que conocía a fondo el país, por haber llevado a cabo una investigación directa del problema. Un fragmento de ese interrogatorio, que permite una visión panorámica de la situación, por lo demás sumamente interesante, es el siguiente:

FRAGMENTO DEL INTERROGATORIO DE LA COMISION SENATORIAL DE LOS ESTADOS UNIDOS ACERCA DEL SISTEMA DOMINICANO DE TENENCIA DE LAS TIERRAS

1870.

"Pregunta: Sírvase decirnos su nombre y lugar de procedencia.

Respuesta: William M. Gabb. Soy oriundo de Filadelfia.

Pregunta: ¿Cuánto tiempo hace que está familiarizado con la República Dominicana?

Respuesta: Alrededor de dos años.

Pregunta: ¿A qué se dedica usted?

Respuesta: Estoy encargado de un estudio geológico de la República Dominicana.

Pregunta: ¿Por qué medios ha llegado Ud. a conocer la situación del pueblo y del país?

Respuesta: He estado viajando constantemente, y con todas las facilidades que el gobierno pudo poner a mi disposición,

he estado en todas partes entre el pueblo.

(Después de otras muchas preguntas sobre diversos aspectos)

"Pregunta: La naturaleza de su empleo ¿le da a Ud. una idea de la situación de los títulos de propiedad?

Respuesta: Como estoy autorizado a tomar para mis representados una parte de las tierras que encontramos como pertenecientes al Estado, ha sido mi misión que he tratado de cumplir, el determinar con la mayor exactitud posible la cantidad de tierras a que tenemos derecho.

Pregunta: Está la tierra muy parcelada?

Respuesta: Hay muy pocos terratenientes grandes. Estos son individuos que han heredado de sus antepasado españoles durante el siglo pasado. No puedo hablar de la extensión de sus tierras. Entre dos o tres de los mayores dueños de tierra, haría figurar a Domingo Larroche (Domingo de la Rocha), quien posee un área inmensa de tierras de pasto en la provincia del Seybo; a la familia Báez, de la cual el Presidente es el jefe y representante, que posee grandes propiedades aquí o al oeste de Azua. Fuera de estos dos distritos hay muy pocos terratenientes grandes. Con mil acres algunos, y hasta diez mil en unos cuantos casos. El resto se reparte entre pequeños propietarios. Hay aquí un tipo de derecho peculiar, llamado *comunero,* una especie de título de comunidad en que todos los descendientes de algún gran terrateniente poseen una tierrra en común, cuyos

> linderos están bien definidos y dentro de los cuales cada heredero tiene igual derecho que los demás. Se da al caso de que algunos herederos hayan vendido y revendido la propiedad por valor de cien o diez dólares, o lo que sea, de modo que ciertas tierras midiendo de una a virios miles de acres, tengan treinta, cincuenta o cien dueños, cada cual con una reclamación pendiente con los demás, pero independiente del resto del mundo. Individualmente se les llamaría pequeños propietarios, pero en conjunto son dueños de una gran propiedad..."[2]

Los comisionados hicieron, como se ve, la pregunta clave: *¿Esta la tierra muy parcelada?* Y el testigo dio la respuesta inesperada: *"Hay aquí un tipo de derecho* PECULIAR, *llamado* COMUNERO, *una especie de* TITULO DE COMUNIDAD *en que todos los descendientes de algún gran terrateniente* (¿) POSEEN UNA TIERRA EN COMUN".

Lo divertido de la situación es que ese "gran terrateniente" de quien provenía la propiedad comunitaria, no era más que una ficción. Aunque no pocas veces se remontaba el origen de la propiedad original a la Colonia, o sea al siglo XVI, los tales títulos no existieron en ninguna parte, pues lo que eventualmente pudieron existir fueron consumidos por las llamas de las Devastaciones a principios del siglo XVII. El verdadero título era la práctica, la costumbre, el uso perpetuado por la tradición.

Pero lo que aquí conviene destacar es el hecho de que la propiedad privada no encontraba en este país su natural despliegue. El usufructo de la tierra era prácticamente libre, lo cual excluia forzosamente el hambre. Y, desde luego, para que el capitalismo pudiera encontrar una viable atmósfera, era preciso introducir a fondo la propiedad privada, comenzando por la fragmentación de los terrenos comuneros en virtud de un título jurídicamente vigoroso que asegurara su perdurabilidad.

Los problemas de esta naturaleza, en los cuales va incluida la modificación de las estructuras mentales y las normas tradicionales de una sociedad, no son fáciles. En Santo Domingo no fue fácil ni pudo resolverse sin la participación de una fuerza material capaz de hacer frente al trabajo de los siglos. Al fin la tendencia histórica logró imponerse. El capitalismo, como sistema social predominante, se estableció en el país. Los terrenos comuneros perdieron su vigencia. Y el hambre moderna, como producto característico, le hizo amable compañía.

EL HAMBRE PEOR QUE EL HAMBRE

La riqueza aumentaría la felicidad si incrementara los recursos en vez de intensificar los deseos.

W. Arthur Lewis.

El hambre es un producto moderno. Tan moderno como el automóvil y el aeroplano. Los orígenes del hambre dominicana no se remontan tan lejos como el de esos prodigiosos artefectos que caracterizan la vida moderna. Probablemente llegaron antes que ella. El hambre se hizo parte de la vida cotidiana de este país, cuando el automóvil había alcanzado ya los 100 kms. por hora, y cuando el aeroplano había desaparecido para convertirse en el avión de cabina cerrada, capaz de salvar los océanos con velocidades superiores a las terrestres.

Es curioso, cuando los hidroplanos de la Pan American acuatizaban espectacularmente en el Río Macorís, para inaugurar el servicio regular de pasajeros internacionales, se producía una estampida de la población de esa ciudad en busca de nuevos horizontes económicos. Tal vez no había correlación alguna entre ambos hechos, pero indudablemente concurrían en el mismo fenómeno. Ambos caracterizaban una moderni-

dad que les era común y que por entonces comenzaba a planear sobre el país entero.

En Santo Domingo tenían además otro aspecto común. Tanto el hambre dominicana como esos medios altamente sofisticados del transporte de pasajeros, son productos exóticos.

El recorrido histórico que hasta aquí hemos llevado a cabo, nos conduce a la certidumbre de que el hambre no es connatural al pasado histórico dominicano. No se encuentra inequívocamente la raíz de esta calamidad en ninguna época anterior al siglo XX.

Por supuesto, hay que distinguir. El hambre subjetiva queda descartada. No podemos prestar atención a ese estado en que se encuentra un individuo cuyo organismo deja de recibir oportunamente los materiales nutritivos que necesita para la subsistencia, en cantidad suficiente y en proporción adecuada. Este será un fenómeno bioquímico, psicofisiológico, natural, e inclusive patológico en ocasiones, y perteneciente a otras áreas de la investigación. La nuestra es el hambre objetiva, social, aquella que acomete a comunidades enteras y en situación de masa, cuyos mecanismos responden a la propia gestión del hambre. Se trata del hambre específicamente humana, no natural sino artificial, y por tanto del dominio de la Historia.

En tal virtud quedan también descartadas las hambres catastróficas, debidas a agentes naturales como las grandes sequías, y que reciben específicamente el nombre de *hambrunas* o *faminas*. De estas se posee un registro milenario. En Asia y Africa han ocurrido desde tiempos inmemoriales. Las hambrunas chinas son proverbiales. Una novela de la norteamericana Pearl Buck, "The Good Earth" llevada al cine con el nombre de MADRE TIERRA para el espectador de lengua española, y que fue protagonizada por Vivian Leigh y Paul Muni en 1937, tenía como telón de fondo una de las famosas hambrunas chinas y contribuyó a difundir esa imagen desconocida en al Nuevo Mundo. En estos mismos días, principios de 1985, tiene lugar en Etiopía una gran famina que ha movilizado la solidaridad internacional y la actividad periodística, aunque no es la única ni la más grave. En Europa estas faminas

fueron muy conocidas y sufridas en carne propia durante la Edad Media, y todavía en el siglo XVII se producían cíclicamente cada diez años. Voltaire dejó un ilustre testimonio francés. Y, aunque no existe constancia de estas hambres milenarias en el Nuevo Mundo,[3] en el siglo XVI las crónicas registraron una situación de hambre colectiva precisamente en Santo Domingo. De haber sido verdaderamente hambre habría sido exótica —de pan y vino— pero la duda no permite calificarla de una vez por todas.

De manera, pues, que dentro del concepto general del *hambre* caben diversos estilos y uno de ellos es característicamente moderno, usualmente referido al Tercer Mundo, en el cual ocupa un lugar notable por definición la República Dominicana. En los marcos de la pobreza, es de las primeras.

El primer rasgo que se observa en la nueva advocación del hambre, a diferencia del carácter agudo que caracteriza la del pasado, es su carácter crónico. Es el hambre acumulativa y solapada, que en la mayoría de los casos se manifiesta como enfermedad, y cuyos deplorables efectos comienzan a producirse en el vientre materno. Puesto que el organismo de la madre aplica sus reservas a desarrollar las zonas vitales del feto, sus carencias nutritivas pueden no alcanzar para las otras, y en consecuencia se producen deformaciones y trastornos irreversibles, que no podrán ser superadas con una alimentación adecuada después que la criatura ha nacido. Esto significa que el individuo mejor alimentado del mundo, puede ser no obstante una víctima del hambre. Y por eso no se le llama hambre, sino sub-alimentación, y en el peor de los casos *desnutrición*, cuando los tejidos son decisivamente afectados.

Por consiguiente, la desnutrición va indisolublemente ligada a la enfermedad. El derecho a la salud involucra inevitablemente el derecho a la alimentación. Por supuesto, los estados patológicos no siempre son ocasionados por deficiencias nutritivas, pero invariablemente estas deficiencias nutritivas desembocan en la enfermedad. Por esa razón los problemas sanitarios de los países del Tercer Mundo presentan un costado histórico, toda vez que las desigualdades sociales, en las cuales obviamente participa la propia gestión humana, son de naturaleza inequívocamente histórica.

Un estudio del Banco Mundial, elaborado por Reutingler y Selowski con el título de DESNUTRICION Y POBREZA (1977), declara en su prefacio que "los autores consideran explícitamente la estrecha asociación entre la mala distribución de las disponibilidades existentes y proyectadas, y la incidencia de la desnutrición". Y además que, primero, "la nutrición es uno de los principales determinantes de la salud," y segundo, que "las intervenciones relaciones con la salud y la nutrición tienen un impacto en la formación de capital humano, afectando por tanto los ingresos futuros del individuo y el ritmo del ingreso nacional". O sea, que en el fondo es un problema histórico en su sentido más amplio.

En la vida moderna el problema de la nutrición familiar va asociado al nivel de ingresos, y por tanto es un factor de la pobreza. "La desnutrición es solo una de las muchas manifestaciones de la pobreza", dicen los autores mencionados. Sin duda, la más dramática, pues directamente o por la vía de la enfermedad, conduce a la muerte en términos de masa. En eso consiste su modernidad.

Ciertamente, en el recorrido histórico de este país, se encuentra la pobreza como una constante, que muy bien puede considerarse engendrada por las grandes Devastaciones del siglo XVI, y sostenida e impulsada por las devastaciones siguientes. Desde principios del siglo XVII hubo siempre pobreza en el país, inclusive en grado extremo. La desnudez alcanzó expresiones adánicas ("antres y después del pecado" como decía el Arzobispo). Llegó hasta los límites del pudor. Pero no se conoció el hambre. Nunca el hambre constituyó un escándalo real, aunque sí un escándalo retórico desde la época de Oviedo en el siglo XVI, pasando por Fray Fernando en el siglo XVII y por el Gobernador Joaquín García en el XVIII, hasta José Ramón López en el XIX. Solo en el siglo XX la retórica resultó en cambio, más moderada que la realidad.. El hambre se ha modernizado más rápidamente que la literatura. Y la ha dejado atrás. Si no es que, cumpliendo con alguna especie de rito finisecular, espera una voz de estridente alarma en los años que faltan para concluir el siglo, como ocurrió invariablemente en los siglos anteriores. Solo entonces coincidirían ambos escándalos.

Y se explica. La pobreza, antes y ahora, se ha medido fundamentalmente en expresiones monetarias. Y el hecho histórico es que la escasez de numerario fue permanente en todas las épocas. El siglo XIX concluyó con una catástofre financiera que fue más allá del escándalo. Desde 1844 la emisión de billetes carentes de respaldo físico, un fenómeno que se manifestó aun en la colonia como antes vimos, fue siempre la manifestación de la falta de recursos por parte del Estado, y fuente de todas las concupiscencias. Pero esta calamidad no desarticuló nunca los recursos alimenticios de las grandes masas. Nunca se le cerró el acceso a esas fuentes. El hombre feliz no tenía camisa. Pero tenía comida. De hecho las despoblaciones sucesivas habían modificado la relación entre el número de habitantes y la extensión del territorio, de manera que en Santo Domingo pudo haber faltado de todo y algo más, pero la abundancia de tierras libres y la abundancia de aguas corrientes, permitía un aprovechamiento universal del territorio. El sistema comunitario de tenencia de las tierras prácticamente eliminaba el dinero como medio de obtener alimentos. No se compraban la yuca ni la res. La propiedad privada y el hambre se mantenían a raya.

El apremio dinerario estaba necesariamente vinculado a la necesidad de vestir y de calzar, puesto que esto dependía de las importaciones del exterior, pero no estaba orientado a satisfacer las necesidades primarias de materiales nutritivos. Las fuentes naturales de proteínas vegetales y animales era abundante, así como de vitaminas y minerales, y el nivel calórico de la población ha debido ser necesariamente elevado, o cuando menos suficiente. Aunque aquí solo podemos presumirlo. Por consiguiente, lo que es verdad hoy, cuando la adquisición de alimentos solo es posible a través de un patrón monetario, y cuando la obtención de alimento es una función del nivel de los ingresos familiares, no era verdad en el pasado. Inclusive no era verdad en un pasado reciente. El "conuco", que era la base de la vida productiva del país no permitía la producción de alimentos en gran escala, y por consiguiente tampoco la acumulación capitalista. La agricultura de subsistencia frenaba el desarrollo y ella misma era frenada por la ganadería, pero mutuamente eliminaban el hambre como categoría social.

BNPHU

El paso a la modernidad supone, naturalmente, la ruptura con un pasado arcaico, que no era necesariamente el edén, pero que excluía el hambre. Ese pasado significa para nosotros el campo.

Los grandes períodos en que se ha desarrollado la vida histórica de esta nación, se encuentran comprendidos en los grandes movimientos del campo a la ciudad y de la ciudad al campo. A fines del siglo XVI el flujo era del campo a la ciudad, que constituia el centro de las actividades económicas, fundamentalmente dirigidas a la obtención de numerario. Los principales productos, azúcar y corambre, debían concentrarse en las ciudades portuarias con vistas a las operaciones con las naves extranjeras. Las ferias de la Yaguana debían ser famosas en la época en que el tráfico clandestino, el famoso "comercio intérlope", desplegaba su actividad más alegre. De todas partes partían del campo las recuas cargadas de los más variados productos, además de los mencionados, y ya se sabe cuán prestigiosas y prósperas eran esas ciudades durante el primer lustro del siglo XVII.

Las Devastaciones invirtieron la dirección del flujo y a partir de entonces, y durante un período enormemente prolongado, la ciudad se plegó al campo. Era entonces fuera de las ciudades, que naturalmente adoptaron la fisonomía del campo, a donde había que acudir para satisfacer las necesidades primarias. En primer lugar, naturalmente, aquellas de las que dependía la vida misma, la carne y los vegetales. Con sus altibajos, la actividad monetaria estuvo siempre reducida al mínimo en las ciudades. El comercio era sumamente limitado y la actividad productiva basada en medios artificiales —el azúcar de trapiche— quedó reducido a proporciones de subsistencia como la agricultura "conuquera". El cuadro que Alejandro Angulo Guridi presentaba de la capital, que era la ciudad más importante, y que el Prof. Bosch reproduce en una de sus obras,[4] es el siguiente:

"Yo llegué en septiembre de 1852, y voy a decir en pocas palabras el aspecto que ofrecía... las calles llenas de surcos, cubiertas de yerba, muchas, muchísimas casas en ruinas... Había muchísimas casas, la mayor parte con gran ausencia de aseo en sus puertas, pisos y paredes, con algunos taburetes

viejos, y una o dos hamacas en las salas, habitadas por familias pobrísimas... De esas, gran número ofrecían a la vista del transeúnte el cuadro de un comercio humildísimo, efecto de la haraganería consistiendo en un reducido número de frutos del país, y algunas bagatelas colocadas unas en el suelo y otras en una tabla que descansaba sobre dos barriles, todo lleno cerca de la puerta de la calle".

Así andaban las cosas a mediados del siglo XIX. Un cuadro similar, tinte más tinte menos, pudo haberse pintado en el curso del siglo XVII y XVIII. Pero en el siglo XX cambian las cosas. Y, si no hubieran otros síntomas, bastaría con observar que el flujo secular de la ciudad al campo, se invierte de nuevo, como ocurrió a principios del siglo XVII, para volverse otra vez del campo a la ciudad.

El fenómeno es sumamente inquietante, porque sin duda entran en juego varios problemas sociales e históricos. Es claro que las presiones que actúan sobre la sociedad para que determinen la ruptura de sus miembros con los lazos afectivos de todo tipo que lo vinculan al lugar que les vio nacer, deben ser muy poderosos. Con estos desplazamientos colectivos se van muchas cosas. Muchas costumbres, tradiciones, hábitos, afectos y otras expresiones del espíritu que no son fáciles de abandonar. Por lo general, implican la aventura. Y no siempre la esperanza.

CIUDAD DE ENSUEÑOS Y ESPERANZAS

Surgen así las "villas miseria" de cemento, que acompañan a las "villas miseria" de lata y cartón.

S.R. Olivier.

La gran ciudad es el centro de la vida moderna. Una urbe, metrópoli o "ciudad primada" —como proponen Cross y Pérez Mera,[5] dándole a este título acreditado a la ciudad de Santo Domingo una extensión universal— es una gran máquina de producir servicios.

La gran ciudad tiende a serlo cada vez mas. Crece y crece, concentra una gran población, una gran actividad económica, una gran euforia urbanística y arquitectónica, y sobre todo ofrece constantemente una posibilidad incierta, pero inmensamente atractiva, de prodigar los bienes de la vida moderna y despreocupada.[6] Su emblema es el éxito. La gran ciudad sigue siendo, como lo era Hollywood en su tiempo para el cantante argentino José Bohr, una ciudad de ensueños y esperanzas.

Pero es una máquina insaciable. A la medida de su crecimiento los servicios aumentan su complejidad y su volumen. Agua, comestibles, transporte, alumbrado, sistemas de distribución, de eliminación de desperdicios y otros, de los que no

está excluído el placer, constituyen la ciudad. Y, como que estos servicios solo se obtienen a través de una fórmula monetaria, una porción de la población que se presume considerable permanece marginada. La clave de la supervivencia es el nivel de los ingresos familiares. Si estos ingresos no resultan suficientes para satisfacer las necesidades primarias, la ciudad se despoja de los ensueños y esperanzar y se convierte en realidad. Su emblema no es entonces el éxito, sino la pobreza en medio de la abundancia.

La gravedad del problema parece no tener límites, dado que la ciudad moderna no cesa de crecer. Desde el fin de la segunda guerra mundial, según afirma Olivier, se desencadenó un crecimiento vertiginoso de las poblaciones urbanas como un fenómeno característico del siglo XX, particularmente notable en la América Latina.[7] Ciudades como México y Sao Paulo podrán haber alcanzado para el año 2,000, que se encuentra a la vuelta de la esquina, una población de 30 millones de habitantes cada una. Pero cuando menos 14 ciudades latinoamericanas siguen un ritmo demográfico similar. El cuadro siguiente ilustra la situación.

EVOLUCION DEMOGRAFICA DE ALGUNAS CIUDADES IMPORTANTES DE LA AMERICA LATINA[8]

Habitantes

	1950	1970	1985
México	2,900,000	8,300,000	18,000,000
Sao Paulo	2,400,000	7,900,000	16,700,000
Buenos Aires	4,500,000	8,400,000	11,700,000
Río de Janeiro	2,900,000	6,800,000	11,400,000
Bogotá	700,000	2,600,000	6,400,000
Lima	600,000	2,800,000	6,100,000
Caracas	700,000	2,200,000	4,500,000

El crecimiento de Santo Domingo, guardadas las proporciones, no es menos dramático. En 1802 la ciudad, si es que puede llamársele así, tenía una población de 14,072 habitantes.

Algo más de un siglo después, en 1908, la población había aumentado a 18, 626 habitantes, poco más de cuatro mil en todo un siglo. Pero ya en los momentos a sentirse la presión demográfica y siguió el ritmo siguiente:

EVOLUCION DEMOGRAFICA DE LA CIUDAD DE SANTO DOMINGO

Habitantes

1920	1950	1960	1970	1985
30,946	181,589	369,940	675,470	1,714,036

La modernidad se expresa en estas cifras a ojos vistas. El lapso de 30 años comprendido por los años de 1920 y 1950 entre las dos guerras mundiales —de las cuales la primera se expresó en una intervención militar extranjera—producen un enorme salto de la población de la Capital. Mientras en todo un siglo, 1820-1908, aumentó solo en un 35% (cuatro mil habitantes), ya en las tres décadas que siguieron a 1920 aumentó a un ritmo escalofriante de unos 60 mil habitantes por década hasta 1950. De ese año en adelante el ritmo fue un 100%, duplicándose la población cada diez años y produciendo una población de 1,313, 172 en 1980 (según censo de 1981), y una población estimada de 1,714,036 en 1985 y de 2,500,000 para el año 2,000 según los datos oficiales.

Para aquellas personas que, como el autor de estas líneas, permanecieron ausentes desde antes de 1950 hasta después de 1960, el cambio resultó en extremo impresionante. La ciudad se había desbordado y absorbido los barrios extramuros (San Carlos, Ciudad Nueva). Habían aparecido numerosas barriadas, algunas más populares que ciudades antiguas como San Pedro de Macorís, que había sido la tercera en población en toda la República. Avenidas importantes se extendían por zonas que antes eran de espesos bosques. Y además estaba circundada por el populoso "cinturón de miseria" de pintoresco nombres (Lengua Azul, Guachupita, Katanga) que cada

semana era engrosada por una oleada poblacional incontenible.

Lo más impresionante era la polarización de las condiciones de vida. Con la proliferación de avenidas, automóviles y grandes establecimientos comerciales, especialmente las cadenas de supermercados, convivía una extensa zona poblacional caracterizada por la extrema pobreza, cuya signo más fatídico no podía ser otro que la desnutrición con su cortejo de enfermedades, sin que esto signifique disminuir la importancia de otros problemas como la delincuencia, la prostitución y otras lacras de la sociedad moderna, y la inestabilidad social.

Un especialista ha descrito el cuadro que ofrece la ciudad moderna de la América Latina con una preocupación ecológica, en unos términos insustituíbles, de los cuales extractamos el siguiente párrafo:

'Según un reciente informe de la FAO (Naciones Unidas), la demanda alimenticia en muchas ciudades latinoamericanas se duplicará en los próximos 10 años. Como es comprensible, ello exigirá la duplicación de la capacidad de procesamiento y comercialización.

"El crecimiento urbano va arrasando los cinturones verdes de producción de alimentos que rodeaban a muchas ciudades. Los sistemas rurales productivos se alejan cada día más de los centros urbanos consumidores, agudizando los problemas del transporte. Crece el déficit de vivienda y se expanden los cinturones de pobreza. La provisión de agua y los servicios sanitarios no alcanzan a cubrir la creciente demanda y la contaminación por miseria se expande. En la ciudad de Sao Paulo (Brasil), existen 900 favelas donde vive un millón de personas. En 1977 la población de esos tugurios representaban el 6% de los habitantes de la ciudad pero en 1980 ese porcentaje se había elevado al 10%. En Río de Janeiro la situación es aun más crítica, pues el 25% de las personas viven en tugurios.

"La falta de higiene genera el desarrollo masivo de la fauna antropocéntrica, que consume una parte importante de la energía de la población. Entre los representantes más conspicuos se destacan los endoparásitos (amebas, ascaris, tenias, triquinas), los ectoparásitos (piojos, ladillas), los insectos detritívoros y saprófagos, algunos de ellos transmisores de

enfermedades (moscas, cucarachas, ratones, ratas), y animales domésticos que si bien pueden actuar como control de plagas, poseen también su propia carga de enfermedades (gatos, perros). La hidrofobia, el paludismo, las enfermedades diarreicas, la disentería y las parasitosis intestinales entre las principales causas de mortalidad y morbilidad.

"El hacinamiento aumenta en la medida que se construyen nuevas viviendas especulativas debido al alto costo de la tierra urbana. Surgen así las villas miserias de cemento que acompañan a las villas miseria de lata y cartón".[11]

En la debida proporción, estos rasgos que son comunes a los países del Tercer Mundo y particularmente a la América Latina, son obviamente propios de Santo Domingo. A estos hay que añadir la crisis inflacionaria que atraviesa el mundo, la cual agrava en grado extremo la pobreza, y por consiguiente las premisas de la desnutrición, en nuestro país. La unidad monetaria ha perdido en los últimos años más de las dos terceras partes de su capacidad adquisitiva.[12] Y algunos de sus productos de exportación, señaladamente de azúcar, productores de divisas, se encuentran sumergidos en una crisis que amenaza ser mortal.

Por primera vez en todo ese recorrido histórico, la pobreza ancestral adopta como rasgo supremo el hambre, en la más perniciosa de sus formas, la desnutrición en masa, cuyo foco es la gran ciudad y especialmente la Capital. De esa manera se convierte en un fenómeno de origen estrictamente moderno, casi contemporáneo, toda vez que de ello se origina en la segunda mitad de un siglo al que todavía le falta menos de quince años para completar esa mitad.

Sin embargo, sin que pierda esos rasgos de modernidad señalado por todos los investigadores, en Santo Domingo no se desliga del desarrollo histórico. El hambre moderna tiene antiguas raíces. La ciudad, en cuanto "ciudad primada" es una causa, pero ella misma es una consecuencia.

Es obvio que en cuanto el problema se asocia a la superpoblación de las grandes ciudades, se está implicando el problema de la superpoblación a nivel mundial, que es ciertamente grave. Para el año 2,000 se prevé una población, según la llamada "hipótesis fuerte", de unos 7 mil millones de

habitantes y, según la "hipótesis suave", de unos 5 mil millones. A su vez la "hipótesis media" estima la población futura en el orden de los 6 mil millones. La cuestión entonces es la de estimar la capacidad de los recursos disponibles en el planèta para soportar la carga alimenticia que estas cifras suponen. Las apreciaciones en torno a la cantidad de habitantes que puede soportar el planeta en términos alimentarios, oscila según los diversos criterios entre los 2,800 millones y los 13 mil millones, pero en todos los casos esa posibilidad se cifra en la capacidad de la producción agrícola para seguir el paso del crecimiento demográfico. En pocas palabras, la cuestión es la tierra. Vale decir, el campo.

El crecimiento mundial explica el de Santo Domingo. En efecto, la población que en 1920 no alcanzaba el millón (900 mil habitantes), en 1985 sobrepasa de 6 millones la población oficialmente estimada. Pero esto supone un equilibrio entre la población rural y la urbana que no concuerda con la realidad. El porcentaje de la población rural en 1920 era de 83.4 contra el 16.6 por ciento de la población urbana, mientras que en 1981 era de 48 por ciento contra 52 en contra de la población rural. Esta diferencia obviamente explica la concentración urbana. El censo de 1970 arrojaba que el 42.3 por ciento de esa población urbana se encontraba en la Capital. Y en 1981, de una población total para todo el país de 5,647,972, el perímetro urbano de Santo Domingo concentraba 1,313,172 habitantes, o sea un 23 por ciento, lo que significa que algo más de la quinta parte de toda la población del país, poblaba la Capital.[13]

Es claro que al abandonar sus fuentes tradicionales de subsistencia en el campo, aquellas que hicieron frente a las tropas del General La Gándara durante la Anexión, el campesino dejaba de serlo y se sumaba a las cargas alimenticias que debía soportar la ciudad.

Por consiguiente la "ciudad primada" no es completamente responsable del fenómeno. En realidad, éste presenta dos polos. Uno es el de la "ciudad primada" propiamente dicha, en cuanto que ésta por sus propios atributos atrae el excedente de población en los campos mayormente entre la población juvenil, que es por cierto mayoritaria. La búsqueda

de nuevos horizontes que solo se vislumbran en los grandes centros urbanos, desde los salariales hasta los educativos, explica el fuerte centripetismo de la Capital y otras ciudades. Pero el otro polo actúa de manera centrífuga y expulsa al campesino de su ambiente natal. Ahora no se trata de la búsqueda de nuevos horizontes sino de la pérdida de los viejos. Y esto nos devuelve al problema de la tierra, y por supuesto al aspecto histórico del proceso.

UNA CASCARA DE NUEZ EN LOS OCEANOS.

Amame en chino, en el sonoro
chino de Li-Tai-Pé...

Rubén Darío

A la mayoría de los dominicanos ha debido parecerles que el capitalismo mundial ha sido una invención criolla. Muchos han podido creer que lo inventó un hombre excepcional, Ulises Heureaux, el indómito General Lilís. En verdad, si alguien ha debido conocer su profunda naturaleza, no ha podido ser otro que él. También pudo haberla conocido otro Ulises, no ya General sino farmacéutico, y hombre de estudios y de viajes, don Ulises Francisco Espaillat. Ambos fueron gobernantes al momento de abrirse las puertas históricas para la entrada de este sistema mundial en el país. Pero, a diferencia del General, el farmacéutico no pudo pasar de la teoría en los seis meses de 1876 que ejerció el poder. Lilís en cambio gobernó a fondo durante casi 20 años. Conoció el capitalismo en la mejor escuela, directamente. Y, aunque acabó por ser su víctima, lo manejó a su antojo mientras pudo hacerlo.

Lilís descubrió dos capitalismos a escala mundial: el del pasado y el del futuro. El de Europa y el de América. El de mercado competitivo, regido por las leyes de la oferta y la

demanda. Y el del mercado monopolista, en el cual las leyes de la oferta y la demanda no rigen sino son regidas. El primero había dominado el siglo XIX y, aunque ya comenzaba a jadear cuando Lilís llegó al poder, todavía era la forma dominante y le quedaban por delante algunas décadas.[14] A Lilís correspondió la misión histórica de introducirlo en el país.

Era tarde ya. No un hombre, sino una clase social era quien debió introducirlo, y la edad de las clases sociales no se mide por la edad de los hombres. La burguesía nacional, que era la clase predestinada, nació entonces, muy tarde ya para desarrollarse de manera independiente. Pronto apareció un capitalismo ultramoderno que debía estrangularla. También Lilís se percató del cambio y giró en esa dirección, como si él tuviera el privilegio de la edad histórica. La vida no le alcanzó apenas para vislumbrarlo. Exactamente igual que Pedro Santana, porque ambos fueron víctimas de la Historia aunque a la inversa, sucumbió a su hazaña. Ambos fueron tragados por el poder extraño —uno el del pasado, otro el del futuro— que introdujeron en su momento respectivo en el país.

Sin embargo, es a Lilís a quien hay que atribuirle el enorme cambio histórico registrado en la vida nacional al concluir el siglo XIX e inaugurarse el siglo XX.

En sus líneas históricas más generales, el cambio consistió en la inversión del flujo que iba de la ciudad al campo y del campo a la ciudad. Esta pendulación secular se había anunciado, como hemos visto antes, durante el siglo XVI, y había culminado trágicamente en las grandes devastaciones de principios del siglo XVII. De nuevo se anunció a fines del XIX y se estableció por fin a principios del siglo XX.

La historia es demasiado conocida para que haya que repetirla. Pero hay un detalle que es preciso señalar. Sin duda los graves errores financieros —deuda Hartmont, emisión incontrolada de "papeletas", corrupción (y el fantasma de la revolución rondando constantemente), etcétera— provocaban la intervensión física del poder extranjero en la vida nacional. Los europeos intervinieron, volvieron a intervenir, y finalmente intervinieron los americanos.

Pero no se trataba de un problema local de origen criollo. Casi se puede decir sin mayores redundancias, que los interve-

nidos no fueron los dominicanos sino los europeos. La intervención americana de 1916, en plena guerra mundial, si bien iba a producir cambios históricos profundos en la vida nacional, era fundamentalmente un gran paso en la dirección del predominio mundial del capitalismo americano sobre el europeo. La segunda guerra mundial consumaría ese destino. Y si hay tropas americanas estacionadas hoy en algún lugar de Europa, no debe quedar la más mínima duda de que desembarcaron, no el famoso Dia D en las playas de Normandía en 1944, sino el 15 de mayo de 1916 en el Placer de los Estudios en Santo Domingo.

Hoy resulta claro que no se trataba de un proceso dominicano. Ni siquiera del área del Caribe ("the sea of our destiny"). Sino Mundial. A nivel planetario. Sobrentendidas las galaxias...

Si se comprende que la expansión del capitalismo americano es un fenómeno de la naturaleza, como el desplazamiento de los continentes, respecto del cual las instancias nacionales constituyen episodios prácticamente desechables, se comprenderá también que escapan a las iniciativas, y a veces a la conciencia misma, de los individuos. Por tanto Lilís, y la nación dominicana en su conjunto, no pudieron sino ser un juguete diminuto en las manos de estos procesos gigantescos. Sería como Gades (Cádiz) o Marsilia (Marsella) en la marcha del Imperio Romano.

En Santo Domingo, naturalmente, adoptó una fisonomía local, cuyo destintivo más elocuente y profundo debió ser el predominio de la ciudad sobre el campo y la ruptura del esquema secular que funcionaba en sentido inverso. El capitalismo de corte ultramoderno significaba, por un lado, la hipertrofia de la ciudad, y por el otro, la atrofia de la economía de subsistencia —*la montería* y la *agricultura conuquera*— predominantes en el campo, cuyo fundamento había sido el sistema comunitario de tenencia de las tierras. Vale decir, los "terrenos comuneros", hostiles a la propiedad privada.

Como consecuencia de la intervención militar americana de 1916, la indeterminación del régimen de propiedad en los terrenos comuneros fue liquidada. En 1920 se puso en vigencia el llamado *Sistema Torrens,* que establecía un procedimiento

probado en Australia para registrar los terrenos. Una vez registrados, y en el marco de ciertos plazos, la propiedad quedaba establecida definitivamente. Cualquiera que fuera la operación posterior a que diera lugar un terreno, quedaba supeditada siempre al registro que figuraba en el Tribunal de Tierras. Aparte de que la implantación del sistema dio lugar a los abusos que en tales casos son de esperarse, principalmente por las grandes compañías azucareras entonces en auge y la resistencia armada que ocasionó por parte del campesinado, el Sistema Torrens abrió por fin el camino el desarrollo capitalista en el campo aunque nunca se estableciera en toda su plenitud. Era, de todos modos, el progreso.

Pero también debía abrir los caminos del hambre. Estos caminos conducían inevitablemente a la gran ciudad. A medida que la explotación capitalista en el campo permitió el establecimiento de las grandes fincas, el campesino comenzó por perder la opción perpetuamente abierta de elegir un cuadro de terreno donde establecer libremente un conuco. La agricultura "conuquera" comenzó a perder espacio y en la misma medida el campesino perdió la facultad de autoabastecerse. La pobreza, por primera vez en la historia dominicana, se vinculó indisolublemente a la desnutrición, y el salario se impuso como una norma universal.

Ya desde 1920, como lo muestran los datos estadísticos, y antes de que el fenómeno de la concentración en las grandes ciudades se convirtiera en una norma de los países de la América Latina a raíz de la II Guerra Mundial, ya en Santo Domingo se iniciaba una carrera precoz hacia la ciudad, pues ya en 1935 15 años después, la población de la Capital había subido a más del doble (de 30,945 a 71,091).

Esto significa que el proceso que en la América Latina se inicia *después* de la II Guerra Mundial, en Santo Domingo había comenzado ya a raíz de la primera. Por consiguiente, la concentración urbana responde en Santo Domingo a un doble motor, el que actúa en la América Latina con rasgos comunes y el que actúa en Santo Domingo con rasgos propios.

Por supuesto, el éxodo campesino hacia las ciudades no necesariamente debía responder a la liquidación del sistema de los terrenos comuneros y la consiguiente escasez de tierras

disponibles libremente. La "ciudad primada" constituye de por sí un foco de atracción, principalmente para los sectores jóvenes del campo, ávidos de vida nueva, educación superior y disfrute de la modernidad. Pero si se considera que el promedio de edad de toda la población es de 23.8, menos de 24 años de edad,[15] y que la tierra aun disponible para el campesino se encuentra naturalmente en manos de los mayores, es claro que también para ellos el motor que actúa más positivamente es la escasez de la tierra y por tanto de medios capaces de proporcionarles una vida económica independiente.

La situación dominicana no es pues original en el contexto latinoamericano y mundial. El problema fundamental en el mundo entero es la disponibilidad y el aprovechamiento de la tierra. Hay sin embargo un aspecto original en Santo Domingo, y es el sistema tradicional de los "terrenos comuneros", por lo que aquí el problema de la concentración urbana, y en consecuencia el advenimiento del hambre moderna, o desnutrición en masa, que es su producto más alarmante, se desprende del desarrollo histórico e inclusive se adelanta a la norma latinoamericana.

Las perspectivas no parecen optimistas. En el plano mundial los pronósticos no pueden ser más lúgubres. La población aumenta al mismo tiempo que se reducen las posibilidades de acceso de las grandes masas al disfrute de la tierra. Una verdadera catástrofe amenaza a los habitantes, en extremo prolíficos, de los países del Tercer Mundo. En Santo Domingo se contabilizó una población de 2,300,000 en números redondos, de habitantes menores de 14 años de edad en 1981, de los cuales algo menos de la mitad pertenecen a la población rural. A la vuelta de unos años, esta población latente ingresará en la población activa y aumentará increíblemente la estrechez del potencial de ingresos. Esto significará la agudización de la situación de hambre y su progresión en términos geométricos en las ciudades, y el éxodo de nuevas capas campesinas como un factor adicional de empeoramiento de la situación.

En los últimos años, el esquema trágico que el Gobernador Joaquín García presentaba a fines del siglo XVIII como el de un país "falto de numerario y en estado de emigración", ha cobrado nueva vigencia. La emigración, o "migración

interna", del campesino a la ciudad, toma ahora la forma de emigración verdadera hacia el exterior. Esta se manifiesta en una doble dirección. Una que se dirige a otra "ciudad primada", la de Nueva York, que desaloja centenares de miles de "dominicanos ausentes" arrojados a otras playas en busca de trabajo, con todas las consecuencias que supone.

La otra es más dramática y se dirige a las grandes ciudades de Europa. Aunque se ignoran las cifras estadísticas se sabe que se trata de un contingente verdaderamente escalofriante, que comprende en la práctica solo a mujeres y que, obviamente, se orientan en el sentido de la prostitución. Ya se sabe que el motor principal de este movimiento femenino, es la pobreza y en primer término el hambre propia y la de los hijos. Pero se abren algunas interrogantes que un estudio apremiante ayudará a resolver. La situación es de tal naturaleza que en ciudades como Madrid, toda joven dominicana se encuentra en estado de sospecha mientras no se demuestre lo contrario, debido a la enorme cantidad de prostitutas dominicanas. El "pasaporte rojo" es un documento que se ha vuelto pudoroso en manos de una muchacha. Inclusive aquí en Santo Domingo la situación se refleja en las colas que se hace al "chequear" el pasaporte en las líneas aéreas antes de embarcar. Una mirada curiosa pretende descubrir a las candidatas entre las viajeras, sobre todo en las colas de pasajeras de "primera clase", que viajan ya al amparo de conexiones con el exterior.

Y uno se pregunta ¿por qué las dominicanas? Una primera respuesta no puede ser otra que el hambre. Y no hay duda de que este factor se encuentra en el primer lugar. Pero se sabe que Haití se encuentra en un nivel de pobreza, y por consiguiente de hambre y desnutrición mayor que el de Santo Domingo, en condiciones políticas que agravan la situación. Se sabe que los haitianos desafían — como también los dominicanos— los azares del mar en embarcaciones frágiles para abandonar el país. Pero al menos hasta donde se sabe, la haitiana no está identificada con la prostitución en las ciudades europeas. No son pocos los países latinoamericanos que sufren los azotes de la miseria.[16] No se sabe de ninguna "india" que figure en este renglón dramático, a pesar de que es ésta la zona social más

gravemente afectada en las ciudades de composición aborigen en la América Latina. ¿Por qué la dominicana?

Tal vez sea éste el signo más evidente de la modernidad del hambre en nuestro país, cualquiera que sea la forma insólita que adopta y los factores extraños que actúan. Nunca antes, ni siquiera en la primera mitad del siglo XX se manifestó esta tragedia. El país más pobre secularmente de la América Latina, porque lo era ya en el siglo XVIII y nunca dejó de serlo, jamás se acreditó en el mercado de prostitutas. No hubo ni oferta ni demanda de amor *en dominicano*.

Llama la atención que durante la Anexión no se encuentra una sola denuncia de convivencia con el soldado español por más que uno registre las crónicas. Durante la intervención de 1916, los exiguos contactos sexuales del soldado americano con la mujer nativa se produjeron sin alarma en locales identificados con un bombillo rojo. Sin embargo, no se conocieron casos de promiscuidad, no ya alarmantes sino ni siquiera notorios, durante la segunda intervención militar. Y ya se sabe que en los contactos de una tropa extranjera con la población nativa, en todos los tiempos y en todas las culturas, han sido una norma constante. Por eso uno se siente perplejo cuando en estas búsquedas históricas del hambre dominicana, se encuentra con el problema de la prostitución en masa de dominicanas en el extranjero, descontado el auge que eventualmente haya podido alcanzar en el propio país.

Una hipótesis, aunque sumamente vaga, podría tal vez tener relación con el esquema del Gobernador García, pues entonces concurrían el estado de emigración y la falta de numerario. Es evidente que en la actualidad ambas cosas concurren, aunque solo sea por el hecho notorio de que conjuntamente con la noción de "dominicano ausente", va asociado el fenómeno de constante ingreso de divisas y las fluctuaciones del mercado paralelo. La falta de numerario, en razón de que los productos alimenticios por primera vez solo pueden ser obtenidos mediante el dinero, explica la emigración. La cuestión es que este no es un rasgo exclusivo de la sociedad dominicana, y en todas partes tiene lugar el mismo fenómeno. La única opción podría estar en el proceso histó-

rico, ya que solo el proceso histórico puede dar fundamento a las peculiaridades y los enigmas de la actualidad. Este hecho no puede ser otro que el cambio en la naturaleza misma de la pobreza.

CUANDO SALOME ERA DE TRUJILLO

(Un busto de Salomé Ureña de Henríquez, erigido durante la llamada "Era de Trujillo", llevaba esa inscripción aviesamente interpretada por el humor popular, en el sentido de que el dictador extendía su monopolio galante hasta esa venerada figura del siglo XIX, la voz más alta de la poesía nacional dominicana.

Folklore nacional).

Afirma acertadamente un joven historiador al concluir una de sus obras, que al régimen despótico que gobernó el país de 1930 a 1961 "fue en cierto sentido una continuación del pasado". Y así es, porque la expresión "cierto sentido" implica muchos sentidos.[19]

La historia de nuestro país, como la de cualquier otro, está constituida por un sistema de líneas que se articula a lo largo de los períodos históricos. Una de esas líneas, la más larga y la más acentuada, es sin duda aquella que se extiende desde la aparición de las tierras comuneras (a través de las luchas por la

independencia) hasta el advenimiento de la sociedad moderna, de naturaleza capitalista. Dicho en romance, la que marca el paso de una sociedad fundada en el régimen de la propiedad comunitaria de las tierras hasta la sociedad basada en el régimen de la propiedad privada.

El protagonista principal de este proceso, cuyo punto culminante es precisamente la independencia, y la creación de una nacionalidad que es su aspiración y su resultado, es incuestionablemente el pueblo. Pero este creador incansable de su propia historia, permanece siempre difuso e impalpable en el seno de las grandes luchas. El protagonista notarialmente documentado y reconocido, es siempre un personaje real en quien se expresan las fuerzas históricas, subyacentes en el seno de la sociedad. En la República Dominicana son tres los personajes a través de los cuales se manifiesta el proceso: Santana, Lilís y Trujillo.

Se trata en realidad de dos grandes opciones históricas: la *sociedad comunera* y la *sociedad capitalista* (la señorial y la burguesa). La línea hatera se condensa en Santana, que es una variante de Sánchez Ramírez en un peldaño superior. Y la línea moderna se condensa en Trujillo, que es una variante superior de Lilís.[20] En el fondo, estas dos líneas expresan la suprema contradicción entre el CAMPO y la CIUDAD.

La vaga conciencia del proceso la ilustra el hecho de que se impusiera a la Capital —la ciudad en la que ese proceso alcanzaría su objetivación más elocuente— el nombre del dictador. No había en ello solo una acción de la cursilería palaciega, sino también una consagración el hecho histórico y una glorificación de la victoria de la ciudad sobre el campo.

Naturalmente, el adalid de la modernidad lo era también del hambre. La hipertrofia de la ciudad y la consecuente atrofia del campo, son el resultado inexorable que desencadenaría sobre el país el flajelo del hambre en gran escala con todas sus consecuencias.

Sin duda este régimen despótico, cuya severidad de la medida de la violencia de las contradicciones históricas en mayor grado que la de las dictaduras precedentes, consolidó los fundamentos capitalistas que introdujo Lilís, amplió sus esferas y los elevó a magnitudes mucho más elevadas. En una

entrevista que concedió a unos corresponsales extranjeros poco antes de morir, se le preguntó cuál consideraba él que era el mayor logro de su gobierno, y respondió sin vacilar comparando el presupuesto que encontró en 1930 con el que existía en esos momentos. Y, en verdad, la diferencia era como de la tierra al cielo, aunque no era menos verdad que la altura del cielo se había alcanzado fundamentalmente a costa del sacrificio de la tierra.

Innegablemente, su régimen significó un desarrollo incomparable del capitalismo en la esfera nacional, en relación con la pendiente histórica. Su obra consistió en una ampliación de la obra de Lilís. Pero fue incapaz de desarrollar más allá de ese punto, dentro de los marcos de su propio poder y de su propia época. En este punto su papel consistió en lo contrario, en frenar el desarrollo del capitalismo, impedir la implantación del poder de la burguesía nacional y mantenerla a raya, canalizando la acumulación capitalista en su propio beneficio y en beneficio de la burguesía extranjera, arrojando el sobrante a la camarilla burocrática y a los miembros de su familia. A diferencia de Lilís, que representó en esto un papel más avanzado, Trujillo no desarrolló sino que frenó y mutiló la burguesía nacional, la mantuvo en sus expresiones más modestas dentro de los marcos de la época y le cerró toda posibilidad de compartir el poder.

En parte, existe una razón histórica. Esa burguesía nacional había sido integrada en los marcos del capital europeo y en consecuencia hizo resistencia a la intervención del capital norteamericano, inclusive por la vía armada (Desiderio Arias, en favor del capital alemán, por ejemplo). Trujillo fue un producto directo de esa intervención y heredó de ella la política de impedirle el acceso al poder. El, personalmente, asumió el papel que correspondía a esa burguesía en la coyuntura histórica, y se convirtió en un capitalista individual sobre quien convergieron todos los privilegios que pertenecían a esa burguesía, en primer lugar el poder mismo. Si la burguesía nacional fue incapaz de comprender que en esa coyuntura era imposible un desarrollo nacional independiente, y de comprender aquel giro histórico que de manera tan genial intuyó Lilís,[21] fue su culpa y debió cargar con las consecuencias.

Esta incapacidad permitió a Trujillo convertirse en el capitalista individual más grande que hasta entonces había conocido la historia dominicana. Con el mismo gesto que consintió en que su nombre se le pusiera a la Capital, consintió que se denominara "Era de Trujillo" a la era que dominaba todo un continente. Pero nunca pudo librarse, ni se lo permitió a sus consejeros, de las concepciones económicas del pasado. Admiró a Santana y lo glorificó en forma desmesurada. En consecuencia, apenas se apartó hasta donde se lo permitió el contexto, de una concepción feudal de la producción agraria, preservando el minifundio y fomentando o amparando la aparecería, el colonato y otros matices del sistema feudal.[22] El arsenal tecnológico nunca pasó en términos decisivos del arado, lo que no dejaba de ser un avance apreciable dentro de las normas tradicionales, pero nunca favoreció una política de reinversión de los capitales producidos por la actividad agropecuaria, a fin de mecanizar la producción en gran escala y en dirección del capitalismo avanzado. Como explica una autora "la agricultura que se practica en los Estados Unidos hoy día tiene muy poco de agricultura en realidad; es un sistema sumamente sofisticado de alto consumo de energía que transforma una serie de productos industriales en otra serie de productos industriales que resultarán comestibles".[23] Y ella misma refiere que en un centro de investigación de Estados Unidos había un toro de 1,350 libras de peso que había pasado once años alimentándose de pulpa de madera y urea. Lo dejaron suelto en un prado pero "pareció llenarse de estupor con la yerba".[24] Se dice que gran parte de las vacas lecheras en producción jamás han pisado la tierra. Naturalmente esto bordea los límites de la caricatura, pero permite dar una idea de lo que debe entenderse por introducción al capitalismo en el campo y modernización de la actividad agropecuaria. Independientemente de cuáles fueran sus limitaciones y las de su país, ese era el modelo que se le ofrecía. Pero no lo aceptó. Según la expresión de uno de nuestros investigadores jóvenes, la suya no pasó de ser una "modernización del atraso" en el sentido de que no pasó de aplicar algunos aspectos modernos a una estructura esencialmente arcaica, mantenida e inclusive fomentada sistemáticamente.[25]

El modelo que diseñó respecto del campo, lo aplicó a la ciudad. El giro que significó el fin da la segunda guerra mundial modificó la política económica del régimen. Se implantó una moneda de signo nacional, el *peso* dominicano, que sustituyó el dólar en circulación desde 1905, se organizó la estructura bancaria y se emprendió el camino de la industrialización en favor de la ciudad, fundamentalmente la Capital, que llevaba su nombre, disparando una corriente de migración interna que abultó de manera explosiva la población urbana. Desde ese momento la población urbana superó la rural, y la Capital se hizo demográficamente millonaria.

También en esta esfera, el dictador se convirtió en el primer factor personal del desarrollo capitalista, a expensas de la burguesía criolla y al amparo de los recursos políticos y económicos que le proporcionaba el Estado.

A veces se califica esta política de "capitalismo de Estado", según parece no sin beneplácito del propio régimen en su época. Pero esto no parece una calificación muy exacta, toda vez que un carácter propio del sistema es su impersonalidad (la sociedad por acciones). Y, si bien las grandes empresas del emporio trujillista pudieron parecer estar dotadas de ese carácter (nacionalización y otros procedimientos) la impersonalidad no se presenta como un rasgo real que sea ciertamente característico. Por el contrario, resulta completamente difícil separar el Estado dominicano de la personalidad individual de Trujillo. Estado y Trujillo, en la vida real de entonces y en los documentos de ahora, aparecen como la misma cosa. Las disposiciones del Estado a través de sus diversas vías, se dirigirían invariablemente a satisfacer un interés estrictamente personal, disipando las fronteras entre la ley y el individuo que estaba detrás de ella, y por supuesto desplazando a la clase social nativa que era su beneficiaria natural, en provecho de la burguesía extranjera de la cual era el único y poderoso representante. De esta manera la dictadura se insertaba en la lucha de clases sin dejar de ser una dictadura unipersonal. El papel que eventualmente correspondía a la burguesía nacional, era sustituido con su poder personal, que a su vez actuaba como una burguesía ausente. Eso explica que fuera un factor del desarrollo capitalista, que él mismo fuera un gran capitalista, y

al mismo tiempo fuera un factor de subdesarrollo y atraso capitalista en el país.

Como resultado de todo esto, el país se apropió de todas las calamidades de la sociedad capitalista con ninguna de sus ventajas.[26] La agricultura, que retrocedió en sus sistemas productivos hasta el trabajo forzado (por ejemplo el famoso Sisal de Azua), depauderó al campesino. La ciudad, que se enfrascó en la empresa industrial, se convirtió en el asiento del hambre con toda su secuela, la desnutrición, la delincuencia, la prostitución, el tráfico de estupefaciente y otras lacras modernas, agudizó la lucha de clases, instauró la inestabilidad social. Y demás.

Pero sobre todo el hambre. "La Era de Trujillo fue una continuación del pasado, como decía el historiador mencionado antes, quien agrega "pero con tales aberraciones que su régimen ha dejado un profundo trauma en la mentalidad dominicana". Esto, por supuesto, es cierto. Solo habría que agregar en el marco del presente ensayo, que también nos dejó el legado del hambre que, de por sí, comprende todos los traumas posibles.

Uno de ellos es el complejo de fuga. La tendencia general de la población dentro de los severos marcos del régimen era escapar. Esto era difícil debido al control migratorio. Pero, en cuanto se soltaron los mecanismos de contención a raíz del fin de la dictadura, se desencadenó una verdadera estampida del campo hacia la ciudad y de la ciudad hacia el exterior. El objetivo inmediato no podía ser otro que la persecución desesperada de numerario, en una sociedad que había convertido el dinero en la única forma posible de sustento, sin crear las fuentes de obtención libre y universal de dinero, como en la época cada vez más lejana en que la tierra era la fuente de sustentación y todo el mundo tenía acceso a ella.

Curiosamente, las estadísticas revelan que la migración interna es mayoritariamente femenina. Una razón podría ser la de que la mujer usualmente carga con la responsabilidad alimenticia de la prole y en consecuencia el hambre la acomete multiplicada, en relación con el hombre, más inclinado a la irresponsabilidad y a veces hasta a la explotación de la mujer.

Salvo en los casos de emigración política, parece ser que fue la mujer la que inició la estampida hacia el exterior.

Ya antes de 1950 el hambre había descubierto en Curazao una fuente de ingreso monetario para la mujer, al amparo de las refinerías de petróleo. Allí no había demanda de obreros, y menos extranjeros, pero había una gran demanda de prostitutas, particularmente extranjeras. Aparentemente comenzó por allí el flujo de dominicanas depauperadas. Más tarde se descubrió que era posible viajar sin visa a Holanda y que, previo contacto con el proxenetismo internacional organizado, se podía ejercer la profesión más lucrativamente en las grandes ciudades europeas. Por esa vía comenzó un nuevo flujo migratorio que en la actualidad ha alcanzado proporciones masivas, consecuentes con la agudización de la crisis monetaria y la incapacidad de las ciudades dominicanas para satisfacer la demanda creciente de numerario en los marcos de la concentración demográfica tan incontenible como inevitable.

FOTOGRAFIA DEL HAMBRE EN BLANCO Y NEGRO

1981

ha sido otro año de "emergencia silenciosa": 40 mil niños han muerto silenciosamente cada día; 100 millones se han acostado silenciosamente habriendo todas las noches; 10 millones se han convertido en deficientes físicos y mentales; 200 millones, entre los 6 y los 11 años, han contemplado silenciosamente cómo otros niños iban a la escuela; y, en fin, un quinto de la población mundial ha luchado silenciosamente solo para sobrevivir.

James. P. Grant
Director ejecutivo de UNICEF ("El estado mundial de la Infancia", Informe, N. Y., 1982).

La sociedad contemporánea ha vivido una terrible experiencia de modernidad: la *inflación*.

No es que hubiera sido desconocido este fenómeno econó-

mico en el pasado. Se estudiaba en la Escuela Normal de esta capital en un manualito de economía política del inglés Stanley Jevons. Nadie ignoraba que durante el siglo pasado debilitó a los gobiernos, descreditó a la España de la Anexión y mató a Lilís en Moca. Pero la inflación actual es otra cosa.

Fue otro inglés, Lord Keynes, quien la dotó de su fisonomía ultramoderna en 1944, se la pasó a Roosevelt como un procedimiento para salir al paso de las deudas de guerra, y ya en 1950 se había convertido en la técnica predominante en el repertorio teórico de la economía mundial.

La diferencia entre la inflación antigua y la moderna consiste simplemente en que la antigua era una desgracia (fue en lucha contra ella que murió Lilís), mientras que la moderna es un procedimiento feliz que constituyó un éxito rotundo. Su patrocinador la llamaba "dinero barato" *(cheap money)* y en efecto lo era. La emisión de billetes de banco sin respaldo físico resultaba cada vez más barata, toda vez que es el respaldo físico —oro— lo que lo hace caro.

Pero, en compensación, los productos que se obtienen con ese dinero, resultan cada vez más caros. A las instituciones emisoras esto les importaba poco. Si necesitaban más dinero emitían más billetes. Se cuenta que la Alemania obligada a pagar sus inmensas deudas de guerra, puso en práctica este procedimiento mediante el cual pagaba cada vez menos, pero en consecuencia todo alemán que necesitaba franquear una carta debía ir a las oficinas de correos con una carretilla de marcos para comprar un sello postal.

Esa es la tragedia que vive actualmente nuestro país. El poder adquisitivo del peso dominicano, considerando que fuese de 100 centavos en 1969, se redujo a 40 centavos en 1978 y anda por los 30 centavos en 1985. Según un economista "uno de los componentes más importantes del proceso inflacionario ha sido el aumento de los precios de los productos alimenticios, siendo los de mayor incremento las raíces, tubérculos, legumbres, hortalizas, leguminosas, etc. Entre las mercancías de mayor incremento en el período a que hacemos referencia (hacia 1980), se encuentran las habichuelas, tomates, bacalao, mantequilla criolla, arroz, avena, auyama, pollo de granja, salchichón criollo, salsa de tomate, vinagre criollo, azúcar

crema y refinada, cebolla, etc. Todos, productos básicos de la dieta diaria del pueblo dominicano".[27]

Es claro que, si en la misma medida que el signo monetario pierde valor adquisitivo aumentaran los ingresos familiares, la ecuación dinero-mercancía continuaría equilibrada sin consecuencias deplorables. Pero esa no es la gracia de la inflación, sino el hecho cada vez más dramático de que los precios suben en espiral cientras los ingresos familiares permanecen invariables. Un p rofesor universitario que en 1969 ganaba un sueldo de lujo de mil pesos mensuales, se ha visto reducido a un sueldo de miseria de unos 300 pesos, sin dejar de impartir la misma docencia ni experimentar rebaja en sus ingresos. Por supuesto, la situación llega a un punto de ruptura cuando se trata de profesores de escuelas primarias y otros cargos similares de bajos ingresos, cuyos emolumentos bajan automáticamente al punto en que resultan insuficientementes para la obtención de los alimentos indispensables para su familia.

Todavía quedan otros niveles sociales más bajos, entre los cuales habría que considerar el campesinado, que constituye todavía en la actualidad un poco menos de la mitad de la población total del país. Como dice el economista antes mencionado "de países casi autosuficientes en materia alimenticia y exportadores de madera a mediados de la década del cincuenta, pasamos a ser grandes importadores de alimentos, madera, tabaco", y "dentro del total de importaciones del sector agropecuario se destacan los alimentos en general... Se importan arroz (20,3 millones), maíz (25.7 millones), trigo (8.3 millones), habichuelas pintas (5.8 millones)" etc.[28] Estos productos, que en el pasado fueron obtenidos por el campesino directamente del conuco —el maíz y las habichuelas se dan en forma prácticamente silvestre en el país— hoy se ve obligado a obtenerlos mediante una erogación monetaria. Esto no significa otra cosa que hambre a todos los niveles.

Naturalmente, no siempre el hambre se presenta de manera directa y absoluta, pero la merma en la calidad y a veces en la cantidad de los materiales alimenticios, se traduce inevitablemente en desnutrición, que es la forma más terrible del hambre moderna. El hambre, pura y simplemente, mata. La desnutrición también, pero en la forma peor de muerte, la muerte lenta,

la muerte en lecho, la muerte genética con toda su secuela: deformaciones físicas, incapacidad mental y muscular, enfermedades congénitas y todo el repertorio de las desgracias humanas.

Según los datos de Gross y Pérez Mera", durante los años de 1969 cuando la crisis estaba lejos de alcanzar los niveles actuales, en la ciudad de Santo Domingo "se alcanzó apenas el 39 por ciento del aporte calórico total, cuando se estima el mínimo en un 40 por ciento".

Los mismos autores mencionan los estudios llevados a cabo por investigadores extranjeros en el área alimenticia, cuyos resultados son verdaderamente desalentadores. Sebrell por ejemplo, llegó a la conclusión de que en Santo Domingo "la desnutrición es el problema mayor de la salud pública", después de comprobar que "el 75% de los niños pre-escolares observados, presentaron grados diferentes de desnutrición proteico-calórica". Y, por su parte, Anderson, otro investigador sin relación con el anterior declara que "Todas las alternativas estudiadas dieron resultados cercanos a RD$0.50 por persona al día, evidenciando que existían limitantes definidos de orden económico para la adecuada alimentación de las grandes mayorías dominicanas".

Para entonces, 1968, la suma de 50 centavos diarios era ya alarmante. Hay que tener presente que el valor de cien centavos adoptada aquí para fines comparativos respecto del valor actuar del peso dominicano, correspondía en realidad a un signo monetario que ya había perdido gran parte de su valor adquisitivo. El año que verdaderamente debería tomarse como base es el de 1949, pues para entonces la política económica mundial fundada en las directrices de Lord Keynes se encontraban en plena vigencia. Para 1969, veinte años después, las grandes mayorías populares estaban sometidas a la presión inflacionaria, y en Santo Domingo sus efectos eran ya palpables. De manera que atribuir un valor de cien centavos al peso dominicano, no se refiere al valor de estos cien centavos con los correspondientes centavos del dólar. De manera, pues, que el estimado de 50 centavos dominicanos por día constituían ya una verdadera limitación para la dieta popular. Pero la cosa alcanza límites de tragedia cuando se considera que en la

actualidad, ese mismo valor relativo, se encuentra reducido a una tercera parte. Los cien centavos de entonces significan unos 30 centavos de hoy.

Machicado, otro de los investigadores a quienes Cross y Perez Mera refieren sus propios estudios, calcula que el 75 por ciento de la población dominicana tenía un ingreso de cien pesos o menos en esa época. Y, suponiendo que esos ingresos hayan aumentado tres veces para seguir el paso de la espiral inflacionaria, esto significaría que 4 millones 687 mil 500 dominicanos, de una población oficialimente estimada de 6 millones 250 mil, se encontraría por debajo de los límites científicamente establecidos para una alimentación adecuada. Siempre dando por sentado, claro está, que los ingresos hayan tenido ese comportamiento ideal. Ya se sabe que la clave del procedimiento inflacionario consiste en la estabilidad de los ingresos frente a la devaluación del signo monetario, lo que significa que el grueso de estos ingresos ha permanecido invariable o ha experimentado variaciones mucho más moderadas que aquella que corresponderían con el nivel de inflación. De modo que la realidad es mucho más dramática. Y aun habría que considerar el número de adolescentes incorporados cada año al círculo de los desempleados cuyos ingresos no es de cien pesos o menos sino cero.

Estas consideraciones son puramente deductivas. No ha sido fácil el acceso a informaciones estadísticas directas. Muchas de estas informaciones son inaccesibles en la práctica. Por ejemplo, un testigo informaba en un programa de televisión (junio 16 de 1985), que en la pequeña Surinam ejercen la prostitución unas mil dominicanas aproximadamente.[29] Se ignora si esta proporción tan elevada para un pequeño país como Surinam es correcta. Asimismo se ignora si estas jóvenes dominicanas se han visto impulsadas a tomar ese camino impulsadas por el hambre. Mucho menos se ignora el volumen que representa esta tragedia en el resto de países (principalmente de Europa, desde Holanda hasta Grecia) donde han ido a dar esas dominicanas.

Por otra parte, se sabe por estudios recientes que la población que emigra del campo a la ciudad, se lleva consigo sus concepciones económicas tradicionales y crean en la ciudad

una economía de subsistencia similar a la del campo. Se llama ahora a este tipo de práctica económica "economía de bazar".[30] Su rasgo característico consiste en una actividad cuyos beneficios van dirigidos exclusivamente a la subsistencia sin que sean reinvertidos. En esa categoría se encuentran comprendidos los vendedores callejeros, los pequeños negocios de reparación: mecánica, desabolladura y pintura de vehículos, pequeños bazares, paleteros, etcétera. Un número considerable de individuos dependen de estas actividades para procurar el sustento de la familia o el suyo propio. Es posible que por esta vía, una gran parte de la población escape al estrangulamiento por hambre.

A esto habría que añadir la gran movilidad social que permite cambiar de status económico, los programas gubernamentales para compensar la crisis hasta donde estos es posible, y otras salidas que la sociedad proporciona. Estos problemas son sumamente complejos y evasivos. Pero, el hecho fundamental es que una proporción sumamente elevada de la población total del país, se encuentra por debajo de los niveles de subsistencia. Nuestro objetivo se detiene en ese punto. No se propone ir más allá de establecer que en la actualidad la población dominicana se enfrenta cara a cara a los problemas que se derivan de una alimentación insuficiente. Si nos atuviéramos a los criterios de José Ramón López, nunca fue tan degenerado el pueblo dominicano.

Sin embargo, nunca fue tan elevado el nivel intelectual de la población dominicana. Nunca la actividad editorial fue tan intensa. Nunca se han llevado a cabo más trabajos de investigación ni se han desarrollado tantos investigadores en todas las áreas, incluyendo las ciencias puras (biológicas, física, etc.) Nunca ha habido una actividad artística tan notable, tanto en las artes plásticas como en las literarias e inclusive musicales. Nunca ha habido tantas universidades ni mayor demanda de profesores y técnicos. Nunca ha repercutido el trabajo de los dominicanos en diversos aspectos de la vida social, deportiva y cultural, como en nuestros días. Nunca ha habido tantos centros de difusión cultural ni una actividad popular —clubes, sociedades culturales, charlas, exposiciones, concursos— como en la actualidad.

Es claro que se trata del progreso. Y la clave es la distribución desigual de los beneficios que la sociedad origina. Si bien nunca hubo tanta pobreza en el país, ni tanta hambre en los sectores más bajos de la sociedad, tampoco hubo tantos ricos ni en escala tan elevada. La pobreza ocurre en el reino de la abundancia. Aparece el hambre cuando hay plétora de alimentos.

Evidentemente se presentan signos de degeneración, principalmente en la esfera moral (prostitución, delincuencia, proxenetismo, tráfico de estupefacientes, corrupción burocrática). Pero, por un lado nada tienen que ver con la degeneración biológica, y por el otro nada tienen que ver específicamente con la sociedad dominicana. Constituyen uno de los signos de la sociedad moderna. El hambre es un flajelo mundial del que no están exentas las naciones más privilegiadas del mundo. Los países de la América Latina son, por supuesto, una de las áreas más severamente castigadas. Y el Tercer Mundo en general. "Se calcula, dice Olivier, que una persona requiere de 2,200 calorías diarias para cubrir sus necesidades y, mientras un ciudadano de Europa Occidental o de Norteamérica consume, en promedio 3,200 calorías, otro de América Latina o del Caribe ingiere tan solo 1,600".[31] Esta situación ocurre cuando la producción de alimentos ha ascendido a sumas hasta ahora desconocidas. A este propósito el mismo autor hace notar que en los momentos en que el Consejo Internacional del Trigo "anunciaba desde Londres que la cosecha del año 1980 sería superior al consumo, la UNICEF desde Santiago de Chile denunciaba que 17 millones de niños pobres morirían ese mismo año por carencias alimenticias"[32] en el mundo. En 1981, como lo indica el informe de UNICEF citado en el epígrafe, la situación se había agravado.

En lo que a este país respecto, esto significa dos cosas. Primera, que las hambres dominicanas no son estrictamente dominicanas. Segunda, que hay hambre.

A su vez, esto significa que el hambre dominicana tiene su rostro dominicano. Y esto es lo que la Historia nos ayuda a descubrir.

CONCLUSION UNICA DESPUES DE VARIAS CONCLUSIONES.

El auri sacra fames (el hambre sagrada de dinero) es tan antigua como la historia de la humanidad.

Max Weber.

En punto a conclusiones, solo puede haber una: el hambre es un producto ultramoderno en la República Dominicana. Tan moderno como la televisión a colores.

Esta conclusión es el resultado del recorrido que ahora culmina, pero de ninguna manera habría sido posible si este mismo recorrido no se llevara a cabo a través de una escalinata de conclusiones, a manera de peldaños que permitieran alcanzar este punto.

La historia de nuestro país es una larga cadena de calamidades que lo han mantenido unido a la pobreza como si fuese un destino irreparable. De ahí una tendencia — de la cual no ha estado exento en otras ocasiones el autor de estas líneas— a considerar que el hambre ha sido inevitablemente el componente más característico de esa pobreza. A ello contribuye forzosamente la opinión unánimemente prevaleciente hoy entre los estudios de estas áreas, en el sentido de que el hambre

y la pobreza son inseparables. Hoy, efectivamente, es así en Santo Domingo y en todas partes. Pero en el pasado se dio la peculiaridad de que en Santo Domingo hubo siempre pobreza y nunca hubo hambre.

A pesar de que en esta época, el hambre presenta unos rasgos comunes en todas partes y, por tanto, los que son propios de la América Latina son aplicables a Santo Domingo, por lo menos en lo que concierne a su pertinencia histórica presenta en Santo Domingo una fisonomía que le es peculiar. Por eso el presente estudio ha debido enfrentarse a un doble aspecto de la conclusión final: el de que nunca hubo hambre en el pasado, y el de que hay hambre en el presente.

De ahí una cadena de conclusiones a la que forzosamente ha debido arrastrar el recorrido de cuatro siglos —el XVI, el XVII, el XVIII y el XIX— antes de arribar a una conclusión final que contradice el pasado, toda vez que en el siglo XX aparece bruscamente el hambre con todos sus atributos modernos.

Aquella peculiaridad a que nos hemos referido, se nos presenta a todo lo largo de nuestro recorrido, como el resultado de otra, el sistema tradicional de tenencia de las tierras. Y si no hay en esto ninguna originalidad, porque en todas partes el hambre está asociada a la medida de la capacidad de la tierra para proporcionarle el sustento al hombre —que como se ha dicho es un parásito del reino vegetal— en Santo Domingo ocurre que el sistema agrario pasa por un proceso de involución o "regresión" (Hoetinck) que lo separa del proceso histórico común a los restantes países de colonización europea en el Nuevo Mundo. Los países de formación española comenzaron, precisamente en Santo Domingo, por heredar las tradiciones feudales de España. La Encomienda y sus Comendadores vinieron de la Edad Media, y fue en Santo Domingo donde adoptaron sus lineamientos americanos. Inclusive sufrieron aquí los primeros espasmos del capitalismo moderno, cuando éste se encontraba aún en su etapa embrionaria. Pero, contrariamente a lo que ocurrió en el resto del continente, aquí retrocedió a etapas precedentes mucho más primitivas. Como dice Hoetinck:

"En comparación con la más floreciente época del período colonial, en que una estructura pseudo-feudal estable fue, si no alcanzada, por lo menos perseguida con bastante éxito, había tenido lugar una regresión a formas más difusas y confusas de propiedad de terrenos, a técnicas agrarias relativamente más primitivas, y por lo tanto a una menor importancia de la posesión de tierras como criterio de estratificación social".[33]

Y no sólo social, sino también histórica en todos sus aspectos. La naturaleza comunitaria de la explotación de la tierra, obviamente involutiva con respecto a las formas originalmente implantadas en el siglo XVI, se constituyó a partir de principios del siglo XVII en el eje histórico de Santo Domingo, llevando a esta colonia primogénita a apartarse del curso histórico de las restantes colonias españolas. Las consecuencias de este extraño proceso, fueron naturalmente múltiples. Pero una de ellas fue precisamente la de proporcionar a los habitantes que permanecieron en ella después de una incontenible sangría poblacional a través de los siglos, el disfrute libre del territorio, en tal extensión y con tal fertilidad y abundancia de medios alimenticios, que pareció que el hambre había sido abolida dentro de sus límites para toda la eternidad.

Así ocurrió efectivamente durante los cuatro siglos mencionados, si el examen que aquí hemos llevado resulta correcto.

Debió ser la sociedad capitalista moderna, con su hipertrobia de la ciudad en perjuicio del campo, y con la implantación de las formas feudales en lugar de las formas capitalistas de producción que eran las suyas, liquidando los "terrenos comuneros" y sustituyéndolos por la práctica de la aparecería y otras formas obsoletas, la causante de la aparición del hambre típicamente moderna en la República Dominicana.

Así como puede caracterizarse el sistema comunero como un sistema arcaico —que por cierto también podría llamarse sistema "conuquero"— en cuyos marcos fue siempre resuelto el problema de la subsistencia diaria, también puede caracterizarse la inflación como un sistema moderno en cuyos marcos, no sólo resultó precaria esa subsistencia, sino que el hambre a nivel de masas encontró su origen.

El principal factor de la tragedia que vive la mayoría de la población de Santo Domingo en la actualidad, reside en ese fenómeno económico que se conoce como el mecanismo de los precios. Es cierto, como lo asevera la mayoría de los entendidos que el mal reside en una distribución inadecuada e injusta de los bienes de consumo. Pero es sabido que esa distribución no la lleva a cabo ninguna institución o persona a quien se le puede imputar el fracaso, sino el funcionamiento libre del mercado en función de los precios. Y este es el rasgo característico de la vida moderna.

Precisamente, la vida dominicana se rigió secularmente por unas normas de producción, debidas a su peculiaridad histórica, que reducía a proporciones sumamente modestas la influencia de la actividad comercial. Era el atraso, por supuesto, pero el atraso sin hambre. El progreso, o por lo menos sus aspectos negativos, sustituyendo el acceso directo a las fuentes alimenticias, con la interposición de un vehículo monetario de factura ultramoderna, el peso dominicano, aparecido en 1947 dentro de las concepciones más modernas del funcionamiento monetario, y como producto de esas concepciones. La clave de estas concepciones es ese proceso, elevado al rango de técnica financiera y no ya una calamidad, que llamamos *inflación*.

Pero necesitamos algunas consideraciones para precisar el contenido de este vocablo. Como se sabe, el mecanismo de los precios depende del equilibrio entre la cantidad de mercancías en el mercado y la cantidad de dinero circulante en manos de los consumidores. Si hay 100 sombreros en el mercado y 100 pesos en circulación, cada sombrero deberá costar un peso. Si se modifica la cantidad de sombreros o la cantidad de dinero, y en consecuencia se rompe la ecuación 100 : 100, automáticamene se modifican los precios.

Esta modificación o alteración de los precios ocurre, como se advierte claramente, de dos maneras. Si aumenta el número de sombreros de 100 a 200, cada sombrero deberá costar 50 centavos, siempre que la cantidad de dinero siga siendo de 100 pesos. Si, por el contrario, aumenta a 200 la cantidad de pesos en circulación, cada sombrero costará DOS pesos, siempre que siga habiendo 100 sombreros en el mercado. Pero el

equilibrio no se alterará si en la misma proporción aumenta el número de sombreros y el número de pesos, pues siempre cada sombrero costará un peso, lo mismo si son 300 los sombreros y 300 los pesos, que si son mil los sombreros y mil los pesos.

El problema es que en principio los niveles de producción dependen de los fenómenos de la naturaleza (una sequía restringe la producción de cereales, así como una peste restringe la de carnes), mientras que la cantidad de numerario en circulación depende de la voluntad de las personas (emisión bancaria, ampliación de los créditos, fuga de divisas y otros fenómenos). Es claro que si disminuye la producción en función de causas naturales como un ciclón, la forma idónea para mantener el equilibrio de los precios no podría ser otra que reducir la circulación monetaria a los niveles en que se ha reducido la producción de mercancías.

Pero aquí es donde entra el *auri sacra fames*. No lo permite el "hambre sagrada de dinero" sin una feroz resistencia. Y se produce la inflación.

Hasta 1950 para dar un año clave, ésta era en su forma más esquemática posible, el comportamiento del mecanismo de los precios. Pero ya para entonces las concepciones de John Maynard Keynes había logrado su implantación en la práctica económica predominante. De acuerdo a sus principios, cuando el exceso de producción de sombreros llegaba al punto en que nadie compraba dos sombreros para su única cabeza y, en consecuencia bajaban los precios y quebraban las fábricas (no ya a consecuencia de una catástrofe sino de una crisis típicamente capitalista o *deflación*, que para el caso es lo mismo), la solución consistía en aumentar el dinero circulante, cuyo efecto era el de hacer subir los precios, y restablecer de este modo el equilibrio perdido.

Este era el nudo de las concepciones de Lord Keynes según la cual el dinero inflacionario resolvía la crisis. En su opinón, el desequilibrio de los precios no tenía nada que ver con las causas naturales o la superproducción de la industria. Y, por tanto, había que servirse de la inflación para inyectar nueva vida a la actividad económica, restablecer el impulso productivo, impedir el empleo y alentar el desarrollo, particularmente en los países subdesarrollados. De lado quedaba un problema

que para nadie constituyó entonces preocupación alguna. Por esa vía la cantidad de numerario emprendería una carrera de aumentos en espiral que ahogaría la capacidad de las grandes masas para absorber los precios cada vez más elevados, y hundiría a los países subdesarrollados en un hambre catastrófica, sin que estuvieran exentas de ellas núcleos sociales importantes en los propios países de elevado desarrollo.

Es claro que las cosas no son tan simples como la necesidad de precisar el contenido de un vocable lo exige en esta ocasión. En torno a estos problemas gira la economía superior y los grandes dramas financieros que padece la vida moderna a su más alto nivel. Pero es suficiente para explicar varias cosas.

Una de ellas es la modernidad del hambre dominicana. La emigración de grandes núcleos de población campesina que emigra a la ciudad, fundamentalmente en busca de sustento. Una vez liquidado el sistema tradicional de autosubsistencia, la base del sustento recae sobre el mecanismo de los precios. El problema de la alimentación se convierte en un problema de ingreso familiar, cada vez más grave por la pendiente inflacionaria cada vez más acentuada, cuyo punto de arranque se sitúa precisamente en 1950.

Las lecciones de la Historia no son desechables. Aunque no puede ser el propósito del presente esfuerzo reivindicar la tesis del poeta Jorge Manrique, en el sentido de que "cualquiera tiempo pasado fue mejor" y por tanto condenar el progreso, no hay duda que el hecho de que el hambre sea una calamidad estrictamente moderna, induce a buscar en el pasado la clave de la ausencia del hambre. La respuesta que nos da la Historia es la de que no había hambre en el país porque las tierras estaban al alcance de los campesinos. Y, si alguna conclusión se debe desprender de esto, es que la clave del problema sigue siendo hoy, como lo fue milenios atrás, la explotación de los recursos que proporciona la tierra.

El mecanismo de los precios explica también que el hambre moderna dominicana, lo es en el sentido de que la padecen los dominicanos. Pero no lo es en sus raíces ni en sus alcances. La que sí es genuinamente dominicana es la pobreza ancestral y la ausencia de hambre histórica. El hambre que actualmente sufren las grandes masas dominicanas, tiene la gentileza de

incorporar este país a la vida moderna y al contexto latinoamericano y "tercermundista". No hay que buscar sus raíces en el pasado. Como ha dicho el famoso Josué de Castro:
"El subdesarrollo no es, como muchos piensan equivocadamente, insuficiencia o ausencia de desarrollo. El subdesarrollo es un producto o un subproducto del desarrollo. Una derivación inevitable de la explotación económica colonial o neocolonial, que sigue ejerciéndose sobre muy diversas regiones del planeta".[34]

Esta tesis es en el fondo ratificada por los estudiosos del Banco Mundial ya mencionados, quienes en las primeras líneas de su estudio declaran lo siguiente:
"Solo en los años recientes se ha considerado el problema de la desnutrición como un problema del desarrollo. Es decir, no sólo como una consecuencia del subdesarrollo, sino también como una causa de éste, como una traba sobre el potencial a través del cual se puede proveer una mejor nutrición".[35]

Y es claro, porque los problemas del desarrollo no son originarios de Santo Domingo ni son exclusivos de este país. La desnutrición, que es un problema mundial, se manifiesta como subdesarrollo a nivel local, al mismo tiempo que su propia causa a nivel mundial. Es como la serpiente de los mayas que se muerde perpetuamente la cola.

En fin, la Historia no nos ofrece la solución a los problemas del presente. Sería candoroso proponer que se volviera al pasado. En compensación tampoco los estudios actuales del tipo llevado a cabo por el Banco Mundial, parecen ofrecer mayor rendimiento, ya que admiten que los programas de subsidios "ofrecen la única esperanza de hacer frente al desafío de eliminar el hambre en medio de la abundancia" y anuncian que "el déficit por cápita diario de la población (mundial) afligida, caería aproximadamente de 350 calorías en 1965 a 240 calorías en 1990".[36]

Pero la Historia, tal como la hemos consultado en el recorrido al que en estos instantes ponemos fin, nos da una respuesta importante. Nos dice que en Santo Domingo no fue conocida el hambre en el pasado, y que sólo ha sido conocida en una actualidad bastante próxima. Sin duda hay alguna solución contenida en sus enseñanzas que puede ser útil a los

médicos. No debe serle exigida a quienes escriben la Historia. Sino concretamente a quienes la hacen.

Y, para concluir este trabajo con unas palabras profundas y hermosas, reproducimos las siguientes palabras del Galileo Galilei de Berthold Bretch, citadas por un distinguido epidemiólogo norteamericano, Milton Terris[37]:

"El tiempo viejo ha pasado y estamos en una nueva época. Es como si la humanidad esperara algo desde hace un siglo.

"Las ciudades son estrechas, igual que las cabezas. Supersticiones y pestes. Pero el que las cosas sean así no quiere decir que siempre lo serán. Todo se mueve, mi amigo".

NOTAS Y REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

1. Pedro Mir: CUANDO AMABAN LAS TIERRAS COMUNERAS, Siglo XXI, México, 1978.
2. INFORME DE LA COMISION DE INVESTIGACION DE LOS E.U.A. EN SANTO DOMINGO EN 1871, prefacio y notas de E. Rodríguez Demorizi, Editora Montalvo, 1960. Página 465 y siguientes.
3. Parece que han tenido ese carácter las hambrunas del noroeste del Brasil en este siglo.
4. Juan Bosch: LA GUERRA DE LA RESTAURACION, Santo Domingo, 1982.
5. Amiro Pérez Mera y Julio Cross Beras: PATRONES DE CONSUMO Y ESTRUCTURA SOCIAL EN SANTO DOMINGO, Sto. Dgo. 1981.
6. Véase Bryan Roberts: CIUDADES DE CAMPESINOS (La economía política de la urbanización en el tercer mundo), México, 1980.
7. Santiago R. Olivier: ECOLOGIA Y SUBDESARROLLO EN AMERICA LATINA, México, 1981.
8. IDEM, página 97 (el cuadro comprende 14 ciudades latinoamericanas).
9. Véase los cuadros estadísticos de la ENCICLOPEDIA DOMINICANA, palabra POBLACION.
10. REPUBLICA DOMINICANA EN CIFRAS 1984, Oficina Nacional de Estadística, Vol. XI, Sto. Dgo., 1984. La cifra dada para 1985 es un estimado oficial.
11. Olivier, ob. cit., página 96.
12. Véase: Lucas Vicens: CRISIS ECONOMICA 1978-1982. Santo Domingo, 1982.
13. Cfr. REPUBLICA DOMINICANA EN CIFRAS 1984, ob. cit.
14. Ver Pedro Mir: LA NOCION DE PERIODO EN LA HISTORIA DOMINICANA, Volumen III, UASD, Santo Domingo, 1983.
15. Según los cálculos de Cross y Pérez Mera en la obra de ambos ya citada.
16. "En América Latina —afirma Olivier, ob. cit., pág. 136— esta situación es

más dramática debido a la caduca estructura agraria que perdura y no permite un desarrollo armónico sin deterioro del medio ambiente. Al mismo tiempo no se puede pedir a los millones de personas que sufren hambre el respeto por los recursos naturales. NO SE ENTIENDE LA LINEA...

Que se sepa, la situación no ha llegado a este punto en Santo Domingo, pero al autor le consta que los gastos han desaparecido en ciertas zonas de la Capital. En cinco meses perdió cinco gatos que eran imprescindibles para librarse de ratones y pudo obtener el testimonio directo de personas que habían apelado a los gatos para librarse, no de los ratones, sino del hambre. Lucinda, una doméstica, se declaró experta en la preparación de platos.

17. El autor hace provecho aquí de una impresión personal, no fundada en datos fidedignos ni en base a estudios ajenos. Los recuerdos de la niñez en San Pedro de Macorís evocan el "bombillo rojo" como un símbolo de misterio y de temor más que de alarma o de escándalo. Por supuesto, esta impesión se ofrece a reserva que personas más autorizadas demuestren lo contrario.
18. Una contribución importante es la de Roberto Cassa: CAPITALISMO Y DICTADURA, Editora de la UASD, 1982, que fue presentada como proyecto de investigación con el título de "La República Dominicana bajo la dictadura de Trujillo".
19. Moya Pons, al concluir su MANUAL DE HISTORIA DOMINICANA.
20. Por supuesto, la línea burguesa no arranca de Lilís sino con el proceso de las luchas por la independencia, que no tiene otro sentido, y por consiguiente hay que remontarse mucho más atrás. El antecedente más próximo de Lilís es su tocayo Ulises Espaillat, de quien fue el defensor más denodado con las armas en las manos. Y antes de Espaillat hubo ya una revolución burguesa frustrada, la de julio de 1857. Sin duda es en el padre de la patria, Juan Pablo Duarte, donde se encuentra el arranque de esta línea, por cuanto es él quien inicia el proceso de las luchas por la independencia nacional, cuando el ideal de una sociedad burguesa política y económicamente independiente, era el ideal revolucionario más consecuente de la época. Pero en el seno del pueblo hubo ya tendencias más o menos anónimas que se encuentran, no solamente en los días de la "Independencia efímera", sino aun más allá, durante la fugaz dictadura de Sánchez Ramírez, en 1809.
21. En su dramática carta a Isidoro Mendel del 11 de febrero de 1893, citada por Hoetinck.
22. Ver *passim* Roberto Cassá: CAPITALISMO Y DICTADURA, UASD, Santo Domingo, 1982.
23. Susan George: COMO MUERE LA OTRA MITAD DEL MUNDO, ob. cit. pag. 21.
24. IDEM, pág. 252.
25. Cassá, ob. cit., pág. 93.
26. Según Cassá, idem, el total de toneladas de ocho productos clave de la dieta de los dominicanos creció en un 22 por ciento en los años 50 (principalmente arroz exportable y maní para la industria de aceite), a una velocidad menor que el aumento de población. "Así, de un coeficiente de 281 kg/hab. en 1940, se pasa a 211 en 1950 y 189 en 1960". Véase página 123, de su obra mencionada.
27. Lucas Vicens, CRISIS ECONOMICA 1978-1982, ob. cit.
28. IDEM.

BNPHU

29. En el programa "Otra vez con Yaqui", junio 16 de 1985.
30. Bryan Roberts: CIUDADES DE CAMPESINOS, ob. cit.
31. Ob. cit., página 129.
32. IDEM, obra y lugar citado.
33. Obra citada, pág. 21.
34. Citado por Olivier en ECOLOGIA Y SUBDESARROLLO EN AMERICA LATINA, ob. cit.
35. DESNUTRICION Y POBREZA, citada.
36. IDEM. También, Pierre Jalée: EL TERCER MUNDO EN LA ECONOMIA MUNDIAL, México 1971, y Michel Chossudovski: LA MISERIA EN VENEZUELA, Valencia, 1979.
37. Milton Terris: LA REVOLUCION EPIDEMIOLOGICA Y LA MEDICINA SOCIAL, México, 1980. Capítulo "¿Hacia dónde nos diriginos?", página 252.

Este libro se terminó de imprimir
el día 27 de abril de 1987
en los talleres gráficos de
EDITORA CORRIPIO, C. POR A.
Calle A. esq. Central, Zona Ind. de Herrera
Santo Domingo, República Dominicana